Xulio Ríos

MARX & CHINA

La sinización del marxismo

A FONDO

akal

Xulio Ríos

MARX & CHINA

La sinización del marxismo

A FONDO

akal

akal / a fondo

Director de la colección

Pascual Serrano

Diseño interior y cubierta: RAG

Queda prohibida la reproducción, plagio, distribución, comunicación pública o cualquier otro modo de explotación –total o parcial, directa o indirecta– de esta obra sin la autorización de los titulares de los derechos de propiedad intelectual o sus cesionarios. La infracción de los derechos acreditados de los titulares o cesionarios puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

Ninguna parte de este libro puede utilizarse o reproducirse de cualquier manera posible con el fin de entrenar o documentar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Xulio Ríos, 2025

© Ediciones Akal, S. A., 2025

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 918 061 996

atencion.cliente@akal.com

www.akal.com

facebook.com/EdicionesAkal

@AkalEditor

@ediciones_akal

@ediciones_akal

ISBN: 978-84-460-5702-4

Xulio Ríos

Marx & China

La sinización del marxismo

Prólogo de Cheng Enfu

Este libro plantea uno de los aspectos de la China contemporánea más controvertidos, tratado superficialmente o, con frecuencia, abierta o convenientemente ignorado. Sin embargo, este, sostienen desde el gigante asiático, supone un eje central sobre el que opera su vertiginoso proceso de transformación: el marxismo. ¿Qué papel ha desempeñado? ¿No es acaso este país un ejemplo de lo que se ha convenido en llamar capitalismo de Estado?, ¿o encajaría mejor como socialismo de mercado? ¿Cómo armonizar, si es que tal contradicción es sostenible, esta dualidad?

Desde Mao y los orígenes de la Revolución china, pasando por Deng Xiaoping con la reforma y apertura, hasta el mandato de Xi Jinping, el Partido Comunista de China insiste en que el ideario marxista es uno de sus fundamentos teóricos y su guía para la práctica política. Pero, añade, no es un copia y pega de otras experiencias; lo ha adaptado a su realidad y a los tiempos, lo ha combinado con las tradiciones culturales de su civilización y se sirve de él siempre y cuando garantice su liderazgo y la consecución de sus objetivos. Abordemos al detalle, pues, de qué trata el marxismo con características chinas; esa hoja de ruta que ha puesto patas arriba el actual equilibrio de poder internacional y nuestra creencia en un modelo de desarrollo y gobernanza sin alternativa posible.

Xulio Ríos es fundador y asesor emérito del Observatorio de la Política China y asesor de Casa Asia. Colabora con diferentes medios de comunicación y revistas especializadas. Forma parte también de consejos científicos y comités de redacción de diversas publicaciones sinológicas. Profesor y consultor de varias instituciones universitarias de España, China y América Latina, es autor de más de una quincena de títulos sobre China, entre los cuales pueden destacarse China: ¿superpotencia del siglo xxi? (Icaria, 1997), Mercado y control político en China (Catarata, 2007), China pide paso (Icaria, 2012), China Moderna (Tibidabo, 2016), La China de Xi Jinping (Popular, 2018), Una historia del PCCh: la metamorfosis del comunismo en China (Kalandraka, 2021). En esta misma colección también publicó Bienvenido, Míster Mao (2014). Premio Cátedra China 2018 y Premio Casa Asia 2021.

Quiero dar las gracias a He Xinyuan, Zhang Guangping, y Cheng Enfu por sus valiosas opiniones y comentarios, que han sido de gran utilidad para llevar a cabo la sistematización de esta obra, y a He Qin por su complicidad y fundamental colaboración.

Presentación

Cuando se habla de China en nuestros países occidentales surge una polémica inevitable. ¿Es un sistema comunista o marxista, o es sencillamente capitalismo? El fenómeno chino pilla con el pie cambiado al discurso neoliberal dominante en Occidente. Décadas de martilleo han logrado implantar el consenso sobre que el Estado es un mal gestor y que la iniciativa privada es la que crea riqueza. A partir de esto, como mucho surge alguna izquierda que defiende dotar a los Estados de alguna competencia para redistribuir esa riqueza. No queda sitio para una lectura ideológica diferente.

Entonces irrumpe China en el siglo xxi, y bajo un Gobierno del Partido Comunista logra el mayor avance de desarrollo económico del mundo. Los neoliberales, dado que es inevitable reconocer el éxito económico del país asiático, argumentan que su triunfo es debido a que no es comunista, sino capitalista; igual que aducen algunos ortodoxos de la izquierda. Pero la realidad es que, en China, la política económica la decide el Partido Comunista chino, y eso no es precisamente una característica del capitalismo.

Por lo tanto, ¿qué hay de marxismo en el sistema chino?, ¿qué hay de capitalismo?, ¿quién toma allí las decisiones y de qué manera?, ¿cómo ha evolucionado el modelo chino desde los tiempos de Mao? Todas esas preguntas, y muchas más, son las que responde Xulio Ríos en este nuevo libro de la colección A Fondo, Marx & China. La sinización del marxismo.

Ríos es, con seguridad, el mayor experto sobre China en lengua hispana. Es asesor emérito del Observatorio de la Política China y de Casa Asia. Forma parte también de consejos científicos y comités de redacción de diversas publicaciones sinológicas. Profesor y consultor de varias instituciones universitarias de España, China y América Latina, es autor de más de una quincena de títulos sobre el tema. El que sostiene en sus manos es el segundo libro sobre China que publica en nuestra colección (el anterior es Bienvenido, Míster

Mao, publicado en 2014).

Lo primero que se necesita para comprender China, y este libro, es sacudirse muchos de los prejuicios que mantenemos en el mundo occidental, prejuicios hacia China y hacia el marxismo. Xulio Ríos nos recuerda que el marxismo chino es un modelo en construcción permanente, cuyas contradicciones a menudo suscitan desconcierto. Y añade:

El marxismo occidental está influenciado principalmente por la tradición filosófica europea y enfatiza la cultura, la filosofía y la crítica social, mientras que el marxismo chino presta más atención a la práctica y las condiciones nacionales específicas. Es importante tener esto en cuenta para partir de una actitud receptiva y abierta a la hora de comprender su trayectoria. Contemporáneamente, el marxismo chino enfatiza el liderazgo del partido y el sistema socialista con características chinas, mientras que el marxismo occidental presta más atención a la libertad individual y la participación democrática.

Nuestra obra, además de contextualizar los orígenes de la Revolución china, repasa cómo, desde la llegada al poder de Mao Zedong, el Partido Comunista de China y sus líderes han ido adaptando su especial concepción del marxismo a la realidad del país y de la situación política mundial. Recorremos así todo el periodo maoísta, las reformas y aperturas de Deng Xiaoping y la nueva era con Xi Jinping.

Ya desde el primer momento, Mao entendía que en las relaciones entre el campo y las ciudades, a diferencia de lo sostenido en los escritos marxistas más clásicos al privilegiar siempre el papel del proletariado urbano en las actividades revolucionarias, China debía apostar por el campesinado, porque este representaba la inmensa mayoría de la población y sólo en el campo se daban objetivamente las condiciones para promover la revolución. Fue así, señala Ríos, que la revolución liderada por el PCCh estableció un camino singular que consistía en utilizar las zonas rurales para cercar las

ciudades y conquistar el poder por la fuerza de las armas.

Otro elemento novedoso del sistema chino es que, a diferencia de otros modelos marxistas, no tiene un partido oficial, sino nueve. Aunque el PCCh tiene el monopolio del poder en gran medida, hay otros ocho partidos en una relación no de competición, como en Occidente, sino de cooperación. La tesis china es que en nuestro modelo liberal se pierde una gran energía social en el conflicto y la competencia entre los partidos, llegando a ser incluso destructiva. Con un poco más de autocrítica y humildad, los occidentales reconoceríamos dicho caudal de energía perdido en la reyerta institucional partidista y cómo esta salpica la agenda mediática y el debate ciudadano.

El sistema chino, sin pretender dar lecciones ni servir de modelo a nadie, en lugar de considerar la democracia como una pugna periódica entre partidos, hace hincapié en la consulta continua y en las aportaciones de los distintos sectores de la sociedad.

La observación de cómo ha evolucionado el marxismo en China nos permite apreciar un tremendo salto. Hace treinta años parecía que China era el paradigma de los padecimientos del capitalismo: abusos laborales, desigualdades sociales, contaminación medioambiental... En unos años en los que el mundo capitalista ha estado atravesado de crisis financieras y de guerras –justificadas mediante la coartada de exportación de la democracia y la defensa de los derechos humanos–, el Gobierno del PCCh ha liderado lo contrario de la explotación capitalista que el mundo creía observar: ha acabado con la pobreza, ha mejorado las infraestructuras públicas, suavizado las diferencias sociales y avanzado en políticas laborales y medioambientales. Y todo ello rivalizando con EEUU en el puesto de primera potencial mundial en poder económico, productivo e influencia geopolítica.

Nada de eso ha sido casual, estaba todo premeditado y planificado desde la interpretación china del marxismo adaptado a su contexto. Por ello, esa percepción que teníamos en Occidente de que bajo Deng Xiaoping China se precipitaba al capitalismo más salvaje estaba absolutamente equivocada. Como nos explica Xulio Ríos, los dirigentes chinos tenían muy clara su hoja de ruta marxista-leninista. Y para ello se necesitaba atravesar un largo periodo de

desarrollo y prosperidad económica, el cual para ellos era una etapa primaria de socialismo, un paso necesario e imprescindible que nosotros, ingenuos, creíamos que era claudicación capitalista.

Ríos nos lo explica claramente: «El énfasis en la lucha de clases deja entonces de significarse como reflejo de la contradicción principal, para ceder esa posición al avance de la construcción económica para satisfacer la demanda social. No obstante, el PCCh reconocía entonces que era preciso mantenerse alerta contra la desviación derechista». Es decir,

la lucha de clases subsistirá por largo tiempo dentro de determinados límites, pero ha dejado de ser la contradicción principal. La prioridad es librarse de la pobreza y del atraso y transformar la economía para lograr el gran renacimiento de la nación china. Esto implica concentrar todas las fuerzas en la modernización del país, apuntando como criterio básico para la idoneidad de cualquier política si es o no favorable al desarrollo de las fuerzas productivas.

Había que lograr que personas y regiones progresaran antes para así lograr después la prosperidad común. Pero no nos confundamos, eso no era la teoría neoliberal del «derrame», según la cual la riqueza generada va llenando una copa, que pertenece a los ricos, empresarios, clase alta, y cuando esta se derrama la riqueza va llegando al resto de la población. En el modelo chino no se deja al laissez faire capitalista la distribución de la riqueza, hay un Partido Comunista chino y una hoja de ruta socialista que intervienen y la distribuye.

Mientras el mundo pensaba, y la izquierda occidental todavía más, que China había abandonado el marxismo, la realidad era que simplemente lo estaba adaptando a su idiosincrasia. Había entendido la necesidad de combinar métodos de competencia empresarial para aumentar el desarrollo y la producción con un Estado que dirija la economía del país, apruebe planes quinquenales y someta a cualquier empresa o ciudadano, por multimillonarios

que sean, al interés común.

Uno de los méritos de nuestro autor es descifrar la clave del marxismo chino y su estrategia política:

La experiencia china de la reforma indica que la introducción del mercado en la vida económica ha supuesto mayor vitalidad y vigor, acelerando el desarrollo. Hay una valoración positiva del estímulo de la competencia entre las empresas, de la optimización de la distribución de recursos, de la capacidad de reacción de modo sensible y rápido ante distintas señales, circunstancias todas ellas que desmentirían los prejuicios largamente anclados en cierto pensamiento marxista. Donde el mercado no llega o distorsiona, la planificación debe completar y equilibrar.

Es curioso, nuestro estereotipo chino es que lo copian todo, y precisamente lo que aprendemos de este libro es que su sistema, sus partidos políticos, su régimen de propiedad, su modelo de producción, su diplomacia geopolítica son excepcionalmente originales e inéditos.

El libro Marx & China. La sinización del marxismo no pretende hacer apología del sistema chino, mucho menos presentarlo como exportable para ningún otro lugar, su objetivo es ayudarnos a comprenderlo. Creo que disponer de herramientas para entender algo es lo más honesto y sublime a lo que puede aspirar un libro, y pienso también que Xulio Ríos lo ha conseguido. Sólo se necesita una cosa del lector, la humildad para quitarse las anteojeras occidentales y abrir la mente a otra cultura, otro modelo.

En cualquier caso, creo que China no necesita convencernos de nada; al contrario, somos nosotros quienes sí necesitaríamos aprender algo de ellos.

Pascual Serrano

Prólogo

Me complace saber de la publicación de este nuevo libro, Marx & China. La sinización del marxismo, escrito por el profesor Xulio Ríos, un renombrado erudito español sobre China. Comparado con libros similares escritos por académicos extranjeros, este volumen tiene tres características singulares:

En primer lugar, hace un recuento significativamente preciso del desarrollo de la adaptación china del marxismo; se centra en el análisis de las situaciones y problemas nacionales e internacionales a los que se enfrentaron los principales líderes de la revolución, la reforma y la construcción chinas –a saber: Mao Zedong, Deng Xiaoping, Jiang Zemin, Hu Jintao y Xi Jinping–; y ofrece una visión concisa de las principales teorías, de su orientación e innovación, revelando profundamente las razones ideológicas y teóricas de los continuos nuevos avances y logros del Partido Comunista de China (PCCh).

En segundo lugar, se cita ampliamente la literatura representativa pertinente, incluidas las formulaciones de los principales líderes chinos, las aportaciones del Partido Comunista Chino, las visiones de eruditos chinos y extranjeros, así como ciertos datos, lo que confiere al libro objetividad, contemporaneidad y carácter ideológico.

En tercer lugar, el texto es profundo y fácil de entender, por lo que será apreciado tanto por el público en general como por aquellos más conocedores del tema. Además, el estilo de redacción y la expresión lingüística son los más adecuados para un público hispanohablante multinacional que otros libros similares publicados por académicos chinos.

A continuación, se analizan dos cuestiones controvertidas relacionadas con el texto. La primera es: ¿cómo evaluar objetivamente la historia del desarrollo económico en el proceso de

sinización del marxismo?

En 2024 se cumplió el 75 aniversario de la fundación de la Nueva China. El informe del XIX Congreso del Partido Comunista de China subraya que la historia de la Nueva China desde su fundación es «una historia de progreso continuo hacia la prosperidad y la fortaleza»[1]. En concreto, la historia de la Nueva China puede dividirse en tres grandes etapas históricas: el periodo anterior a la reforma y apertura, el periodo posterior a la reforma y apertura, y la nueva era posterior al XVIII Congreso del PCCh. En términos de logros de construcción económica, las tres fases han creado «tres milagros» en el desarrollo económico mundial, es decir, la riqueza y el poder primarios antes de la reforma y apertura de 1949 a 1978; la riqueza y el poder intermedios a partir de la reforma y apertura de 1978 a 2012; y, a partir de la reforma y apertura, en la nueva era de 2012 a la actualidad ha dado lugar la formación de un «cuasicentro» del sistema económico mundial, un país moderadamente rico y poderoso.

En cuanto al «primer milagro económico» antes de la reforma y apertura, la etapa de la riqueza y el poder primarios (1949-1978), cabe señalar que la fundación de la Nueva China puso fin al estado semicolonial y semifeudal de pobreza y debilidad de China, así como a más de 100 años de conflictos bélicos desde la Guerra del Opio sino-británica, e inició la gran práctica y exploración del socialismo partiendo de una situación de pobreza y de grandes privaciones. Después de tres años de recuperación económica nacional y cuatro de transformación socialista, la principal contradicción de la sociedad china ya no era entre capitalismo y socialismo, sino «entre la exigencia del pueblo de establecer un país industrial avanzado y la realidad de un país agrario atrasado, y entre la necesidad del pueblo de un rápido desarrollo económico y cultural y la situación actual en la que la economía y la cultura no pueden satisfacer las necesidades del pueblo»[2]. Ese cambio en la contradicción principal determinó el cambio subsiguiente del centro del trabajo del Estado desde la «transformación socialista de las relaciones de producción» hasta «captar la revolución y promover la producción»[3]. Un tiempo después, el énfasis en la lucha de clases como programa no se ajustaba a las condiciones nacionales de China. En términos de estatus internacional, las «dos bombas, una

estrella y un barco» (bombas atómicas, bombas de hidrógeno, satélites artificiales y submarinos nucleares) simbolizaron el establecimiento inicial de la ciencia y la tecnología; un sistema industrial y económico nacional independiente; el desarrollo integral de la educación, la cultura, la sanidad y el deporte; el auge demográfico y la gran mejora de los medios de vida de la población; la reasunción del puesto legítimo de China en las Naciones Unidas y el Consejo de Seguridad; y el atractivo de China para un gran número de países del tercer mundo. El éxito de estos dos últimos puntos indicó que la Nueva China había roto con aquella evocación del «Estado pobre y débil» y dependiente de la vieja China en las esferas económica, política y militar internacionales, y que se había levantado realmente, se había hecho rica y fuerte en la etapa inicial, lo que significaba que había alcanzado el estatus y la etapa de «riqueza y poder primarios».

Las estadísticas de este periodo muestran que el PIB de China fue de 67.900 millones de yuanes en 1952 y llegó a 364.520 millones en 1978. En términos de tasa de desarrollo interanual, a pesar de la disminución del crecimiento económico en los años 1960, 1961, 1962, 1967, 1968 y 1976 debido a desastres naturales y errores políticos, el incremento nominal del PIB de China alcanzó un promedio del 6,68% anual en el periodo 1952-1978. Con una población de 575 millones de personas, el PIB per cápita era de 119,4 dólares. Y en 1978, cuando la población total había ascendido a 960 millones, el PIB per cápita todavía se elevó hasta los 381 RMB (divisa de curso legal en China). Es decir, durante este periodo, la tasa media de crecimiento anual del PIB per cápita llegó al 4,56%; la tasa media de crecimiento anual del PIB real llegó al 6,15%; y la tasa media de crecimiento anual del PIB real per cápita llegó al 4,05%. Mientras que la tasa media de desarrollo de la economía mundial durante el mismo tiempo fue del 3%, la de China fue más del doble que la registrada en el resto del mundo[4].

Se debe observar que, en los primeros 30 años de su existencia, la Nueva China alcanzó un ritmo de desarrollo que superó con creces el de la mayoría de los países durante el mismo periodo. Con una tasa media de crecimiento anual del PNB del 6,44%, que fue de las más rápidas y que también superó el nivel medio de los países capitalistas desarrollados durante ese tramo –aunque de ellos se

decía que estaban en su «edad de oro»–, logró reducir rápidamente la brecha económica con los principales países desarrollados. Al mismo tiempo, se llevó a cabo una amplia y pionera exploración del desarrollo, por lo que, inevitablemente con algunos problemas y errores, en conjunto procede admitir que fue un logro brillante, pues permitió crear un rendimiento de desarrollo muy superior al de los países capitalistas[5]. Según el profesor de Yale Maurice Meisner,

en la era posterior a Mao, la moda ha sido poner la lupa sobre las manchas en el registro histórico de la era maoísta y callar sobre los logros de la época. De hecho, lejos de ser una era de estancamiento económico, como ahora se rumorea comúnmente, la era de Mao fue una de las mayores eras modernizadoras de la historia mundial, comparándose no menos favorablemente con los periodos más dramáticos de industrialización de varios de los principales advenedizos en el escenario industrial moderno, como Alemania, Japón y Rusia[6].

Se trata de una valoración objetiva y justa, acorde con la dialéctica del desarrollo de las cosas.

En cuanto al «segundo milagro económico» asociado al periodo de la reforma y apertura (1978-2012), importa señalar que la tercera sesión plenaria del XI Comité Central del PCCh en 1978 marcó el inicio de un nuevo periodo en la práctica socialista de China. Se reconoció con mayor rotundidad y énfasis que la lucha de clases ya no era la principal contradicción social y que era necesario elevar rápidamente el nivel de vida de los residentes urbanos y rurales sobre la base del rápido crecimiento demográfico, lo que constituía el problema económico y social más urgente. En 1981, el sexto pleno del XI Comité Central del PCCh planteó explícitamente: «La principal contradicción que nuestro país debe resolver es la contradicción entre las crecientes necesidades materiales y culturales del pueblo y el atraso de la producción social»[7].Adaptándose a esta reformulación de la contradicción principal de la sociedad, el epicentro del trabajo del PPCh y del

Estado pasó a ser, en ese momento, «la construcción económica».

Bajo la política de construcción socialista con características chinas, a partir de 2012, el valor de la producción industrial y las reservas de divisas de China saltaron al primer lugar en el mundo; la producción económica total ha ocupado de manera constante el segundo lugar en el plano internacional; el desarrollo de la educación, la cultura, la salud y el deporte ha sido notable; los medios de vida de las personas se han elevado desde la mera subsistencia hasta un nivel moderadamente acomodado; Hong Kong y Macao han sido devueltos con éxito al país; y el estatus político y militar internacional de China ha ido en aumento, lo que significa que China se encuentra en la etapa de «segunda riqueza y poder intermedios». El país había alcanzado la «riqueza submoderada».

Por último, la nueva era de la reforma y apertura ha creado el «tercer milagro económico», estableciéndose como un «cuasi-centro» del sistema económico mundial (2012-presente) y apuntalando esa mencionada etapa de «riqueza y poder intermedios». En efecto, desde el XVIII Congreso del PCCh, el país ha ajustado su rumbo y ha abierto una nueva era de socialismo con características chinas. El informe del XIX Congreso del PCCh afirma claramente: «La principal contradicción de nuestra sociedad en la nueva era es la contradicción entre las crecientes necesidades del pueblo de una vida mejor y un desarrollo desequilibrado e insuficiente»[8]. Con el cambio de la contradicción principal de la sociedad, el epicentro del trabajo del Estado se ha intensificado aún más sobre la base de seguir la línea de la «construcción económica como eje central». Para ello, ha aplicado la ideología de desarrollo «centrada en el pueblo», así como los nuevos conceptos y modelos de desarrollo, y ha establecido un sistema económico de mercado socialista de alto nivel y uno económico exterior que promueve el desarrollo integral de las personas y el reparto de la riqueza entre todos los pueblos. En ese sentido, cabe inscribir propuestas como la «Iniciativa de la Franja y la Ruta» o acrónimos como los BRICS o la OCS (Organización de Cooperación de Shanghái). «A través de la cooperación internacional, China ha aportado su sabiduría propia y proporcionado soluciones chinas para el desarrollo humano, ha promovido la construcción de una comunidad de destino humano compartido y se ha convertido en un “cuasicentro” en el sistema

mundial con un atractivo y una influencia internacionales cada vez mayores»[9].

Las estadísticas y los datos pertinentes también pueden corroborar la visión básica de las etapas de desarrollo mencionadas anteriormente. Desde la reforma y apertura, la tasa de crecimiento del PIB de China ha mostrado una tendencia de desarrollo a alta velocidad, con una tasa media de crecimiento anual del PIB de hasta el 9,4% de 1978 a 2023, de la cual el PIB total en 2023 asciende a 17,52 billones de dólares, con una tasa de crecimiento del 5,2% (el PIB total de EEUU en 2023 es de 27,36 billones de dólares, con una tasa de crecimiento del 2,54%)[10]. Estas cifras demuestran de forma intuitiva y contundente que la tasa de crecimiento económico de China desde la fundación de la Nueva China ha superado a la de casi todos los países capitalistas, y exhibe claramente los logros históricos en el desarrollo del país.

Se puede predecir que, cuando China alcance básicamente la modernización en 2035, entrará en la etapa de «segundo país rico y poderoso» en el «centro» del sistema económico mundial; y cuando alcance la plena modernización en 2050, se convertirá en uno de los dos primeros países «ricos y poderosos» en el «centro superior» del sistema económico mundial. Este tipo de logro nos informa de una excepcionalidad sin parangón que se ha convertido en un fenómeno regular del desarrollo y el progreso socialista de China, susceptible de ser claramente apreciado por la comunidad internacional.

Una segunda cuestión importante es la siguiente: ¿cómo entender correctamente la práctica actual de participación en la gobernanza económica mundial en el proceso de sinización del marxismo?

El actual patrón político internacional de «Oriente en ascenso, Occidente en declive» es, principalmente, una manifestación de la cooperación entre China, Rusia, Irán y otros países del Sur en la lucha contra la hegemonía y el declive gradual de EEUU y Occidente. Este se basa en el nuevo patrón económico internacional, que, desde la crisis financiera del capitalismo estadounidense-occidental de 2008 y el conflicto ruso-ucraniano de 2022, tiende a ese «ascenso de Oriente y declive de Occidente» (junto con el patrón de «fortaleza de Occidente y debilidad de Oriente»). Es decir, podemos comprobar un declive de la importancia económica y de la

contribución al PIB mundial de EEUU y Occidente, representados por el G7, y a su vez un aumento en esos mismos ámbitos del Este y del Sur, representados por los países BRICS, como China y Rusia.

El 9 de abril de 2023, el grupo BRICS, formado por cinco de las principales economías en desarrollo del mundo, habría superado al G7 en términos de participación en el PIB mundial a nivel de paridad de poder adquisitivo (PPA), según datos recientemente publicados por Acorn Macro Consulting –una empresa de investigación macroeconómica con sede en Reino Unido–. En términos de datos específicos, el grupo BRICS –Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica– aportó el 31,5% del PIB mundial[11]. Mientras tanto, el G7 –EEUU, Canadá, Francia, Alemania, Italia, Japón y Reino Unido– representó en conjunto el 30,7%. En otras palabras, el PIB total de los BRICS ha superado ligeramente al del G7. Tras la expansión de los países BRICS, la cuota económica total de estos países supera con creces la del G7.

El rendimiento de China es particularmente prominente, pues, de acuerdo con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y otras fuentes, si tenemos en cuenta el tipo de cambio del yuan en lugar de la paridad del poder adquisitivo, en 1978 el PIB total de China representó una cuota mundial del 1,8%, tocó fondo en 1990 con un 1,76%, y recientemente, en 2022, el PIB total de China con respecto a EEUU alcanzó una cuota del 71,1%, por debajo del año anterior (75,9%) debido al tipo de cambio. Si se combinan las cuatro regiones a ambos lados del estrecho de Taiwán (China continental, Hong Kong, Macao y Taiwán), el PIB total de China asciende a 19,2 billones de dólares, lo que equivale al 75,6% del PIB total de EEUU. En 2022, el PIB combinado de la UE ascendió a 16,6 billones de dólares, inferior al de China. El PIB de China creció a una tasa real del 3% en 2022, y se cifra en 121 billones de yuanes (18 billones de dólares), lo que equivale, aproximadamente, al 71% del de EEUU, lo que representa alrededor del 18% del PIB mundial, situándose firmemente como la segunda economía más grande del mundo. Ese mismo año, el PIB de EEUU, a una tasa de crecimiento real interanual del 2,1%, ascendía a la cantidad total de 25,47 billones de dólares, lo que representa el 25,55% del mundo. La brecha entre el tamaño del PIB de China y el de EEUU se está reduciendo rápidamente, equivaliendo al 70% del de EEUU. Se espera que el

PIB total de China alcance al estadounidense en 2030[12].

El nuevo patrón económico internacional de «Oriente en ascenso y Occidente en declive» está determinado por las numerosas contradicciones de EEUU dentro y fuera del país, la ley del mecanismo de declive de la hegemonía y el hecho de que otros países en desarrollo, como China, se basan en sus propias realidades, participan activamente en la cooperación mundial para el desarrollo, amplían activamente los canales de desarrollo y se adhieren a la autosuficiencia y la independencia.

Como gran país en desarrollo, bajo la guía de la teoría de la sinización del marxismo, China concede gran importancia a la primera prioridad de desarrollar y fortalecer el país, y ha promovido y ampliado con éxito la modernización al estilo chino, alcanzando logros de desarrollo de renombre mundial. El estrechamiento de la brecha entre China y EEUU es el resultado de las diferentes vías de desarrollo tomadas por la modernización al estilo estadounidense y la modernización al estilo chino, y no de que el desarrollo económico de China afecte negativamente a EEUU; por el contrario, el desarrollo de China ha sido objeto de todo tipo de sanciones y obstáculos ilegales por parte de EEUU, en violación del derecho internacional. Especialmente en los últimos años, «EEUU y Occidente, en nombre de la “teoría del exceso de capacidad de China”, han dado alas al proteccionismo y otras prácticas hegemónicas, a la politización del comercio y de las cuestiones científicas y tecnológicas, instrumentalizando todo ello para convertirlo en armas desesperadas para preservar la hegemonía, sin importar los graves desastres que con ello pudiera provocar en el desarrollo económico mundial»[13]. Las medidas estadounidenses para frenar a China mediante el proteccionismo ilegal de la «globalización inversa» están destinadas a perjudicar el desarrollo normal de este país y de la economía mundial, y a su vez supondrán un daño enorme a la economía del propio EEUU[14].

El actual uso perjudicial de los mecanismos multilaterales internacionales por parte del Gobierno de EEUU ha afectado gravemente a la autoridad y la credibilidad del sistema internacional, así como la falta de inclusividad y equidad en el sistema tradicional de gobernanza económica mundial ha seguido

poniendo de relieve la incapacidad para lograr un avance en el desequilibrio de las operaciones económicas mundiales, todo lo cual está provocando que dichos sistemas se estén modificando de forma silenciosa.

Debido al ascenso económico de los mercados emergentes y los países en desarrollo, debilitando objetivamente la posición dominante absoluta de los países hasta ahora hegemónicos, en el poder económico mundial predomina la tendencia multipolar; por su parte, dichos países hegemónicos, con el fin de salvaguardar sus propios intereses, en paralelo a la aplicación del proteccionismo comercial también reducen la positividad de su suministro de bienes públicos mundiales. La gobernanza hegemónica original de las grandes potencias se ha transformado en una realidad en la que operan ya multisujetos de cooperación y de cogobierno. Pese a ello, las Administraciones de Joe Biden y Donald Trump se han esforzado por mantener el autoproclamado «liderazgo» mundial de EEUU y han continuado fortaleciendo la alianza transatlántica y la transpacífica, con vistas a trazar una política comercial, financiera, científica y tecnológica común hacia las llamadas «economías no de mercado» y a intensificar sus esfuerzos para obligar a los países en desarrollo a tomar decisiones contradictorias, en un intento de cambiar la tendencia a la multipolarización del mundo.

Sin embargo, la aparición de nuevas organizaciones de gobernanza económica y política regionales y basadas en bloques, como los BRICS, la Iniciativa de la Franja y la Ruta, la Organización de Cooperación de Shanghái, el Grupo de los 77 y China, y el Grupo de los Veinte (G20), ha propiciado la integración gradual de las economías en desarrollo en el sistema de gobernanza mundial, y ha dado lugar a la cooperación regional y a diálogos de alto nivel, que se han convertido en sobresalientes plataformas de acceso a la cooperación multilateral. En particular, bajo la guía de la teoría diplomática china y la política del marxismo, China ha planteado sucesivamente el concepto de una comunidad de destino humano compartido como el núcleo de su propuesta, que se ha ampliado para incluir la Iniciativa de la Franja y la Ruta y las iniciativas sobre el Desarrollo Global, la Seguridad, la Civilización, la Gobernanza de la IA y el No Primer Uso de las Armas Nucleares, que han contribuido a la estabilidad del sistema económico y político global.

Estos impulsos han ampliado el nuevo pensamiento sobre la gobernanza económica y política mundial.

En la ONU, en la veintiunava sesión celebrada el 10 de noviembre de 2022, el representante de Pakistán, en nombre de los estados miembros que son parte del Grupo de los 77 y China, presentó un proyecto de resolución titulado «Hacia un nuevo orden económico internacional»; y en su veintidosava sesión, celebrada el 21 de noviembre de 2022, esta fue aprobada por las Naciones Unidas. Entre los votos emitidos, 124 fueron a favor de la resolución y estuvieron encabezados por China y Rusia; hubo 50 votos en contra, liderados por EEUU, Ucrania, Reino Unido, Japón y Corea del Sur; y 2 abstenciones, entre ellas la de Turquía. Esto refleja plenamente las intenciones reales de EEUU y otros países neoimperialistas y neocolonialistas y sus aliados de mantener el irracional orden económico internacional, así como demuestra los buenos propósitos de un gran número de países en desarrollo y países del Sur, representados por China y Rusia, al exigir activamente la reforma del viejo e injusto orden internacional y el fortalecimiento de la gobernanza económica mundial. Puede apreciarse que no sólo interesa a una mayoría de Estados miembros resistir y contrarrestar la gobernanza hegemónica económica, política y militar «a la estadounidense», sino también aunar esfuerzos para construir una comunidad de intereses, responsabilidad y destino, que es un requisito práctico para que los países avancen hacia la prosperidad común, pero también una necesidad para el mantenimiento de la paz y el desarrollo mundiales.

Cabe señalar que los actores que intervienen en la gobernanza económica mundial van desde los Estados soberanos, los grupos de Estados y las organizaciones internacionales hasta las empresas transnacionales, las organizaciones no gubernamentales, los movimientos sociales, etc., y que a menudo son los países grandes o poderosos los que desempeñan un papel más importante entre estos actores. En la actualidad, una gobernanza económica y política internacional eficaz sólo puede lograrse realmente en el contexto de la gran lucha de los países del Sur contra la neohegemonía, el neoimperialismo, el neocolonialismo, el neorracismo, el neoliberalismo y el neofascismo; en particular poniendo fin a los conflictos ruso-ucraniano y de Oriente Próximo desencadenados por

EEUU y Occidente, y a sus intentos por desencadenar otros tantos en varias regiones del Indo-Pacífico.

Cheng Enfu[15]

---

[1] Xi Jinping, «Ganar la culminación integral de una sociedad moderadamente acomodada y conquistar la gran victoria del socialismo con características chinas en la nueva era», Beijing, Editorial del Pueblo, 2017, p. 14.

[2] Agencia de Noticias Xinhua, «Resolución sobre el Informe Político del Octavo Congreso Nacional del Partido Comunista de China», Diario del Pueblo, 27 de septiembre de 1956, p. 1.

[3] Agencia de Noticias Xinhua, «Grasping the Revolution and Promoting Production», Diario del Pueblo, 7 de septiembre de 1966.

[4] Nuestro corresponsal, «La Constitución es la Ley Fundamental y la cristalización teórica de la reforma y apertura. Entrevista con el profesor Cheng Enfu, miembro de la UNESCO y del Comité de Salud de la Asamblea Popular Nacional», Estudios Marxistas 11 (2018).

[5] Cao Lei y Cheng Enfu, «New China's 60 Years of Economic Development is a Brilliant Whole», Army Politics and Labour Theory Research 4 (2009), pp. 94-98.

[6] Maurice Meisner, «To Build a New China. The Mao Era through the Eyes of a Foreigner», Excellence 12 (1998), pp. 35-38.

[7] Annotated Resolutions on Several Historical Issues of the Party since the Founding of the State, Beijing, People's Publishing House, 1983, p. 63.

[8] Xi Jinping, «Construir con éxito una sociedad moderadamente próspera en todos los aspectos y aprovechar la gran victoria del socialismo con características chinas en la nueva era», Beijing, Editorial del Pueblo, 2017, p. 19.

[9] Cheng Enfu, «El gran logro del marxismo y su teoría de la

sinización. Una discusión sobre el pensamiento económico de Xi Jinping del socialismo con características chinas en la nueva era», Southeast Academic 5, 1-8 (2018).

[10] «Crecimiento del PIB del 5,2% en 2023: análisis de los principales indicadores económicos de China», China Briefing, 18 de enero de 2024 [https://www.china-briefing.com/news/chinas-gdp-in-2023/]. El informe fue redactado y producido por el bufete internacional de abogados DezanShira & Associates.

[11] Djoomart Otorbaev, «BRICS Set to Be Bigger, Stronger Amid Push for Unity» [https://www.chinadaily.com.cn/a/202304/27/WS6449cc4aa310b6054fad00c2.html].

[12] Arendse Huld, «GDP Expands 5.2% in 2023. Analyzing China's Key Economic Indicators» [https://www.china-briefing.com/news/chinas-gdp-in-2023/].

[13] Cheng Enfu y Chen Jian, «Evaluating the "China's Overcapacity Theory" Speculated in the US and the West», Studies in Political Economy 2 (2024).

[14] Sun Shoutao y Zhang Chaoyang, «The Nature, Roots and Consequences of the Return of US Protectionism», Haikai Economics 2 (2024).

[15] Expresidente de la Academia de Marxismo, miembro y profesor de la Academia de Ciencias Sociales de China, presidente de la Sociedad Mundial de Economía Política y redactor jefe de la revista trimestral internacional en lengua inglesa World Marxist Review y de la Review of World Political Economy.

Cronología

1921-1949: Fundación y guerra civil

1921:	Fundación del Partido Comunista de Chi
1924:	«Primera cooperación» entre el PCCh y el
1927-1937:	Guerra civil china entre el PCCh y el KM
1928:	Moscú acoge el VI Congreso del PCCh.
1935:	Conferencia de Zunyi.
1937-1945:	Segunda Guerra Sino-Japonesa.
1945-1949:	VII Congreso del PCCh y reanudación de
1949:	Proclamación de la República Popular Ch

1950-1976: Maoísmo

1950-1953:	Participación de China en la Guerra de C
1953:	I Plan Quinquenal.
1956:	VIII Congreso del PCCh.
1958-1961:	Gran Salto Adelante.
1966-1976:	Revolución cultural.
1968:	IX Congreso del PCCh.
1971:	China ocupa el asiento de la República d
1972:	Visita del presidente de EEUU, Richard N
1976:	Muerte de Mao Zedong; fin de la Revoluc

1978-2012: Denguismo, reforma y apertura

1978:	Deng Xiaoping impulsa reformas económ
1982:	XII Congreso del PCCh.
1987:	XIII Congreso del PCCh.
1989:	Protestas en la plaza de Tiananmen. Jian
1992:	XIV Congreso del PCCh y aceleración de
1997:	Hong Kong regresa a la soberanía china t
1999:	Macao vuelve a China tras ser colonia po
2001:	China ingresa a la Organización Mundial
2002:	Hu Jintao asume la Secretaría General de
2008:	Juegos Olímpicos de Beijing, símbolo del
2010:	China se convierte en la segunda econom

2012-hoy: Xiísmo, la nueva era

2012:	Xi Jinping asume la Secretaría General de

2013:	Lanzamiento de la Iniciativa de la Franja
2018:	EEUU impulsa una guerra comercial cont
2019:	Protestas en Hong Kong.
2020:	El covid-19 surge en Wuhan y se expande
2021:	Centenario del Partido Comunista de Chi
2022:	Juegos Olímpicos de Invierno en Beijing.
2023:	Crecimiento de la influencia china en Asi
2024-2025:	Importantes avances en tecnología, explo

Introducción

La sinización del marxismo es la clave ideológica principal que explica el largo proceso auspiciado por el Partido Comunista de China (PCCh) a partir de su fundación y que ha transformado el país de forma radical. En esa densa trayectoria, el PCCh se ha afanado en trazar un camino propio, capaz de dar respuesta a las singularidades determinantes que han influido en la consecución de su objetivo principal, es decir, la conquista del poder y la construcción de una sociedad alternativa, de orientación socialista.

La sinización del marxismo es, pues, la adaptación dialéctica del marxismo por parte del PCCh en el proceso de revolución, construcción y reforma a largo plazo. Expresa un bagaje teórico y sintetiza toda una experiencia práctica única formada al combinar los principios básicos del marxismo con la realidad de China. Por tanto, esta combinación incorpora las tradiciones históricas y culturales de China, así como también refleja la práctica social en dicho contexto bajo condiciones específicas. Por último, como veremos, aporta altas dosis de innovación conceptual.

Cabe considerar que la plasmación de un modelo de socialismo propiamente chino no se instrumenta a lo largo de un camino rectilíneo o libre de obstáculos, sino que es un proceso inagotable basado en la experimentación, en el cual se aprende una vez tras otra de una experiencia marcada por aciertos y errores y por la exploración continua de nuevas vías que igualmente no sólo deben tener en cuenta los factores internos, sino también internacionales.

En China, el PCCh ha desarrollado y consolidado una actitud hacia el marxismo que reivindica el alto valor de la práctica política como activo para el aprendizaje y actualización, como fuente de inspiración para avanzar en la construcción de una sociedad alternativa. Por consiguiente, el énfasis no se pone tanto en la crítica del modelo capitalista como en la forma en la que China puede avanzar por un camino propio hacia la construcción de una

sociedad socialista.

Lo que plantea el PCCh es el desarrollo del marxismo en un marco concreto, de forma que pueda adaptarse a las demandas políticas de la coyuntura, erigiéndose así en un valioso complemento del marxismo académico –instituido como el verdadero suelo sobre el que construye el desarrollo del país en todos los órdenes–. Esa praxis es para el PCCh una fuente capital de valor para enriquecer el marxismo, no para desviarse de él.

La idea de que los principios marxistas pueden ser enriquecidos, ampliados o modificados a partir de la profundización de la comprensión teórica y del desarrollo de la práctica confiere al PCCh un amplio poder de innovación que le libra de los hábitos del pensamiento dogmático. En consecuencia, asumiendo que el marxismo sigue desempeñando un papel rector, reafirmándose a cada paso como el contenido fundamental y dominante en la sociedad china, se abre la posibilidad de implementar un aprendizaje propiamente chino, adaptado sobre la base de la coherencia respecto a los principios básicos de modo que los quiebros subsiguientes no supongan a largo plazo ni su deterioro ni su destrucción. Para el PCCh, la clave radica en aprehender como punto de partida las condiciones nacionales, en este caso de China.

La emancipación de la mente es la actitud indispensable para el desarrollo innovador del marxismo, asegura el PCCh. El pensamiento guía la acción. Para adaptar aún más el marxismo al contexto chino es necesario que esa mente emancipada analice e investigue los problemas reales que surgen en cada época. Por otra parte, de ello se deriva que no todos los países ni partidos deben seguir una misma hoja de ruta para conseguir sus objetivos. Puede haber caminos alternativos adaptados a las circunstancias concretas de desarrollo[1].

En China, el camino de desarrollo innovador del marxismo se sustenta en el principio de «buscar la verdad en los hechos»[2]. En los últimos 100 años, los comunistas chinos se han afanado en partir de la realidad inmediata, integrando la teoría con la práctica, tratando de analizar correctamente las condiciones nacionales actuales de China y aplicando el marxismo para guiar la práctica. El énfasis en la observación de un camino singular para construir el

socialismo con características chinas se ha erigido en condición inexcusable para seguir encontrando las respuestas adecuadas a las demandas de la sociedad.

La vitalidad de la teoría reside en la capacidad para sostener y promover una innovación continua. A lo largo del siglo de exploración intelectual del PCCh, las formas teóricas, los temas de cada época y las expresiones discursivas del marxismo siempre se han desarrollado junto con las circunstancias históricas, lo que vendría a demostrar la calidad teórica del marxismo adaptado al contexto chino, desarrollado de forma constante y avanzando con los tiempos.

En la visión del PCCh, el desarrollo innovador del marxismo requiere tomar como base prácticas específicas de distintos periodos históricos, establecer diferentes temas teóricos y categorías de investigación en diversas condiciones espaciales y temporales, y explorar constantemente nuevas formas de resolver contradicciones y problemas[3].

Si China se ha desarrollado rápidamente, ha sido bajo la guía del marxismo, asegura el PCCh, lo cual demostraría la utilidad de dicha ideología, el poder teórico y la importancia trascendental del marxismo en el siglo xxi. Aunque los tiempos actuales han cambiado profundamente en comparación con los de Marx y Engels, conceptualmente todavía nos hallamos en la «era de transición del capitalismo al socialismo», como indica el marxismo. Por tanto, ya sea para innovar y desarrollar el marxismo o para investigar y resolver los problemas relacionados con el progreso de China, aún se necesita comprender y aplicar científicamente las posiciones, puntos de vista y métodos marxistas, enfatiza el PCCh. Es sobre la base de heredar los principios básicos del marxismo que los comunistas chinos plantean mejorar constantemente la innovación teórica adaptándola a las circunstancias reales.

En esa exploración teórica, transcurridos 100 años de su fundación (1921), el PCCh divide principalmente en dos aspectos la adaptación del marxismo a su contexto.

En primer lugar, se le ha dado al marxismo una nueva connotación adecuada a los tiempos, basada en las realidades específicas que

afronta China en la etapa histórica actual. Este marxismo con características prácticas diferenciadas se utiliza para comprender y transformar el mundo.

En segundo lugar, la experiencia china, que surge de la práctica, se resume, se encapsula y se eleva a la altura de la teoría.

Xi Jinping, en el centenario de la fundación del PCCh (2021), dijo que «el marxismo es el pensamiento rector fundamental que condujo a la fundación del PCCh en 1921 y de la Nueva China en 1949. Es el alma y la bandera del PCCh. Y la historia de 100 años del PCCh es la historia de cómo el marxismo se ha localizado en China, la historia de cómo el pueblo chino ha desarrollado y practicado el marxismo»[4].

En la perspectiva del PCCh, el mundo está experimentando cambios profundos: la situación internacional se torna cada vez más complicada, la economía mundial se desacelera, el proteccionismo comercial aumenta y la globalización económica se enfrenta a desafíos aún más graves.

En el interior del país, la contradicción principal ha evolucionado desde una tensión entre las necesidades materiales y culturales cada vez mayores de la sociedad y una producción social atrasada hasta una contradicción entre «un desarrollo desequilibrado e inadecuado y las necesidades cada vez mayores del pueblo de una vida mejor». En ese marco, el PCCh impulsa a la colectividad china hacia la realización del proyecto histórico de rejuvenecimiento nacional, el llamado «sueño chino» evocado por Xi Jinping[5].

El PCCh necesita gestionar eficazmente estos imperativos nacionales e internacionales para salir airoso de esta delicada coyuntura. Y para ello plantea tomar medidas para resolver esa actual contradicción principal de la sociedad china y promover la sinización del marxismo con una clara comprensión del complejo y cambiante entorno internacional.

En primer lugar, hoy día, el PCCh reitera la voluntad de adaptar los principios básicos del marxismo a la realidad de China como empeño teórico decisivo. El marxismo aporta al socialismo una concepción científica del mundo. Es una filosofía útil y abierta, que

ha sido sinizada y puesta en práctica meticulosamente en China, asegura el PCCh. En un tiempo en que el marxismo parece borrado del mapa en muchas latitudes y que dicha etiqueta se antoja desfasada, que un país de la relevancia de China se plantee su vigencia como determinante no es un hecho menor.

«Disparar la flecha al blanco» es la forma en que el presidente Mao Zedong describió el proceso de localización del marxismo[6]. China no habría podido obtener la victoria en la revolución de nueva democracia sin la adaptación de esta corriente de pensamiento al contexto chino.

En cuanto a Deng Xiaoping, este enfatizó lo siguiente: «Creemos firmemente en el marxismo, pero el marxismo debe combinarse con las realidades chinas. Sólo el marxismo que está integrado con las realidades de China es el marxismo genuino que necesitamos»[7]. Desde el lanzamiento de la reforma y apertura a fines de la década de 1970, la teoría de Deng Xiaoping ha sido el principio rector de dicha integración.

Para sinizar el marxismo en la nueva era, Xi Jinping ha enfatizado que el PCCh establece el marxismo como guía para estudiar los principales problemas teóricos y prácticos que afronta China en su desarrollo y en su gobernanza, así como para proponer la línea de pensamiento estimada correcta y los métodos efectivos para superar los desafíos.

La comprensión que el PCCh tiene de las condiciones reales se basa en las circunstancias específicas de China y en aquella búsqueda de la verdad en los hechos. Es así como se plantea aplicar los principios básicos del marxismo para resolver los problemas y abordar las contradicciones en la nueva era.

En segundo lugar, el partido apremia a integrar los principios básicos del marxismo con la cultura tradicional china, que corresponde a los valores inherentes que propugna el marxismo y constituye un terreno fértil para la sinización de este.

El pensamiento de Mao Zedong es un buen ejemplo de integración de estos principios con la cultura tradicional. Por ejemplo: la expresión «buscar la verdad a partir de los hechos» apareció por

primera vez en el antiguo libro Historia de la dinastía Han, pero Mao le dio un significado ideológico al utilizarla en su discurso teórico marxista.

De manera similar, xiaokang (moderadamente próspero), un concepto muy presente en la literatura política del PCCh, apareció por primera vez en El libro de los cantos, pero Deng Xiaoping le otorgó el significado de modernización de estilo chino, y así lo convirtió en un término fundamental en el desarrollo del socialismo con características chinas en la etapa de la reforma y apertura.

En tercer lugar, el PCCh sigue analizando y liderando la nueva era mientras se adhiere al marxismo y se vale de él para observar y captar la tendencia de los tiempos.

Desde el XVIII Congreso (2012), el PCCh ha evaluado el momento histórico presente y la naturaleza de la tendencia de desarrollo estableciendo el pensamiento de Xi Jinping sobre el socialismo con peculiaridades chinas para la nueva época. De hecho, en su resolución, la sexta sesión plenaria del XIX Comité Central del PCCh describió el pensamiento de Xi como el marxismo de la China contemporánea y del siglo xxi, al tiempo que destacó que encarna lo mejor de la cultura y el ethos chinos de los tiempos actuales y representa un nuevo avance en la adaptación del marxismo a su contexto.

La razón por la que el pensamiento del actual presidente ha sido descrito como el marxismo de la China contemporánea es que analiza la posición del país en la nueva era, propone una serie de teorías necesarias para situarlo en un nuevo camino hacia la modernización reforzando su dimensión socialista y ofrece una nueva perspectiva sobre la civilización, el desarrollo, la gobernanza y la seguridad[8].

En cuanto a la secuencia histórica del proceso de sinización del marxismo, en el universo académico hay diferentes opiniones. Como expresión teórica, abarcaría cinco fases: desde la nueva revolución y el periodo de Mao hasta la reforma; la época de la reforma y apertura, con su epicentro en el XIII Congreso del PCCh y la cuarta sesión plenaria, que determinaron la formación de la teoría de Deng Xiaoping; la era de Jiang Zemin, con especial

referencia a la teoría de la triple representatividad como aporte conceptual principal; el tiempo de Hu Jintao y su enfoque en la concepción científica del desarrollo; y, por último, la era de Xi Jinping.

El sistema teórico del socialismo con peculiaridades chinas incluye los aportes de las tres grandes referencias del denguismo. Por supuesto, Deng Xiaoping, y también Jiang Zemin y Hu Jintao. De tal forma, el pensamiento de Deng representa la base principal de dicho sistema, en el que también cabe considerar las innovaciones posteriores.

Esas innovaciones, incorporadas tanto al bagaje teórico del PCCh como al ideario reflejado en sus propios estatutos, revelan cómo el marxismo en China ofrece una fuerte vinculación con la práctica. No es sólo un objeto de estudio académico, sino que es un instrumento inspirador de las decisiones concretas que inciden en la conformación de una determinada vía de desarrollo.

A menudo, esta perspectiva genera diferencias en la interpretación occidental del marxismo en China, un tema siempre complejo y diverso. Si en Occidente frecuentemente se descalifica el acervo ideológico del PCCh, presentándolo como oportunista o acomodaticio, ambiguo u ofrecido en sacrificio al altar del pragmatismo, en China no falta quien abriga serias dudas sobre si Occidente puede comprender e interpretar con precisión el concepto chino de sinización del marxismo. Ello acaba siendo la razón no sólo de ciertos desafíos que en cada contexto deben ser afrontados, sino, sobre todo, debido a diferencias culturales, antecedentes históricos y sistemas sociales, de las circunstancias que pueden dificultar una comprensión plena.

Interpretar y captar el significado profundo y el valor práctico del marxismo en China requiere una comprensión integral de la praxis china. Y comprender las connotaciones de la sinización del marxismo requiere analizar la sociedad china y sus características. Sin esta forma de abordarlo se persiste en graves malentendidos respecto del camino socialista y el rumbo de la reforma y apertura liderados por el PCCh.

En el mundo académico occidental se ha prestado cierta atención e

investigado la sinización del marxismo, pero la comprensión y evaluación es algo diferente a lo planteado por los autores chinos (cabe citar a eruditos destacados como Wang Weiguang, Li Shenming, Liu Guoguang, He Xinyuan, Wei Xinghua, Pang Xianxian, Tian Xinming, Liu Shulin, Chen Xianda, Gu Hailiang, Zhang Jingru o Cheng Enfu). Hay constancia y hasta reconocimiento de que la sinización del marxismo es una innovación teórica importante del PCCh en el camino hacia la promoción del socialismo con características propias. Es evidente que en China se está construyendo un sistema de discurso político diferente al de Occidente, por lo general innovando sobre la base del legado recibido. Así, por ejemplo, se habla ahora de «la democracia popular de proceso completo», que hereda la idea marxista de «democracia popular». Sin embargo, no faltan críticas que cuestionan la práctica específica del marxismo en China.

Es de vital importancia conocer, analizar y comprender los debates destacados de China y sus matices. Ello requiere una investigación en profundidad sobre políticas y teorías relevantes a través de estudios de campo y análisis de datos, fundamentales para no dejarse llevar por premisas insuficientes. Sin duda, en China siempre encontraremos contradicciones y desafíos, pero importa observar e identificar la corriente principal y su naturaleza ideológica. Liberarse de prejuicios y profundizar en la comprensión del sentido de la transformación china es un ejercicio que implica una alta dosis de perseverancia y rigor en el análisis para que la objetividad pueda abrirse camino. Conviene no perder de vista que se trata de un modelo en construcción permanente y cuyas contradicciones a menudo suscitan desconcierto. En este sentido, cabe destacar la interacción y la promoción mutua entre la teoría oficial de la sinización del marxismo en los círculos políticos chinos y la teoría de la sinización del marxismo en el mundo académico, y combinar las dos, de modo que podamos tener una visión integral que despliegue tanto sus manifestaciones teóricas como las nuevas ideas sustantivas.

El marxismo occidental está influenciado principalmente por la tradición ideológica europea y enfatiza la cultura, la filosofía y la crítica social, mientras que el marxismo chino presta más atención a la práctica y las condiciones nacionales específicas. Es importante

tener esto en cuenta para partir de una actitud receptiva a la hora de interpretar su trayectoria. Contemporáneamente, el marxismo chino enfatiza el liderazgo del partido y el sistema socialista con características chinas, mientras que el marxismo occidental presta más atención a la libertad individual y la participación democrática.

Cheng Enfu habla de «dos marxismos», como ya mencionamos: el académico y el político[9]. Ambos existen por separado, aunque interactúan entre ellos. El segundo es el pensamiento rector del PCCh. Es un error pensar, dice, que el marxismo es exclusivamente una teoría e ideología revolucionaria. Es un sistema científico que en China rige el proceso de construcción del socialismo. Por tanto, bajo el paraguas de ese sistema de ideas que aborda el desarrollo de la sociedad, el PCCh instruye teorías que operan como ejes orientadores de sus políticas y que, en consecuencia, suponen un indudable impacto en todos los órdenes con epicentro en la mejora de los medios de vida de las personas y en su realización. Desde esa perspectiva, el marxismo no se entiende en China como una teoría desapegada de la transformación de la realidad, sino como el soporte ideológico estructural que inspira políticas concretas. La sinización del marxismo enfatiza como principal misión la consecución de logros prácticos y transformadores.

---

[1] David McLellan, «Marx», Ciencias Sociales Chinas Hoy, 11 de marzo 2021 [http://www.csstoday.com/Item/9513.aspx].

[2] Xulio Ríos, China: de la A a la Z. Diccionario general de expresiones chinas, Madrid, Editorial Popular, 2022.

[3] Lei Yingjie, «Choosing the Path to Innovate Marxism», Ciencias Sociales Chinas Hoy, 4 de noviembre de 2022 [http://www.csstoday.com/Item/9973.aspx].

[4] Xi Jinping, discurso con motivo del centenario de la fundación del PCCh, 2021.

[5] Xulio Ríos, «La ideología del sueño chino», en La China de Xi Jinping, Madrid, Editorial Popular, 2018.

[6] Mao Zedong, «Rectifiquemos el estilo de trabajo en el partido»,

1 de febrero de 1942.

[7] Deng Xiaoping, Problemas fundamentales de la China de hoy, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1987.

[8] Li Haiqing y Hang Shanshan, «Further Promoting Sinicization of Marxism», China Daily, 22 de noviembre de 2021.

[9] Cheng Enfu, Dialéctica económica de China. La aspiración original de la reforma, Ruth Casa Editorial, 2024.

Capítulo I

La recepción del marxismo en China

Los primeros referentes en China a propósito de la adhesión al marxismo son inseparables del Movimiento de la Nueva Cultura, que precedió al Movimiento del 4 de Mayo de 1919.

En septiembre de 1915, Chen Duxiu fundó en Shanghái la revista Qingnian (La Juventud), que más adelante pasaría a denominarse Xin Qingnian (La Nueva Juventud). Cuando Chen inició la colaboración con Cai Yuanpei, rector de la Universidad de Beijing, asumiendo el cargo de director de Humanidades, se trasladó a la capital. Con él también la redacción de Xin Qingnian, que atrajo a colaboradores como Li Dazhao, Lu Xun y otros más. En este espacio se gestó el principal baluarte del Movimiento de la Nueva Cultura.

En un primer momento, las preocupaciones de este movimiento se centraron en el análisis de las experiencias y las lecciones de la Revolución de 1911, que puso fin a la última dinastía imperial, y buena parte de sus críticas fueron dirigidas a la doctrina confuciana y los códigos feudales. Su discurso sacudió la posición dominante del pensamiento ortodoxo, abriendo camino a la exploración de nuevas corrientes ideológicas, liberándose de los límites del confucianismo y emancipando la mente.

Las consignas fundamentales de este movimiento aluden a la democracia y la ciencia, con el propósito de alumbrar una sociedad moderna, nueva, pero también de signo burgués y capitalista. Su autor principal era Chen Duxiu, muy comprometido con el propósito de sacudirse el yugo feudal que entonces atenazaba el desarrollo de China.

Entre los primeros eruditos que desde finales del siglo xix habían contribuido a dar a conocer en China a Marx y el marxismo, cabría

citar a Liang Qichao o Zhu Zhixin.

La irrupción de la Primera Guerra Mundial fue analizada en China como una manifestación trágica de las contradicciones y deficiencias de la civilización occidental. Figuras como Li Dazhao o el propio Mao Zedong expresaban sus dudas y reticencias a propósito de la conveniencia de seguir aquel rumbo. En los sectores de izquierda de aquel movimiento se abría la inquietud por explorar otros caminos, y entonces, con la Revolución rusa de 1917, surgió una salida alternativa.

Antes del triunfo de la Revolución soviética, su divulgación fue, no obstante, de perfil un tanto errático, muy condicionada por la idea de que su implementación sólo podría funcionar en los países capitalistas desarrollados. El triunfo de los bolcheviques en un contexto similar de opresión feudal y atraso en todos los órdenes hizo ver a los sectores más activos que no era imposible el tránsito a la nueva sociedad desde una realidad material muy alejada del canon capitalista desarrollado. Por otra parte, la exhortación contra el imperialismo gozaba de un lógico eco en un país como China, atenazado por las humillaciones de las grandes potencias que le habían obligado a suscribir los llamados tratados desiguales[1].

Desde la doctrina hasta los métodos aplicados por los revolucionarios rusos, la admiración dio paso a la simpatía militante. Li Dazhao se reconoce como el primero en convertir la Revolución de Octubre en una referencia para el activismo de izquierda en China. Catedrático de la Universidad de Beijing y director de su biblioteca, integrante activo del Movimiento de la Nueva Cultura, alabó en diferentes artículos el significado trascendente de aquel hecho histórico. Para Li, la Revolución rusa abría una «nueva era» en la historia de la humanidad e instaba a la sociedad china a seguir ese camino[2].

La simpatía intelectual por el marxismo se vio auxiliada por alteraciones significativas en la estructura social y económica de China. La aparición de nuevas fábricas estableció una base obrera cuyos problemas sociales facilitaban la comprensión y adhesión al discurso marxista.

Asimismo, que el Gobierno de la Rusia soviética anunciara, en una

declaración específica sobre China, que renunciaba a todas las prerrogativas de la Rusia zarista en este territorio alentó el atractivo por la ruptura que representaba el marxismo en relación con las prácticas anteriores.

Por otra parte, el fracaso diplomático en la Conferencia de Paz de París (1919) dio paso al Movimiento del 4 de Mayo en respuesta a la humillación infligida por los países de la Entente. La indignación impulsó un gran movimiento de protesta que desembocaría en la revolución de la nueva democracia y en la adhesión al socialismo de los sectores más vanguardistas, que renegaban de un modelo político basado en la opresión imperialista sobre el pueblo chino.

Li Dazhao desempeñó entonces un papel clave en la clarificación de las diferentes variantes ideológicas agrupadas en torno al socialismo, ya nos refiramos al anarquismo, el cooperativismo, la socialdemocracia, etc. En mayo de 2019, en Xin Qingnian, incorporó un número especial de investigaciones marxistas, elaborado bajo su dirección. En «Mi concepción del marxismo» abordó una exposición sistemática de la doctrina, los fundamentos en materia histórica, política, económica, etc., destacando la importancia de la lucha de clases como hilo conductor de la teoría en su conjunto.

También fue Li Dazhao el primero en promover la idea de que los principios generales del marxismo deben integrarse con la realidad nacional y evolucionar en el propio proceso de integración. Es por ello que se podría afirmar, entonces, que el pionero de la sinización del marxismo es Li Dazhao. No planteó formalmente el concepto, pero sí pensaba en cómo adaptarlo. Li es el primer punto de partida. Al igual que Chen Duxiu, partía del reconocimiento de que el suyo era un país atrasado y que debía adoptar una teoría autónoma e independiente. Sin adaptarse a la realidad, el marxismo nunca podría funcionar en China.

Ese enfoque se puso de manifiesto cuando la Internacional Comunista (IC) ayudó a construir el PCCh. Ya entonces Chen abogaba por un partido autónomo, que alentaría un proceso revolucionario a su manera. Sin embargo, cambió su perspectiva tras ser apresado por las fuerzas del Kuomintang. Maring, representante de la IC, logró su liberación, y a partir de entonces,

Chen se mostró más contemporizador con la guía y el discurso de la IC.

Mao conoció el marxismo a través de Li Dazhao, trabajando como asistente en la biblioteca de la Universidad de Beijing. En aquel contexto, la cuestión de cómo salvar China representaba la preocupación mayor de la intelectualidad progresista. Muchos optaban por estudiar en el extranjero con el propósito de adquirir una formación que les permitiese acelerar el proceso de transformación del país. El propio Mao ayudaría a quienes querían hacerlo. Él mismo pudo ir a Francia, pero finalmente optó por quedarse. En su convencimiento, primero había que conocer bien China, hacer más investigación sobre la realidad del país. Al parecer, fue una decisión excepcional, de último momento, apartándose así del criterio general imperante en aquellos círculos.

Mao insistía ya entonces en el carácter independiente de aquel movimiento, por otra parte muy comprometido con la realidad material y espiritual del país. La singular cultura china asomaba como un factor importante que exigía la adaptación o sinización de cualquier teoría. Y fue en ese marco que inició el esbozo de sus propias ideas, partiendo de la realidad de China combinada con el marxismo, ofreciendo perspectivas singulares en asuntos que serían clave, como dónde empezar la revolución, si desde las ciudades o el campo. En efecto, en la China de inicios del siglo xx resultaba prácticamente imposible aplicar el principio de acumular fuerzas en zonas industriales avanzadas. Mao propuso la ruta inversa: el salto al campo y después a la ciudad.

Otras figuras destacadas de dicha época inicial son algunos personajes que habían cursado estudios en Japón. Desde Yang Pao'an hasta Li Hanjun, entre otros. Ambos desempeñaron un importante papel en la divulgación del nuevo ideario. También Chen Duxiu acabaría por sumarse al nuevo discurso y participar del nuevo giro ideológico que ejercería un fuerte impacto en buena parte de los integrantes del Movimiento de la Nueva Cultura.

Líderes estudiantiles como el propio Mao Zedong u otros como Zhou Enlai, Deng Zhongxia y Cai Hesen también destacaron en la adhesión al nuevo ideario, desencantados con las expectativas depositadas en la alternativa burguesa. Estaban ilusionados y

convencidos de que el marxismo era una teoría dotada de una fuerza convincente superior a cualquier otra y que sus dictados respondían en mejor medida a las necesidades del país en aquella compleja coyuntura histórica.

Los pequeños grupos de intelectuales que en los primeros tiempos mostraron sus simpatías por el marxismo pronto abogaron por la creación de un partido que abrazara esa ideología y la implementara a través de la autoorganización de la clase trabajadora. El primer brote de ese proceso fue la creación en Beijing de una sociedad de estudios de la doctrina de Marx, bajo el impulso de Li Dazhao. La Internacional Comunista, dirigida por Lenin, prestó su ayuda enviando a China a varios delegados.

En 1920, en Shanghái, surgió el primer brote organizativo del Partido Comunista de China, de la mano de Chen Duxiu, promotor, primero, de una asociación de estudios marxistas y, posteriormente, de un círculo comunista, integrado junto con Li Hanjun, Li Da, Chen Wangdao, Yu Xiusong, entre otros. Con programa y estatutos aprobados, Chen Duxiu fue elegido secretario. Previa consulta con Li Dazhao, adoptó el nombre de Partido Comunista.

Unos meses después sería el turno de Beijing. Li Dazhao, Zhang Guotao y otros formaron otro círculo comunista, que animaría la formación de diferentes organizaciones en otras ciudades como Wuhan, Changsha, Jinan, Guangzhou, etc. Igualmente se registraron procesos de constitución en el exterior, entre emigrantes chinos residentes en países como Francia o Japón. El conglomerado de organizaciones de signo local confluiría en 1921 en la unificación bajo las siglas del PCCh.

Los primeros círculos comunistas tuvieron un importante papel en la divulgación del marxismo, promoviendo su estudio y también la clarificación y debate con otras corrientes ideológicas con proyección en la China del siglo xx, muy especialmente el anarquismo, de amplia difusión, o el revisionismo de la II Internacional. La traducción de obras marxistas permitió una mejor comprensión de los fundamentos teóricos, que se complementó con los procesos de organización de sindicatos de trabajadores a fin de avanzar en la integración de teoría y práctica. También en Shanghái surgiría la Liga de la Juventud Socialista, que vertebraría el

compromiso de la mocedad.

Con la fundación del PCCh en julio de 1921 se abrió un nuevo capítulo[3]. Y desde el primer momento, la divulgación del marxismo fue una de sus señas de identidad. El PCCh se autodefinió como «partido revolucionario marxista» y consideraba el marxismo como «un conjunto completo que incluía la concepción científica del mundo y la teoría de la revolución social, un marxismo ya desarrollado en la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias, o sea, el leninismo, y un socialismo científico que en plena lucha había deslindado ya campos con las corrientes socialistas burguesas y pequeñoburguesas»[4].

El hecho de que entonces China fuera una sociedad semicolonial y semifeudal con una vasta extensión territorial, una población sumamente numerosa y pobre, unas condiciones de partida complicadísimas y un escaso desarrollo económico y cultural invocaba la necesidad de integrar con acierto la «verdad universal del marxismo-leninismo con la práctica concreta de la Revolución china», una demanda que pasaría a convertirse en un mantra recurrente. Había, por tanto, que sondear y tantear, acumular experiencias, y ajustar la línea, orientaciones y políticas en función de un marxismo adaptado a la realidad china.

Al estudiar la historia de la difusión del marxismo en China, también debe destacarse que entre los primeros en introducirlo estuvieron algunos estudiantes chinos en el extranjero, como Liang Qichao, así como veteranos de la Alianza Revolucionaria China (un partido político revolucionario burgués liderado y organizado por Sun Yat-sen), como Zhu Zhixin y Song Jiaoren, entre otros. Aunque estos pioneros tenían diferentes creencias y posturas, todos ellos podían aceptar ciertos puntos de vista del marxismo debido a que eran intelectuales que habían sido educados en la cultura tradicional china y compartían la búsqueda del ideal Datong, donde «todo bajo el cielo es para el pueblo».

---

[1] Jacques Gernet, El mundo chino, Barcelona, Crítca, 1991.

[2] Hu Sheng, Breve historia del Partido Comunista de China, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1994.

[3] Xulio Ríos, La metamorfosis del comunismo, en China, Pontevedra, Kalandraka, 2021.

[4] Hu Sheng, op. cit.

Capítulo II

El maoísmo y la integración del marxismo con la práctica de la revolución

Mao Zedong fue el gran pionero de la sinización del marxismo. En la historia del PCCh, fue el primero en plantear clara y abiertamente como propuesta científica la tarea de definición de dicho concepto. En este sentido, abarcó la demostración en profundidad de la necesidad y la extrema importancia de la implementación de un marxismo adaptado y elaboró sistemáticamente una teorización específica, dotándola de una connotación científica que establecía la forma correcta de realizar ese proceso de sincronización con la realidad china sin alterar su esencia básica.

Esta conclusión se establece como resultado no sólo de la necesidad de conjurar los peligros de los errores de izquierda y derecha dentro del partido, sino también basándose en la experiencia práctica de utilizar el marxismo para guiar la Revolución china desde la fundación del PCCh.

Mao Zedong realizó diversas exploraciones para realizar la tarea de adaptar el marxismo a China, permitiendo que echara raíces, floreciera y diera frutos específicos en el país. El pensamiento de Mao es el logro teórico del primer salto histórico en la sinización del marxismo.

Uno de sus primeros trabajos donde sugiere ese ajuste a la realidad concreta es el «Informe sobre una investigación del movimiento campesino en Hunan» (1927)[1]. En él, reivindica el movimiento campesino y destaca el significado de la revolución rural, instando al PCCh a encabezar su lucha. Para Mao, los campesinos pobres también formaban parte de la vanguardia de la revolución.

Dicho escrito se dio a conocer unos meses antes del trágico golpe del Kuomintang (KMT) de Chiang Kai-shek contra el PCCh, mediante un asalto por sorpresa que se llevó por delante a cientos de miles de militantes y revolucionarios, algunos destacados como Li Dazhao, fundador del partido. La IC no estaba a favor de una ruptura con Chiang y abogaba por el mantenimiento de la cooperación iniciada en 1924, la conocida como «primera cooperación». Al hacer balance de lo que se llamó la «Gran Revolución», nucleada en torno a la colaboración entre el KMT y el PCCh, este último significó las «ideas erróneas» que la IC promovió en el seno del partido por no conocer verdaderamente la realidad china.

Con Qu Qiubai a la cabeza del PCCh, los levantamientos campesinos –el primero fue el de Nanchang, después vendrían el de la Cosecha de Otoño o el de Guangzhou– marcaban un nuevo rumbo para la Revolución china. Nació entonces el ejército popular dirigido por el PCCh. El enfoque de la sublevación no consistía aún en promover la reforma agraria en las zonas liberadas y armar a los campesinos, sino en organizar puntos de apoyo para atacar las grandes ciudades con ayuda exterior. Simplemente, no había antecedentes en el movimiento comunista internacional de la ocupación primero de las zonas rurales. La toma de las ciudades era también la consigna de los delegados de la IC y la promoción de sublevaciones urbanas por doquier se erigió en táctica idónea para alentar el proceso revolucionario. El balance de esta política se resumió en muy importantes pérdidas.

Pese a todo, esa trascendencia de las ciudades siguió primando en las tareas del PCCh. En el VI Congreso celebrado en Moscú (1928), la IC seguía conservando su influencia, hasta tal punto que logró que Xiang Zhongfa, un estibador de Wuhan, se convirtiera, con su beneplácito e impulso, en presidente del Buró Político en razón de su origen obrero, factor clave entonces. A posteriori, el PCCh valoró tal decisión como un grave error que perjudicó la dinámica operativa y conceptual del partido.

En las relaciones entre el campo y las ciudades, los escritos marxistas habían privilegiado siempre el papel del proletariado urbano en las actividades revolucionarias. Pero en China, el

campesinado representaba la inmensa mayoría de la población y sólo en el campo se daban objetivamente las condiciones para promover la revolución.

En este contexto, la apuesta de Mao Zedong y Zhu De por explorar otras posibilidades cuajó en el establecimiento de una base revolucionaria en los montes Jianggang, entre las provincias de Hunan y Jiangxi. Organizaron un ejército de campesinos conforme a una nueva disciplina que enfatizara su condición popular y con las organizaciones del partido como columna vertebral. La experimentación servía de inspiración para establecer los principios básicos de actuación a partir de las condiciones imperantes en aquel momento.

El proceso de configuración del Ejército Rojo se combinó con la revolución agraria a través del reparto de tierras a los campesinos. Estos no eran propietarios sino usufructuarios y les estaba prohibida la compra y venta. A pesar de estas limitaciones en la disposición, la obtención de tierras en perjuicio de los terratenientes generó una natural simpatía hacia la causa del PCCh. Más tarde, se elevó a definitiva la distribución de tierras, de forma que los campesinos podían disponer de ellas como propiedad privada sin que nadie pudiera atentar contra su tenencia, con facultad de venta o arriendo.

Fue así como la revolución liderada por el PCCh estableció un camino singular que consistía en utilizar las zonas rurales para cercar las ciudades y conquistar el poder por la fuerza de las armas[2]. Y en ello, reconoce el PCCh, fue Mao quien hizo la contribución más sobresaliente. Fue el primero en desplazar al campo el centro de gravedad del proceso y supo también formular en lo teórico el problema de la vía que la revolución debía seguir para alcanzar sus objetivos. Desautorizar la contraposición entre la dirección del proletariado y el papel del campesinado como fuerza principal de la revolución no era cosa menor. Mao no consideraba perjudicial que, en el curso de la lucha, la fuerza de los campesinos fuera superior a la de los obreros. Y ello derivaba de la condición semicolonial de China[3].

La teoría de la prioridad de las ciudades, no obstante, siguió presente, bajo el influjo de la IC, en los debates y en las tácticas

adoptadas por los diferentes segmentos del PCCh. En 1930, cuando Li Lishan dirigía el trabajo del partido, se hacía hincapié en que el proletariado era la fuerza decisiva y se criticaba la tesis de cercar las ciudades desde el campo. En consecuencia, se auspició un plan para organizar levantamientos armados en las ciudades más importantes. El balance, de nuevo, fue de grandes pérdidas.

El ascenso de Wang Ming y los llamados «28 bolcheviques» a la dirección del PCCh, con el respaldo de la IC, amparados en una retórica marxista de cuño soviético, alargó cuatro años más la zozobra dialéctica en el seno del partido.

En medio de sublevaciones y reiteración de las campañas del KMT para cercar y derrotar a las tropas del Ejército Rojo, Japón atacó China. El incidente del 18 de septiembre de 1931 dio un vuelco a la situación política en el país. La IC interpretó la ocupación del nordeste de China como un paso en dirección a la guerra contra la URSS. La dirección de Wang Ming avaló dicha lectura y planteó una guerra de defensa de la URSS con las armas en la mano, complementada con la exacerbación del antagonismo entre el poder del Gobierno central provisional de los soviets chinos liderados por el PCCh y el régimen del KMT, que firmaba acuerdos con Japón de renuncia a los derechos de soberanía. La sucesión de campañas de cerco y aniquilamiento contra las huestes del Ejército Rojo culminaron en el abandono de las bases de apoyo rurales y en la mítica Larga Marcha.

El incremento de la brutal agresión de Japón en suelo chino dio pie a la promoción de un amplio frente unido nacional revolucionario mediante la progresiva suspensión de las hostilidades entre el Ejército Rojo y las tropas del KMT. Así se estableció la «segunda cooperación» entre ambas fuerzas para resistir en común a la agresión japonesa. Rotas desde hacía más de ocho años, las relaciones fueron restablecidas, no sin graves desconfianzas y altercados, como el Incidente de Xi'an que a punto estuvo de desatar el peligro de una nueva guerra civil[4]. Se tomaba nota así del notable cambio registrado en la situación del país.

Para el PCCh, cuya filas sólo se habían repuesto levemente tras la dura represión del KMT, ejercida con saña para diezmar sus efectivos, la actitud política marcada tras la invasión de Japón, que

contó con el apoyo de la IC, erró al no propiciar una amplia unidad que permitiera llevar adelante la revolución nacional democrática. Retrospectivamente, el PCCh consideró que la promoción de dicho frente unido brindaría oportunidades añadidas para transformar aquella crisis en un punto de inflexión desde el que avanzar en el proceso revolucionario.

El planteamiento formal de esta cuestión se realiza en 1938, en la sexta sesión plenaria del VI Comité Central del PCCh. Fue entonces cuando tomó cuerpo formal la idea de que el marxismo debe combinarse con la realidad china y materializarse de forma democrática.

Los debates en torno a la línea política y la sinización del marxismo

Los debates de la revolución fueron principalmente confrontaciones intensas acerca de la naturaleza, el liderazgo, la fuerza y el futuro. Entre ellos, cabe destacar en estos años la disputa sobre la relación entre el KMT y el PCCh, que se interpretaba esencialmente como una contienda sobre la naturaleza de la revolución nacional de nueva democracia y el papel del Partido Comunista.

Los debates durante la revolución agraria se centraron sobre todo en la identidad de la sociedad china, la situación revolucionaria y su naturaleza, y se prolongaron durante diez años. El PCCh y la IC mantenían debates en curso sobre si el centro de gravedad de la Revolución china debería estar en las ciudades o en el campo, si era necesario establecer bases de apoyo rurales, qué tipo de línea revolucionaria agraria implementar y si el partido comandaba el ejército o el ejército comandaba el partido. En este periodo, la pregunta sobre «¿qué tipo de camino revolucionario elegir?» promovió la exploración de la vía de la revolución democrática con características chinas y alentó la formación del pensamiento de Mao Zedong, el primer logro teórico del marxismo sinizado.

Durante la guerra antijaponesa, el KMT y el PCCh, principalmente, pero también otros partidos de mayor o menor relevancia, debatieron acerca de si China debía implementar una línea de guerra unilateral o integral, si en este contexto podría desarrollar la democracia, la independencia y la relación con la búsqueda de ayuda extranjera. En este momento, a la par que se promovía la guerra de guerrillas antijaponesa, la preocupación apuntaba a trazar la hoja de ruta para un determinado tipo de país que debería establecerse después de la victoria. Esto originó continuas controversias y desavenencias internas.

También entre 1921 y 1935 tuvieron lugar algunas polémicas y discusiones importantes sobre cómo combinar los principios básicos del marxismo con la realidad específica de China. A continuación se mencionan dos ejemplos recurrentes.

Primero, la disputa sobre el camino de la Revolución china. Durante este periodo, surgieron profundas diferencias dentro del PCCh sobre la elección del camino revolucionario. Influenciados por el modelo soviético, destacados militantes defendieron la teoría centrada en la ciudad, es decir, creían que la revolución debería alentar primero levantamientos en las grandes ciudades y tomar el poder. Sin embargo, otros, especialmente líderes como Mao Zedong, se dieron cuenta a través de la práctica de que la particularidad y complejidad de la sociedad china realzaban la importante significación de la comunidad agraria.

La idea estratégica de los pueblos que rodean las ciudades respondía al criterio de que en una sociedad semicolonial y semifeudal el enemigo se concentra y es poderoso principalmente en las ciudades, mientras que el campo es el eslabón débil del gobierno del enemigo. Por tanto, primero se deben establecer bases de apoyo en las zonas rurales, luego acumular y desarrollar fuerzas revolucionarias, y finalmente tomar las ciudades cuando las condiciones estén maduras para lograr la victoria revolucionaria a nivel nacional. En última instancia, este debate impulsó al PCCh a establecer un camino revolucionario que se adaptara a las condiciones nacionales de China.

Segundo, el debate sobre la naturaleza de la sociedad china. En 1927, la cooperación entre el Kuomintang y el Partido Comunista se

rompió, la gran revolución fracasó y la Revolución china entró en su punto más bajo. Se planteó entonces la cuestión de «¿hacia dónde va China?». En este punto, en las fuerzas políticas y sociales de la época surgieron diversos planteamientos que desembocaron en tres intensos debates sobre la naturaleza de la sociedad china, su historia y la naturaleza de aquella de sus entornos rurales. Hasta 1937 no se sustanciaron en lo fundamental. Podría decirse que estas tres discusiones son múltiples caras de un mismo tema y, por tanto, el PCCh se refiere a ellas colectivamente como el debate sobre la naturaleza de la sociedad china en un sentido amplio.

De entre todos los debates en esta época, hay dos que destacan en la historiografía oficial del PCCh: el desarrollado contra el derechismo y el dirigido contra el aventurerismo o izquierdismo. Y hay tres grandes frutos conceptuales, dice el PCCh, de toda esta etapa: la soberanía e independencia, la verdad está en los hechos y el apoyo de las masas.

En este periodo de la revolución, en la etapa de 1921-1927, las disquisiciones internas estuvieron condicionadas por la posición de Chen Duxiu, quien defendía que las fuerzas del PCCh eran aún demasiado débiles y que procedía esperar una mejor oportunidad. A partir de 1927 y hasta el año 1935 es el periodo definido como del aventurerismo. El punto de partida es la conferencia del 7 de agosto de 1927, cuando se reconocieron los errores del enfoque de Chen Duxiu, quien fue expulsado del partido básicamente por sobrevalorar las fuerzas rivales. La etapa que se abría a partir de entonces tuvo un alto coste en derrotas del Ejército Rojo y muchas pérdidas en vidas humanas. Dicha etapa, con Wang Ming y Bo Gu al frente del partido, se cierra en lo fundamental en 1935 en la Conferencia de Zunyi, que establece el liderazgo de Mao.

La polémica con Wang Ming

Los debates con Wang Ming se centraban en dos áreas principales: de una parte, la necesidad de poner coto al dogmatismo en el seno del PCCh, negando el propósito de aplicar el marxismo al pie de la

letra; de otra, la sinización, es decir, la procedencia o no y el alcance del buscar la verdad en los hechos como axioma prioritario en la labor del partido.

Para Cheng Enfu, la discusión entre Mao Zedong y Wang Ming giró en torno a cómo tratar el marxismo. Después de la cuarta sesión plenaria del VI Comité Central del PCCh (1931), Wang Ming comenzó a seguir una línea aventurista de «izquierda» que estaba divorciada de la realidad de China. Una de sus características destacadas era el dogmatismo. No abordaba los problemas basándose en las realidades específicas de la Revolución china, sino que actuaba enteramente de acuerdo con las instrucciones de la Internacional Comunista, adoptando un enfoque mecánico del marxismo. La política aventurista de «izquierda» condujo directamente al fracaso de la quinta contracampaña para acabar con el cerco y la represión del KMT y causó enormes pérdidas a la revolución. Desde el principio, Mao Zedong se opuso totalmente a lo que calificó de aventurerismo de «izquierda» y se posicionó a favor de significar la trascendencia de adherirse al concepto de buscar la verdad en los hechos, señalando esta como una cuestión crucial para el éxito o el fracaso de la revolución impulsada por el PCCh.

Wang Ming estudió en la URSS y tenía un profundo conocimiento teórico del marxismo; sin embargo, ello no le resultó útil en la práctica para avanzar en la revolución. Mao, por el contrario, no estudió fuera y tenía muy en cuenta en su análisis la tradición cultural propia y la realidad social de China. Es por eso, dice el PCCh, que Wang Ming no funcionó en la revolución y, en cambio, Mao sí. Las diferentes experiencias personales influyeron de forma significativa en las visiones políticas de cada uno.

Políticamente, Wang Ming abogó por mantener una discrepancia permanente y rechazó cualquier posibilidad de acuerdo. Militarmente, primero, promovió el aventurerismo; luego, recurrió al conservadurismo y al escapismo después del fracaso organizacional; y finalmente, practicó el «sectarismo» y se opuso enfáticamente a aquellos que no estaban de acuerdo ni con él ni con otras personas con las que compartía puntos de vista que no gozaban del consenso mayoritario. Por eso la defensa de sus

opiniones condujo en ocasiones a «luchas crueles y ataques despiadados»[5].

Basándose en la realidad de la Revolución china, Mao Zedong resumió el camino de «cercar las ciudades desde el campo y crear segmentos armados por parte de trabajadores y campesinos» y propuso un conjunto de métodos prácticos para avanzar. Además, no dudó en criticar la política errónea seguida por el Comité Central «de izquierda». En la Conferencia de Zunyi analizó las razones del fracaso de la quinta campaña contra el cerco y la represión. La estrategia implementada por el Comité Central del PCCh en el ejército, que se manifestó en el aventurerismo durante la ofensiva, el conservadurismo en la defensa y el escapismo en la fuga, según el dictamen de entonces, puso fin al gobierno militar del aventurerismo «izquierdista» de Wang Ming y estableció de hecho el liderazgo de Mao Zedong en el partido y el Ejército Rojo.

Aunque Zhang Guotao, a quien algunos señalaron como trotskista, profundizó en serias diferencias con el Comité Central (sobre la estrategia militar que seguir y alentando el fraccionalismo durante la Larga Marcha al intentar establecer otro gobierno central o discrepando sobre el tipo de relación con el KMT), para el PCCh, sin minusvalorar la trascendencia de esas disensiones con la postura de Mao, el principal problema era el dogmatismo de Wang Ming. Ello resultaba de la convicción de que afectaba de forma determinante a la identidad ideológica de la formación al abanderar la defensa ciega del criterio de la Internacional Comunista. A fin de cuentas, si secundaba una determinada táctica (ocupar las ciudades y luego el resto), era por seguir la orientación de la IC.

Admitiendo la existencia de un doble liderazgo en la lucha contra Japón, Wang Ming atribuía al KMT la misión de liderarla al considerar que el PCCh no contaba con las suficientes capacidades para llevarla a buen puerto por sí solo. En el frente unido con el KMT, el PCCh debía desempeñar un papel subalterno. Si Wang eludía la crítica al KMT, Mao quería, a la vez, colaboración y confrontación con la fuerza nacionalista. Si Wang quería circunscribir la lucha contra los japoneses exclusivamente a través de ejército, Mao defendía la importancia de promover en paralelo la fuerza de las masas, implicando a todo el pueblo chino.

Wang Ming fundamentó buena parte de sus acusaciones a Mao en que este había traicionado el comunismo y la revolución en su afán diferenciador. El «monje solitario» defendía orientaciones políticas enfrentadas al leninismo, aseguró. En su valoración de los primeros 50 años del PCCh, destaca una supuesta conversación con Mao (1941) en la que le recrimina su intención de «encender un horno aparte». Mao pretendía crear un marxismo sinizado, una pretensión que Wang consideraba como errónea, un planteamiento que «ya de por sí no es marxista»[6]. Para Wang no hay ni puede haber un marxismo nacional; el marxismo existe y existirá siempre sólo como doctrina internacional, asegura.

La obra «Sobre la nueva democracia» representaría el maoísmo en su esencia; era la primera obra de referencia (1940) que iniciaría ese esfuerzo teórico[7]. Para Wang, contradecía el leninismo en todos los problemas cardinales de la Revolución china (el carácter, las etapas, las fuerzas motrices, las perspectivas de la revolución, la cuestión de la hegemonía, etc.). Su crítica consideraba las ideas de Mao como una plataforma de la burguesía nacional, y alertaba de su utilización por Trotski y Chen Duxiu para criticar al PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética). Guiándose por dichas ideas, Mao promovería los intereses de la burguesía, supeditando los intereses del proletariado, razón por la cual defendía la tesis de que en China eran imposibles la revolución socialista y la construcción del socialismo (sólo posible a través de una «revolución democrática nueva»).

Mao, dice Wang, al negar la perspectiva no capitalista de desarrollo de la Revolución china, defendía los intereses de la burguesía nacional e iba en contra de la tesis teórica leninista acerca de la posibilidad de la vía no capitalista (es decir, socialista). Su vía significaba el «desarrollo prolongado del capitalismo».

Wang coincide al señalar que fue la Conferencia de Zunyi (1935) la que marcó un punto de inflexión en el proceso de ascenso de Mao y de su línea política, que interpreta como un ataque a los postulados de la Internacional Comunista, cuyo principal representante en China era él mismo. Fue ahí donde Mao pondría de manifiesto lo que califica de «aventuristas errores de extrema izquierda y sus acciones antipartidistas». Para Mao, la Conferencia de Zunyi

«rechazó la línea oportunista de izquierda» de Wang Ming, que había dominado los cuatro años precedentes.

Abundando en las acusaciones a Mao de instar incluso a su envenenamiento personal sistemático, Wang Ming carga contra los objetivos de la campaña de rectificación del estilo de trabajo en el partido (especialmente entre los años 1942 y 1943), que a su entender falsificaba la historia verdadera del PCCh y representaba una usurpación del poder mediante un golpe palaciego.

Wang exalta el apoyo del PCUS y del Gobierno soviético al PCCh al asegurar que Lenin y Stalin ayudaron a trazar la línea política y resolver toda una serie de cuestiones teóricas importantes. Desde el mismo comienzo, dice, el PCCh estuvo dirigido directamente por la IC[8]. Y Mao representaría la negación de todo ello.

Acusando al líder chino de «egoísmo desmesurado y nacionalismo estrecho», vilipendiando sin cortapisas desde su poesía hasta su filosofía, Wang Ming se reclamaba como el principal valedor de la «restitución del papel rector del marxismo ruso» en el PCCh. Y sin poner fin al dominio del marxismo ruso en el PCCh es imposible establecer la posición dominante del marxismo chino en el partido, decía Mao. Para Wang, esa pugna no era entre esos «dos marxismos», sino entre el verdadero marxismo-leninismo y el maoísmo antimarxista, antileninista y reaccionario.

Dicha adscripción ideológica no era un hecho novedoso en Mao. Según Wang, ya en aquel «Informe sobre una investigación del movimiento campesino en Hunan» (1927) el líder chino «negaba» la necesidad de la alianza entre el campesinado y el proletariado y la hegemonía de este último en ella, enalteciendo el papel revolucionario del campesinado. Y ya entonces era manifiesto que las ideas de Mao no eran ideas marxistas-leninistas. Le acusaba de utilizar el marxismo como camuflaje porque, en realidad, se posicionaba contra el leninismo.

Tras el triunfo de la revolución, en el periodo de 1958-1960, Mao aplicaría la política «aventurista» de «las tres banderas rojas»[9], cuyo fin consistía en sobrepasar en unos cuantos años a la URSS en el plano económico. El fracaso explica que a partir de entonces la tomara con los «revisionistas» soviéticos, ahondando en su profundo

sentimiento antisoviético, sentencia Wang Ming. El antisovietismo de Mao, dice desde un exilio que le radicó en Moscú a partir de 1956, es nacionalismo por su forma y anticomunismo por su contenido, base de su política exterior reaccionaria y médula de su política interior conservadora.

Después del fracaso del Gran Salto Adelante, Mao apunta que, en un país tan atrasado como China, la construcción del socialismo sería todavía imposible durante decenios y aun siglos. Wang Ming calificó de «inconsistentes» las cuatro razones esgrimidas por Mao para justificar aquel dictamen: a saber, que existe el imperialismo, la revolución agraria no se ha culminado, el capitalismo no está desarrollado y la burguesía nacional participa aún en la revolución. Es por todo esto que la revolución democrático-burguesa china no tenía la posibilidad de transformarse en socialista, señalaba Mao.

El significado de Zunyi y Yan'an

La Conferencia de Zunyi (1935), una reunión ampliada del Buró Político, es considerada un punto de inflexión de vida o muerte en la historia del PCCh. Esta reunión se celebró en el momento crucial en el que el Ejército Rojo había fracasado en su quinta contracampaña para poner fin al cerco y la represión del KMT, sufriendo graves reveses en los primeros días de la Larga Marcha. Desde el punto de vista de la historia militar, su valor es considerado crítico para marcar un punto y aparte con capacidad para revertir el rumbo de la guerra, estableciendo una hoja de ruta firmemente comprometida con la victoria. Esto permitió también derrotar el fraccionalismo de Zhang Guotao, culminar la Larga Marcha y abrir una nueva etapa en el desarrollo de la revolución. En una lectura posterior, la visión de Wang Ming apunta a que, en Zunyi, el PCCh experimentó un golpe de timón marcado por el ascenso de Mao en la dirección del partido y del ejército.

En dicha localidad de la provincia de Guizhou se estableció, de hecho, la posición de liderazgo de Mao Zedong en el Comité Central del PCCh y en el Ejército Rojo, y, consiguientemente, significó la

institucionalización de la sinización del marxismo que este había promovido insistentemente como principio guía. Adicionalmente, en torno a ese liderazgo e ideario se forjó la considerada primera generación del colectivo de dirección central, con Mao Zedong como núcleo, abriendo una nueva etapa para que el PCCh pudiera resolver de forma plenamente independiente problemas prácticos surgidos en el transcurso de la revolución. Por tanto, la Conferencia de Zunyi consagró una nueva mayoría interna y designó e implementó creativamente visiones estratégicas que pretendían ser más ajustadas a las características de China. En uno y otro sentido, marcó el inicio de la madurez política del PCCh.

Si el partido, al momento de su fundación, adoptó el marxismo como ideología rectora y promovió su institucionalización en China, en Zunyi, a la luz de la práctica revolucionaria desplegada desde entonces, promovió la sinización continua de esta corriente de pensamiento, abordando una sistematización que fructificaría en los años siguientes; y sin marcha atrás desde entonces.

En 1938, Mao Zedong pronunció un discurso en la sexta sesión plenaria del VI Comité Central del PCCh planteando, en su informe político «En el nuevo escenario», la propuesta más declarativa de sinizar el marxismo. Mao indicó: «No existe marxismo abstracto, sólo marxismo concreto». El llamado marxismo concreto expresa una modalidad nacional del marxismo, es decir, su aplicación concreta al entorno específico de China, en lugar de aplicarlo de manera abstracta. Es así como se podría lograr que echara raíces, convirtiéndose en parte de la nación china y fusionándose con ella. Referirse al marxismo prescindiendo de las características chinas es simplemente hablar de un marxismo abstracto y vacío, de escasa traducción operativa. Por tanto, su sinización hace que tenga características chinas en todas sus expresiones. Y es aquí cuando se cita por primera vez el concepto.

Según Mao, aplicarlo de acuerdo con las características de China es una cuestión que todo el partido necesitaba comprender y resolver con urgencia, sin dependencias del exterior, aboliendo los estereotipos, prescindiendo de melodías vacías y abstractas que debían ser sustituidas por otras nuevas del estilo y gusto de la sociedad china. Esto sólo es posible partiendo de la realidad

inmediata, conociéndola a fondo, y desterrando el dogmatismo de cuño soviético. Por ello apela a la importancia de la investigación como base para poder opinar con elemental fundamento. Sin ella, no hay derecho a hablar.

Esta visión ideológica es inseparable de la posición dirigente de Mao en la dirección del PCCh, y en tal sentido, de hecho, estableció una impronta nueva en este. Quedó claro también en ese momento que la fuente de su liderazgo no se debía al factor militar, es decir, a su papel en la jerarquía castrense del ejército, que en Mao nunca tuvo especial importancia, a diferencia de su destacado papel en la estrategia militar –a la que aportó enfoques novedosos que influirían muy positivamente en los éxitos alcanzados por las tropas comunistas[10]–.

El concepto de la sinización del marxismo fue vital en su confirmación como máximo dirigente del PCCh. Culminaba así una autoridad teórica singular que se había prodigado desde sus primeros trabajos e investigaciones acerca de la agricultura y otras temáticas. La profundización de este enfoque se materializa en los años en que la dirección del PCCh se establece en Yan'an, en la provincia de Shanxi, punto final de la Larga Marcha y epicentro de la China gobernada por el PCCh entre 1935 y 1947, cuando fue brevemente ocupada por el KMT. Allí, en casas-cueva, en la que los comunistas chinos consideran la cuna de la revolución, Mao hizo balance de las experiencias de lucha, desarrolló argumentos sobre la importancia de la práctica, apuntó reflexiones filosóficas que contribuyeron de forma notable a la madurez de su ideario... Los 13 años en Yan'an representan y aportan la base teórica esencial del pensamiento de Mao. En 1945, el VII Congreso del PCCh lo estableció como pensamiento guía del partido basado en sus propias experiencias revolucionarias.

Instalado en Yan'an, Mao, al frente de los organismos dirigentes del PCCh, escribiría diferentes obras marxistas que serán de fecunda referencia en años venideros, como la relativa al primado de la práctica o el análisis de las contradicciones, entre muchas otras. En resumen, la experiencia del periodo transcurrido entre las dos cooperaciones establecidas con el KMT incluye un balance en el que destaca la necesidad de integrar el marxismo con la realidad del

país, buscar la verdad en los hechos y actuar con independencia y autodecisión. Al calificar de errónea la copia mecánica de las experiencias extranjeras, sugiere una orientación ideológica basada en la vinculación con la realidad inmediata.

La independencia y autodecisión como principios inexcusables de actuación se confrontaron de nuevo con el discurso de Wang Ming, que en esta época, primando la adhesión incondicional a la política exterior de la URSS y a las instrucciones de la IC, marcaba distancia con la línea mayoritaria abanderada por Mao. Este último acusaba a Moscú de infravalorar el anticomunismo del KMT y rechazaba la idea, defendida por el PCUS, de que las tropas del Ejército Rojo se sometieran a una unificación bajo la égida del KMT. Para Mao, las divergencias de fondo hacían imposible esa confluencia y correspondía a los comunistas dirigir la guerra de resistencia. Tras importantes debates, la confirmación del liderazgo de Mao y la marginación de Wang Ming, la integración del marxismo con la práctica de la revolución obtuvo un mayor consenso y proyección y reafirmó la soberanía como la clave irrenunciable para acertar en el proceso.

En 1940, Mao publica «Sobre la nueva democracia», un texto en el que por primera vez esbozaba la propuesta del PCCh para el futuro inmediato de China y el modelo político, económico y cultural que aplicar. En él postulaba dos etapas: la de la revolución democrática y la de la revolución socialista. Su teorización fue presentada como manifestación de la integración del marxismo-leninismo con la práctica de la revolución, aportando claridad al rumbo que se debía seguir bajo la impronta ideológica marxista.

Tras la reunión de Zunyi, en los años siguientes la campaña de rectificación interna alentaba un movimiento de educación marxista-leninista que alcanzaría a todo el partido. El movimiento de rectificación de ideas en Yan'an (1941), un proceso con epicentro en máximas como la de buscar la verdad en los hechos o la de no copiar mecánicamente experiencias extranjeras, hizo que estas se convirtieran en conceptos reiterados intensamente para establecer un estilo de trabajo en el partido basado en el estudio. La rectificación de Yan'an permitió a Mao consolidar su posición de preeminencia en el PCCh a la par que erradicaba la influencia

soviética. Mao promovía así un partido unificado y centralizado, ideológicamente cohesionado.

En el curso de esta campaña, fue elegido presidente del PCCh (1943), el cual aceptó la conformación de una teoría marxista-leninista adaptada a las condiciones de China. Y Wang Jiaxiang, hasta entonces dirigente cercano a las posiciones de la IC, la denominó por primera vez como «pensamiento de Mao Zedong». La síntesis fue la resolución sobre algunos problemas históricos que la dirección del PCCh aprobó en 1945, revalidando el propósito de seguir un camino autónomo a partir de entonces.

En ese momento, Mao encarnaba ya ese espíritu declarado tanto marxista como independiente del PCCh.

El VII Congreso del PCCh

El VII Congreso del PCCh (1945), separado por 17 años del anterior (1928), cierra esa primera etapa. Dos años antes se había disuelto la Internacional Comunista, una circunstancia que operó de forma muy favorable para fortalecer la aspiración reinante en el partido de no estar pendiente de la experiencia soviética y de sus decisiones a la hora de definir la estrategia política. En lo ideológico, la doble asunción del marxismo-leninismo y el pensamiento de Mao Zedong unificó criterios a nivel interno estableciendo una guía original que enaltecía la práctica de la Revolución china como garantía frente al dogmatismo. Mao capitalizó ese proceso erigiéndose como líder incuestionable del PCCh.

La madurez alcanzada por los comunistas en su lucha contra el KMT, contra Japón y en el proceso de clarificación interna entre las diferentes facciones o corrientes discurrió en paralelo al convencimiento de la importancia de una praxis política adaptada a su realidad. Para ello, resultaba esencial librarse de la dependencia de las órdenes dictadas por otros países o por tal o cual centro internacional de dirección: «el mundo objetivo de China sólo puede ser conocido verdaderamente por los chinos, y nadie más»[11].

Ello también se demostraría en los siguientes decisivos años tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. La URSS reclamaría del PCCh la disolución de las tropas del Ejército Rojo y la incorporación del partido al Gobierno del KMT. Con la Guerra Fría asomando la oreja, Moscú temía que una guerra civil comprometiera a EEUU, desatando la conversión de China en un campo de batalla entre las dos superpotencias. Mao rechazó la fatalidad de que la guerra civil china pudiera derivar en una conflagración mundial y alentó la derrota en toda regla del KMT, cuyo Gobierno era cada día más dependiente del apoyo estadounidense.

La victoria de la revolución es analizada por el PCCh en términos de firmeza de la integración de la verdad universal del marxismo-leninismo con la práctica concreta de la Revolución china. Sin peros, el PCCh reconoce el marxismo como expresión de la concepción del mundo científica del proletariado y su teoría de la revolución social. A esta incorpora líneas, orientaciones y políticas ajustadas a la situación china, imprimiéndoles una forma y un estilo típicamente nacionales. El pensamiento de Mao Zedong es fruto de esa integración y resume las experiencias de la Revolución china y sus principios teóricos. Ese pensamiento, dotado de forma y estilo chinos, habría permitido arraigar en China el marxismo-leninismo.

Por tanto, antes de 1949, la mayor contribución del líder chino a la sinización del marxismo fue la creación del pensamiento Mao Zedong. Después de la fundación de la Nueva China, propuso una nueva combinación de los principios básicos del marxismo-leninismo con la realidad específica del país para avanzar en su desarrollo. Como principal representante de los comunistas chinos, reconociendo y combinando las nuevas realidades para enriquecer y desarrollar el pensamiento de Mao Zedong, presentó una serie de ideas consideradas importantes sobre la construcción socialista: entre ellas, la de que la sociedad socialista es una larga etapa histórica; la de la importancia de distinguir estrictamente y manejar correctamente las contradicciones entre los comunistas y el enemigo, y las contradicciones en el seno del pueblo; la del manejo adecuado de las diez relaciones principales en la construcción socialista; o la del esbozo de un camino de industrialización apropiado para las condiciones nacionales de China.

[1] Mao Zedong, en Obras Escogidas, tomo I, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968.

[2] Hu Sheng, op. cit.; PCCh, 100 years of the CPC, Institute of Party History and Literature of the Central Committee of the Communist Party of China, tomo I, Beijing, 2022.

[3] Mao Zedong, «Problemas de la guerra y de la estrategia», en Obras escogidas, tomo II, cit.

[4] PCCh, 100 years of the CPC, cit.

[5] PCCh, 100 years of the CPC, cit.

[6] Wang Ming, Medio siglo del PCCh y la traición de Mao Tse-tung, Moscú, Editorial Progreso, 1980.

[7] Mao Zedong, Obras escogidas, tomo II, cit.

[8] Ming, Medio siglo del PCCh y la traición de Mao Tse-tung, cit.

[9] Ríos, China, de la A a la Z, cit.

[10] Son referenciables obras como «Problemas de la guerra y de la estrategia», «Sobre la guerra prolongada» o «Problemas estratégicos de la guerra de guerrillas contra el Japón», entre otras.

[11] Hu Sheng, Breve historia del Partido Comunista de China, cit.

Capítulo III

El maoísmo y la exploración de un camino propio para construir el socialismo en China

En su fuero interno, el PCCh interpretó la proclamación de la Nueva China en 1949 como un triunfo del marxismo-leninismo y una victoria del pensamiento de Mao Zedong, aceptados ambos como guías de su proceso y ejes de su proyección en el ámbito internacional.

En ambas dimensiones, interna y exterior, los dirigentes chinos siguieron aplicando los principios aprendidos desde la fundación del PCCh. Ello quedó de manifiesto en su compromiso al cruzar el río Yalu con miles de voluntarios en apoyo de Corea. La URSS se había comprometido a enviar su fuerza aérea, pero cambió de decisión cuando llegó el momento. Mao no se amedrentó y siguió adelante enfrentándose directamente con las tropas estadounidenses.

Internamente, la reforma agraria puso fin a la base económica del feudalismo, distribuyendo la tierra y los medios de producción entre los campesinos. Y el nuevo Gobierno puso en marcha multitud de reformas en numerosos dominios, ya en lo económico o en lo social, ya reformando las empresas estatales o ya aprobando la ley de matrimonio –la primera de la Nueva China–, impulsando la emancipación de la mujer, víctima durante siglos del aforismo confuciano de «tener el pelo largo y la inteligencia corta».

La restauración de la economía se completó con la elaboración del I Plan Quinquenal (1953), que trataba de impulsar la industrialización. El objetivo de avanzar hacia el socialismo, partiendo de una realidad de gran atraso, sugería la disposición de varias etapas. El PCCh planteaba entonces un horizonte de unos quince años o algo más para el tránsito hacia el nuevo sistema, pero la cuestión no era pacífica y se volvería sobre ella en varias

ocasiones con cálculos y estimaciones diversas.

La combinación de ritmos demasiado rápidos y periodos demasiado cortos deparó algunos resultados desfavorables. Pese a aceptar el apoyo de la URSS en estos primeros y decisivos años, la política principal trazada por el PCCh apuntaba a apoyarse ante todo en los propios esfuerzos, considerándose la ayuda exterior como auxiliar. Mao no quería depender en modo alguno de la ayuda soviética. La transformación socialista de la agricultura mediante la cooperativización se cumplió en siete años, con once años de anticipación sobre lo programado. Otro tanto se podría decir del ritmo aplicado en otros ámbitos de la producción.

En el campo cultural y educativo, el PCCh promovió las dotaciones para coadyuvar al desarrollo económico en condiciones de una débil base científica. Hubo también políticas específicas para alentar la transformación ideológica de los intelectuales sobre la base del patriotismo, pero igualmente «aprendiendo de la URSS». Fueron también denunciadas graves injusticias en las críticas simplistas que intentaban dar carpetazo a discusiones académicas entre diferentes escuelas respecto de los contornos de una determinada lucha política.

La tarea fundamental del partido en lo ideológico era difundir el pensamiento materialista y elevar la conciencia socialista.

Del VIII al IX Congreso del PCCh

El VIII Congreso del PCCh (1956) se considera el inicio de un camino genuinamente propio para construir el socialismo en China, dando respuesta a esa necesidad de adecuar la praxis política a las peculiaridades del país. Para los dirigentes chinos, ni se podía copiar del extranjero, ni todas las experiencias exteriores eran felices o recomendables ni se ajustaban a las condiciones propias. Si bien cuando se inició el proceso de construcción de la Nueva China se apeló a «aprender de la Unión Soviética», lo cierto es que esto obedeció a una imperiosa necesidad histórica, pero ello no podía

reemplazar la propia búsqueda.

Ese camino propio se fue trazando con un bagaje teórico limitado y muy condicionado por una exploración fáctica basada en el axioma de integrar el marxismo con la realidad china, mirando de reojo las experiencias extranjeras y tratando de ponderar las propiamente suyas.

La primera referencia discursiva de esa exploración de un camino propio y adaptado a su realidad es el texto «Sobre las diez grandes relaciones», que fue previo al VIII Congreso[1]. En su informe, Mao formulaba sus ideas extrayendo lecciones de la experiencia soviética y sintetizando los propios ensayos. En función de ello, Mao apuntaba que «lo que debemos estudiar es aquello que pertenece al dominio de las verdades universales y este estudio debe combinarse con la realidad china»[2]. Una vez más, la idea fundamental consistía en basarse en las circunstancias específicas del país y seguir un camino singular.

Las diez grandes relaciones abordan, sobre todo, problemas económicos, ya sea entre la industria pesada y ligera y la agricultura, entre la industria costera y del interior, entre la economía estatal, la colectiva y la privada. No obstante, también delinea con precisión otros asuntos de naturaleza más política, como la relación entre la autoridad central y la local, entre el ejército y el pueblo, entre el partido y el pueblo, entre la revolución y la construcción nacional, entre las minorías nacionales, entre los diferentes partidos o incluso de China con el extranjero.

La política de «que se abran cien flores y compitan cien escuelas» se adoptó en paralelo a la adopción de ese documento[3]. Se trataba de sumar a la intelectualidad al nuevo impulso. Ya fuera en el campo científico o en el cultural, había que alcanzar los niveles más avanzados del mundo.

El PCCh no adoptaría el modelo unipartidista soviético, sino que apostaría por la colaboración multipartidaria a través del frente unido bajo su dirección. Es lo que llamó «coexistencia duradera y supervisión mutua» y tendría en la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino su reflejo institucional más acabado. En ese mismo marco, se propuso una «tercera cooperación» con el KMT

para lograr la reunificación del país, apuntando a la estrategia de «liberación pacífica» de Taiwán.

Por tanto, si bien en los primeros años de estabilización económica de la Nueva China el PCCh había tenido muy en cuenta, sobre todo, la experiencia soviética, ahora, al plantear las diez grandes relaciones, aspiraba a desarrollar en detalle una ruta de construcción original.

En el VIII Congreso se detalló con flexibilidad lo que había de ser el cuadro de la economía china, con una combinación de espacios reservados a la economía estatal, la colectiva y también la individual, con planificación y mercado, representando todo un ensayo de reforma de la estructura económica que obedecía a la superación de cualquier modelo conocido de socialismo. Deng Xiaoping apeló a la educación ideológica, especialmente a la elevación del nivel marxista-leninista en el partido.

La precipitación en busca de éxitos rápidos derivó en la fijación de metas cada vez más altas, aun a riesgo de afectar la estabilidad económica. En consecuencia, surgieron los primeros brotes de escasez y conflicto, ya en el campo o en las ciudades, con críticas abiertas a la acción del Gobierno. En ese contexto, Mao formula «Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo», señalando los principios y métodos que debían adoptarse para resolverlas. A través de la «unidad-crítica-unidad», se debían templar de forma persuasiva y democrática, a diferencia de las contradicciones con los enemigos del pueblo, que exigirían métodos de coacción y dictadura.

La discusión abierta sobre las contradicciones en el seno del pueblo dio pie a una campaña de rectificación que excedió los límites previstos por el partido. La significación de «sentimientos hostiles hacia el socialismo» derivó en la tirantez política que propició el contraataque del partido hacia los considerados «derechistas» (con extralimitaciones incluidas, las cuales alcanzaron proporciones descomunales, llegando a alarmar la intensidad alcanzada por la exaltación de la lucha de clases).

El Gran Salto Adelante (GSA) supuso una enérgica tentativa de explorar un camino propio para China en la construcción del

socialismo. Poco exitosa, a juzgar por el resultado. Si la URSS planteó alcanzar y superar a EEUU en 15 años, Mao planteó que China alcanzaría o superaría a Gran Bretaña en otros 15 en la producción de acero. En esencia, se trataba de luchar duro durante tres años para librarse del atraso económico, un empeño loable, pero muy alejado del realismo defendido, entre otros, por Zhou Enlai o Chen Yun. Las altas metas, sobreestimaciones, falsas informaciones, etc., impactaron en el funcionamiento normal del partido, muy afectado en su dinámica habitual debido al terreno ganado por el culto a la personalidad, la arbitrariedad y la minusvaloración de la dirección colectiva. Las comunas populares, una idea promovida por Mao, integrando la industria, la agricultura, el comercio, la educación y la milicia, se convirtieron en la entidad básica de la sociedad china[4].

El GSA y las comunas populares constituyeron un grave error en el proceso de exploración de un camino propio para construir el socialismo, sentencia el PCCh. Y ello se debió en gran medida a la liquidación del debate interno, a la supresión de las opiniones distintas aun manifestadas con vocación constructiva. El ministro de Defensa Peng Dehuai plantó cara a Mao y este rebatió punto por punto sus opiniones, desatando en paralelo una nueva ola de represión de lo que llamó tendencias de derecha. Como consecuencia del fracaso de este proyecto, la población total de China en 1960 fue, según estadísticas oficiales, diez millones menor que en el año anterior. En 1961 se suspendieron el GSA y la comuna como sistema básico de propiedad.

A partir de entonces, revalidar el estilo de buscar la verdad en los hechos y hacer investigaciones y estudios se antepusieron de nuevo a aquella impaciencia de resultados ciertamente trágicos. Los reajustes en la industria o la agricultura se complementaron con invocaciones a enderezar la línea ideológica como premisas para restaurar el orden en la economía y en la sociedad.

En la conocida como Reunión de Siete Mil Personas (11 de enero-7 de febrero de 1962) celebrada en Beijing, se planteó un balance de la situación. El propio Mao llegó a decir entonces que serían necesarios al menos 100 años para que China desarrollara en gran medida sus fuerzas productivas y alcanzara y sobrepasara a los

países capitalistas más adelantados del mundo. La autocrítica generalizada se plasmó en el reconocimiento de la falta de prudencia y modestia en la conducción del proceso. Más de seis millones de cuadros políticos que habían sido sancionados fueron rehabilitados.

Fue a raíz de este balance, y muy apremiados por la necesidad de lograr una mejora del bienestar más elemental, que en el medio rural surgieron modalidades de «fijación de cuotas de producción en función de la familia», un modelo de apoyo a los campesinos que daba un buen resultado en términos de rendimiento.

Esta situación interna tenía también un complemento exterior destacado. El PCCh había hecho saber al PCUS la diferencia de criterios respecto a algunos problemas planteados en su XX Congreso, escenario de las primeras críticas directas a la gestión de Stalin. Las controversias entre China y la URSS abarcaban dos aspectos. De una parte, discrepancias ideológicas entre los dos partidos, con una visión diferente de la situación internacional y con planteamientos tácticos y de línea del movimiento comunista distintos. De otra, los soviéticos, dice Beijing, atribuían a su partido la condición de «partido padre» y exigían al PCCh obedecer en un intento de situar China bajo su control militar y diplomático. La cual, por ejemplo, rechazó la propuesta soviética (1958) de establecer en su territorio y en sus aguas jurisdiccionales estaciones de radio de onda larga y flotas mixtas de propiedad y control conjuntos. También Jruschev exigió a China que renunciase al uso de la fuerza en el problema de Taiwán. Moscú además se decantó a favor de la India en el choque fronterizo con China.

Las críticas de Moscú al PCCh se propagaron en el seno del movimiento comunista. Los expertos soviéticos que trabajaban en China fueron llamados de regreso y los acuerdos y convenios de cooperación fueron anulados. Las delegaciones del PCCh que viajaron a Moscú para resolver las disputas volvían con las manos vacías. La división se consumó. Aun así, tras la destitución de Jruschev, Zhou Enlai viajó a Moscú en 1964 para explorar la posibilidad de un reencuentro con la nueva dirección de Brézhnev, pero no fue posible. Es más, la tensión siguió escalando con el envío de tropas a la frontera común y su estacionamiento en Mongolia.

Las relaciones entre ambos partidos se interrumpieron[5].

El PCCh consideraba entonces que el PCUS promovía una línea hegemonista y una práctica chovinista que normalizaban la intervención en los asuntos internos de otros países en nombre del internacionalismo proletario y por su condición de partido padre del movimiento comunista. El quid de la cuestión estribaba, sin embargo, en la capacidad de integrar los principios universales del marxismo con la práctica concreta de la revolución en un determinado país, promoviendo el marxismo-leninismo con nuevas ideas y puntos de vista en atención a los cambios registrados en la situación. Esto para el PCCh significaba ser fiel a los principios y debía ser la base de cualquier relación respetuosa entre partidos comunistas.

Tras el breve periodo de restauración burocrática que siguió al GSA, la exploración de un camino propio para China seguía muy presente en el frontispicio ideológico del PCCh y en su propósito de gestión al frente de los destinos del país, cualquiera que fuese su coste. Mao alentaba de forma persistente el debate respecto a la idoneidad de ciertas políticas y su encaje en la lucha de clases, planteando críticas respecto al sistema de cuotas de producción con base en la familia y la revocación de ciertos veredictos contra derechistas en el seno del partido, temeroso de que se produjera un desvío en la orientación del proceso que abriera camino a una hipotética restauración del capitalismo. Mao conminaba a tener presente la lucha de clases como motor de la revolución y como mecanismo para afrontar dicho peligro y asegurar la persistencia de una línea marxista-leninista como guía. Este enfoque dio pie a una campaña de educación socialista en la ciudad y en el campo, que de nuevo se saldó con una caza masiva de «revisionistas», considerados «cuadros perversos de la burguesía burocrática». Esta campaña duró más de tres años y en su transcurso se llevaron a cabo reiteradas movilizaciones de masas y luchas políticas que caldearon la atmósfera del país en todos los ámbitos, preparando el ambiente para la inminente Revolución cultural.

Justamente, la Revolución cultural, iniciada y dirigida por Mao, respondía a la misma idea de explorar un camino socialista propio de China, aderezada con la intención de prevenir la restauración del

capitalismo y mantener la pureza ideológica del partido actuando no sólo sobre las estructuras económicas o administrativas, sino también en el corazón y la mente de las personas. No obstante, la exageración de la lucha de clases y la errada evaluación de la situación política junto con el fanatismo del culto a Mao derivaron en una crisis de enormes proporciones[6]. El factor ideológico se sustanció con el pábulo de que el revisionismo había asumido el control de la dirección central del partido y del Estado.

Nada más lejos del marxismo que la creencia proyectada por Lin Biao, instituido constitucionalmente como el sucesor de Mao en aquellos días, de que «cada frase del presidente Mao es una verdad, y una palabra suya vale más de diez mil nuestras». La conocida como teoría de la cumbre preconizaba que las palabras de Mao equivalían a instrucciones supremas e indiscutibles.

El foco se dirigió a aquellos dirigentes que ocupaban los puestos de mayor responsabilidad, supuestos seguidores del «camino capitalista», marginando a figuras de la talla de Liu Shaoqi, Zhou Enlai, Zhu De, Chen Yun, Deng Xiaoping, etc. Los Guardias Rojos protagonizaron una gran turbulencia social abalanzándose contra todas las instituciones, cualquiera que fuese su círculo, censurando a sus responsables. Una acción devastadora recorrió el país para poner fin a la «línea reaccionaria burguesa».

El utopismo de aquel proceso contravenía tanto el marxismo como las condiciones reales de China, aunque se hacía bajo la premisa de un ideal socialista perfecto. La idea de transformar el país en una gran escuela del comunismo no era sino una evolución de su pretensión acerca de las comunas populares (1958) con una densa impregnación igualitarista; algo totalmente impracticable y muestra de un extravío que, no obstante, se intentaba presentar como una defensa acérrima de la sagrada causa del marxismo. Las diferencias de opinión eran, en ese contexto, expresión del permanente conflicto entre el marxismo y el revisionismo.

El coste de la Revolución cultural fue brutal, conmocionando al partido y al país. Los enfrentamientos violentos se prodigaron en numerosas ciudades y la persecución y ensañamiento contra numerosos cuadros políticos, junto con sabotajes, atracos, incidentes sangrientos, etc., daban cuenta de la gravedad de la

situación, especialmente en sus primeros compases, entre 1966 y 1967.

El IX Congreso (1968) certificó tal estado de cosas y personalizó en Liu Shaoqi, con el asentimiento de Mao, el mayor caso de injusticia conocido en la historia del PCCh. Tras su defenestración, la conmoción siguió su curso, con campañas políticas del estilo «lucha-crítica-transformación» o iniciativas como las escuelas 7 de Mayo, a las que fueron enviados muchos cuadros e intelectuales para enderezarlos a través del trabajo físico en el campo.

En los años 1967 y 1968 no pudieron aplicarse los planes económicos anuales, los únicos en que tal tarea no pudo implementarse en toda la historia económica de la Nueva China. En 1968 ni siquiera se elaboró dicho plan. La gestión de la economía era una catástrofe, con todos los índices principales en caída libre.

Tras la huida y muerte de Lin Biao (1969), cuyo intento de golpe de Estado supuso un importante revés para Mao, una etapa de relativa moderación permitió abrir paso a una tímida normalización. El X Congreso del PCCh (1973) revalidó, no obstante, la línea aprobada en el anterior y mantuvo la orientación básica de la Revolución cultural.

En ese contexto, mientras la URSS concentraba tropas en su frontera norte, China gestaba el viraje en las relaciones con su acercamiento a EEUU; esencial, por otra parte, para encarar una resolución del problema de Taiwán e integrarse de forma más activa y plena en los asuntos internacionales. La visita secreta de Henry Kissinger en 1971 dio paso a la posterior de Nixon al año siguiente. Los avances no fueron fáciles. La normalización de las relaciones diplomáticas se demoró hasta 1979, aunque las oficinas de enlace facilitaron el desarrollo de los intercambios a todos los niveles. La restauración de China en la ONU (1971) sería uno de los primeros y más alentadores efectos.

En aquellos años, el PCCh percibía el temor real de una guerra ante la elevación de la tensión fronteriza y las feroces disputas bilaterales. La normalización con EEUU facilitó los intercambios con Japón y los países de Europa Occidental. Por otra parte, empeoraron las relaciones con Vietnam y mejoraron con los países

de Europa Oriental. Con la «teoría de los tres mundos», el liderazgo chino subrayó la pertenencia al grupo de países en desarrollo, el llamado entonces tercer mundo, y su voluntad de fraguar un frente único internacional antihegemónico.

En lo interno, la campaña de crítica a Lin Biao y a la doctrina de Confucio y Mencio (1973) representó un último episodio que bien pudo afectar de nuevo a la estabilidad. Al condenar a la Banda de los Cuatro, grupo de altos dirigentes capitaneados por la esposa de Mao, Jiang Qing, dispuestos a todo para asegurar la continuidad de la Revolución cultural, Mao recurrió a Deng Xiaoping para retomar el anhelo de la modernización del país, poniendo de nuevo el foco en la construcción económica. El balance de esa década se resumió en caos y desgracia.

A pesar de los desmanes reconocidos, el dictamen del PCCh insiste en que en esta etapa el poder no cambió de naturaleza y hace recaer en la responsabilidad de Mao el curso de la Revolución cultural. Mao buscaba un socialismo puro y perfecto, en el convencimiento de que, en realidad, estaba abriendo un camino nuevo. Creía que su teoría y práctica eran marxistas, pero se pusieron al descubierto las graves taras y el extravío en la exploración de ese camino socialista a todas luces erróneo. Y de ahí su tragedia.

El error que supusieron la Revolución cultural y el papel desempeñado en ella por Mao abría el debate acerca de la vigencia o no de su pensamiento como guía del partido. Y dividió a la dirigencia entre quienes seguían persistiendo en el «todoísmo» (mantener con firmeza todas las decisiones tomadas por el presidente Mao y seguir invariablemente todas sus instrucciones) y quienes ponderaban el alcance histórico de su figura, con sus claroscuros, y la autoridad de su pensamiento.

«Avanzando en medio de la perplejidad», las ideas directrices en el PCCh siguieron inmersas en una relativa confusión que no se resolvería hasta la tercera sesión plenaria del X Comité Central (1978). Pero Deng Xiaoping, quien se erigió en referente principal de la era posmaoísta, apuntaló el camino al señalar que el «todoísmo» era erróneo y que el pensamiento de Mao no podía interpretarse a la luz de unas cuantas palabras sueltas, que había que estudiarlo y aplicarlo como un conjunto sistemático si en

verdad el PCCh aspiraba a que guiara su trabajo en los diversos ámbitos.

En resumidas cuentas, no concordaba con el marxismo la creencia de que un revolucionario estuviera exento de todo defecto y error. Los grandes méritos de Mao fueron reconocidos, pero el énfasis se reservó para su pensamiento como sistema científico que integra los principios universales del marxismo-leninismo y la práctica de la modernización y su desarrollo en las condiciones históricas concretas.

El sistema de partidos y la hegemonía del PCCh

A finales de 1939, Mao publicó su ensayo «Sobre la nueva democracia». En él daba respuesta a cuestiones como el tipo de Estado que China debía adoptar, cuál sería su sistema político, económico y cultural, cuál su futuro, aclarando un punto de vista del PCCh que sería tenido muy en cuenta en los años venideros, incluso a partir de 1949, influyendo de modo definitivo en la conformación de su sistema institucional.

Para Mao, la principal contradicción en aquella sociedad semicolonial y semifeudal radicaba entre el imperialismo y el pueblo chino y entre el feudalismo y las masas populares; por ello, la Revolución china debía pasar por dos etapas: la revolución democrática y la revolución socialista.

En su opinión, la revolución democrática, que arrancaría del Movimiento del 4 de Mayo de 1919, había dejado de ser una revolución democrática en el sentido corriente del concepto, convirtiéndose en una revolución de «nueva democracia», es decir, antiimperialista y antifeudal, y dirigida por el proletariado con el apoyo de las amplias masas populares. Esa hegemonía del proletariado, cuya vanguardia es el PCCh, connota la singularidad del proceso histórico y permite el establecimiento de un frente unido con la burguesía nacional para lograr aislar al enemigo principal.

Mao defiende en el texto un programa político, económico y cultural que impone una ruptura radical con el imperialismo y el feudalismo, dejando en claro que el porvenir de dicha revolución de nueva democracia no podía ser otro que el socialismo. Asimismo, sentencia en su ensayo que esas dos revoluciones (nueva democracia y socialismo) debían ser consecutivas y no podrían hacerse de un solo golpe, cuidando de evitar que pudiera intercalarse entre ellas una etapa de signo burgués. En consecuencia, la guía ideológica de la revolución de nueva democracia se orientaba con claridad hacia el socialismo, un proceso garantizado por la hegemonía del PCCh en su conducción.

El PCCh considera que este planteamiento de Mao fue vital en la época para comprender la etapa en que se encontraba el proceso revolucionario, pero también la hoja de ruta para el desarrollo de la Revolución china. De hecho, llegó a ser la bandera y guía para diferenciar entre los contenidos y tareas de cada etapa, desautorizando las tendencias trotskistas y de los seguidores de Chen Duxiu que abogaban por el liderazgo de la burguesía nacional en la primera etapa, y yendo también más allá de las orientaciones que por entonces emitía la Internacional Comunista, a su entender poco claras.

Hasta el inicio de la política de la reforma y apertura (1978), que puso fin, en lo fundamental, al maoísmo y dio paso al denguismo, este análisis de Mao se proyectó durante varias décadas, manteniéndose en buena medida incólume a pesar de los altibajos y tragedias que asolaron el transcurso revolucionario en aquel tiempo.

Durante el periodo maoísta se instituyó un sistema de partidos singular en China, diferenciado del modelo de partido único soviético. A diferencia de las políticas económicas, que con el tiempo han experimentado cambios notables, este sistema, con altibajos, ha persistido hasta nuestros días. China no tiene uno sino nueve partidos oficiales: el PCCh y otros ocho. En lugar de que los partidos compitan por el poder como en Occidente, o de que un único partido monopolice en exclusiva el poder proscribiendo a cualquier otro, China desarrolló un sistema en el que existen múltiples partidos, pero en una relación de cooperación más que de

competencia. El PCCh sí tiene el monopolio del poder en gran medida, ya que el liderazgo del PCCh es la característica que define el nuevo tipo de sistema de partidos políticos de China y que cogobernar con el PCCh es la base política fundamental para la cooperación multipartidista[7].

Los otros ocho partidos no pretenden ni pueden ser de oposición, ni alternativas potenciales al Gobierno del PCCh. En su lugar, sirven como canales para que los diferentes sectores de la sociedad participen en la gobernanza a través de la consulta y la cooperación, actuando como asesores, ayudantes y socios eficaces, en un ejercicio de representación inclusivo basado en la aceptación del liderazgo del PCCh, que, en China, es efectivamente el aparato del Estado: no funciona como un partido político en el sentido occidental, sino como la encarnación permanente del Estado y del propio orden constitucional. A través de este prisma, los otros ocho partidos tampoco son realmente «partidos» en el sentido occidental, sino que funcionan más bien como órganos consultivos formalizados que representan a diferentes sectores de la sociedad dentro de este marco constitucional.

El modelo se concibe como una forma de evitar tanto la supervisión inadecuada en el régimen de partido único como la competencia descarnada, y tantas veces destructiva, que puede observarse en los sistemas liberales occidentales. Se esté o no de acuerdo con este encuadre, representa un enfoque netamente chino de la representación política, centrado en la consulta y la creación de consenso más que en la competición y la alternancia en el poder. En lugar de considerar la democracia como una pugna periódica entre partidos, el sistema chino hace hincapié en la consulta continua y en las aportaciones de los distintos sectores de la sociedad. Estos partidos menores son uno de los mecanismos institucionales de esta consulta; algo así como grupos de reflexión y órganos consultivos del Gobierno, pero con un papel político formal que incluye escaños en las asambleas legislativas.

Muchos de estos partidos tienen auténticas raíces históricas anteriores a la República Popular China. Por ejemplo, la Liga Democrática China –que es el mayor de estos partidos menores con unos 350.000 miembros– se fundó en 1941 como una tercera fuerza

que buscaba una vía intermedia entre el Kuomintang y el PCCh. El Comité Revolucionario del Kuomintang Chino –con unos 160.000 miembros– surgió del ala izquierda del KMT que se oponía a Chiang Kai-shek. No fueron creaciones artificiales del PCCh, sino movimientos políticos con sus propias trayectorias históricas que acabaron encontrando su lugar en el sistema actual.

Cada partido tiende a representar ámbitos profesionales o temáticos específicos: la Liga Democrática China se centra en los intelectuales de la educación y la cultura, la Sociedad Jiusan (211.000 miembros) representa a los científicos y tecnólogos, mientras que el Comité Revolucionario del Kuomintang Chino trabaja en las relaciones con Taiwán. Sirven de canales para que estos grupos profesionales y sociales puedan hacer aportaciones a la gobernanza desde sus áreas de conocimiento.

El tipo de sistema de partidos políticos que adopta un país viene determinado por sus tradiciones históricas y sus realidades actuales, dice el PCCh. Su nuevo tipo de sistema de partidos no surgió de la nada; más bien fue concebido en el transcurso de la revolución democrática (1840-1949) y tomó forma durante las consultas políticas preparatorias de la fundación de la República Popular China en 1949. Representa una singular contribución creativa del PCCh, basada en la revisión de las lecciones de la historia tanto en China como en el resto del mundo y en sus exploraciones para establecer un sistema distintivamente chino.

Recuérdese que, a principios del siglo xx, la Revolución de 1911 puso fin a la monarquía autocrática que había gobernado China durante varios milenios, estableciendo el primer Estado republicano de Asia. China siguió el ejemplo de los países occidentales adoptando la política parlamentaria y un sistema multipartidista. En un momento dado, había más de 300 grupos políticos activos en el país. Sin embargo, en lugar de instituir y reforzar la democracia, aquel sistema condujo a una proliferación de tensiones que comprometía la estabilidad e impedía un ejercicio eficiente del poder. El resultado fue un carrusel político. Entre 1912 y 1928, un lapso de sólo 16 años, China pasó por 10 jefes de Estado diferentes, 45 Gabinetes y 59 primeros ministros. El primer ministro que más tiempo estuvo en el cargo duró menos de un año; mientras que el

que menos, menos de un día. La constante rotación de presidentes, Gabinetes e instituciones causó graves trastornos políticos y desembocó en un hartazgo social que dirigía la mirada hacia otras fórmulas políticas, con la esperanza de ver colmadas las aspiraciones sociales. En 1924, Sun Yat-sen declaró: «Durante miles de años, los sentimientos, costumbres y hábitos sociales chinos han diferido ampliamente de los de la sociedad occidental. Por tanto, los métodos de gestión social en China son diferentes de los utilizados en Occidente, y no debemos limitarnos a copiar a Occidente»[8].

Allí donde fracasó el sistema multipartidista, la dictadura unipartidista resultó igualmente inviable. Después de que el Kuomintang, bajo Chiang Kai-shek, estableciera la dictadura unipartidista tras la creación del Gobierno Nacional de Nanjing, esta condujo al colapso económico, al aislamiento político y a la derrota militar; lo que derivó finalmente en la liquidación total del dominio del Kuomintang en el continente.

Ya en su II Congreso (1922), el PCCh planteó inicialmente una política de unidad basada en el establecimiento de un frente único democrático. La fuerza de la clase obrera por sí sola no bastaría para asegurar la victoria en la revolución de nueva democracia, sino que sería necesario unir todos los elementos progresistas para crear una fuerza lo suficientemente poderosa como para asegurar la victoria completa.

Durante la guerra de resistencia contra la agresión japonesa (1937-1945), adoptó el sistema de gobierno democrático de tres tercios en las bases de resistencia, con el fin de unir todas las fuerzas para emprender activamente la lucha contra los invasores nipones. Este tipo de gobierno, dirigido por el PCCh y basado en la participación multipartidista, fue precursor del posterior sistema de cooperación y consulta política. En cada órgano de poder, un tercio de miembros correspondía al PCCh y los otros dos tercios se repartían entre los representantes de la pequeña burguesía, los de la burguesía media y otras personalidades notables. Mao Zedong consideraba el sistema de gobierno democrático de tres tercios como el mejor modelo político para unir a todas las clases sociales en la lucha contra la agresión japonesa, vaticinando la necesidad de seguir aplicando estos principios tras la guerra como fórmula para

mantener unida a la sociedad y construir conjuntamente una nueva república democrática china.

En las «Consignas del 1 de Mayo» para conmemorar el Día Internacional del Trabajo, publicadas el 30 de abril de 1948, el PCCh propuso convocar una conferencia política consultiva y establecer un Gobierno democrático de coalición. Este fue el prólogo de las consultas del PCCh con otros partidos, organizaciones y personas de diversos grupos étnicos y de todas las clases sociales sobre la fundación de un nuevo Estado, y sentó las bases del sistema de cooperación multipartidista y consulta política dirigido por el PCCh. La primera sesión plenaria de la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino (CCPPCh) se convocó en septiembre de 1949. Junto con el PCCh, asistieron otros partidos políticos y organizaciones populares y demócratas sin afiliación partidista. El Programa Común de la CCPPCh, que se adoptó en la sesión, se convirtió en la Constitución provisional de la RPCh. Y fue en esta sesión donde se anunció el establecimiento de un nuevo tipo de sistema de partidos políticos.

El nuevo panorama planteó la cuestión de si estos partidos debían continuar o abandonar el escenario político. Algunos dirigentes defendían que se habían creado para hacer realidad la democracia y la estabilización del país. Con este objetivo logrado, creían que su misión estaba cumplida y podían disolver honorablemente sus organizaciones. Sin embargo, la postura de Mao Zedong y otros dirigentes sobre esta cuestión era clara: los otros partidos que habían participado en el proceso para alcanzar la proclamación de la Nueva China no debían disolverse, sino seguir desarrollándose.

Bajo la dirección de Mao, el PCCh adoptó los principios de coexistencia a largo plazo y supervisión mutua como política básica para manejar las relaciones con otros partidos en su VIII Congreso (1956), estableciendo una nueva fase de cooperación multipartidista en condiciones socialistas. Asumiendo la dirección del PCCh, los demás partidos políticos se sumarían a la causa del desarrollo socialista y participarían en el ejercicio del poder estatal y en la administración de los asuntos públicos, contribuyendo, en función del margen ofrecido por cada coyuntura histórica, a hacer realidad el desarrollo nacional a través de sus respectivos

cometidos.

La política de «coexistencia a largo plazo y supervisión mutua» se implementaría en las relaciones con los partidos democráticos, mientra la de «dejar que florezcan cien flores y compitan cien escuelas de pensamiento» guiaría las relaciones científicas y el trabajo cultural.

El balance del maoísmo

A Mao se le reconoce oficialmente como logro destacado el haber resuelto la siempre difícil conjunción entre la teoría y la práctica en el partido. Es decir, la preocupación constante por dejar atrás el subjetivismo a través de la práctica, impulsando la razón a través de la praxis. De ese modo, estableció guías para seguir avanzando en la implementación de un programa de transformación de la realidad del país conforme a un canon de orientación socialista.

Por otra parte, se significa el que haya tratado bien las relaciones entre lo universal y lo especial: el marxismo es universal, pero hay que singularizarlo y adaptarlo a la realidad de China. Desde el primer momento, Mao advirtió sobre los peligros asociados a la imitación de un modelo, por más que fuera prestigioso. En este sentido, el maoísmo representa un derecho a la originalidad y al respeto de las condiciones locales que impulsa a las formaciones políticas a reinventarse a cada paso, descartando copias a ciegas[9]. El maoísmo plantea claramente las tareas y exigencias para adaptar el marxismo a China.

Un tercer elemento es el haber tratado bien la relación entre las masas y la dirigencia. El punto de partida se fundamenta en el rechazo del seguidismo y el populismo, poniendo el acento en la necesidad de educar a las masas y ejercer el liderazgo sin ignorar las necesidades reales de las comunidades. Estar con las masas y guiar a las masas sin paternalismos, es decir, reconociendo que estas no vislumbran el futuro del país.

Una clave determinante es la oposición al dogmatismo y la capacidad para emancipar la mente y desarrollar los principios básicos del marxismo instando a su aplicación en la realidad concreta que debe transformarse. Librarse de los conceptos dogmáticos proporciona una premisa ideológica básica para promover la sinización del marxismo con base en la historia y cultura chinas. En textos de referencia como «Sobre la práctica» o «Sobre la contradicción», desde la perspectiva de la epistemología, se proporciona una metodología para dicha sinización en función de una cosmovisión de fuerte raíz cultural.

En resumen, en tres aspectos básicos se podrían sintetizar sus aportaciones sustanciales: buscar la verdad a partir de los hechos, línea de masas e independencia. La idea central y de mayor importancia del maoísmo, asegura el PCCh, es la de buscar la verdad en los hechos.

El pensamiento de Mao Zedong es la aplicación creativa y el desarrollo del marxismo-leninismo en China. Es un principio teórico que expresa un resumen de la experiencia de la revolución y construcción de China y que ha sido probado en la práctica. Es el primer salto histórico en la sinización del marxismo. El alma viva de ese pensamiento es la postura, el punto de vista y el método que proporcionan orientación científica para el desarrollo de la causa del partido y de la sociedad china.

Dicho pensamiento, como guía del PCCh, representa un principio teórico que goza de institucionalidad normativa. Mao, sentencia el PCCh, concedió gran importancia a los fundamentos básicos del marxismo y siempre insistió en utilizarlos para resolver los problemas prácticos de China basándose en sus principios, luchando contra diversas tendencias erróneas y resumiendo en profundidad la experiencia revolucionaria. Y en esa trayectoria de exploración se formaron las características distintivas de los comunistas chinos. Por todo ello, el pensamiento de Mao Zedong refleja la práctica de explorar vías de construcción socialista adecuadas a las condiciones nacionales de China.

Por último, el pensamiento de Mao aglutina el conjunto de aportaciones teóricas y políticas del líder chino al bagaje ideológico socialista. Cabe destacar en este sentido, la teoría de la revolución

de la nueva democracia, de la revolución y la construcción socialistas, de la construcción del ejército revolucionario y la estrategia militar, de la política y la táctica, de la construcción del partido, del trabajo ideológico y la cultura… Aquella «bomba atómica espiritual de potencia ilimitada», en palabras de Guo Muruo, fruto de décadas de reflexión y acción, se completaba con la línea de masas o el principio de autosostenimiento, así como con la actitud realista y el valor de la práctica como fuente de conocimiento.

Desde el punto de vista cronológico, en el proceso de sinización inspirado por Mao hay tres etapas básicas:

• 1921-1949: En el periodo de nueva democracia, el auge revolucionario condujo a la fundación de la RPCh.

• 1949-1956: En este periodo se sientan las bases de la revolución socialista, estableciendo la propiedad pública como principal en lo económico, la política de nacionalizaciones, el diseño del marco político-institucional con la Asamblea Popular Nacional y la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino como referentes básicos o la política elemental en materia de nacionalidades minoritarias.

• 1956-1978: La creación del sistema completo de economía nacional coexistió en su desarrollo e implementación con importantes errores e incluso periodos de caos que ensombrecieron los logros del periodo maoísta.

Será a partir de 1978, con el inicio de la política de la reforma y apertura bajo la inspiración de Deng Xiaoping, cuando se abra una nueva etapa que podríamos definir como la expresión de una segunda combinación del marxismo con la realidad china.

---

[1] Mao Zedong, Obras escogidas, tomo V, cit.

[2] Hu Sheng, Breve historia del Partido Comunista de China, cit.

[3] Ríos, China de la A a la Z, cit.

[4] Ríos, La metamorfosis del comunismo en China, cit.

[5] Jean-Luc Domenach y Philippe Richer, La Chine, vol. I, París, Imprimerie Nationale, 1987.

[6] PCCh, 100 years of the Communist Party of China, tomo II, cit.

[7] Véase Ju Li, «A New Type of Political Party System that Has Grown Out of Chinese Soil», Qiushi Journal (edición china) 18 (2024).

[8] Li, «A New Type of Political Party System…», cit.

[9] François Marmor, El maoísmo, Barcelona, oikos-tau, 1978.

Capítulo IV

El denguismo y la construcción de un socialismo con peculiaridades chinas

Para el PCCh, el gran mérito histórico de Marx y Engels fue transformar el socialismo utópico en científico. El marxismo es una ciencia que se desarrolla sin cesar y ello exige una amplitud de visión que se enriquece con la integración de la teoría y la práctica en los diversos países en función de las condiciones históricas. Desprenderse de cualquier dogmatismo es indispensable para acompañar los nuevos horizontes.

En China, ese proceso de adecuación del marxismo a la realidad del país experimentó un primer salto en el periodo de la nueva democracia al señalar un camino para conducir la revolución a la victoria; un segundo salto se produciría en la tercera sesión plenaria del XI Comité Central del PCCh, cuando trazó el detalle del socialismo con peculiaridades chinas, una nueva etapa en el proceso de la construcción socialista en China.

Entre los puntos de vista asociados a esta teoría, el PCCh destaca aspectos como

emancipar la mente; obrar en función de la realidad; considerar la práctica como único criterio para la verdad; partir de la realidad nacional para emprender un camino propio en la construcción socialista; la necesidad de pasar por una etapa primaria muy prolongada para la construcción socialista en condiciones de atraso económico y cultural; desarrollar las fuerzas productivas y concentrar los esfuerzos en la modernización como tarea fundamental de la sociedad socialista; la caracterización de la economía socialista como economía mercantil planificada; la

reforma como importante fuerza motriz para el desarrollo de la sociedad y para la apertura al exterior como condición indispensable en la modernización; el señalamiento de la democracia política socialista y de la civilización socialista en lo espiritual como importantes rasgos distintivos del socialismo; la integración de los dos puntos básicos, sin prescindir de ninguno de ellos: perseverancia en los cuatro principios fundamentales y perseverancia en la orientación general de la reforma y apertura; la idea de «un país, dos sistemas» para la reunificación territorial; la caracterización del estilo de trabajo de un partido gobernante como algo de importancia vital para su vida o muerte; la necesidad de desarrollar relaciones con los partidos comunistas y otros partidos de otros países según los principios de independencia, igualdad completa, respeto mutuo y no intervención en los asuntos internos; la puntualización de que la paz y el desarrollo son los dos temas principales del mundo contemporáneo, etcétera[1].

Estos puntos de vista, asegura el PCCh, perfilan la teoría general de la construcción de un socialismo con peculiaridades chinas.

La tercera sesión plenaria del XI Comité Central del PCCh inició un nuevo tiempo en el desarrollo general de China. El punto de partida que servía de columna vertebral de la acción del partido en sus diferentes y convulsas etapas fue persistir en el principio marxista de buscar la verdad partiendo de la realidad e integrando la teoría con la práctica. Complementariamente, el Gran Salto Adelante y la Revolución cultural se calificaron como graves desviaciones que fueron resultado del menosprecio de dicha actitud.

Deng Xiaoping llamó a emancipar la mente, eliminar el anquilosamiento ideológico y recuperar los fundamentos del marxismo, es decir, el actuar en función de la realidad. Popularizó en todo el mundo la expresión «gato blanco o gato negro, lo que importa es que cace ratones». La célebre frase, un proverbio popular, había surgido en realidad atribuida a Deng, en 1961, cuando el fracaso del Gran Salto Adelante era evidente (aunque Mao decía que las dificultades se habían debido a las catástrofes naturales, al abandono soviético y a la lucha interna en el partido). Críticamente, Mao insinuaba que Deng no distinguía entre el

imperialismo y el marxismo y que su gato era una falacia reaccionaria. Para Mao, lo que Deng quería decir era que el socialismo ya no era capaz de cazar ratones, mientras que el sistema capitalista, sí. El pragmático Deng, por su parte, apuntaba que entre los diversos tipos de relaciones de producción debían escoger uno que pudiese elevar la producción, y sobre esa convicción proyectó la reforma.

La rectificación de la línea ideológica pasaba por erigir la práctica como único criterio para comprobar y determinar la verdad. Es por esa vía que China, según Deng, podría establecer un camino socialista propio.

Tras la decisión de impulsar la política de la reforma y apertura, la modernización fue señalada como el centro de gravedad del trabajo de todo el partido, lo cual exigía una profunda revolución de amplia envergadura que diera carpetazo a la senda previa de estancamiento ideológico.

También la emancipación mental preconizada por Deng exigía como premisa la observación de la democracia interna. Para ello se recuperó el énfasis en el sistema legal y en la consolidación institucional, abriendo espacios para un ejercicio elemental de la libertad de opinión y el liderazgo colectivo. A su vez, en lo económico, esa aspiración democrática se plasmó en una planificación de la descentralización de los poderes, ampliando la autonomía de los diferentes actores. En paralelo, Deng también planteó el permitir que algunas zonas del país, una parte de las empresas y una parte de los obreros y campesinos pudieran acceder a una vida mejor antes que otros. La apertura al exterior y el énfasis en la ciencia y la educación complementaban el proyecto renovador que aspiraba a dar un nuevo impulso a la modernización.

Resumir las experiencias positivas y negativas desde la fundación de la Nueva China, promover continuamente la innovación teórica y proponer nuevas mejoras se erigió en la tarea más importante en los primeros momentos de la reforma denguista. Bajo el magisterio de Deng, la sexta sesión plenaria del XI Comité Central del PCCh adoptó un documento sobre el desarrollo del partido desde la fundación de la República Popular China, esto es, los primeros 30 años de la Nueva China, que abundaba en estas misiones. La

«Resolución sobre determinadas cuestiones históricas» (1979) posibilitaría un consenso sobre la evaluación interna del estatus histórico de Mao Zedong y la naturaleza científica de su pensamiento, concibiéndolo como un sistema, así como criticaría las prácticas y teorías erróneas de la Revolución cultural, sin dejar por ello de enfatizar la necesidad de adherirse al pensamiento de Mao Zedong[2]. Mao fue reconocido como un gran marxista, revolucionario, estratega y teórico del proletariado. En lo ideológico, reafirmó la vigencia del marxismo-leninismo y de su pensamiento.

La exploración de un nuevo camino bajo el principio de «emancipación de la mente» excluyó tanto el enfoque adoptado durante la Revolución cultural como aquellas posiciones que alentaban a seguir el rumbo capitalista como consecuencia de los errores cometidos. En marzo de 1979, Deng formuló los cuatro principios fundamentales, es decir, irrenunciables: el camino socialista, la dictadura democrático-popular, la dirección del partido y la doctrina del marxismo-leninismo y el pensamiento de Mao Zedong, cuatro persistencias que debían inspirar la materialización de las cuatro modernizaciones. Por tanto, desde el primer momento, la política de la reforma y apertura afirmaba persistir en su fundamento marxista y en su orientación socialista.

El pensamiento de Mao Zedong seguiría representando la aplicación y el desarrollo del marxismo-leninismo en las condiciones propias de China, el correcto principio teórico de la Revolución china, la síntesis de sus experiencias, confirmadas por la práctica, y la cristalización de la sabiduría colectiva del PCCh. Nada a lo que renunciar.

En línea con esta narrativa, Deng planteó abrir un camino de tipo chino para la modernización que tuviera en cuenta tanto la pobre base material como la inmensa población del país y la poca tierra cultivable disponible. Y a ello se debía aplicar un orden de prioridades obrando de forma realista, dentro de los límites de las capacidades.

El análisis de si tal o cual proceder se apartaba o no del socialismo ha estado presente en la reforma durante largo tiempo y representa una constante que demuestra el persistente afán por garantizar la

fidelidad al rumbo original del proyecto. Surgía en paralelo a la adopción de iniciativas a modo de ensayo, como el sistema de responsabilidad en la producción agrícola, consistente en la fijación de cuotas de producción y de trabajo en función del grupo o la familia. La efectividad del sistema, su sostenimiento en la propiedad pública de la tierra y el papel de la colectividad y demás actores intervinientes le otorgaban singularidades respecto a la pequeña economía privada anterior a la cooperativización agrícola. El cómo tratar la propiedad privada ha sido otro de los caballos de batalla relevantes, algo que ha sido objeto de debate durante más de una década, hasta la aprobación en 2007 de un nuevo código de derechos reales, que en sus más de mil artículos afrontó, por primera vez en la historia de la RPCh, la regulación de las diversas manifestaciones de lo que en China se entiende por economía no pública, incluida la propiedad privada.

El XII Congreso del PCCh (1982) se desarrolló bajo el principio de que la modernización de China debe realizarse a partir de la propia realidad. Copiar experiencias y trasplantar moldes de otros países nunca conducirá al éxito. En defiitiva, y como ya se venía insistiendo, la idea directriz sería la construcción de un socialismo con peculiaridades chinas. Para ello, la tarea primordial debía ser centrarse en la economía, sintetizando así los mimbres inspiradores de la política china en el último trienio. Junto al diseño del consenso labrado en estos años, Deng fue reconocido como núcleo de la dirección colectiva de esta generación[3].

La transformación acelerada, que vino a renglón seguido, trajo consigo la difusión de la idea de la liberalización burguesa que ponía en cuestión la idoneidad y vigencia de aquellos cuatro principios fundamentales planteados por Deng. El fomento de la civilización socialista en lo espiritual se condensó en una resolución aprobada en 1986 en la que se instaba a persistir en el papel orientador del marxismo. Su eco práctico fue menor a la vista de los disturbios estudiantiles llevados a cabo en varias ciudades a finales de aquel año. La liberalización burguesa fue señalada como un peligro para la estabilidad y se marcaron límites políticos. Con todo, la concentración en los temas económicos vinculados al crecimiento y el desarrollo propició cierta desatención de los asuntos ideológicos.

En el análisis de los graves sucesos políticos de 1989 (la revuelta estudiantil de Tiananmen), el PCCh atribuyó la causa principal al desbordamiento de las ideas de liberalización burguesa que promovían la occidentalización en todos los aspectos y la implantación de un sistema económico y político capitalista. Parte de la responsabilidad del descontento social residía en las contradicciones surgidas al abrigo de la reforma. Además, el contexto internacional, marcado por la Perestroika en la URSS y sus efectos en Europa del Este, empujaba en la misma dirección. Aun así Deng se mantuvo firme en la defensa de los cuatro principios fundamentales como antagonistas de la liberalización burguesa. El PCCh afrontó una severa crisis que le dividió, obligando a extraer importantes lecciones.

Internamente, aquella catarsis sirvió para establecer una línea de demarcación clara acerca del sentido último de la reforma y apertura: no eran una coartada ni pretendían servir de excusa para auspiciar una occidentalización total ni tampoco el capitalismo. Para Deng, si como resultado de la reforma surgía una nueva clase burguesa en China con vocación y capacidad para alcanzar el poder, el PCCh habría fracasado en su empeño modernizador.

Tras este incidente, como fue calificado oficialmente, Deng dimitió de su cargo como presidente de la Comisión Militar Central. El PCCh reiteró que sus teorías se sustentaban en la idea de combinar el marxismo-leninismo con la realidad china y representaban la continuación y desarrollo del pensamiento de Mao Zedong bajo las nuevas condiciones históricas. No se trataba de desplegar un proyecto de otra naturaleza.

A partir de entonces, el proceso de clarificación interna prestó gran atención a la construcción ideológica, especialmente en el campo teórico, y posibilitó un impulso a la educación en la teoría básica del marxismo-leninismo y el pensamiento de Mao Zedong. En adelante, toda persona que se incorporara a los cuerpos dirigentes debía cursar estudios en la escuela del partido y todos debían acudir a ella regularmente para mejorar su formación de modo permanente. La educación ideológica en el socialismo volvió a ser objeto de atención.

En esta etapa, dos objetivos sobresalen en el denguismo. De una

parte, en la construcción económica, desarrollar una economía mercantil planificada socialista basada en la propiedad pública, donde se combine la planificación con la función reguladora del mercado. De otra, en la construcción política, elevar la significación de la civilización socialista en lo espiritual.

Complementariamente, en el problema de Taiwán, fundamental en la política del PCCh para cerrar la doble herida histórica surgida a consecuencia del imperialismo nipón y de la guerra civil, Deng deja de lado cualquier intento de primar una resolución violenta y aboga por avanzar en una solución pacífica. En la formulación de la idea de «un país, dos sistemas», iniciada con las deliberaciones acerca de cómo resolver el problema de Taiwán, se enfatiza que China aplica el socialismo como lo principal y que, en ese contexto, permitir que unas pequeñas regiones particulares apliquen el sistema capitalista no resultaría perjudicial. Esta propuesta sería implementada en los territorios recuperados de Hong Kong y Macao bajo la fórmula de la región administrativa especial.

La etapa primaria del socialismo

En la década de 1840, Marx tenía una visión bastante certera sobre la transición hacia el socialismo y el comunismo. Se trataba de una progresión por etapas: feudalismo, capitalismo, socialismo, comunismo. En ese contexto, el denguismo introduce una aportación evidente: la conceptualización de la etapa primaria del socialismo y de la economía socialista de mercado, que expresarían esa voluntad de innovación, muy dependiente de las necesidades políticas del entorno.

En efecto, China partía de un grado de desarrollo muy atrasado económica y culturalmente. Deng sugiere, a la vista de esta situación, introducir una etapa primaria antes del periodo que Marx calificó de transición al socialismo. China se encontraría realmente en dicha etapa. El fundamento de la teoría de Deng es que en ella persista la dirección del partido para asegurar la vigencia en todo momento de la hoja de ruta hacia el socialismo. La teoría de la

«etapa primaria del socialismo» plantea una reformulación del concepto mismo de socialismo, concibiéndolo como una etapa relativamente larga.

El XIII Congreso (1987) expuso de forma sistemática dicha teoría, abundando en la definición de la línea fundamental del partido en esta fase. Ya en la resolución sobre algunos problemas en la historia del PCCh después de la fundación de la RPCh se señalaba de forma explícita, por primera vez, que la construcción sistémica «aún se encuentra en su grado primario»[4] y que el sistema socialista tenía que atravesar necesariamente por un largo proceso para pasar «de una relativa imperfección a una perfección relativa».

Esta contribución teórica es la más importante conclusión del XIII Congreso y, al igual que en innovaciones anteriores, insiste en que su fuente es la línea ideológica de emancipar la mente y actuar en función de la realidad, en virtud de la exploración de una vía de modernización al estilo chino, enfatizando su condición de innovación del marxismo.

El PCCh discutió esta cuestión de la etapa primaria del socialismo por primera vez en el marco de la formulación de las tres etapas del socialismo referidas al sistema económico. Siguiendo a Cheng Enfu, la etapa primaria incluiría la propiedad pública como principal y la privada como auxiliar, más la distribución orientada al mercado y en función del trabajo como órgano principal y la distribución en función del capital como auxiliar, además de una economía de mercado dirigida por los planes quinquenales[5].

La etapa intermedia incluiría, por tanto, una variedad de propiedad pública, más una de distribución según el trabajo, así como una economía planificada por el Estado como órgano principal y la regulación del mercado como auxiliar.

La etapa avanzada, el comunismo, estaría determinada por la propiedad pública única de todo el pueblo, la distribución de bienes en función de las necesidades y una economía totalmente planificada. Todo lo cual estaría en clara contraposición con un sistema capitalista, que tiene la propiedad privada como referente principal, más la distribución en función del propio capital y una economía de mercado.

El XIII Congreso abrió la reflexión sobre las contradicciones sociales en esta etapa, las leyes de su evolución y desarrollo, y los principios concretos que rigen en los diversos campos de la modernización. Jiang Zemin reclamó «más coraje y menos tabúes»[6], en un contexto en el que debía primar la prosperidad de la economía y también la integridad moral de los órganos del partido y del Gobierno.

Comprender de forma correcta el momento histórico del proceso constituía una premisa clave para enfatizar, primero, que se debía persistir en el socialismo y, segundo, que se debía reconocer la necesidad de pasar por un periodo de pleno desarrollo de las fuerzas productivas. La diagnosis incidía en que China estaba lejos de haber superado la etapa primaria del socialismo. Alcanzarlo sin atisbar ese desarrollo era una actitud utópica, como mecanicista era pensar que China pudiera emprender el camino socialista sin necesidad de pasar por ese tramo de pleno desarrollo. Estas afirmaciones sirvieron de referencia para implementar la política denguista de la reforma y apertura y se consideraron una importante contribución de los comunistas chinos a la teoría del socialismo científico.

Buscar un camino de desarrollo adaptado a las condiciones de China y encontrarlo a partir de una teoría universal como el marxismo-leninismo no es una tarea fácil; el valor de la experimentación y la progresividad surge como recurso inevitable. La línea que debía seguirse en esta etapa fue resumida de modo abreviado en «un eslabón central y dos puntos básicos»: el primero, la construcción económica, y los segundos, los cuatro principios fundamentales y la reforma y apertura.

El XIII Congreso instituyó el reconocimiento expreso de dos grandes saltos históricos en la trayectoria del PCCh y del país[7]. Por un lado, la revolución de la nueva democracia; por otro, la tercera sesión plenaria del XI Congreso, que formuló la hoja de ruta para construir un socialismo con peculiaridades chinas.

El XIII Congreso apuntaló también el criterio de que la reforma y apertura representan una «correcta línea marxista»[8], atribuida a la valentía creativa de Deng Xiaoping y que descansa en la comprensión de la etapa histórica concreta. Ese periodo histórico es la etapa primaria del socialismo, la cual será «muy prolongada»[9],

ya que todavía se está lejos de superarla; unos 100 años podría requerir.

Cómo construir el socialismo debe ser resultado de la independencia y la autodecisión, y lo acontecido en los países de Europa del Este y la URSS ratificaría al PCCh en la convicción de que su teoría era la adecuada porque se correspondía con la situación de China, evitando la evocación automática de destinos similares.

Esta teoría, reiterada en el siguiente XIV Congreso (1992), incluye una serie de contenidos principales:

• Un camino propio de desarrollo, orientándose por el marxismo, pero sin dogmas.

• La convicción de que China se encuentra aún en un estadio primario del socialismo, una etapa que será larga y que no se podrá saltar a la torera.

• La esencia del socialismo es el desarrollo de las fuerzas productivas y alcanzar la prosperidad común, atendiendo a la definición de la contradicción principal en esta etapa. El favorecimiento o no de esa expectativa es el criterio sobre la idoneidad de las políticas adoptadas.

• La reforma constante es el camino para modernizar el país, tanto en la economía como en la política o la ideología, evitando el estancamiento.

• La paz y el desarrollo constituyen el núcleo de la política exterior independiente capaz de crear un ambiente favorable al avance de la modernización.

• La perseverancia en el camino socialista, así como en los principios fundamentales que nunca deben ser abandonados –entre ellos, el liderazgo del PCCh, el marxismo-leninismo y el pensamiento de Mao y la dictadura democrático-popular–, es la garantía de éxito.

• Se adoptará una concepción estratégica del proceso para lograr la

modernización, gestionando los desequilibrios y las desigualdades como una realidad imposible de evitar por un tiempo.

• El PCCh es el referente determinante del rumbo de este proceso, por lo que debe cuidar su estilo de gobernanza y mantener su liderazgo sobre el ejército.

• La reunificación pacífica del país es un objetivo irrenunciable.

Es en este marco que el PCCh, sin vacilar, aspira a abrir nuevos horizontes al marxismo. El énfasis en la lucha de clases deja entonces de significarse como reflejo de la contradicción principal, para ceder esa posición al avance de la construcción económica para satisfacer la demanda social.

No obstante, el PCCh reconocía entonces que era preciso mantenerse alerta contra la desviación derechista; aunque, teniendo en cuenta la trayectoria durante el maoísmo, la principal preocupación debía ser la izquierdista, más arraigada en la historia propia. Como derechista, podría considerarse: negar los cuatro principios fundamentales o promover la liberalización burguesa; como izquierdista: rechazar la reforma y apertura y considerar que la política económica puede representar un peligro para desnaturalizar el sistema. Para evitar desvíos, nuevamente, emancipar la mente y buscar la verdad en los hechos se impone como premisa básica de actuación. En ese marco general de inalterabilidad de la línea fundamental, la política desarrollada por el PCCh se dirigía a garantizar la cohesión y estabilidad.

El mercado en el socialismo y la hegemonía de la propiedad pública

Manteniendo la posición rectora del marxismo en lo ideológico, el PCCh reafirmaba el sistema económico basado en la propiedad social de los medios de producción y el sistema político basado en

la dictadura democrático-popular. Igualmente, reconocía que en la historia del desarrollo del marxismo, la construcción del socialismo en un país oriental tan atrasado y territorialmente tan extenso como China exigía, como se venía insistiendo, partir de la realidad concreta e integrar los principios generales con las condiciones nacionales.

En dicho marco se señalaba también que «la lucha de clases subsistirá por largo tiempo dentro de determinados límites, pero ha dejado de ser la contradicción principal»[10]. La prioridad era librarse de la pobreza y el atraso y transformar la economía para lograr el gran renacimiento de la nación. Esto implicaba concentrar todas las fuerzas en la modernización del país, apuntando como criterio básico para la idoneidad de cualquier política si es o no favorable al desarrollo de las fuerzas productivas.

El concepto de «economía socialista de mercado» representa una innovación particularmente destacada, sobre todo teniendo en cuenta que, durante décadas, la confrontación entre mercado y planificación ha representado el santo y seña de cualquier propuesta emancipatoria de esta naturaleza. Los componentes principales de la economía socialista de mercado son: propiedad (pública), distribución (según el trabajo) y mercado. Los dos primeros son premisas básicas que sirven al tercero de guía para su realización.

El desarrollo de una economía mercantil planificada se conceptúa entonces como una etapa imposible de obviar en el desarrollo económico de la sociedad. Asumiendo que en la propiedad o en la distribución no es exigible una pureza al 100% ni una igualdad absoluta, el PCCh reconocía y promovía la unidad consustancial entre la planificación y el mercado. A este respecto, apuntaba varios conceptos básicos. Primero, la distinción esencial entre la economía mercantil socialista y la capitalista reside en su diferente base en términos de propiedad de los medios de producción. La primera se basa en la propiedad social y en ella la planificación y el mercado se utilizan como dos formas de regulación. Utilizar el mercado no significa practicar el capitalismo. Segundo, la planificación debe basarse en el intercambio de mercancías y en la ley del valor. En este contexto, no debe equipararse la regulación mediante la

planificación con los planes obligatorios, y se plantea reducir gradualmente el radio de acción de dichos planes. Tercero, que tanto la planificación como el mercado abarcan con su acción todo el ámbito social. El mecanismo así configurado apuntaría al Estado como regulador del mercado y a este como orientador de las empresas.

El desarrollo de las fuerzas productivas se erige así en la gran prioridad, planteándose como un reconocimiento de la máxima del materialismo histórico que asigna a dichas fuerzas la determinación de todo el desarrollo social.

En cuanto al mercado, la construcción de un nuevo régimen económico en China planteaba como una de sus tareas centrales las relaciones entre la planificación y el mercado. El tono general en el denguismo ha sido el de atribuir mayor importancia al papel del mercado en la distribución de recursos bajo el macrocontrol del Estado. Esta aseveración siempre se ha visto acompañada de la inquietud de que una mayor función del mercado pueda conducir al capitalismo. A finales de los noventa, Deng ya señalaba: «En lo teórico debemos llegar a comprender que la diferencia entre el capitalismo y el socialismo no reside en cuestiones como la disyuntiva entre planificación y mercado. En el socialismo también hay economía de mercado, igual que existe control planificado en el capitalismo [...]. Tanto la planificación como el mercado son necesarios»[11]. Ahora bien, la estructura de la propiedad de los medios de producción en la etapa primaria del socialismo debe tener como sector preponderante la propiedad social.

Ideológicamente, no cabría tomar la presencia de la planificación sólo como una característica propia del socialismo, ya que podemos advertir su existencia en muchos países capitalistas y ha sido, por ejemplo, un elemento destacado del keynesianismo y en los planes macroeconómicos de países desarrollados, desde Francia hasta Japón. Sin embargo, el alcance y la metodología de la planificación aplicada bajo el sistema socialista difieren de los del sistema capitalista, y lo mismo ocurre con el mercado.

La experiencia china de la reforma indica que la introducción del mercado en la vida económica ha supuesto mayor vitalidad y vigor, acelerando el desarrollo. Hay una valoración positiva del estímulo

de la competencia entre las empresas, de la optimización de la distribución de recursos, de la capacidad de reacción de modo sensible y rápido ante distintas señales, circunstancias todas ellas que desmentirían los prejuicios largamente anclados en cierto pensamiento marxista. Donde el mercado no llega o distorsiona, la planificación debe completar y equilibrar.

En el XII Congreso del PCCh (1982) se aquilató el principio de tomar la economía planificada como lo principal y complementarla con el mercado como factor regulador; en el tercer pleno que le siguió se formuló el concepto de «economía mercantil planificada basada en el sistema de propiedad pública»; en el XIII Congreso (1987) se avanzó hacia un «régimen de economía mercantil planificada socialista». Y ha habido más planteamientos, que a inicios de los noventa se resumían en tres fórmulas: régimen de economía mercantil socialista que integre la planificación y el mercado, régimen de economía de mercado planificada socialista y régimen de economía de mercado socialista.

Sustentando que no hay contradicción entre ambos, lo que los comunistas chinos están explorando es dejar que el mercado desempeñe un papel progresivamente decisivo en la asignación de recursos, para instituir un sistema y un mecanismo que puedan, al mismo tiempo, permitir que el Gobierno cumpla mejor su función.

El PCCh no ha temido dejar este debate abierto, pues su comprensión no estaba suficientemente madura. En el XIV Congreso (1992) se apuntó a la denominación de régimen de economía de mercado socialista, porque la economía mercantil planificada se entendería como una economía de mercado y justificando la eliminación de «planificación» porque todo el mundo vinculaba esta con fases del socialismo más avanzadas. Esto se apoyaría en varias vigas clave: en cuestión de propiedad, por ejemplo, la pública debe constituir la principal; respecto a distribución, a cada uno según su trabajo sería la forma predominante, permitiendo que personas y regiones prosperaran antes para lograr después el bienestar común; y, por último, en lo referido a la optimización de resultados, se combinarían los puntos fuertes de ambos.

El despliegue del modelo exigiría algunas medidas estructurales: cambiar el papel del Gobierno y separar las funciones y

responsabilidades de este de las empresariales; cambiar el mecanismo de gestión de las empresas, alentando su autonomía; actualizar la planificación a fin de que refleje los cambios en la oferta y la demanda; crear un mercado unificado y completo; impulsar la legislación económica...

Una prueba importante para el modelo fue la reforma de las empresas estatales en esos años[12]. En ese momento se había convertido en una prioridad, que habría de llevarse a cabo aclarando que el objetivo no era desarrollar una economía de mercado capitalista y que se mantendría el protagonismo de la economía de propiedad pública y el papel rector de la economía estatal. Sin ambos, es imposible construir un socialismo con peculiaridades chinas, admite el PCCh. No es sólo economía, es el destino del sistema. El meollo del asunto era el aval o no de una dinámica privatizadora en condiciones de afectar medularmente la naturaleza del modelo.

Algunas empresas estatales afrontaron muchas dificultades y problemas en la competencia en el mercado. La cuestión, no obstante, no se centraba en el tipo de propiedad, sino en la gestión; por ello, el rumbo aprobado en el tercer pleno del XIV Comité Central apuntó a la conformación de un sistema empresarial moderno que demandaba a las empresas estatales dotarse de una personalidad jurídica propia, mantener autonomía en la gestión, responder por el balance de las ganancias y pérdidas, etc. El ensayo inicial abarcó 100 empresas designadas por el Consejo de Estado, además de un número variable de ellas a nivel territorial que serían elegidas por los poderes locales. El experimento debería proveer de experiencias para fortalecer la propiedad pública y, al tiempo, desarrollar otras formas de propiedad.

En 1993, China contaba con 14.200 empresas industriales estatales grandes y medianas de contabilidad independiente, un 3,2% de todas las grandes empresas industriales del país, pero que entregaban al Estado un 54% de las ganancias y pagaban sus impuestos locales. El primer objetivo fue que unas 1.000 empresas estatales desempeñaran un papel vertebrador del desarrollo económico en un contexto de reorganización y reconversión que debía atender aspectos sustanciales, como la separación de las

funciones gubernamentales de las correspondientes a las empresas o la gestión de las deudas.

La idea de que China transita por la etapa primaria del socialismo se combina, pues, con la de conformar un sistema económico con la propiedad pública como principal, pero con el desarrollo conjunto de las múltiples formas de propiedad no pública. ¿Y cuál es la economía de propiedad pública? Integraría, desde la óptica del volumen global de activos, la estatal y colectiva y también los elementos de estas integrados en la economía mixta, y desde la óptica de la forma de los activos, no sólo incluye la propiedad estatal o colectiva, sino también la economía del sector accionario y la de participación accionaria, en las que los activos puedan ser controlados por dichos elementos estatales y colectivos[13].

En cuanto a este tipo de propiedad, clave para preservar la naturaleza del sistema, se formulan algunas orientaciones para asegurar su protagonismo: superioridad de los activos de propiedad estatal y colectiva en el total de activos de la sociedad, control de la economía estatal sobre la arteria vital de la economía nacional y papel orientador de aquella en el desarrollo económico. Estos requisitos debían ser aplicados con rigor pero igualmente con flexibilidad según qué sectores y lugares, y también teniendo en cuenta las exigencias de la coyuntura interna e internacional, que puede aconsejar avances hoy en una determinada dirección y revertirse esta en el futuro cuando las condiciones cambian. Lo verdaderamente importante e irrenunciable era el control dirigente de la economía estatal.

Esa economía estatal, como hemos mencionado, debía ser predominante en las ramas y empresas que atañen a las arterias vitales de la economía nacional y que influyen en el conjunto de la situación. Pero en otros campos se podía contraer reorganizando sus activos o reajustando su estructura. Esto planteaba una disyuntiva: el fomento del sistema accionario ¿significa o no privatización?, ¿la participación accionaria es de propiedad pública o privada? El PCCh defiende que el sistema accionario puede utilizarse tanto bajo el socialismo como bajo el capitalismo, y que la clave para discernir la naturaleza de la propiedad en una empresa accionaria consiste en ver quién tiene en su mano el derecho de participación mayoritaria.

El Estado puede controlar las sociedades anónimas por medios financieros y a través de la participación de acciones públicas. Por tanto, la participación accionaria es considerada un nuevo sistema de propiedad pública.

Este discurso tuvo una traducción práctica importante en el ámbito de las empresas públicas. A lo largo de los años noventa, cuando se llevó a cabo la profunda reestructuración del sector –una privatización singular y adaptada a las particularidades chinas–, se huyó de las terapias de shock aplicadas en aquellos años en los países de Europa del Este o en la Rusia de Yeltsin. En 2001, el 86% de las empresas del Estado habían sido objeto de ajustes y el 70% de ellas habían sido parcial o totalmente privatizadas. Esto significó el despido de decenas de millones de trabajadores. Aunque el proceso seguido fue diferente al aplicado en la ex-URSS o en los países de Europa del Este, el resultado presentaba aspectos comunes. Algunas voces críticas llegaron a calificar aquel duro proceso de descaradamente hipócrita: «no se puede hablar de capitalismo, pero se puede aplicar; se puede hablar de socialismo, pero no se puede aplicar».

En lo inmediato, esa transformación benefició, en primer lugar, a la burocracia representada por los antiguos directores de las empresas públicas, reconvertidos ahora en dueños o directores generales de las nuevas entidades en un altísimo porcentaje que algunos elevaron a más del 95%[14].

La ola principal de desestatalización transcurrió entre 1996 y 2005 y supuso el despido de más de 60 millones de trabajadores del sector estatal y de empresas colectivas. En 2003, la población urbana, unos 200 millones de personas, experimentaba un profundo cambio en su composición: el número de asalariados de las empresas del Estado pasó de 112 millones en 1995 a 69 millones en 2003. En el mismo periodo, en las empresas colectivas, la cifra es igual de reveladora: pasan de 35,5 a 9,5 millones[15].

Desde la perspectiva académica[16], se insiste en que no hay contradicción entre la economía de mercado y la propiedad pública. La economía de mercado en forma de economía mercantil es el mecanismo operativo compartido por la economía capitalista y la economía socialista. La economía política socialista con

características chinas concede gran importancia a las cuestiones de propiedad y las toma como punto de partida de la investigación. Y así se hace respecto a la economía de mercado. Esta se considera un método para desarrollar la producción y un medio para regular la economía; la clave es quién los utiliza y con qué propósito. Comparada con la propiedad, la economía de mercado es secundaria y subordinada. Pero no podemos estudiarla dejando de lado la propiedad. En China, la inclusión del concepto «socialismo» en la economía de mercado socialista aclara la naturaleza de dicha economía. Por otra parte, esta opera sobre la base de la propiedad pública y sirve para consolidar y desarrollar la economía pública.

Desde la perspectiva del sistema económico, una economía de mercado socialista es una economía de mercado en la que impera la propiedad pública, domina la propiedad estatal y coexisten múltiples propiedades. Se puede denominar «economía de mercado con base en la propiedad pública». La economía de mercado capitalista está, en cambio, «basada en la propiedad privada». En la actualidad es un tema controvertido, ya que, en función de la variable que utilicemos (el nivel de empleo que absorbe, por ejemplo), la economía privada se podría considerar la mayoritaria. Pero es evidente que el PCCh aún conserva los resortes esenciales del poder y dispone de las capacidades requeridas para introducir cambios de rumbo significativos en la política del país. Si no es previsible que China retorne al viejo modelo de economía planificada y control rígido de la población, tampoco lo es que las nuevas orientaciones se inclinen por seguir la lógica del orden capitalista liberal, por lo que mantendrá la hoja de ruta de configuración de un modelo flexible en su experimentación e inflexible en cuanto a la naturaleza de su dirección, en la cual persistirá el PCCh.

Además de lo relativo a la propiedad, un aspecto importante también es el cómo aplicar el principio de distribución a cada uno según su trabajo y coordinar la relación entre los diferentes grupos de interés mientras coexisten múltiples formas económicas en la etapa primaria del socialismo.

En esta etapa del proceso de reforma, la economía privada recibió un fuerte impulso tras el debate y aprobación de un nuevo código

de derechos reales (2007), que en sus más de mil artículos afrontó, por primera vez en la historia de la República Popular China, la regulación de las diversas manifestaciones de lo que en China se entiende por economía no pública, incluyendo la propiedad privada. La adopción de dicho texto estuvo rodeada de mucha polémica académica y política.

La inexistencia de una regulación específica de la propiedad privada en China evidenciaba un claro desajuste que era necesario corregir introduciendo un texto a la vez clarificador y garantista. Desde 1999 y fundamentalmente a partir del XVI Congreso del PCCh, celebrado en 2002, la importancia cuantitativa de la propiedad privada se disparó en China, transformando la realidad material y sociológica del país y constituyendo el germen de un cambio mayor que alcanzará a la dimensión política de la reforma y a su actor principal, el PCCh.

En el aspecto teórico, se planteaban cuatro novedades destacables. Se definía la economía no pública (que en la acepción china incluye la economía particular, la privada, la de inversión extranjera y la de los territorios de Hong Kong, Macao y Taiwán) como una fuerza productiva muy importante que impulsa y promueve el desarrollo. Se admite, además, que es una parte sustancial de la economía global china. También se declara que se debe garantizar que las distintas formas de propiedad dispongan de espacio suficiente para contribuir al desarrollo del país, sin estorbarse y pudiendo funcionar de modo conjunto. Y, por último, se reconoce a los dueños, administradores y trabajadores de la economía no pública el papel de constructores del desarrollo y la modernización del país. Por tanto, opera un claro cambio de mentalidad que subvierte anteriores postulados que o bien proscribían la economía no pública como algo imperfecto y sólo admisible transitoriamente, o bien se consideraba un apéndice menor de la economía pública que sólo podría desempeñar funciones limitadas y subsidiarias en la economía china. Todo ello en un contexto general que el PCCh recuerda de vez en cuando: la economía pública, en esta etapa primaria de la construcción del socialismo –que podría durar un siglo–, seguirá desempeñando el papel principal, al tiempo que combina su acción con otras formas de propiedad.

Así pues, en este periodo del denguismo tardío, el PCCh se afanó por eliminar muchos de los obstáculos que impedían el desarrollo de la economía no pública, abriendo un espacio importante para la economía privada[17]. Hoy día, no existen impedimentos formales para que el sector privado, por ejemplo, acceda a la gestión de servicios públicos, a la construcción de infraestructuras, etc., ámbitos que hasta hace poco tiempo le estaban vetados. Ahora, si la ley no prohíbe expresamente su presencia, la economía privada puede intervenir. Además, se propicia una progresiva equiparación entre economía pública y no pública en aspectos como la fiscalidad, el uso de la tierra, inversiones, acceso al crédito, comercio exterior, etc. Esa igualación formal de condiciones que caracteriza el contexto legal tiene como objetivo, según las autoridades, promover una sana competencia entre ambas.

El documento de referencia que sirve de guía a todo tipo de instituciones, ya sean estatales, regionales o locales, para la consideración y fomento de la propiedad privada es el llamado «36 puntos sobre la economía no pública», en el que se abordan toda una serie de medidas que abarcan aspectos como la extensión de los ámbitos económicos a los que puede acceder la economía privada; el incremento del apoyo financiero y fiscal; el aumento de los servicios sociales proporcionados a este sector; la defensa de los derechos e intereses legales de los dueños, administradores y trabajadores; el fomento de políticas destinadas a elevar su calidad; la habilitación de medidas de coordinación activa con el conjunto de la economía; y la concreción de instrumentos que permitan mejorar la supervisión y el control del Gobierno respecto a la economía privada.

Los 36 puntos incorporan algunas aportaciones significativas en el plano conceptual que refuerzan el compromiso del PCCh y del Estado con la economía no pública. En primer lugar, por primera vez, establece el principio de que la economía pública y la no pública tienen el mismo derecho a participar en condiciones de igualdad en la actividad económica. En segundo lugar, también por primera vez admite el acceso de la no pública a los monopolios públicos, que serán progresivamente liberalizados. En tercer lugar, e igualmente por primera vez, contempla la posibilidad de que la economía privada pueda acceder a la explotación y

comercialización de los recursos naturales. Por último, consiente la novedad del acceso de esta forma de economía al ámbito de la defensa y sus tecnologías aplicadas. Los avances teóricos y legales descritos evidencian que la economía no pública dispone de una posición muy destacada en el conjunto de la economía china y goza del favor del PCCh.

Este cambio normativo se apoyaba en una realidad evidente: en los años noventa y principios del siglo xxi, la contribución de la economía no pública al crecimiento y desarrollo de China había sido muy importante. Al término del IX Plan Quinquenal, en el año 2000, representaba el 55% del PIB. Este se distribuía del modo siguiente: el 42,8% correspondía a la economía interna, y el 12,2% restante a las empresas extranjeras y con inversiones de los tres territorios de Hong Kong, Macao y Taiwán. Al final del X Plan Quinquenal, en 2005, ya representaba el 65% del PIB, con un reparto del 49% a la interna y el 16% al resto. Ya nos refiramos a la construcción o la industria, la significación en el ámbito del empleo, la cuota de participación en los ingresos fiscales, el comercio exterior, su papel en la innovación tecnológica, etc., creció de forma exponencial, elevando su importancia en el conjunto de la economía china.

En otro orden, las sombras de la economía no pública son alargadas. En primer lugar, en el plano de las relaciones laborales. En este ámbito, era muy poco habitual la firma de contratos de trabajo y la violación de derechos básicos de los trabajadores estaba a la orden del día. En segundo lugar, las condiciones laborales en estas empresas tampoco podrían calificarse como buenas, ya se hable de la seguridad o de la salud. En tercer lugar, la calidad de la producción también necesitaba mejorar ya que muchas de ellas estaban directamente involucradas, por ejemplo, en la falsificación de productos. Por último, la presencia sindical era muy reducida.

Todo ello influyó en la necesidad de propiciar una mejor protección no sólo de los derechos e intereses legales de los titulares de la empresa privada o individual, sino también de los trabajadores que emplea. La aprobación de una ley sobre contratación laboral vino a garantizar derechos elementales a los trabajadores chinos, desde las indemnizaciones por despido hasta la realización de contratos

laborales.

La iniciativa gubernamental trataba entonces de poner un mínimo de orden (y justicia) en la selva laboral china, venciendo también la tenaz resistencia de las multinacionales occidentales, que, a pesar de sus proclamas, presionaron cuanto pudieron para mantener o alterar en lo mínimo el statu quo que les garantizaba bajos salarios, falta de seguridad y negación, en suma, de derechos y condiciones laborales básicos, una actitud que desmiente sus reiteradas proclamas de contribuir a elevar los niveles de respeto de los derechos laborales en China.

La regulación en detalle de la propiedad privada, confirmada como una realidad duradera en la China de hoy, abría la incógnita de si podría animar transformaciones cualitativas importantes, afectando pilares sustanciales de la reforma, en especial la propiedad social, auténtica –y desconocida– protagonista del crecimiento chino, y que ahora podría verse sacrificada del todo. En la práctica, estas empresas, presentes en el entorno urbano y rural, disponen de un régimen singular en muchos sentidos (administrativo, fiscal, organizativo, etc.), operando con un importante protagonismo de la colectividad laboral; por ejemplo, en la elección de los gerentes (un caso paradigmático es Huawei, propiedad de sus empleados).

Por otra parte, el auge y reconocimiento de la economía no pública ha venido acompañado del anuncio de los sectores que el Estado conservará en sus manos por considerarlos estratégicos: defensa, electricidad, petroquímica, minería, telecomunicaciones, aviación civil y transporte fluvial. Estos son los considerados sectores vitales.

En lo político, el PCCh multiplica su acción para evitar que de este fenómeno se derive la formación de una burguesía hostil, evitando su consolidación como un grupo de poder influyente y paralelo, ya sea a través de la cooptación o propiciando su organización bajo la supervisión del PCCh y con estrecha conexión con los departamentos gubernamentales. Una dificultad importante en este sentido fue el aumento de la corrupción, que amenazaba con dejar el PCCh a merced de los nuevos potentados, en especial a nivel local, dado lo relativamente fácil que podría resultar a estos «comprar» a las autoridades partidarias y administrativas a través de prácticas corruptas.

Al acompañar estos procesos, el PCCh reconocía la importancia de esforzarse no sólo por controlar la macroeconomía y los sectores estratégicos, sino también la economía privada, consciente de que, en lo político, no puede ceder ni un solo palmo de terreno, aplicando, inflexiblemente, todo el peso de la ley a quienes intenten transgredirla.

El fomento de la presencia de estructuras sindicales y partidarias en el nuevo sector y la condición facilitadora e intermediaria de las autoridades del partido derivarían en la multiplicación de los mecanismos de control y dependencia, sin más objeto que tener a su disposición los medios precisos para impedir la traducción política del considerable cambio económico y social que ha supuesto la vigorosa irrupción de la economía privada.

En suma, no es posible clasificar las políticas del PCCh en algún modelo económico teórico clásico. China utiliza modelos internacionales, pero mantiene sus propias estructuras y dinámicas sociales y culturales. Como más próximo, su modelo cabría relacionarlo con el socialismo de mercado. Más allá de la modernización o la privatización, el Estado, instrumento del PCCh, conserva factores determinantes del modelo socialista, aun a pesar de haber incorporado progresivamente elementos del libre mercado con el propósito no sólo de desarrollar la economía, sino de mejorar el nivel de vida de su enorme población.

Algunos de los principales elementos de libre mercado en la economía china actual incluyen ese reconocimiento de una propiedad privada que hoy abarca una importante cuota del PIB y del empleo del país, o la apertura al comercio internacional que ha convertido China en uno de los mayores actores globales, con acuerdos de libre comercio y participación en organizaciones como la OMC. Igualmente, ha reducido aranceles y barreras comerciales para fomentar la competencia y el crecimiento. Asimismo, cabría referirse a la creación de zonas económicas especiales (ZEE) con regulaciones favorables para atraer inversión extranjera directa (IED) o la relajación progresiva de algunas restricciones en sectores clave para incentivar también la competencia. El desarrollo de mercados de valores como la Bolsa de Shanghái y la de Shenzhen han permitido la inversión y capitalización privada, al igual que el

fomento del dinamismo empresarial se ha orientado tanto al mercado interno como al internacional. Por último, aunque el Estado interviene en algunos aspectos laborales, muchas industrias operan bajo reglas de oferta y demanda, permitiendo movilidad y ajustes salariales basados en el mercado.

A pesar de estos elementos de libre mercado, el Gobierno chino mantiene un fuerte control sobre sectores estratégicos, la banca, la moneda y la planificación económica a largo plazo. Esto refuerza la condición híbrida de un modelo en transición.

Nos hallamos en esencia ante una nueva comprensión del socialismo, del capitalismo, del mundo contemporáneo y de China. Una cuestión clave que se deriva de esta actualización es si el socialismo tiene o no realmente ventajas y atractivo y logra afianzarlos a ojos de la colectividad.

El sistema de partidos y la mejora de la gobernanza

Tras el lanzamiento de la reforma y apertura en 1978, los comunistas chinos hicieron balance de los principales retos y cambios de la sociedad china. Durante este proceso, afirmaron las contribuciones históricas de los demás partidos políticos de China y enfatizaron que se habían convertido en una estrecha alianza política que aglutinaba diversas corrientes sociales, los cuales seguían teniendo el patriotismo como eje común.

En el decisivo XIII Congreso, que tuvo lugar entre el 25 de octubre y el 1 de noviembre de 1987, el PCCh, al insistir en la comprensión correcta de la etapa histórica por la que atravesaba el país, planteó una ambiciosa reforma política. Al plasmar la idea de que China estaba atravesando la etapa primaria del socialismo, dejó claro que si bien era ya una sociedad socialista, todavía se encontraba en su inicio. Esa circunstancia no se podía obviar y de ella se debía partir, pues sería un periodo «prolongado»: «negar que el pueblo chino pueda emprender el camino socialista sin que medie un pleno desarrollo del capitalismo es una actitud mecanicista»[18] (PCCh,

1988).

Entre los principios rectores enunciados en este XIII Congreso se formuló un quinto punto: «construir una democracia política con sujeción a la estabilidad y la unidad». El socialismo, se señala, debe conllevar una democracia altamente desarrollada, un sistema perfecto de legalidad y un ambiente social de estabilidad. Si bien indica igualmente que no debe debilitarse la dictadura democrática popular, considera particularmente perentoria la construcción de una democracia política socialista debido a la fuerte influencia del absolutismo feudal. También se reconoce que, debido a las limitaciones de las condiciones históricas y sociales, sólo puede llevarse adelante «de forma bien ordenada y metódica».

En el capítulo V del informe presentado ante el XIII Congreso del PCCh se desarrollan esas ideas generales. En primer lugar, preceptuando la vinculación entre la reforma de la estructura económica y la de la estructura política, de forma que no habrá éxito prescindiendo de la segunda en favor exclusivo de la primera. El Comité Central del PCCh, se enfatiza, considera que «está madura la coyuntura para colocar la reforma política en el orden del día de todo el partido». Su signo orientador sería el discurso de Deng Xiaoping de agosto de 1980 acerca de «La reforma del sistema de dirección del partido y del Estado»[19].

Y se aclara: bajo ningún concepto se debe practicar la «gran democracia», que socavaría la legalidad estatal y la estabilidad social. El sistema de asambleas populares, de cooperación y consulta entre los diversos partidos bajo la dirección del PCCh, así como la vigencia del centralismo democrático constituyen las peculiaridades y ventajas que de ningún modo deben ser desechadas para copiar mecánicamente la práctica occidental de «separar los tres poderes» y de gobernar entre varios partidos por turno. De lo que se trata es de crear una estructura de dirección que eleve la eficiencia general sistémica.

Para ello, se apuntan en el discurso siete ejes esenciales. En primer lugar, la separación del partido de la administración gubernamental, es decir, separar sus atribuciones, preceptuando que el partido debe actuar dentro de los marcos de la Constitución y de las leyes. El partido, por tanto, debe fortalecer su papel directivo

convirtiendo sus postulados y políticas en voluntad del Estado y siempre respetando los procedimientos legales. Esto anuncia una reducción profunda del aparato del partido adosado al Estado, aligerando su significación mediante la supresión de grupos dirigentes o preceptuando que las comisiones de control disciplinario del partido dejen de tratar los casos de infracciones de la ley o de la disciplina administrativa.

En segundo lugar, se propone la transferencia de más poderes a las instancias inferiores, poniendo coto a la excesiva centralización de funciones y actuando según el principio general de que todo cuanto convenga hacerse en un nivel inferior debe decidirse y ejecutarse en él. Y se aboga también por aumentar la autonomía de las empresas e instituciones de forma que el Estado se limite a prestarles servicios y a supervisar su funcionamiento. Los mismos criterios se aplicarían respecto a la relación con las grandes organizaciones de masas.

En tercer lugar, se reforma el aparato de trabajo del Gobierno de modo que se limite el burocratismo, considerando que las medidas citadas y el propio fomento de la democracia socialista ayudarían en ese empeño. El Gobierno central abordaría una profunda revisión de sus funciones y su estructura, acompañada de una intensa reforma legal.

En cuarto lugar, se reforma el sistema de cuadros y de personal con el objeto de elevar la vitalidad, eficiencia e iniciativa, centrándose en introducir un sistema de funcionarios del Estado que serían de dos tipos: políticos y profesionales (con ámbitos claramente delimitados).

En quinto lugar, la implantación de un sistema de consulta y diálogo social a fin de tratar acertadamente y coordinar los distintos intereses y contradicciones sociales, apelando a un desarrollo intenso de la política «de las masas a las masas», con una mayor apertura y transparencia de los organismos dirigentes y con la mejora de los canales existentes, así como la apertura de otros nuevos.

En sexto lugar, se plantea perfeccionar algunos sistemas de la democracia política socialista, sobre todo el de asambleas

populares, racionalizando las relaciones con las organizaciones de masas. Especial atención se otorga al sistema electoral, procurando respetar la voluntad de los electores y garantizándoles un mayor margen de opciones, con más candidatos. La institucionalización de la vida democrática en la base, se dice, constituye un factor fundamental. También en este aspecto se aboga por perfeccionar el sistema autonómico vigente en diversas circunscripciones territoriales como vía para fortalecer la unidad de las diversas nacionalidades minoritarias del país.

Por último, en séptimo lugar, se redoblan los esfuerzos en el fomento de la legalidad socialista, haciendo hincapié en el desarrollo de instrumentos y mecanismos jurídicos, con una normativización creciente de todos los aspectos con el propósito de reducir la arbitrariedad; empeño asociado con la prevención de la repetición de la gran Revolución cultural y con el trazado de una estabilidad de largo plazo en el país.

El informe señala que no se debe «cortar todo con la misma tijera», que se debe adaptar el impulso reformista a las condiciones de cada caso, pero fijando metas para avanzar de forma decidida en la reforma política.

Las ambiciosas previsiones establecidas en esta hoja de ruta, orientada a introducir mecanismos renovadores y democratizadores en el sistema político, se vieron truncadas por la crisis de Tiananmen en 1989, que tuvo como consecuencia la imposición de un candado a este plan y la caída en desgracia de sus principales valedores. El mandato de Jiang Zemin, iniciado a partir de entonces en sustitución de Zhao Ziyang, obró con absoluta cautela en este aspecto y sólo parcialmente siguió explorando los contornos de una reforma política.

En consecuencia, en diciembre de 1989, el Comité Central del PCCh publicó unas directrices sobre el mantenimiento y la mejora del sistema de cooperación multipartidista y consulta política. También en 2005 publicó de nuevo más directrices para seguir reforzándolo. Bajo la firme dirección del partido, la teoría que sustenta el nuevo tipo de sistema de partidos políticos de China se sigue enriqueciendo, y la aplicación de este en la práctica se ha consolidado y avanzado manteniendo incólumes sus características

originales, siempre con debates fluctuantes acerca de su autonomía y capacidad de control.

Desde un punto de vista teórico, los demás partidos aparte del PCCh han sido designados como «partidos políticos que participan en la gobernanza nacional» para definir con mayor precisión su naturaleza. La política de «coexistencia a largo plazo y supervisión mutua» se ha ampliado para incorporar formalmente ahora los principios de «sinceridad y compartir los momentos difíciles y los buenos».

Se ha escrito en la Constitución china que el sistema de cooperación multipartidista y consulta política dirigido por el PCCh continuará y se desarrollará durante mucho tiempo en el futuro. Esto ha determinado que este sistema se refleje en la voluntad del Estado y le ha proporcionado un apuntalamiento constitucional de alto valor, pues asegura su permanencia sin reformas sustanciales. Además, se ha definido como uno de los sistemas políticos básicos de China y como un nuevo tipo de sistema de partidos de naturaleza socialista, adaptado a las condiciones chinas y caracterizado por cualidades propias distintivas.

Desde un punto de vista práctico, el PCCh considera que ha obtenido resultados de enorme valor en el desarrollo de este nuevo tipo de sistema: ha establecido un marco para llevar a cabo consultas sobre cuestiones importantes antes de la toma de decisiones; los miembros de otros partidos y las figuras prominentes sin afiliación partidista representan ahora un porcentaje considerable de los diputados a las asambleas populares, los comités permanentes de las asambleas populares y los comités especiales de las asambleas populares a todos los niveles; y ha ampliado los canales a través de los cuales dichos partidos y figuras prominentes sin afiliación partidista deliberan y participan en la administración de los asuntos del Estado y ejercen la supervisión democrática. Esto ha consolidado el papel de los partidos políticos distintos al PCCh en la cooperación multipartidista.

Este marco conceptual ha sido el punto de partida en el siglo xxi para promover debates y experiencias institucionales en torno a la profundización de la democracia en el país, explorando vías alejadas tanto del formalismo tradicional como también del orden

liberal con el propósito de establecer otros mecanismos de legitimación que preserven la perennidad sistémica.

Los logros de Deng Xiaoping

Deng Xiaoping promovió la realización de un nuevo salto adelante en la sinización del marxismo. El punto de inicio fue la erradicación de la idea izquierdista del todoísmo, expresión neta y paradójica de aquel dogmatismo tan condenado por Mao, como argumento para dar un nuevo impulso al marxismo capaz de transformar de manera estable un sistema atrasado. En ello, fue determinante tomar la decisión de trasladar el centro de trabajo del partido y del Estado a la construcción económica.

Las aportaciones de Deng Xiaoping tienen igualmente un gran valor, ya que facilitaron la superación del rechazo a conceptos como el mercado o la propiedad privada, auténticos tabúes para los partidos comunistas, y, como resultado de la propia experiencia del proceso chino durante el maoísmo, conjuró las prisas en la construcción de la nueva sociedad con el conocido aserto de que «llegaremos al socialismo dando un largo rodeo por el capitalismo». La fórmula «un país, dos sistemas» como alternativa para lograr la reunificación pacífica; el liderazgo colectivo; o la incorporación de las «características chinas» como muletilla para justificar la diferenciación nacional del comunismo chino, no sólo en clave civilizatoria o cultural, sino como adaptación a la singularidad de este Estado-continente, constituyen recursos teórico-conceptuales que siguen vertebrando la actual política china.

Para Deng, la cuestión fundamental del socialismo y de cómo construirlo revelaba profundamente la esencia del modelo y proporcionaría una base sólida para la modernización de China.

Entre sus innovaciones teóricas cabe destacar: a) la diagnosis de la situación de China, un país socialista que no se planteaba dar marcha atrás en su proceso; b) reconocer que aquella China estaba en la primera etapa y no podía ignorar esta realidad; c) que la

contradicción principal por resolver era la existente entre la demanda social y una producción atrasada, por lo que la tarea más apremiante debía consistir en liberar la fuerza de la producción atendiendo a las necesidades de la colectividad; d) el impulso económico pasaba por combinar el socialismo con el mercado, en tanto en cuanto la primera tarea del socialismo es desarrollar la fuerza productiva en mejores condiciones, más avanzadas, que el capitalismo; o e) el enriquecimiento común, la propuesta llamada a erradicar los fenómenos negativos, desigualdades, etcétera.

El XIII Congreso del PCCh discutió sistemáticamente la teoría de la etapa primaria del socialismo y resumió el papel del partido en dicha fase, es decir, la línea básica que a partir de entonces debía seguir. En el XIV Congreso se propuso la teoría de Deng Xiaoping de construir el socialismo con características chinas. Y en el XV Congreso se estableció la teoría de Deng como la ideología rectora del partido. En una década se completó el proceso de elaboración, discusión e institucionalización de esta teoría que debía establecer la hoja de ruta básica para lograr una transformación acelerada del país bajo el liderazgo del PCCh.

No obstante, en realidad, para disponer de la perspectiva completa de este periodo fundamental de la China contemporánea, habría que partir de aquel tercer pleno del XI Congreso en el mes de diciembre de 1978. En ese encuentro, el partido determina una nueva política que pasa página respecto de la lucha de clases como motor de la transformación y pone el foco en las llamadas cuatro modernizaciones (industria, agricultura, defensa y cienca y tecnología) y en las grandes reformas.

En su conjunto, estas reformas se secuencian en tres fases que van desde 1978 hasta el presente: 1) reformas estructurales, 2) economía socialista de mercado y 3) socialismo con características chinas.

Las reformas estructurales emprendidas a partir de 1978 incluyeron una serie de ajustes que pretendían reducir el retraso industrial arrastrado de las épocas pasadas y elevar el nivel de vida de la población.

La primera reforma fue la agrícola, con la misión de reorganizar la

sociedad rural y sus sistemas productivos. Las llamadas comunas populares dejaron paso a un sistema de distribución de tierras entre los campesinos. Cabe mencionar que, a pesar de la reorganización productiva, las tierras siguieron siendo propiedad comunal y también el Estado mantuvo su influencia en las organizaciones colectivas.

La segunda reforma impulsó la apertura del comercio con el exterior (también conocida como la política de «puertas abiertas»), que permitiría recibir inversión extranjera y restablecer las relaciones internacionales. En 1986 se permite introducir una segunda moneda que opere para los ingresos de las exportaciones. Una década más tarde, China ocupa el segundo lugar como país que más inversión extranjera atrae y el primero entre las naciones en vías de desarrollo.

Otra modalidad que se implementa durante la década de los ochenta fue el sistema de joint venture público-privado, permitiendo al Estado coparticipar en proyectos estratégicos para el país, además de beneficiarse del conocimiento y tecnologías de empresas internacionales.

La tercera gran reforma comienza a gestarse en los primeros años ochenta para dar un nuevo impulso industrial. Esta reforma sienta las bases para el nuevo desarrollo de la industria primaria y la introducción de nuevos actores privados. Entre los grandes hitos de esta reforma se encuentran la implementación del sistema de responsabilidad contractual y los cambios de estructura de la propiedad privada.

Otro cambio, este relacionado con la reforma financiera, se presenta en el año 1995, cuando el banco central chino (Banco Popular) emite un reglamento para el establecimiento de agencias de bancos extranjeros. Al año siguiente, se permite la apertura del primer banco privado. No obstante, a pesar de que ello sentó un importante precedente innovador en el sistema financiero chino, casi la totalidad de los nuevos bancos creados siguen siendo controlados por el Estado.

En esta nueva etapa se desarrolla el esquema quinquenal, el cual establece cuatro grandes innovaciones: 1) nuevas instrucciones para

hacer más productivas las empresas estatales, contemplando incentivos de mercado; 2) admisión de los dueños de empresas en las filas del PCCh, un movimiento destinado a fortalecer su presencia en los sectores sociales emergentes que brindaría más efectividad al seguimiento de las políticas básicas decididas por el Estado; 3) reconocimiento en la Constitución de la propiedad privada, culminando un dilatado proceso de debate interno; y 4) modernización de los sistemas de apoyo y fortalecimiento de la educación superior y las ciencias.

Es durante el mandato de Jiang Zemin y Zhu Rongji, en los años noventa, cuando se alentó un crucial impulso al propósito de apertura de la economía china al exterior, al tiempo que se aceleraba el proceso de significación de la propiedad privada a través tanto de los mecanismos desestatalizadores como del apoyo a sectores emergentes, cuidando siempre de preservar la posición pública predominante en ámbitos estratégicos.

En el año 2003, esta decisión crucial fructifica en la creación de una sociedad estatal para que supervise y administre el núcleo de empresas más grandes y estratégicas del Estado (Comisión Estatal para la Supervisión y Administración de los Activos del Estado). Esta sociedad actuará en nombre del Estado como administrador e inversor particular de las empresas donde tenga mayoría accionaria.

---

[1] PCCh, 100 Years of the Communist Party of China, cit.

[2] PCCh, Resolución sobre algunos problemas en la historia del PCCh (1949-1981), Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1981.

[3] Enrique Fanjul, Revolución en la revolución, Madrid, Alianza, 1994.

[4] PCCh, Resolución sobre algunos problemas en la historia del PCCh (1949-1981), cit.

[5] Cheng Enfu, Dialéctica económica de China, cit.

[6] Jiang Zemin, «Discurso en el Foro de Trabajo Teórico de Shanghái» (10 de marzo de 1988), en Textos escogidos, tomo I,

Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 2010.

[7] XIII Congreso del PCCh, documentos, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1988.

[8] Ibid.

[9] Ibid.

[10] Ibid.

[11] Deng Xiaoping, «Debemos aprovechar la oportunidad para resolver el problema del desarrollo», en Textos escogidos, tomo III, 1984.

[12] Jiang Zemin, «Abrir un camino con peculiaridades chinas para la reforma de las empresas estatales», en Textos escogidos, tomo I, cit.

[13] Jiang Zemin, «Establecer y perfeccionar el sistema económico básico de desarrollo conjunto de las economías de múltiples formas de propiedad, con la de propiedad pública como principal» (17 de enero de 1997), en Textos escogidos, tomo I, cit.

[14] Loong Yu, La Chine, un capitalisme bureaucratique, forces et faiblesses, París, Syllepse, 2013.

[15] China Statistical Abstract, 2004, China Statistics Press.

[16] Cheng Enfu, Dialéctica económica de China, cit.

[17] Xulio Ríos, El Partido y la economía privada en China [https://politica-china.org/areas/sociedad/el-partido-y-la-economia-privada-en-china].

[18] PCCh, XIIII Congreso del PCCh, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1988.

[19] Deng Xiaoping, Textes Choisis (1975-1982), Beijng, Edition du Peuple, 1985.

Capítulo V

Jiang Zemin y la triple representatividad

La principal contribución de Jiang Zemin a la sinización del marxismo es el pensamiento de la triple representatividad, que se establece institucionalmente en el año 2000, cuando está próximo a finalizar su segundo y último mandato.

El principio promovido por Jiang Zemin consiste en que el PCCh siempre debe representar la tendencia de desarrollo de las avanzadas fuerzas productivas de China, la orientación de su cultura avanzada y los intereses fundamentales de la abrumadora mayoría de la sociedad. La aceptación de este principio, controvertido en la medida en que podría alterar, en opinión de algunos, la naturaleza de clase del PCCh, facilitó la progresiva incorporación al partido del nuevo sector empresarial privado que surgió como consecuencia del proceso de reforma, acentuando el perfil interclasista de esta formación.

Las décadas de 1980 y 1990 marcaron un periodo de transformaciones profundas en la composición de la sociedad china, impulsadas por las reformas iniciadas por Deng Xiaoping a finales de los años setenta, desencadenando importantes cambios sociales, políticos y económicos.

Uno de los fenómenos más destacados fue la migración masiva del campo a las ciudades (aunque sin alterar el registro de residencia de origen o hukou). Con la implementación del sistema de responsabilidad familiar en las áreas rurales, los agricultores obtuvieron mayor autonomía sobre sus cultivos, lo que incrementó la productividad agrícola. Sin embargo, la mecanización y la apertura de oportunidades laborales en zonas urbanas impulsarán el éxodo rural. Millones de trabajadores migraron a ciudades en pleno auge industrial como Shenzhen y Guangzhou, donde se estaban

estableciendo zonas económicas especiales. Esto aceleró la urbanización y creó una nueva clase trabajadora urbana, que contribuyó significativamente a la transformación de la realidad del país.

Paralelamente, surgió una clase media compuesta por empresarios, profesionales, académicos y funcionarios del Gobierno que se beneficiaban de las políticas de liberalización económica. Esta nueva clase, con mayor acceso al consumo, educación y servicios, representó un cambio significativo en la estructura social de un país tradicionalmente igualitario bajo el sistema maoísta. No obstante, el crecimiento de esta clase estuvo acompañado de un aumento en las desigualdades económicas y sociales. Las disparidades entre áreas urbanas y rurales se ampliaron considerablemente, así como entre las diferentes regiones del país, particularmente entre las dinámicas provincias costeras y las menos desarrolladas zonas del interior.

La presencia de multimillonarios forma parte de esta realidad. Una elite económica claramente conectada con la esfera política china se ha enriquecido al calor del crecimiento económico y de la expansión de la clase media en la segunda potencia mundial. Y a día de hoy es muy nutrida: 895 ciudadanos del gigante asiático acumulan una fortuna superior a los mil millones de dólares, según el informe anual del Instituto Hurun (2023). Es un número que supone un salto de gigante si se tiene en cuenta que hasta el año 2000 nadie rebasaba ese listón, y ya representa un 30% más del que alberga EEUU –691–. (Aunque los más adinerados al otro lado del océano Pacífico siguen amasando fortunas mucho más abultadas. Ningún chino se acerca a los 451.000 millones de dólares que Forbes atribuye al empresario Elon Musk. De hecho, quien lidera la lista en Oriente con algo más de 60.000 millones, Zhong Shanshan, sólo aparecería en el decimoquinto puesto del ranking estadounidense). Construcción, nuevas energías, sector alimentario, automoción, electrodomésticos, comercio electrónico, manufactura, la biotecnología o elementos clave para la transición energética como las baterías nos remiten a las áreas más significadas, sin que ninguna mujer figure en el «top 10» (tampoco en EEUU). La posesión de una fortuna, en cualquier caso, no libra de tener que rendir cuentas, y no es infrecuente la apertura de investigaciones periódicas y, en su caso, el ingreso en prisión de más de un

acaudalado. El Gobierno mantiene un fuerte control sobre las grandes fortunas.

Habitualmente, el discurso del PCCh en el denguismo, admitiendo que la brecha entre pobres y ricos tendría que ensancharse en un principio para ir cerrándose más adelante, insistía en que la economía no pública debía implicarse en el desarrollo de funciones sociales que garantizaran la armonía. El reclamo de una dimensión social de la propiedad privada, no obstante, ha gozado de poco predicamento práctico en una clase empresarial que prioriza una desmedida ambición frente a cualquier estándar de mínima justicia social. Se comprende por ello que, más recientemente, en China se hayan implementado regulaciones más estrictas bajo la política de «prosperidad común», que busca reducir la desigualdad y controlar la influencia de los grandes empresarios. Esto ha resultado en investigaciones, multas y restricciones para algunos de los más ricos del país.

Este periodo también vio una transformación en el ámbito familiar y los valores tradicionales. Con la urbanización y la mayor participación de las mujeres en la fuerza laboral, los modelos familiares comenzaron a cambiar, pasando de estructuras extendidas a núcleos más pequeños. Al mismo tiempo, la política del hijo único, implementada en 1979, impactó profundamente en la demografía y las dinámicas familiares, reduciendo las tasas de natalidad, pero creando desafíos sociales como el envejecimiento de la población.

La apertura al comercio internacional y la entrada de inversiones extranjeras también introdujeron nuevas ideas, bienes de consumo y prácticas culturales, modificando las aspiraciones y el estilo de vida de los ciudadanos chinos. Sin embargo, estos cambios rápidos también generaron tensiones, incluyendo problemas de acceso a la vivienda, servicios sociales limitados y una creciente conciencia sobre la necesidad de reformas políticas.

En resumen, los años ochenta y noventa transformaron radicalmente la sociedad china, marcando el inicio de su camino hacia una potencia moderna, pero afrontando complejos desafíos sociales.

La «triple representatividad» toma buena nota de estos intensos cambios que demandaban imperativamente una respuesta del PCCh, venciendo los temores que en su día llevaron a cuestionar si el partido apadrinaba un cambio en su naturaleza de clase, esencialmente proletaria, aunque ya los estatutos señalan que no sólo representaba a la clase obrera, sino que es la vanguardia de todo el pueblo.

Planteado como un nuevo logro de la sinización del marxismo, en el XVI Congreso, celebrado en 2002, se acordó unánimemente incluir la «triple representatividad» entre los pensamientos guía del partido, junto con el marxismo-leninismo, el pensamiento de Mao Zedong y la teoría de Deng Xiaoping.

Según el PCCh,

representar la tendencia de desarrollo de las avanzadas fuerzas productivas de China significa que la teoría, la línea, el programa, las directrices, las políticas y el trabajo del partido deben corresponderse mediante los esfuerzos con las reglas del desarrollo de las fuerzas productivas y que, a través de su desarrollo, se eleva incesantemente el nivel de vida de la sociedad; representar la orientación de la cultura avanzada de China significa que la teoría, la línea, el programa, las directrices, las políticas y el trabajo del partido deben satisfacer la exigencia de desarrollar una cultura socialista nacional, científica, popular y orientada a la modernización, al mundo y al futuro; representar en todo momento los intereses fundamentales de las más amplias masas populares de China significa que las teorías, las líneas políticas, los programas, las directrices, las medidas políticas y el trabajo del partido deben insistir en considerar los intereses básicos del pueblo como punto de partida y de llegada, y permitir que las masas populares logren sin cesar beneficios económicos, políticos y culturales sobre la base del desarrollo y el progreso constantes de la sociedad[1].

Esta teoría tiene como enunciado principal la exigencia para el partido de continuar en la vanguardia de los nuevos tiempos y

dirigir a la sociedad hacia la culminación del proyecto de modernización. Transcurrido un cuarto de siglo desde su adopción, ciertamente se reconoce que fue una teoría muy avanzada, que se anticipó a las demandas de su tiempo. Hoy, en el partido, hay sectores de diferente extracción social; no obstante, el temor de la socialdemocratización, dice el PCCh, se disipó. Y por tres razones fundamentales. La primera, que en el socialismo chino se reconoce el liderazgo del PCCh, cuestión de capital importancia práctica. En segundo lugar, persiste una gran diferencia con la socialdemocracia, ya que el PCCh, aun con los cambios en la radiografía de su militancia, persevera en la misión de trasformar la sociedad hacia el socialismo –una tarea que la socialdemocracia niega al conformarse con la gestión del capitalismo–, y lo hace sin perder de vista aquellos cuatro principios fundamentales que Deng situó como fronteras ideológicas inalterables. Por último, el PCCh, atendiendo a la naturaleza de su compromiso marxista, considera siempre el interés de toda la sociedad como su meta de lucha, mientras que la socialdemocracia representaría a grupos selectivos, no a todo el pueblo.

La relevancia de esta teoría es doble. Por un lado, legitima la inclusión de hombres de negocios y empresarios privados en el partido, venciendo las reservas de los sectores más dogmáticos; en segundo lugar, busca cimentar el legado de Jiang Zemin como un teórico marxista.

En un principio fue denominada «teoría» y no «pensamiento», lo cual la sitúa en un nivel de importancia menor que las contribuciones ideológicas de Mao o Deng. Actualmente, se denomina «pensamiento de la triple representatividad», igualándolo en importancia a las aportaciones ideológicas de sus predecesores.

La adopción de esta teoría debe ser también contextualizada en el marco de las políticas adoptadas por el PCCh tras la crisis de 1989 (Tiananmen), estableciendo un nuevo equilibrio entre la necesidad de seguir avanzando y mantener la identidad del partido. Para Jiang es de suma importancia estratégica el asegurar que la dirección a los diversos niveles del partido y del Estado esté en manos de personas fieles al marxismo; «marxistas firmes y maduros por millares», dice. La reconstrucción del PCCh tras aquellos sucesos

revalidó la teoría marxista de la construcción del partido proletario, parte importante del marxismo, reiterando que la cualificación del partido depende del apego a esta.

En este sentido, la triple representatividad expresaría una nueva manifestación de la integración de la verdad universal del marxismo con la realidad de China para construir un socialismo con peculiaridades chinas, alentando nuevos hitos en la modernización. En un mitin conmemorativo del 40 aniversario de la RPCh, Jiang destacaba como tarea fundamental el desarrollo enérgico de las fuerzas productivas, recordando que la reforma socialista se basa en el reajuste de aquellas partes de las relaciones de producción que no se adecúen a las fuerzas productivas y de aquellas de la superestructura que no cuadren con la base económica, conforme al nivel real de las fuerzas productivas sociales y a las exigencias objetivas de desarrollarlas en mayor grado[2]. Si el PCCh no acompañaba, tanto en su estructura como en su teoría, los nuevos tiempos, perdería la condición de vanguardia y de poco valdría su inmovilismo.

La triple representatividad implica también la profundización adicional de dos variables destacadas. De una parte, la promoción del patriotismo como valor compartido por toda la sociedad, que se proyecta en la consagración a construir y salvaguardar la modernización socialista y a promover la reunificación. Dice Jiang Zemin: «en la China actual, el patriotismo y el socialismo son, en esencia, idénticos»[3]. Ese nacionalismo alentaría tanto un aprendizaje basado en las tradiciones culturales propias como la asimilación de los frutos de la civilización. De otra parte, la insistencia en la promoción de un modelo de democracia popular, rechazando la «evolución pacífica» para convertir China en lo que califica de un apéndice de las potencias occidentales. Rendir culto a la democracia capitalista es negar el socialismo, dice el PCCh.

La democracia es una condición importante para la emancipación de la mente. Y desarrollarla, dice Jiang, implica implementar la directriz de que se abran cien flores y compitan cien escuelas. La historia, añade, ha atestiguado que, en el estudio teórico, la práctica de la llamada abolición de las «cien escuelas» para su sometimiento a una sola autoridad lleva inevitablemente a amordazar a la gente,

imponer el silencio y asfixiar el pensamiento, y de ahí «sólo se obtiene el marchitamiento de la teoría»[4].

Jiang, además, se pronuncia en el sentido de que no debe haber zonas prohibidas en el estudio teórico y hay que dejar a los teóricos expresar sus opiniones con franqueza y sin reserva.

A propósito de la teoría, puntualiza que se deben observar diferencias entre el estudio, la educación y la divulgación. En esta última recomienda cierta cautela, en atención al efecto social. Debemos permitir discrepancias y, si algo no conviene, discutirlo en las publicaciones de circulación interna, apostilla.

El fomento de la democracia política se asocia con la preservación de la estabilidad y la unidad como prioridad, lo cual exigiría el no debilitamiento de la dictadura democrática popular manteniendo la vigencia de los cuatro principios fundamentales (persistir en el camino socialista, en la dictadura democrática popular, en la dirección del PCCh y en el marxismo-leninismo y el pensamiento de Mao Zedong), que, por otra parte, no deberían enfocarse de manera fosilizada.

El marxismo se preceptúa como guía, especialmente asociada al fomento de la civilización en lo espiritual, elevando las cualidades ideológicas y el nivel científico y cultural de la sociedad. Y se excluye la práctica de la «gran democracia» que socavaría la legalidad estatal y la estabilidad, persistiendo en el modelo y rechazando la praxis liberal de la separación de poderes y la alternancia en el ejercicio del poder. Hay margen, en todo caso, para una reforma política amplia en la que se incluyan aspectos como la separación Estado-partido, la descentralización, el sistema de cuadros políticos, la introducción de un sistema de consulta y diálogo social, la mejora de las asambleas populares y de las autonomías, etcétera.

Por tanto, la triple representatividad no supone una alteración cualitativa de la naturaleza del PCCh, sino su reafirmación como instrumento aglutinador de la transformación china en un contexto marcado por profundos cambios sociales. En ningún caso esto debiera conducir a la modificación de las vigas estructurales. Por ello, esta teoría también tiene en cuenta la importancia de la

reflexión de Deng Xiaoping sobre la necesidad de evitar, atando en corto a los sectores emergentes, que las transformaciones sociales en curso generen una clase hostil al proceso que pueda disputarle el liderazgo al PCCh, lo que conduciría al fracaso de la reforma en su planteamiento original

Un ejemplo de experimentación democrática original en este periodo fue la dinamización de los llamados Comités de Aldea. Los primeros surgieron en la Región Autónoma de Guangxi entre 1980 y 1981, al inicio de la política de la reforma y apertura. Nacieron de forma espontánea al margen de las propias autoridades locales, a instancias de los aldeanos más viejos o de la mano de cuadros políticos que habían sido marginados durante la Revolución cultural, pero que conservaban una fuerte vocación cívica. El objetivo consistía en poner coto al deterioro del orden social, encauzar la crisis política y recuperar la actividad económica en un momento en que las brigadas y equipos de producción habían colapsado con la encrucijada de las comunas. Apreciado como ejemplo de la iniciativa de las masas, se afirmó como una demostración del cambio en marcha en el mundo rural, aún inmensamente mayoritario, y las autoridades del PCCh a nivel local lo avalaron. El respaldo posterior del Gobierno central y de la propia Asamblea Popular Nacional (APN) dio alas al experimento, que fue generalizándose a escala de todo el país.

La Constitución de 1982 consagró la figura de los Comités de Aldea como estructuras de base, autónomas, preceptuando que su presidente, vicepresidentes y miembros deben ser elegidos directamente por todos los vecinos del área correspondiente. También menciona la institución de diversas comisiones para hacerse cargo de la gestión de los asuntos públicos, colaborando con los comités en el mantenimiento del orden y canalizando las opiniones y demandas de la población hacia los Gobiernos populares de superior nivel (artículo 111). La mayor autonomía en su funcionamiento los diferencia de las comunas y las brigadas o equipos de producción, de forma que los Gobiernos populares locales guiarían su actuar, pero sin que quedaran jerárquicamente supeditados a ellos.

En 1987 se aprobó la Ley Orgánica Provisional de los Comités de

Aldea, que estableció los principios generales para la elección directa de sus integrantes y definió sus tareas y responsabilidades. La instrumentación de esta ley, incluyendo la promulgación de regulaciones detalladas, fue encomendada a las autoridades provinciales y a otras de inferior rango. La calidad de las elecciones así como su total aplicación variaron considerablemente de una jurisdicción a otra y, diez años después de su introducción, en torno a un 25% de las más de 658 mil aldeas existentes en China (cifras disponibles a finales de 2002) habían celebrado elecciones directas de conformidad con lo previsto en la ley.

En 1998, la APN convirtió en permanente dicha ley, aclarando y mejorando algunos aspectos de los procedimientos prescritos para los comicios, fortaleciendo las reglas de transparencia y de control popular. Esta ley operó la consolidación política y legal de los procesos electorales en las aldeas, si bien su plena aplicación constituye un permanente desafío. La calidad de las elecciones a lo largo y ancho del país todavía varía considerablemente.

---

[1] Jiang Zemin, Textos escogidos, tomo I, cit.; PCCh, 100 Years of the Communist Party of China, cit.

[2] Jiang Zemin, Textos escogidos, tomo I, cit.

[3] Ibid.

[4] Ibid.

Capítulo VI

Hu Jintao y la concepción científica del desarrollo

Hu Jintao, líder sucesor de Jiang Zemin, desarrolló dos mandatos al frente del PCCh, entre 2002 y 2012. Hu mantuvo el impulso del denguismo, de la política de la reforma y apertura, introduciendo ajustes importantes en el modelo que hacían presagiar un cambio significativo. En su etapa, se divisa una reafirmación y racionalización de la gestión del sector público, buscando dar un impulso en la modernización tecnológica de las compañías existentes, en lugar de abrir nuevas empresas. Bajo esta misma lógica, se facilita una política de fusiones de grandes empresas estatales, para optimizar recursos y hacerlas competitivas a nivel internacional.

La concepción científica del desarrollo fue liderada por Hu Jintao como una guía para lograr un desarrollo económico armonioso y equitativo, en contraste con el modelo de crecimiento puramente cuantitativo que había caracterizado las reformas previas. Se centra en principios clave como la sostenibilidad ambiental, la reducción de las desigualdades sociales y la promoción del bienestar colectivo. Bajo este marco, se reconocía que el desarrollo económico no debía lograrse a costa del medio ambiente ni de la cohesión social. El núcleo de esta doctrina radica en la idea de «poner a las personas primero».

Hu abandera una visión integral para comprender y responder qué tipo de desarrollo se quiere y cómo debe lograrse en la nueva situación, además de otras cuestiones importantes; una reflexión que cuajó en la reivindicación de una perspectiva científica sobre el desarrollo. Aprovechar las oportunidades estratégicas del nuevo periodo; concentrarse en la construcción; enfatizar la adhesión a un desarrollo integral, coordinado y sostenible orientado a las personas; esforzarse por proteger y mejorar los medios de vida de

estas; promover la equidad y la justicia social; impulsar la capacidad de gobernanza del partido; y tener éxito en la nueva situación, son planteamientos de Hu que sirven de radiografía del momento y de las exigencias que debía atender el PCCh.

En el trazo grueso, la concepción científica del desarrollo incluye la sostenibilidad, la justicia social, el humanismo, el aumento de la democracia y la creación… en suma, una sociedad armoniosa. Supone abogar por el desarrollo de la fuerza productiva con un modelo integral y coordinado. La sociedad armoniosa es parte de esa concepción para afrontar las desigualdades y las tensiones territoriales. Kexue fazhan guan, como se denomina en chino la teoría de Hu, se incluyó por primera vez en los estatutos aprobados en el XVII Congreso celebrado en octubre de 2007.

Esta concepción del desarrollo supuso la respuesta a los problemas relacionados con el excesivo consumo de recursos, la grave contaminación medioambiental y la creciente brecha entre los ricos y los pobres; por tanto, formula la necesidad de cambiar la impronta del modelo de desarrollo. Aunque a Hu probablemente se le recordará más por su reivindicación de una «sociedad armoniosa» y cierta reconciliación con el confucianismo y la mentalidad tradicional, fue él quien inició el viraje del «Made in China» al «Created by China» en pleno estallido de la crisis financiera global.

Hu defendió este enfoque durante la década que estuvo en el poder, pero, como él mismo reconoció, el crecimiento de China siguió siendo «desequilibrado, desorganizado e insostenible» y «los problemas sociales aumentaron sustancialmente» durante su mandato, evidenciando la magnitud de las contradicciones surgidas y la necesidad de que el PCCh afianzara una nueva política más atenta a su corrección y la aplicara de forma sostenida.

Las principales características de esta fase, que cabría seguir referenciando en la etapa primaria del socialismo, son las siguientes:

• La fuerza económica se ha potenciado notablemente, mientras que

sigue siendo poco elevado el nivel general de las fuerzas productivas y débil la capacidad de innovación autónoma, y las contradicciones estructurales y el modo de crecimiento extensivo formados durante largo tiempo permanecen sin cambiar radicalmente.

• El régimen de economía de mercado socialista se ha establecido en lo preliminar, en tanto que subsisten los obstáculos originados por regímenes y mecanismos que afectan al desarrollo, y la reforma se enfrenta con contradicciones y problemas subyacentes en su «conquista de plazas fuertes».

• La sociedad ha alcanzado, por lo general, un nivel de vida modestamente acomodado, al tiempo que la tendencia de incremento de la disparidad en la distribución de ingresos continúa sin revertirse de manera radical y es todavía considerable el número de habitantes pobres o con renta baja en las zonas urbanas y rurales, lo que hace más difícil coordinar los intereses de las distintas partes.

• El desarrollo coordinado ha registrado algunos éxitos, mientras que aún no ha cambiado la situación de debilidad en la base agrícola y de retraso de las zonas rurales; en consecuencia, es ardua la tarea de reducir la diferencia de desenvolvimiento entre la ciudad y el campo y entre las diversas regiones y de promover un desarrollo coordinado entre la economía y la sociedad.

• La política democrática de signo socialista ha venido desarrollándose y el plan básico de administración del país con arreglo a la ley está aplicándose, a la vez que el fomento de la democracia y la legalidad todavía no se ha adaptado por completo a las exigencias de ampliación de la democracia popular y de progreso económico y social, por lo que es necesario seguir profundizando la reforma de la estructura política.

• La cultura socialista ha ganado terreno y florecido al tiempo que la demanda espiritual y cultural de la sociedad tiende a ser cada día más fuerte. Asimismo, los pensamientos de la gente se han mostrado visiblemente más independientes, selectivos, cambiables y diferentes, lo que ha planteado exigencias aún mayores al fomento de la cultura socialista.

• El vigor de la sociedad ha aumentado, a la par que se han operado cambios profundos en su estructura, forma organizativa y configuración de intereses, de manera que su construcción y administración encaran muchos problemas nuevos.

• La apertura al exterior ha venido ampliándose cada vez más, mientras la competencia que China afronta en el plano internacional se torna cada día más enconada, perdura la presión que supone la superioridad económica, científica y tecnológica de los países desarrollados y se han acrecentado los riesgos previsibles e imprevisibles, por lo que se exige una mayor coordinación del desarrollo interno con dicha apertura.

Todo ello muestra el hecho de que «no ha cambiado la condición básica de nuestro país de permanecer y seguir permaneciendo por largo tiempo en la etapa primaria del socialismo», destacaba Hu[1].

«Subrayar la necesidad de adquirir una clara comprensión de esta condición no significa que debemos subestimarnos a la ligera resignándonos al atraso, ni apartarnos de la realidad para proceder con precipitación en busca de resultados inmediatos, sino insistir en la referida condición como fundamento sustancial para impulsar la reforma y proyectar el desarrollo», señala[2].

La solución para estos problemas y desafíos reside en la concepción científica del desarrollo, la cual tiene su primera acepción esencial en el desarrollo; su núcleo en la consideración del ser humano como elemento primordial; su exigencia básica en un crecimiento sostenible, global y equilibrado; y su método fundamental en la actuación con una visión de conjunto, apunta Hu.

Para aplicar a fondo esta concepción, «se nos exige edificar con dinamismo una sociedad socialista armoniosa», conforme a la exigencia general de «democracia y legalidad, equidad y justicia, honestidad y fraternidad, vigor pujante, estabilidad y orden, y armonía entre la persona y la naturaleza».

«Tenemos que solucionar con diligencia los problemas ligados a los intereses de la sociedad que más le preocupan y le afectan de la

manera más directa e inmediata, en un esfuerzo por configurar una situación en que todos los integrantes del pueblo puedan aportar según su capacidad, ocupar cada uno su puesto adecuado y convivir en armonía, proporcionando así un entorno social propicio al desarrollo», puntualizó Hu.

Entre los contenidos desplegados durante la época de Hu Jintao, cabe destacar la construcción de un nuevo campo socialista sobre la base del principio de «dar más y tomar menos», mediante la creación de un mecanismo que estimule a la industria y al medio urbano a realizar inversiones en la agricultura y en las zonas rurales. Además de asegurar la producción de granos, propone mejorar los ingresos de los campesinos, los servicios públicos y las infraestructuras en materia de agua, gas, electricidad y carreteras. El campo seguía siendo el hogar de la mayoría de las personas de baja renta y pauperizadas, según los estándares internacionales.

Por tanto, si Jiang con su teoría de la triple representatividad había normalizado la presencia en el PCCh de los nuevos ricos y empresarios, eso no significaba en modo alguno el olvido de su base social primera. Además, Hu nos recuerda que este compromiso no es coyuntural, reviste un carácter sagrado y permanente. En el ámbito político, reforzaba la legitimidad del PCCh al presentarlo, adicionalmente, como una garantía del desarrollo equilibrado y sostenible.

Si Jiang Zemin temía que pudiera surgir inestabilidad al tratar indebidamente con la nueva clase empresarial emergente, y por ello dio su apoyo a quienes bien pudieran tener la tentación de construir plataformas rivales del PCCh, el planteamiento de Hu deriva el foco hacia otra posible fuente de tensión: la masa de descontentos que anhela beneficiarse del crecimiento y recibe a cuentagotas los resultados de dicha transformación. Es decir, la fuente principal de una hipotética inestabilidad no vendría tanto de aquel nuevo segmento social de signo burgués, muy dependiente de los resortes gubernamentales para llevar a cabo sus actividades y poco interesado en rupturas de signo liberal, sino del malestar originado por una injusta distribución de los beneficios de la reforma que agrietaba la cohesión social.

La perspectiva científica del desarrollo no se entiende sin promover

la innovación práctica, teórica e institucional en el proceso de construcción integral de una sociedad moderadamente acomodada. O sin promover la equidad y la justicia, o impulsar las capacidades de gobernanza y la naturaleza avanzada del partido, o persistir y desarrollarse con éxito en la nueva situación. Esta perspectiva, como ya dijimos, permite aprovechar importantes oportunidades estratégicas, seguir concentrándose en la construcción y el desarrollo, a la vez que se incorporan a la ecuación nuevas e indispensables claves para reafirmar la naturaleza de su proceso, acorde con la identidad ideológica fundacional.

Una vez más, el PCCh parte de la premisa de que la teoría debe ser lo suficientemente flexible como para mantenerse vigente en un entorno social y económico que cambia rápidamente. Pero, en su esencia, esta teoría de Hu contiene un enfoque más equilibrado y sostenible del crecimiento y hace hincapié en mejorar la vida de la gente, en lugar de concentrarse solamente en objetivos de crecimiento económico. También está orientada a abordar la brecha creciente entre ricos y pobres, la contaminación ambiental y el colapso de los servicios sociales.

La concepción científica del desarrollo pone de manifiesto una nueva expresión de la sinización del marxismo, asociado al empeño de forjar un socialismo desarrollado con características chinas. Un logro importante que, según el PCCh, impulsó el proceso histórico del marxismo en China a una etapa nueva y superior.

También durante el mandato de Hu Jintao la noción de urgencia de la reforma política, aunque gradual y cautelosa, recuperó su vigencia como mecanismo llamado a facilitar una mejor implementación de aquella concepción. La Escuela Central del PCCh, que el propio Hu dirigió entre 1993 y 2002, elaboró un informe a modo de hoja de ruta para la democratización con un calendario en tres etapas que culminaría en 2040. Entre sus autores figuraban Wang Changjiang, conocido defensor de la compatibilidad del desarrollo democrático con el sistema de hegemonía del partido, y Zhou Tianyong. El prefacio era de Li Junru, vicedirector de la escuela.

En el documento se analizan los avatares de los proyectos de reforma política desde 1978, señalando que, tras los sucesos de

Tiananmen y hasta finales del siglo xx, el estancamiento primó sobre cualquier otra consideración. Sólo en 1997, Jiang Zemin, al cumplirse los diez años del XIII Congreso, ante los delegados del XV Congreso volvió a esbozar algún propósito en este sentido, pero, en general, la reforma política vio agrandado su desequilibrio con respecto al rápido desarrollo económico.

El enfoque primordial sugerido es que la estabilidad a largo plazo del país pasa por la reforma política, cuyo límite sería el preservar el liderazgo del partido (con énfasis en el ejército, la burocracia y los medios de comunicación). En consecuencia, cualquier reforma política debe contemplar fortalecer el partido, que es la garantía de la estabilidad.

En este sentido, admitiendo que una mayor libertad en los medios de comunicación es una tendencia inevitable del desarrollo, sugiere explorar un término medio entre la situación actual, de subordinación absoluta al partido y al Estado, y la posibilidad de un enfoque que resulte adverso a la transformación pretendida. En este ámbito sensible, se propone, pues, mayor autonomía para los medios y una ley que regule el sector incidiendo en su papel supervisor y en un contenido más abierto y plural con fronteras definidas.

El documento propone también reducir el tamaño de la Asamblea Popular Nacional (a 450 miembros), profesionalizar a los diputados y garantizar su inmunidad, potenciar la labor de control, aclarar un régimen de incompatibilidades y dinamizar la política de cuadros a través de elecciones (y no nominaciones) en campañas con competencia y posibilidad de revocación en cualquier momento.

Hu Jintao insistía en potenciar la democracia en los niveles primarios como parte de una reestructuración política más amplia; eso sí, manteniendo la «orientación política correcta» y con el partido asumiendo el papel central en la dirección del país. La idea clave: extender la democracia interna del partido para desarrollar la democracia del pueblo, es decir, la conversión del PCCh en una escuela democrática que expandiría su ejemplo al conjunto de la sociedad de manera progresiva. La democracia interna reforzaría la capacidad de gobernar y el liderazgo en el desarrollo del país basándose en la garantía de que todos los miembros del partido

tienen igual derecho a conocer y supervisar los asuntos internos, así como a participar en ellos y a decidir.

En 2003, en Qiushi, la revista teórica del partido, se aludía a un programa de democracia interna orientado a reforzar el partido que abundaba en la exigencia de una puesta a punto para implementar reformas que coadyuvaran a corregir las desigualdades sociales e impulsar las transformaciones democratizadoras.

La publicación de un Libro blanco sobre la política democrática (2005) despejó las dudas sobre la incidencia posible en el marco vigente de las innovaciones. En este documento se ratifica de forma plena la continuidad del sistema en sus coordenadas esenciales: numerus clausus del pluralismo partidario, subordinación incuestionable al liderazgo del PCCh, rechazo de la alternancia… El Libro supone la reafirmación en un discurso de reforma limitada con el objetivo de agrandar la base de poder del PCCh y reforzar su liderazgo mejorando ciertos procedimientos internos de elección, más abiertos, pero cuidando de no ceder nunca la llave del poder. En suma, una actualización de las formas de legitimación que no ponga en cuestión el liderazgo, si bien yendo más allá de la comprensión común que asociaba democracia con un mero ajuste administrativo.

En noviembre de 2007 se dio a conocer otro Libro blanco sobre el sistema de partidos en China. En él se reivindica una vez más el modelo vigente, señalándolo como estación de llegada y no como punto de partida, si bien alentando la introducción de mecanismos que proyectaran una visibilidad superior con el apoyo de una mayor presencia de personalidades «independientes» en las tareas políticas, que contó con una significación al alza en los Gobiernos provinciales y en menor medida en el central.

Estos devaneos reflejarían la existencia de una preocupación interior, proponiendo una reflexión sobre el sistema político con el propósito de contrarrestar las críticas formuladas desde el exterior (nos hallamos en pleno periodo preolímpico de los Juegos de Beijing), pero también sugiriendo introducir mayores dosis de democracia en el modelo.

El inmenso cambio experimentado por China desde 1978 y las

nuevas realidades económicas y sociales, que pudieran plantear a corto plazo la exigencia de canales específicos de expresión en forma partidaria, podrían revertir la concepción existente de la estabilidad, garantía que constituye la razón de ser, la preocupación y el objetivo de la política desarrollada por el PCCh y que podría dar al traste con este nuevo balbuceo de intento de acomodo.

Por otra parte, todas estas innovaciones daban cuenta de que, efectivamente, eso que llamamos inmovilismo de la política china en realidad se halla en constante movimiento. Lo hace por un afán de supervivencia, con el aparentemente infalible mecanismo de la adaptación o pragmatismo, pero con un claro horizonte de permanencia y de reafirmación de la legitimidad. Y esta leve agitación servía igualmente para aquilatar pequeños pasos en la democratización interna del PCCh y en la exploración de mecanismos de participación social para la toma de decisiones que puedan ser asumibles por el poder.

Democracia, de hecho, fue la idea fuerza en el XVII Congreso del PCCh (2007) y cabe reconocer que Hu Jintao abrió un gran debate sobre el tema. También estableció el contorno central de la discusión: se trata de instrumentar una democracia que refuerce el sistema, no que lo cambie. De las experiencias llevadas a cabo en el medio rural o en diversos escalones del propio partido a través de elecciones directas y con mayor pluralidad no se derivaron consecuencias de ruptura.

Así, el proceso inspirado por Hu Jintao se reivindica desde una doble perspectiva: como modelo para lograr una mejor calidad de la gestión pública y como esfuerzo para definir un camino singular que lo distancie de los «peligros» del modelo occidental ya sea sustentándolo en el relativismo cultural o en la tradición histórica (no así en la doctrina marxista-leninista ni en el pensamiento de Mao Zedong, que siguen inspirando formalmente su cuerpo ideológico). Hablamos, pues, de una especie de antiviral político orientado a mejorar la calidad de la burocracia; un proceso que tendría efectos positivos en el conjunto de una sociedad que mayoritariamente recrimina la corrupción, el abuso de poder o la incompetencia como los principales males gubernamentales. Si cierto nivel de democratización permite solucionar estos problemas,

estaremos en el camino correcto. Todo este proceso es, por tanto, inseparable de los intentos de reformar los mecanismos de evaluación de los funcionarios, de exigencia de una mayor transparencia en su patrimonio, de sus relaciones familiares y sociales, etcétera.

Pesa la idea de que la democracia liberal conlleva una intensificación extrema del debate político, la activación y exacerbación de las diferencias como forma de cultivar el espacio electoral genuino, habitualmente incluso prescindiendo de escrúpulos, y que esa división, a veces polarizada, se traslada a los ciudadanos, afectando la viabilidad de proyectos que exigen un considerable nivel de unidad social para ser eficientes. De acuerdo con esa lectura, en el actual tiempo histórico, más allá de la cuestión de principio en función de su naturaleza ideológica, al PCCh le preocupa preservar a toda costa esa capacidad de convocatoria unánime a toda la colectividad para poder culminar el proceso de revitalización del país.

Para profundizar la democracia, Hu Jintao no trasladó al ámbito urbano la experiencia rural, sino que intentó trasladarla al partido. Ello proviene de un diagnóstico de las autoridades chinas que sugiere que el hipotético desafecto social con el sistema está directamente relacionado con las taras internas que muestran el PCCh y su enorme burocracia. Es, por tanto, lo que se debe remediar, en vez de poner patas arriba todo el sistema, imitando un modelo que perjudicaría, con seguridad, el mantenimiento de la unidad, indispensable para lograr el objetivo de la modernización.

Si en el ejercicio de su mandato Hu Jintao parece creer en una vía propia hacia la modernización política, defiende igualmente que el éxito de ese proceso dependerá de la capacidad de las propias autoridades para resistir las presiones externas. La conservación de un nivel de autonomía suficiente es condición sine qua non para hacer de China un país moderno y poderoso.

El criterio de que nada en China puede hacerse de la noche a la mañana alentó el concepto de «democracia incremental», promovido por Yu Keping, subdirector del Buró Central de Traducción del PCCh, partidario de avances ocasionales en ciertos segmentos de la sociedad, alcanzando, paso a paso, mayores cotas

de transparencia y de control público.

---

[1] Xulio Ríos, China pide paso: de Hu Jintao a Xi Jinping, Barcelona, Icaria, 2012.

[2] Hu Jintao, Obras escogidas, tomo II, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 2016.

Capítulo VII

¿Son marxismo el maoísmo y el denguismo?

Bajo la inspiración del maoísmo, la China que va de 1949 a 1978 logró una tasa media de crecimiento anual del PIB superior al 6%, a la par que dio forma a todo el sistema económico nacional, más rápido de lo que creció el resto del mundo (un 4,7%). Ello a pesar de que China estaba embargada por EEUU hasta la visita de Nixon en 1972; del desacuerdo con la URSS; de, internamente, las conocidas turbulencias políticas graves de la época; y de las dificultades internacionales derivadas de la presión exterior, entre otros. En estas circunstancias, el cambio que China experimenta en 1978, con el inicio de la política de la reforma y apertura, creciendo a una media del 9,3% anual, parte del reconocimiento crítico de los logros de esa primera fase de economía planificada.

El PCCh elude cualquier contraposición entre un periodo y otro, que no se negarían mutuamente, sino que se complementarían. Esa idea de la no confrontación entre periodos históricos y el énfasis en la continuidad, a pesar de los cambios registrados en las políticas adoptadas, pretenden ser también un factor diferencial en la gestión caracterizadora del PCCh en relación con otros partidos. Como dijo en una ocasión Deng Xiaoping, el PCCh nunca tratará a Mao tal como hizo Jruschev con Stalin[1]. Presentar el desarrollo de la política china como un ejercicio de continuidad, de forma que, a pesar de los matices, unas políticas no se nieguen o contradigan con otras, ha sido y sigue siendo una preocupación constante en el liderazgo chino.

En el maoísmo, en un contexto de conservadurismo político, se atribuía al liderazgo la capacidad en exclusiva de desarrollar el marxismo, de modo que a los académicos competía establecer el argumentario sustentador adicional que debía permitir su incorporación a la literatura oficial. Por tanto, había límites claros a

la capacidad académica para desarrollar por sí misma las políticas marxistas en debate permanente con otras corrientes ideológicas. La conexión entre academia y política era muy estrecha.

En 1978, cuando Deng asumió el relevo tras dos años de «avance en medio de la perplejidad» bajo el liderazgo de Hua Guofeng, aún existiendo una importante influencia de los designios maoístas, los dirigentes del PCCh llegaron a un consenso en el tercer pleno del XI Comité Central para revitalizar la economía nacional y abrirla al mundo, lo que marcó el inicio de las reformas de mercado de China. El éxito de las medidas en el medio rural convenció aún más a los escépticos de la dirigencia del PCCh para alentar este tipo de reformas de mercado desde abajo a partir de los años ochenta.

Cuando el PCCh decidió desplazar el énfasis de su trabajo a la modernización económica se produjo un cambio de escenario significativo. Si en el maoísmo la ideología había estado al timón, en el denguismo tendía a resaltar el valor de la praxis. Los pragmáticos se habían impuesto a los ideológicos. En cierta medida, ello evidenciaba una «alternancia» quizá equivalente a un cambio de Gobierno en otras latitudes.

Una vez más, el PCCh justificó el giro introducido en 1978 en función de las condiciones nacionales, pero, sobre todo, en el cambio en la identificación de la contradicción principal. Al trasladar el centro de gravedad de la acción del partido a la modernización económica, se abandonaba el principio de «tomar la lucha de clases como eslabón clave», observado durante los 30 años de maoísmo. El cambio fue presentado como un restablecimiento de la línea ideológica marxista en el partido de integrar la teoría con la práctica y buscar la verdad en los hechos.

Esto supuso que la contradicción principal en China ya no era la existente entre las clases (lucha de clases), sino entre las crecientes demandas del pueblo de lograr un bienestar material y cultural y el atraso de las fuerzas productivas. El PCCh reconoce que si bien esta premisa se validó en la tercera sesión plenaria del XI Comité Central, en 1978, ya se había planteado en 1956, en el marco del VIII Congreso.

Según dictamina el PCCh, las clases y la lucha de clases están

relacionadas con ciertas etapas de desarrollo histórico. Las clases explotadoras surgen con la aparición de la propiedad privada y del sistema de explotación y desaparecerán con la eliminación de dicha propiedad y del sistema que la enaltece.

En 1956, siete años después del triunfo de la revolución, en China se había consumado la propiedad pública de los medios de producción e instituido en lo fundamental el sistema socialista. El VIII Congreso instó entonces a desplazar el énfasis del trabajo político a la construcción económica. Sin embargo, por vicisitudes internas (desviación del pensamiento guía del partido, oficialmente), no se dio cumplimiento a dicha tarea.

Al inicio del denguismo, el PCCh reconocía que, aun eliminadas como tales las clases explotadoras, subsistían elementos hostiles al nuevo régimen, por lo que, inevitablemente, la lucha de clases persistiría durante largo tiempo aunque dentro de ciertos límites. Esos elementos hostiles disponían de una efectividad limitada al no contar con la base económica y política necesaria y en la que solían apoyarse. Sobreviven como remanentes de una etapa histórica, pero les era imposible constituir una clase íntegra. Es por eso también que la lucha de clases rebaja su importancia en esta etapa y deja de ser la contradicción principal.

En consecuencia, el PCCh reconoce que en el maoísmo se exageró la importancia de la lucha de clases, de forma que contradicciones y problemas no relacionados con esta fueron diagnosticados y tratados como tal, estableciendo una línea errada también entre los partidarios y los enemigos de la revolución, culminando en la Revolución cultural con el protagonismo de Lin Biao, primero, y de la Banda de los Cuatro liderada por Jiang Qing, después.

Este desarrollo en las primeras décadas de la RPCh, instruido bajo el principio de «tomar la lucha de clases como eslabón clave», se caracterizó por una secuencia de conmociones políticas y, a continuación, de reajustes para compensar los daños. La valoración de ese avance en zigzag, con sus innumerables casos de sufrimiento personal y afectaciones al progreso económico y social, se interpreta como una lección histórica que debe transmitirse de generación en generación. Hay en el denguismo, por tanto, un «último ajuste» para enderezar lo torcido y preservar la estabilidad.

La nueva política económica enfatiza los resultados, fomenta la autonomía de las empresas, recupera el sistema de responsabilidad rural con base en la familia, autoriza las diversas propiedades de acuerdo con la economía pública socialista, avanza en la definición de la economía planificada como principal y el mercado como auxiliar, fomenta la apertura al exterior, etcétera.

Todo ello incluye el complemento paralelo del fomento de la «civilización socialista en lo espiritual» para equilibrar la orientación económica, más liberalizadora, a fin de evitar la «contaminación espiritual» que podría desencadenar una crisis política de otro signo y persistir en la vía de la modernización socialista frente a los intentos de «occidentalización» liberal.

En su formulación, dicho concepto incluye dos aspectos: la construcción ideológica y la construcción cultural. La ideología marxista sigue siendo el núcleo de dicha civilización y plantea los ideales y valores morales que se deben estimular. Por su parte, la construcción cultural abarca aspectos como la educación, ciencia, literatura, arte, periodismo, publicaciones, radiodifusión, televisión o deportes, configurando un amplio elenco de manifestaciones en las que la ideología no puede estar ausente.

Esa apelación del PCCh a una civilización socialista en lo espiritual es una aportación ausente en las obras clásicas marxistas y resultado de su experiencia histórica. Y añade que no se desarrolla de forma espontánea, sino que necesita ser fomentada, cultivada y practicada de forma constante para acelerar la modernización, proteger su sello identitario y respetar la coherencia con la identidad original.

Hay un desmarque evidente, sin embargo, en la definición de la revolución. Para los maoístas, aquello de «hacer estallar la revolución en lo profundo del alma» se garantiza mejor con un socialismo de pobreza, porque «mientras más pobre sea uno, más revolucionario se hace», tildando de burgués cualquier propósito que invite a exacerbar la importancia de la construcción económica.

Para Deng, la pobreza nada tiene que ver con el socialismo. No hay ningún mérito en preciarse de ser pobre. El ideal es transformar el atraso en prosperidad. En su visión, esa modernización

comprometida con el desarrollo y la mejora del bienestar debía realizarse adhiriéndose al socialismo.

La cuestión de la propiedad

La cuestión de la propiedad es uno de los contenidos centrales de la teoría marxista y está directamente relacionada con la base del sistema social y económico. La discusión y la práctica de la propiedad, así como la transformación socialista, el ajuste de la estructura de propiedad en las primeras etapas de la reforma y apertura, y la posterior persistencia y mejora del sistema económico básico en el que la propiedad pública es el pilar y las economías de propiedad múltiple se desarrollan juntas, son todas innovaciones y desarrollos de la teoría marxista de la propiedad en el proceso de sinización.

Estas exploraciones no sólo resolvieron los problemas de los fundamentos institucionales del desarrollo económico de China, sino que también brindaron un apoyo importante para la formación del camino del socialismo con características chinas.

Esta convicción se traduce en políticas de apoyo a las empresas estatales y a la economía pública. De esa forma, también el partido controla de manera efectiva el sustrato económico del país. El dominio del sector público es un asunto crucial para no alterar la naturaleza socialista: la economía determina la política, la base económica determina la superestructura y la propiedad pública es la base que garantiza el poder del PCCh en la superestructura institucional[2]. El Estado debe velar siempre por una regulación eficaz y sólo así puede desempeñar un papel positivo.

En la etapa primaria del socialismo, la economía pública debe ir siempre por delante, cuidando de que otras propiedades se desarrollen de forma conjunta articulando una relación dialéctica y de manera que se complementen mutuamente, con una competencia leal entre ellas y arbitrando fórmulas que permitan el control de los ámbitos estratégicos. Esto incluye también dar

prioridad a la economía de propiedad mixta controlada por el capital público y el absoluto rechazo de la idea de que la economía pública sea ineficiente, de igual modo que la ruina de algunas empresas privadas no significa que todas ellas sean inútiles.

Las empresas públicas proporcionan las garantías y los apoyos financieros para que el Estado corrija las deficiencias funcionales que puedan existir en el desempeño del mercado. Asimismo, llena importantes lagunas en los ámbitos de inversión de otros sistemas de propiedad.

Por otra parte, cabe significar igualmente la no disolución de la propiedad colectiva de la tierra, vigente a pesar del establecimiento del sistema de responsabilidad familiar durante las reformas económicas de la década de 1980. Este sistema otorgaba a los hogares rurales el derecho a contratar tierras y explotarlas, marcando el tránsito de la producción colectiva a la producción familiar. Desde la década de 1980, la rápida urbanización de China se ha basado en la propiedad pública de los terrenos urbanos y la propiedad colectiva de los terrenos rurales. En primer lugar, la capitalización de los terrenos públicos por parte de los Gobiernos locales fue un importante motor de la urbanización y sirvió como fuente principal de financiación para la construcción pública urbana. En segundo lugar, el sistema de responsabilidad familiar no abolió la propiedad colectiva de la tierra rural. La distribución de la tierra en las aldeas sigue ajustándose en función de la igualdad per cápita, lo que ha proporcionado una red de seguridad social a los residentes rurales. Los trabajadores migrantes que se quedan sin empleo en las ciudades pueden volver al campo y depender de sus tierras para su sustento, evitando así los problemas generalizados de los barrios marginales que se observan comúnmente en otros países en desarrollo en su proceso de urbanización. En la «economía de mercado socialista» de China, la propiedad colectiva de la tierra rural constituye un elemento «socialista» clave.

La cuestión del mercado

El concepto de que la economía socialista debe ser planificada siguió siendo dominante en un primer momento del denguismo, y el debate sobre «si el mercado debe ser llamado socialismo o capitalismo» persistió.

Las cuestiones relativas al mercado también desempeñan un papel importante en el proceso de sinización del marxismo. Como método de asignación de recursos, la introducción y el desarrollo de la economía de mercado son de gran importancia para mejorar la eficiencia y vitalidad de la economía de China en general. Desde la reforma y apertura, China ha establecido y mejorado gradualmente el sistema económico de mercado bajo condiciones socialistas. Mediante el funcionamiento eficaz del mecanismo de mercado, ha promovido en gran medida el desarrollo de la productividad y el aumento de la riqueza social. Al mismo tiempo, esta cuestión también involucra el núcleo de la reforma del sistema económico, es decir, cómo abordar la relación entre el Gobierno y el mercado, cómo hacer que este último desempeñe un papel decisivo en la asignación de recursos y cómo el primero puede cumplir mejor su papel[3].

En un sistema de mercado, los recursos se asignan principalmente a través de la oferta y la demanda. Esto significa que las decisiones sobre qué, cómo y para quién producir no las toma una autoridad central (como en una economía planificada), sino que emergen de la interacción entre productores y consumidores.

Entre los mecanismos de asignación de recursos en el mercado podemos citar el sistema de precios en el que estos actúan como señales, es decir, si un bien es escaso y muy demandado, su precio sube, lo que incentiva a los productores a producir más; por el contrario, si hay un exceso de oferta, el precio baja, lo que desincentiva la producción o impulsa mejoras en eficiencia.

Un mecanismo adicional es la competencia: las diferentes empresas compiten para ofrecer mejores productos y servicios, lo cual lleva a innovaciones y a una mejor asignación de recursos. También cabe destacar el papel de los incentivos económicos, es decir, una parte de los productores buscan maximizar sus ganancias y, por ello, invierten en sectores rentables, y los consumidores buscan la mejor relación calidad-precio, orientando sobre qué productos tienen

mayor demanda. En este esquema, las empresas toman decisiones de inversión según sus expectativas de rentabilidad, y los recursos (trabajo, capital, tierra) se dirigen hacia las actividades que generan más valor económico. Así, el mercado los asigna a sectores donde hay más demanda, optimizando su uso sin intervención directa del Estado.

En China, el mercado cumple un rol clave en la asignación de recursos, pero el Gobierno interviene en sectores estratégicos para garantizar la estabilidad y desarrollo a largo plazo.

Los papeles del mercado y de la regulación estatal no parten de un consenso único. La generalidad invita a considerar aceptable y deseable el uso de medidas de todo tipo, económicas, legales o administrativas, para que el comportamiento económico se acomode a los objetivos generales de desarrollo. Sobre esa base debe establecerse la flexibilidad adecuada en función de las circunstancias de la coyuntura.

Conceptualmente, el mercado es un medio eficaz de asignación de recursos y regulación económica que puede ser utilizado tanto por el capitalismo como por el socialismo. En este, con la propiedad pública como base y con un papel más intervencionista del Gobierno, es posible evitar los efectos nocivos y corregirlos, de igual manera que con la aceptación del recurso al mercado se evitarían las ineficiencias asociadas a una planificación anuladora de otros mecanismos.

El modelo plantea un sistema que busca la estabilidad eludiendo el mecanismo de planificación centralizada tradicional y el no menos tradicional sistema de mercado propio de las economías capitalistas. El PCCh sugiere potenciar la simbiosis, la mezcla y la complementariedad, combinando las atribuciones del mercado y la orientación del Estado. La premisa de todo ello es la consolidación y desarrollo de ambos elementos. Se requiere, por otra parte, una mezcla ventajosa del desempeño decisivo del mercado en la asignación de recursos con el de liderazgo del Gobierno en la asignación de recursos clave. Esa gobernanza del mercado proporciona una capacidad de ajuste flexible, capaz de adaptarse a las exigencias del desarrollo que el Estado define de forma general.

Asimismo, mantener el papel básico del mercado en la asignación de recursos se complementaría con el rol regulador del sistema de planificación a escala nacional y el manejo de las políticas fiscales y monetarias. La satisfacción de los intereses generales fundamenta el enfoque macroeconómico, y la regulación complementaria del mercado refuerza y evita el fracaso de la regulación estatal, equilibrándose mutuamente. Esa regulación dual se afianza como un mecanismo que contribuye a la estabilidad económica.

Las políticas fiscales y monetarias son herramientas clave que los Gobiernos y bancos centrales usan para influir en la economía y corregir desequilibrios del mercado. Ambas afectan al crecimiento, la inflación, el empleo y la estabilidad financiera.

La política fiscal, por efecto, incluye elementos sustanciales como las decisiones sobre gasto público y recaudación de impuestos. Su manejo por cualquier Gobierno impacta en el mercado; por ejemplo, aumentando el gasto público se estimula la demanda agregada y puede impulsar sectores clave. O cuando al reducir impuestos, las empresas y los consumidores tienen más dinero para gastar e invertir; por el contrario, aumentándolos, se reduce el consumo y la inversión, lo que puede enfriar una economía sobrecalentada. China, sin ir más lejos, ha invertido en los últimos lustros de forma destacada en infraestructura de todo tipo, lo cual genera empleos, impulsa el sector de la construcción y aumenta la demanda de materiales como cemento y acero.

Respecto a la política monetaria, el banco central es especialmente activo en el control de la cantidad de dinero en circulación y las tasas de interés. Cuando baja estas últimas, se estimula el consumo y las empresas invierten más. Asimismo, el Gobierno chino recurre regularmente a la compra expansiva de bonos para inyectar dinero en la economía, aumentando la liquidez. Por otra parte, al reducir la cantidad de dinero en circulación, se desacelera la economía.

En situaciones de crisis, el recurso a estos mecanismos de forma intensiva ofrece un amplio margen de acción al Gobierno. China, por ejemplo, ha usado política fiscal expansiva (inversión en infraestructura) y monetaria flexible (baja de tasas) para impulsar el crecimiento, pero también ha intervenido cuando la inflación o el mercado inmobiliario se descontrolan.

Este enfoque general sustenta la premisa de que las reformas en China, aunque hagan uso de los mecanismos propios de una economía de mercado, siguen un patrón de signo no capitalista al rechazar la lógica de la corriente principal de la economía occidental y sus derivadas políticas. El PCCh defiende la adhesión de su modelo a los principios del socialismo con un sistema de mercado que representa una muy importante innovación en el desarrollo de la economía política marxista. Al mismo tiempo, enfatiza el papel del sistema regulador estatal que debe contribuir a impulsar el rápido desarrollo y la estabilidad económica general, evitando, adicionalmente, una regulación excesiva.

Por último, un factor clave es igualmente la innovación autónoma, es decir, el propósito de controlar de forma adecuada la dependencia del capital extranjero y de la tecnología exterior, de forma que se abra camino a una innovación independiente. Importa promover una innovación y coordinación que fortalezcan el sistema económico y la soberanía nacional.

China es, en suma, un Estado de economía planificada que utiliza instrumentos de mercado. En lo básico, mantiene el sistema de planificación quinquenal, pero, en realidad, tiene todo tipo de planificación: estratégica, urbana, regional, y mantiene planes estratégicos mucho más a largo plazo. Sólo así se puede explicar, por ejemplo, que desde 2013 la capacidad de energía eólica en el país se haya multiplicado por 6 y la de energía solar por 180. Las instalaciones anuales de nuevas energías representan más del 40% del total mundial. Así que estos planes, con un fuerte respaldo político, en cierto sentido proporcionan una orientación muy eficaz en la práctica y determinan la necesidad de recurrir a instrumentos de mercado en función de si permiten o no alcanzar los objetivos marcados.

Un modelo híbrido

El sistema económico de mercado socialista en China es un modelo híbrido que combina elementos del socialismo con mecanismos de

mercado. Se basa en la idea de que este último puede ser utilizado como una herramienta dentro de un sistema socialista.

Entre sus características principales habría que destacar las siguientes. Primero, el papel del Estado, que sigue siendo central en la planificación económica y regula el mercado para garantizar el desarrollo estable y alineado con los objetivos nacionales. En segundo lugar, la coexistencia de empresas estatales, privadas y mixtas; aunque el Estado mantiene el control de sectores estratégicos (como energía, telecomunicaciones o banca), permite y fomenta el crecimiento de empresas privadas y de inversión extranjera. En tercer lugar, aunque el Estado tiene una fuerte presencia, los precios, la producción y la inversión en muchos sectores son determinados por la oferta y la demanda, como en una economía de mercado.

En suma, el «socialismo con características chinas», término que usa el PCCh para describir este modelo, tiene como objetivo final el socialismo, pero no reniega de la utilización de mecanismos antaño asociados con estrategias de signo capitalista para lograr el crecimiento económico.

Lo cierto es que, bajo este modelo, China ha experimentado un crecimiento espectacular. Al mismo tiempo, el PCCh no ha aflojado en absoluto en el control estricto sobre la política general, asegurando que el mercado funcione dentro de los límites establecidos por el Gobierno.

El socialismo con características chinas, apunta el PCCh, es producto de la combinación de los principios básicos del socialismo científico con la realidad de China. Tiene rasgos distintivos de la época y el país, los cuales incluye al camino del socialismo, a su sistema teórico, su sistema económico y su cultura socialista.

En palabras de Cheng Enfu, las características del modelo económico resultante son las siguientes: un sistema de derechos de propiedad múltiple basado en la propiedad pública como principal, un sistema de distribución basado en la mano de obra, un sistema de mercado dirigido por el Estado y un sistema abierto que procura la autosuficiencia[4].

En la dialéctica entre «mercado» y «Gobierno» respecto de la economía que atraviesa la China contemporánea, Cheng cree que «la diferencia crucial entre socialismo y capitalismo como sistema económico básico se manifiesta en la estructura de propiedad social de los medios de producción», es decir, si una economía mixta «está dominada por el capital público o por el capital privado».

En el ámbito de la propiedad, en China destaca el papel dominante de la propiedad pública, aun reconociendo el desarrollo de un sector no público en la economía. El objetivo no es sólo controlar el aumento de este sector, sino consolidar, desarrollar y fortalecer la economía pública. El papel básico, dominante y de liderazgo de la economía estatal está fuera de discusión[5]. El capital estatal, el colectivo y otros capitales públicos siguen desempeñando un rol determinante, con independencia de las fluctuaciones derivadas de una coyuntura concreta.

Aunque la mayor parte del PIB de China es generada por el sector no estatal, reflejando la naturaleza mixta del modelo económico del país, las empresas estatales tienen una presencia notable en la economía. Según datos de 2020, representaban aproximadamente el 25-30% del PIB y más del 69% de la capitalización bursátil del país. Según datos recientes, las empresas privadas (pymes, sobre todo) contribuyen aproximadamente al 60% del PIB y son responsables del 80% del empleo urbano y del 90% de los nuevos puestos de trabajo. En términos de cantidad, a finales de 2021, China contaba con aproximadamente 143,5 millones de pymes. De estas, 40,3 millones estaban registradas como personas jurídicas y 103,2 millones eran operadas por propietarios únicos. Estas empresas suelen tener menos de 50 empleados y generan ingresos anuales inferiores a 30 millones de yuanes.

Las empresas privadas en China abarcan una amplia gama de sectores y tamaños, desde pequeñas empresas familiares hasta grandes corporaciones tecnológicas que operan a nivel global. Aunque funcionan bajo las reglas del mercado, están sujetas a regulaciones gubernamentales estrictas, especialmente cuando se ubican en sectores estratégicos como la tecnología o las finanzas. También cabe incluir las empresas de capital extranjero, ya sean empresas mixtas o de propiedad totalmente extranjera. En sectores

como el comercio minorista, manufactura ligera y tecnología dominan las pymes.

Basada principalmente en la propiedad pública, la estructura de los derechos de propiedad se caracteriza por un sistema de distribución en función del trabajo. Establece aquí una diferencia con aquellas economías donde la propiedad privada es la forma principal de propiedad y que se basan en la asignación privada del capital.

Un sistema de distribución fundado en la mano de obra es un mecanismo en el que los bienes y servicios en una economía se asignan a las personas de acuerdo con su trabajo o esfuerzo productivo. Las características principales del sistema incluyen que la recompensa sea proporcional al trabajo, es decir, los bienes y servicios se distribuyen según la cantidad y calidad de este. El Estado mantiene su influencia en la distribución mediante políticas salariales, beneficios sociales y control de sectores clave.

En el socialismo clásico, Marx defendía la idea de «a cada cual según sus capacidades», donde los trabajadores recibirían bienes proporcionalmente a su aporte. En el modelo soviético, los salarios y bienes de consumo se distribuían en función de categorías laborales y productividad. El sistema basado en la mano de obra característico de China busca justicia distributiva a partir del esfuerzo y productividad de cada trabajador, evitando que el capital o la herencia determinen la riqueza personal, y también persigue garantizar que todos los trabajadores tengan cubiertas sus necesidades básicas. Sin embargo, su implementación práctica afronta desafíos como la medición del esfuerzo y la motivación para innovar.

Contar con un sistema de distribución basado en el mercado y en función del trabajo aleja a China de las debilidades del socialismo tradicional y sus rigideces, así como del igualitarismo y preceptos afines. A la par, el sistema enfatiza la equidad y la eficiencia que deben conjugarse para que el enriquecimiento individual se transforme progresivamente en prosperidad compartida, reduciendo las diferencias de renta. La aportación del trabajador a la producción o a la empresa se toma como criterio básico para distribuir la correspondiente compensación.

La tendencia general durante el denguismo fue la reducción de la participación del trabajo en la distribución de la renta. También la ampliación de la brecha en la distribución del ingreso laboral, elevando la significación del coeficiente de Gini mucho más allá del nivel de advertencia de 0,4. En paralelo, se ha registrado un aumento en la participación de los ingresos del capital. Existe una clara relación entre este hecho y la evolución de la estructura de la propiedad. La proporción de ingresos laborales en la economía no pública es, por lo general, baja, así como también es bajo el salario promedio de los trabajadores. En la economía pública, la proporción y el salario promedio son mayores. Podíamos establecer una clara relación entre la disminución de la proporción de la propiedad pública en la economía y la de la proporción de la remuneración laboral. Cuanto mayor es el sector no público de la economía, menor tiende a ser la proporción de la remuneración del trabajo. A inicios del nuevo siglo xxi, la proporción de trabajadores de bajos ingresos en China se había expandido notablemente[6].

El cambio en el modelo de crecimiento requiere expandir la participación del factor trabajo en el ingreso y reducir la brecha en la distribución. El Gobierno tiene ahí un papel fundamental estimulando la protección de los derechos laborales en un contexto en el que más del 70% de los trabajadores se sitúan en la economía no pública.

Después de tres años de estancamiento motivado por la zozobra derivada de la crisis de 1989 y con el impulso de la gira por el sur de Deng Xiaoping, el XIV Congreso del PCCh, celebrado en 1992, finalmente adoptó la economía de mercado socialista como objetivo de las reformas económicas de China.

Posteriormente, el tercer pleno del XIV Comité Central del PCCh aclaró que el sistema económico de mercado socialista debe permitir que el mercado desempeñe un papel fundamental en la asignación de recursos, regulado por el Gobierno a nivel macro. Desde entonces, las reformas de mercado de China han adoptado un enfoque integral de arriba abajo en todos los sectores.

Sin embargo, las medidas temporales adoptadas en respuesta a las emergencias a menudo crearon impactos a largo plazo y dependencias de trayectorias. Cuando la economía china cayó en

deflación entre 1998 y 2002, el Gobierno central ordenó apresuradamente a los Gobiernos locales que garantizaran estrictamente un crecimiento económico anual del 8%. Esto marcó la reintroducción de la emisión de órdenes anuales para gestionar directamente la economía, un enfoque abandonado desde 1987.

Desde entonces, los Gobiernos locales de todos los niveles han asumido la tarea de garantizar el crecimiento económico. Las intervenciones del Gobierno en el mercado ya no se limitaban al «nivel macro», tal como lo definió el tercer pleno del XIV Comité Central del PCCh. Ello puso de manifiesto esa flexibilidad incisiva que no escatima esfuerzos para asumir el liderazgo público a todos los niveles para garantizar la consecución de los objetivos de desarrollo, implicando la totalidad del poder político. Una vez superado el momento, se debe disponer la gradual recuperación de la normalidad.

La crisis financiera mundial de 2008 erosionó aún más la voluntad de implementar reformas de mercado. Las empresas estatales ya no se limitaban a las industrias importantes relacionadas con la seguridad nacional y el sustento económico, sino que se expandieron a sectores competitivos, de los que se habían visto previeamente obligadas a salir para dejar espacio al sector privado. El ritmo de mercantilización de los factores de producción, que se había retrasado durante muchos años, se estancó. Las reformas, en gran medida sólo retórica, fueron lentas y las perspectivas complejas, pero los componentes híbridos del sistema persistieron. En el fondo, subsistía el convencimiento de que quien en mejores condiciones estaba para afrontar esos tiempos revueltos era la economía pública, dotada de fuerte apoyo político y una orientación que tiene particularmente en cuenta los intereses generales.

Todo ello abunda en la complejidad de la gestión del modelo y en la necesidad de ajuste permanente en las políticas de la reforma, lo cual, hasta el momento, no ha afectado a la singularidad de un proceso que incluye la perseverancia en la definición de un camino original y de procura sistemática de la sinización del marxismo.

¿Capitalismo de Estado?

El sistema político y económico de China a menudo se describe como un caso de «capitalismo de Estado», pero esta definición puede ser inexacta al considerar su estructura única y su funcionamiento interno. El capitalismo de Estado, como se entiende habitualmente, implica un sistema donde el Estado actúa como un actor empresarial dominante, gestionando y controlando empresas con fines de lucro dentro de una economía de mercado. Sin embargo, el modelo chino no encaja perfectamente en esta definición debido a sus particularidades ideológicas y estructurales.

Primero, la economía china opera bajo un marco definido por el PCCh, que prioriza los objetivos políticos y sociales sobre las ganancias económicas puras. Aunque el mercado desempeña un papel significativo, las decisiones estratégicas están subordinadas a las directrices del partido, lo que difiere del enfoque enormemente pragmático del capitalismo de Estado. Por ejemplo, las empresas estatales chinas no sólo buscan maximizar beneficios, sino cumplir objetivos políticos, como la estabilidad social o el desarrollo tecnológico.

En segundo lugar, la propiedad de los medios de producción en China no sigue un modelo clásico de capitalismo. Aunque existe un sector privado vibrante, las empresas estatales tienen un peso significativo y son consideradas herramientas para implementar políticas gubernamentales. Estas empresas operan bajo un control político directo, con líderes designados por el PCCh y alineados con sus prioridades.

Finalmente, la ideología cumple un papel crucial. China se define como un sistema socialista con características chinas, donde el desarrollo económico es visto como un medio para lograr la modernización socialista, no como un fin en sí mismo. Esto contrasta con el capitalismo de Estado típico, que tiende a centrarse exclusivamente en el crecimiento.

El capitalismo de Estado, que a menudo se califica como expresión de su modelo, pone de manifiesto un conflicto permanente entre la

vía socialista y otras posibles. En cambio, China ha puesto en marcha un mecanismo para transformar el país de forma colosal, pero manteniendo el rumbo socialista, preservando la propiedad pública, gobernando el mercado, buscando la innovación independiente, controlando los sectores estratégicos de la economía nacional, enfatizando el marxismo y el poder del PCCh, etc.; singularidades que sitúan la planificación y el partido como líderes, y no así el mercado o la propiedad privada.

Como apuntó Samir Amin[7], la Revolución china fue de doble signo, antiimperialista y antifeudal. Se inscribió en una orientación claramente socialista desde sus inicios. Ello quedó de manifiesto no sólo por el liderazgo del proceso a instancias del PCCh, sino por sus medidas; entre ellas, la no privatización de la tierra, que perdura hasta hoy día. Incluso durante el denguismo, la propiedad fue preservada y únicamente se cedió el usufructo a las familias.

Esta actitud fue producto de la sólida alianza con el campesinado establecida en primer lugar para lograr el avance de la lucha de liberación nacional. Esta persistió más allá del triunfo de la revolución, eludiendo la transformación de la tierra en una mercancía, pero favoreciendo el auge de la pequeña producción de las comunidades. Las comunas fueron la excepción basada en la idea de superioridad de la aldea grande, aunque con un fuerte ingrediente de descentralización de servicios sociales básicos, yendo más allá de la producción.

Los derechos de uso y explotación de la tierra han dado lugar a una diversidad productiva que ha logrado incrementar la producción agrícola de forma significativa, mejorando las condiciones de vida en el campo, afianzando la soberanía alimentaria del país (con sólo el 7% de la tierra cultivable) y evitando la privatización.

Tampoco han sido las multinacionales ni las inversiones del exterior las que han fagocitado un sistema industrial que se ha diseñado e implementado a instancias del partido, al igual que los procesos de urbanización o de construcción de las infraestructuras que hoy asombran a medio mundo.

El éxito del proceso chino se ha garantizado en virtud del control de estas políticas para que sirvan a los intereses nacionales. Y eso es,

en suma, lo que ha permitido un desarrollo planificado a largo plazo y progresivamente más coordinado.

En cada coyuntura, China tiene que elegir y en esa elección se va marcando el rumbo político, siguiendo la estela de prueba y error y con diferentes opiniones en su seno. Las diferentes sensibilidades que puedan coexistir en el PCCh siguen implicadas, como corriente principal, en el plan de construir una sociedad socialista y un sistema político internacional progresivamente alejado del capitalismo hegemónico y dominante.

Internamente, en ese proceso, debe afianzar una democracia que empodere a la sociedad y a la vez preserve la hegemonía del PCCh. Y el camino no puede ser el liberal occidental, sino innovando también aquí, a partir de la línea de masas.

China, para poder plantearse después un eventual futuro alternativo, o socialista, no puede saltarse una etapa de desarrollo que en su punto de partida tiene como estación inevitable la tolerancia de ciertas dosis de capitalismo. Es por ello que la modernización de estilo chino ha seguido una vía original alejada de los principios generales del sistema capitalista, aun usando el mercado, la propiedad privada o la inversión.

Es de esta forma que el PCCh puede garantizar un proyecto sensiblemente soberano y que por ese compromiso puede liderar una mundialización alternativa, cuidando también de no caer en las redes de dependencia generados en la mundialización conducida por las finanzas globales.

El PCCh, hoy apeado del debate del denguismo acerca de la separación Estado-partido, apuesta por tener un Estado lo suficientemente fuerte como para resistir a los intereses particulares. En el maoísmo se deshizo de la clase terrateniente, cuando realmente no había mucha burguesía en el país, y, por tanto, sin otros segmentos con intereses dispares importantes. Por otra parte, en su desarrollo tampoco ha cuajado una clase financiera con intereses específicos. Ni unos ni otros, en el curso del proceso iniciado en 1949, han logrado subvertir el mando o la gobernanza del PCCh sobre el entramado socioeconómico. Es decir, este ha protegido al máximo su capacidad de readaptar, cambiar, de

identificar los problemas y luego, a través de un proceso de negociación, discusión y experimentación, empezar a encontrar soluciones y formas de avanzar cuando se encuentra con dificultades.

La China gobernada por el PCCh tiene empresas privadas que obedecen a la lógica capitalista y tiene, consecuentemente, empresarios privados, muchos de ellos muy ricos e influyentes, incluso algunos militando en las filas del partido; pero la cuestión clave es que el Estado controla a la clase capitalista corporativa, especialmente a través de la regulación, mientras que en las sociedades capitalistas es esta clase la que controla el Estado y lo subordina a sus intereses.

¿Qué hace posible que el PCCh controle a los grandes capitalistas impidiendo que traten de condicionar la trayectoria original de la reforma? Primero, protegiendo y desarrollando un gran sector público, asentado en sectores críticos por su importancia, incluido el financiero. El Estado controla los principales ámbitos estratégicos de la economía china y puede expandirlos o reducirlos, cambiando los equilibrios en función de las necesidades coyunturales tanto internas como internacionales. Es ese mismo Estado el que lidera la creación de infraestructuras productivas muy grandes y protagoniza muy importantes inversiones, también en tecnología, que contribuyen a elevar el poder económico del país, transformar su realidad y mejorar la calidad de vida. En paralelo, abre también nuevas oportunidades para el desarrollo del sector privado, mayormente asentado en pequeñas y medianas empresas.

Además, el Gobierno gestiona activamente una combinación de regulación, supervisión política e influencia directa en la gestión corporativa. A pesar de que el sector privado desempeña un papel crucial en la economía, el PCCh se asegura de que las grandes corporaciones sigan alineadas con sus objetivos políticos y estratégicos.

Entre los mecanismos de control cabe citar, por ejemplo, en el área de la regulación y supervisión gubernamental, la disposición de leyes antimonopolio y regulaciones financieras. Una muestra de su aplicación fue en 2020, cuando el Gobierno bloqueó la salida a bolsa de Ant Group (filial de Alibaba) y multó a la empresa matriz

con 2.800 millones de dólares por prácticas monopólicas. O cuando otras empresas como Didi (competidor de Uber) y Meituan (plataforma de delivery) han sido investigadas y sancionadas.

En paralelo al auge del sector privado, el PCCh ha multiplicado la presencia de sus células en este. Más del 70% de las empresas privadas en China tienen células del PCCh dentro de sus estructuras que supervisan las decisiones estratégicas y aseguran que estas operen dentro de los lineamientos del Gobierno. Otro mecanismo importante es la participación directa del Estado en los negocios a través de la adquisición de participaciones en empresas estratégicas. El Estado chino ha comprado, por ejemplo, «acciones de oro» en plataformas tecnológicas, lo que le da poder para influir en su gestión.

Por último, en una demostración de la efectividad de su liderazgo, el PCCh no pierde de vista los pronunciamentos de las grandes figuras de este ámbito. Por ejemplo, Jack Ma, fundador de Alibaba, criticó las regulaciones financieras chinas en 2020, por ello se vio obligado a retirarse de la vida pública durante meses y su compañía se enfrentó a una reestructuración forzada.

El PCCh sigue rubricando la idea de que la riqueza debe servir al desarrollo nacional y no sólo a la acumulación personal. El mensaje es claro: los grandes capitalistas pueden enriquecerse, pero deben alinearse con los intereses del Estado y del partido.

---

[1] Tang Xiaoju, Concise History of the Communist Party of China, Beijing, Central Party Literature Press, 2012.

[2] Xulio Ríos, Mercado y control político en China. La transición hacia un nuevo sistema, Madrid, La Catarata, 2007.

[3] Cheng Enfu, Dialéctica económica de China, cit.

[4] Cheng Enfu, Dialéctica económica de China, cit.

[5] Ríos, Mercado y control político en China, cit.

[6] Cheng Enfu, Dialéctica económica de China, cit.

[7] Samir Amin, «¿China es capitalista o socialista?», El Viejo Topo, marzo de 2013.

Capítulo VIII

Xi Jinping y la sinización del marxismo

Desde su proposición hasta la actualidad, durante más de 40 años, el socialismo con características chinas ha logrado importantes éxitos. Sin embargo, en el transcurso de su desarrollo, también se ha enfrentado a una serie de problemas urgentes que debía resolver. Por ejemplo, cómo seguir abordando adecuadamente el tema de la equidad en el desarrollo de la economía de mercado socialista; cómo abordar de manera más efectiva la cuestión de la contaminación ambiental en el proceso de industrialización y modernización; cómo seguir gestionando las relaciones internacionales cada vez más complejas a medida que China se fortalece, entre otros.

Tomando buena nota de esta realidad, el actual líder chino Xi Jinping ha promovido una reflexión singular sobre la nueva coyuntura política nacional e internacional y articuló el pensamiento de Xi Jinping sobre el socialismo con características chinas para una nueva era.

Su síntesis radica en pensar y emitir juicios científicos sobre qué tipo de socialismo con características propias defender y desarrollar en la nueva era, cómo defender y desarrollar este socialismo, qué tipo de modernización y poder socialistas construir, cómo construirlos y qué tipo de gobernanza a largo plazo se desea. Xi ha propuesto una serie de nuevos conceptos originales, nuevas ideas y nuevas estrategias para gobernar el país.

En esta perspectiva, el pensamiento de Xi Jinping es presentado por el PCCh como el marxismo chino contemporáneo, el marxismo del siglo xxi, la esencia de la cultura china y el espíritu chino de la época, estableciendo un nuevo salto en la sinización del marxismo.

El partido ha adoptado la posición rectora del pensamiento de Xi Jinping atribuyéndole una importancia decisiva para promover el proceso histórico del gran rejuvenecimiento de la nación china. Así lo estableció en el XIX Congreso de 2017; aunque ya en 2016 Xi había sido reconocido como «núcleo» de la presente generación.

En el punto III del informe presentado por Xi Jinping al XIX Congreso del PCCh, que lleva la rúbrica alusiva al pensamiento guía del xiismo, enumera las «14 perseverancias» que lo definen: la dirección absoluta del partido; la consideración del pueblo como sujeto central del proceso; la profundización integral de la reforma; la nueva concepción del desarrollo; la condición del pueblo como dueño del país; la gobernación según la ley; los valores socialistas centrales; la garantía y mejora de las condiciones de vida del pueblo; la civilización ecológica; la seguridad nacional; el imperio del partido sobre el ejército; la reunificación y el principio «un país, dos sistemas» (concebido para resolver los problemas asociados a la reunificación territorial pendiente del país, sobre todo Taiwán); la construcción de una comunidad de destino compartido de la humanidad; y la exigencia de una mayor severidad disciplinaria del partido.

Esas 14 perseverancias son requisitos que deben ser especialmente tenidos en cuenta para lograr que el PCCh, que encara una fase crucial en su gestión del proceso chino, no se desvíe, no olvide sus raíces y objetivos, de dónde viene y a dónde va, a quién sirve, y ciertamente es resultado de la experiencia histórica de un partido centenario (2021).

Así, lo que realmente definiría el xiismo como pensamiento es la propuesta estratégica de alcanzar el objetivo de culminar la modernización en dos largas zancadas (2020-2035 y 2035-2050), que confluirían en el centenario de la fundación de la Nueva China (2049). Todo ello a partir de una nueva diagnosis que enfatiza el cambio de sello en la identificación de la contradicción principal que caracteriza el momento que vive China: la existente entre la creciente demanda social y un desarrollo desequilibrado e ineficiente.

La principal virtud de este pensamiento es la certera aprehensión del momento que vive el país, la identificación de sus retos y

oportunidades y la plasmación de una firme voluntad de aprovechamiento del momento histórico.

Pero ¿qué aporta al marxismo desde la perspectiva china que no se haya hecho ya? ¿Redefine algo? ¿Obliga a proveerse de nuevas nociones? ¿Conceptos como «sociedad modestamente acomodada», «la civilización ecológica» o «la comunidad de destino compartido de la humanidad» expresan algo realmente nuevo? ¿Son los más adecuados para connotar el actual rumbo del liderazgo chino o simples consignas reutilizadas para generar renovadas ilusiones y encumbrar a un líder que necesita mantener la movilización social permanente para realizar «el sueño chino»?

A diferencia de Jiang Zemin, que debió dar respuesta a las necesidades de desarrollo de la reforma en un contexto marcado por la crisis de 1989 y el proceso de incorporación china a la economía internacional (OMC) –de mutaciones internas significativas que afectaban tanto a la sociedad en su conjunto como a la propia política del partido–, o de Hu Jintao, que, alertado sobre las sombras del modelo de desarrollo, inició el cambio de rumbo y de filosofía que ahora se gestiona, Xi inicia una nueva era en la que plantea, ante todo, poner a punto al PCCh para culminar la tarea de la recuperación de la grandeza perdida.

El pensamiento de Xi Jinping sobre el socialismo con características chinas para una nueva era

El xiísmo se plantea responder a cuatro preguntas clave. La primera es: ¿a dónde va el PCCh? Aquí suscita tareas urgentes en el rearme ético: lucha contra la corrupción, línea de masas propiciando una mayor cercanía a la base social, gobernación más estricta del partido, mejora de las teorías que lo inspiran y fomento de un proceso de autorrevolución en la militancia; en definitiva, qué tipo de partido marxista debería construirse para que esté en el poder por mucho tiempo.

La segunda cuestión es: ¿a dónde va China? En este sentido, partiendo de la intensificación de las contradicciones en China y en el mundo, formula cómo desarrollar la «gran lucha», la cual divide en dos partes: por un lado, resolver las contradicciones en China entre la demanda social y un desarrollo desequilibrado, y por otro, defender la soberanía en el mundo.

La tercera cuestión es: ¿a dónde va el socialismo? El xiísmo argumenta la nueva eficiencia del socialismo, capaz de superar y hacer desaparecer el capitalismo, enfatizando que la fuerza de este no es superior. Para ello, se plantea promover el desarrollo del progresismo en el mundo, consciente de que no se trata de la liberación de un país, sino de la liberación de todos los países.

La cuarta cuestión es: ¿a dónde va la sociedad humana? La constatación de que los seres humanos disponen hoy de más recursos que nunca, pero también de la aparición de nuevos desafíos: el cambio climático, las pandemias, el terrorismo, las guerras.

En conjunto, el xiísmo sugiere dos tareas principales: persistir en el socialismo enriqueciendo su acervo teórico y sus propuestas para promover el desarrollo y la estabilidad, y fortalecer la presencia de China en el mundo participando en él con sus iniciativas propias. La dirección del partido se afianza como la característica más esencial del socialismo chino.

Persistiendo en los fundamentos del marxismo y en la búsqueda de la verdad en los hechos, partiendo de la realidad china, observando la tendencia general de la época, el PCCh quiere seguir llevando la iniciativa histórica al dar respuestas a importantes cuestiones contemporáneas.

La expresión «espíritu de lucha» (dou zheng jing shen) bien podría ser la clave e inspiradora principal del informe presentado por Xi Jinping al XX Congreso del PCCh de 2022 y que da el tono general del llamamiento a los más de 100 millones de militantes del partido para encarar la nueva y compleja etapa que se avecina.

La reactivación del ideario marxista

Una de las características más destacadas del xiísmo es la relevancia otorgada al papel del marxismo en la actual y decisiva fase del proceso de modernización. Con motivo del bicentenario de su nacimiento, el propio Xi llegó a calificar a Karl Marx como el más grande pensador de los tiempos modernos.

Xi ha definido el marxismo como «el alma de los ideales y las convicciones de los comunistas chinos» y atribuye el éxito histórico del PCCh a la especial atención prestada a la formación ideológica y teórica de sus militantes y cuadros[1]. Al señalar que los principios generales del marxismo «siguen siendo totalmente válidos», Xi reclama su estudio incesante, pero igualmente su innovación constante, su continuo desarrollo, y apela a la apertura de una nueva frontera para adaptar el marxismo al contexto chino y las necesidades de los tiempos.

Si Mao y Deng reclamaron la adaptación del marxismo a la realidad china, Xi pone el énfasis en la necesidad de un esfuerzo adicional e imperioso para adaptarlo a las necesidades de la época presente, en un momento de inflexión histórica, de cambios vertiginosos en China y en el mundo. «El marxismo se desarrollará ineludiblemente en función del progreso de la época, la práctica y la ciencia; no será invariable», asegura Xi. Esas nuevas realidades deben servir para promover la innovación teórica.

La renovación del compromiso con el marxismo tiene como propósito gestionar esa nueva realidad persistiendo en la fidelidad a los fundamentos ideológicos fundacionales. Además, constituye una reafirmación de la legitimidad del PCCh para liderar el proceso e instar a su adaptación tanto en el trazo grueso como fino, sin que de ello se derive un cambio en su orientación principal. Y reclama basarse en la experiencia práctica y no en «ilusiones infundadas».

El marxismo, además, provee de la razón ideológica para que el PCCh siga desempeñando su papel nuclear y vertebrador en la sociedad china, reforzando su propia autoridad. Dicho proceso se complementa con el énfasis en la «autorrenovación», sustentada en

una más estricta observación de la disciplina y la ética militante como garante del servicio al bien común.

Xi, en suma, reafirma la utilidad del marxismo para China y, en paralelo, refuerza el eclecticismo ideológico del PCCh incluyendo la cultura y la civilización chinas en un mosaico de influencias con sus respectivas sinergias a modo de blindaje frente a la penetración del ideario liberal.

Las indicaciones de Xi a propósito de la promoción de una confianza cultural más robusta cabe inscribirlas en ese afán de desarrollar las teorías marxistas en línea con la procura de una fuerte garantía ideológica. Y recuerda que el marxismo no puede adaptarse al contexto chino ni a las necesidades de los tiempos sin considerar la raíz de la cultura tradicional china. El énfasis en este aspecto es más apreciable que en sus antecesores, si bien ya se apuntaban maneras en el denguismo tardío de Hu Jintao.

La enunciación del pensamiento de Xi Jinping sobre la cultura (que se suma a las formuladas sobre la política exterior, el Estado de derecho, la economía, la política ambiental o la defensa nacional) y las «nueve adhesiones» que plantea tienen como sustrato esencial el reforzamiento del papel rector del marxismo en la esfera ideológica.

El bicentenario del nacimiento de Karl Marx sirvió también al PCCh para auspiciar un ejercicio de reivindicación de este ideario de origen. A muchos puede sorprender tal proceder a la vista del rumbo seguido por China tras la muerte de Mao (1976) y la adopción de la política de la reforma y apertura (1978), con tantos trazos a priori asociables al capitalismo –incluso salvaje en determinados momentos–. Pero lo cierto es que el marxismo, con sus altibajos, siempre ha estado ahí. En un acto conmemorativo que reunió a los máximos líderes del país, Xi Jinping lo elogió como garante del éxito económico que catapultó a China desde la condición de una de las economías más pobres hasta la de segunda economía del mundo con un modelo que mezcla tanto propiedad pública con privada como planificación con mercado.

Estas iniciativas, que a muchos desconciertan y a otros sorprenden, no suponen un giro ideológico, sino una reafirmación. Lo realmente novedoso en los últimos años han sido las innovaciones promovidas

por el PCCh, que se han sumado a ese marxismo ab initio que marcó su origen en 1921, de la mano, sobre todo, de Li Dazhao (1889-1927). Los comunistas chinos, aunque admitan la propiedad privada o el mercado, no por eso dejan de serlo ni formal ni realmente. Fruto de la adaptación a sus peculiaridades culturales de los idearios extranjeros (tanto el marxismo como el leninismo lo son) y sin rechazar tampoco el confucianismo o el legismo (movimientos propios que se han conducido de forma antagónica a lo largo de la historia y que el PCCh ha incluido en su ideario en cuanto contribuyen a fortalecer y blindar su liderazgo), han creado un eclecticismo ideológico de la suma de todas esas categorías.

Bien es verdad que Xi se muestra más activo que sus predecesores en la defensa y promoción de la sinización del marxismo, es decir, de una adaptación que tenga en cuenta las innovaciones teóricas que son producto especialmente de su combinación con la realidad de China, reiterando su papel como ideología directriz, pero teniendo en cuenta que han pasado 170 años desde la publicación del Manifiesto comunista. Xi insistió en que no existe un modelo único e inmutable de socialismo y que sus principios básicos deben integrarse con la realidad, historia y cultura de cada país.

Marx y el marxismo han sido siempre objeto de estudio en las diferentes etapas de la China del PCCh (1949) y constituyen un elemento central del proceso formativo, académico y de capacitación político-burocrática. Aunque, lustros atrás, cuando se trataba de atraer capital exterior para desarrollar la economía algunos retratos desfilaron de las paredes al desván, probablemente como signo de la misma estrategia que Deng ideara y que aconsejaba ser prudentes y esperar el momento «sin portar la bandera ni encabezar la ola». Pues bien, el momento de desempolvar, como también de alzar la voz en el concierto internacional, parece haber llegado.

Aun así no falta quien piensa que el PCCh dejó de ser comunista prácticamente desde el abandono del maoísmo; pero la realidad es más compleja y quizá esta sea una conclusión precipitada. No es un partido revolucionario, es un partido de gobierno, pero el marxismo y su reafirmación constituyen aún una seña de identidad a la que nunca se renunció y que hoy, con su revitalización, es un trazo

singular del xiísmo.

Ello se refuerza con la reivindicación de los «valores socialistas centrales» expresados con el lema «4-4-2», es decir, las «cuatro conciencias» (integridad, altura de miras, lealtad al aparato y protección del n.º 1), las «cuatro confianzas» (en la civilización china, la metodología del partido, su teoría política y su sistema centralizado) y las «dos protecciones» (la posición del n.º 1 como núcleo y la prevalencia del Comité Central).

La modernización de estilo chino

China lleva más de un siglo teorizando y desarrollando la idea de modernización. Ello es consecuencia inicial de una doble percepción: haberse quedado atrás con respecto a Occidente y también querer mejorar la visión occidental apoyándose en la riqueza de su singularidad civilizatoria.

Cuando el presidente Xi Jinping apela a proyectar una modernización al estilo chino, tiene muy en cuenta esa doble premisa. Pero no es patrimonio del xiísmo, ni siquiera del PCCh. Los reformistas chinos del siglo xix, los nacionalistas del Kuomintang de Sun Yat-sen, al igual que Mao o Deng Xiaoping, todos compartían, con importantes matices, un mismo hilo conductor: la revitalización de China debe sustanciarse, en lo fundamental, atendiendo a una asimilación no exenta de crítica del ideario occidental, aconsejable en el saber técnico, pero más matizable –y hasta desdeñable– en lo filosófico. De ahí la insistencia de unos y otros en mantener como viga central el pensamiento propio. Sin duda, en esta visión influye el protagonismo histórico ejercido por China durante varios miles de años, en los que fueron siempre por delante; frente a los dos últimos siglos de decadencia, aliviada en las décadas recientes. China ha sido pieza fundamental en la modernización del mundo cuando nosotros estábamos a verlas venir…

El patrón de esa modernización y la discusión en torno a las causas de la decadencia han evolucionado. En el siglo xix, la admiración

por la tecnología occidental coexistía con cierta autoinculpación del pensamiento confuciano como explicación de la raíz del atraso, algo que Joseph Needham[2] contestaba llevando el debate a la marginación de la clase mercantil que impidió el surgimiento de una burguesía impulsora del desarrollo científico. Por su parte, los nacionalistas republicanos apelaban al desarrollo económico e industrial como soporte principal de una soberanía redimida y capaz de superar la humillación infligida por los imperios extranjeros.

En el periodo maoísta, la modernización discurrió por dos carriles en permanente tensión, entre el influjo soviético penosamente adaptado y las «cuatro modernizaciones» que Deng recuperaría tras la muerte de Mao, convirtiéndolas en santo y seña de su reforma. Todo para pasar «de una relativa imperfección a una perfección relativa». Pero el denguismo rechazaría de plano aquella otra «quinta modernización», la política, que Wei Jingsheng remitía al ideario liberal.

¿Qué aporta Xi Jinping a todo este bagaje? En lo cronológico, sugiere un calendario concreto y definitivo, con ese horizonte intermedio de 2035 y el final de 2049. Pero, además, en lo teórico, actualiza aquella doble premisa inicial: es la singularidad civilizatoria lo que ahora permitirá a China ir más rápido, al tiempo de adquirir la soberanía precisa para poder hacerlo sin ceder a las exigencias foráneas. Esto significa: liderazgo a toda costa del partido como expresión 2.0 de aquel viejo mandarinato naufragado, pero también un modelo que en la narrativa oficial apunta a un desarrollo centrado en las personas (el bienestar reclamado por Sun Yat-sen en sus «tres principios del pueblo») y a un modelo político adaptado a las singularidades de diverso tipo que China manifestaría en razón de su idiosincrasia.

Por otro lado, en lo que atañe al exterior, la apertura es un ingrediente de la modernización que no tiene marcha atrás. En parte porque nadie discute que el aislamiento propició la decadencia, pero también porque el renacer chino no es sostenible al margen del mundo. Hoy, cualquier sinocentrismo debe ser interdependiente. Es más, esta China moderna no descarta liderar la globalización cuando el proteccionismo es esgrimido por su

principal rival estratégico como recurso hegemónico. Además, nos recuerdan, su proceso de acumulación y revitalización se basa en excluir la exportación de revoluciones, hambre y pobreza o de liarla parda allá donde sus hipotéticos intereses cortoplacistas lo requieran, una clara alusión acusatoria al comportamiento de las elites desarrolladas occidentales que no atienden a razones (ya nos refiramos a comercio o seguridad) si lo que está en peligro es su supremacía. Por el contrario, esta China querría «compartir», no imponer, su modernidad.

La diagnosis de Needham, a propósito del riesgo derivado de aquel dogmatismo ideológico incapaz de integrar las innovaciones políticas derivadas de la eclosión de determinados sectores, los cuales no hallaban espacios para desarrollar sus inquietudes y vocaciones, resuena de nuevo ante lo dificultoso del equilibrio entre el reforzamiento de la autoridad administrativa y el mantenimiento de la liberalidad económica. Esto es especialmente aplicable al sector privado, muy beneficiado por el desarrollo de los últimos tiempos. Este debe entender y asumir un esfuerzo por socializar la riqueza creada para que la modernidad resultante pueda universalizar en mayor medida sus beneficios.

Aunque sus déficits son importantes aún, la modernización de China en tiempos de Xi ya no afronta aquel reto sumario de la pobreza y el subdesarrollo. Es de otro signo, con la justicia social, la ambiental y lo tecnológico como desafíos asociados a la estabilidad política. Tampoco en lo global es parte de un proyecto anticolonial y antiimperialista, sino deudor de una celosa soberanía a la vez apegada a la construcción de un nuevo orden multipolar, que encuadraría lo occidental y lo liberal, más reducido, en un galimatías conceptual infinitamente más complejo.

Desde la Revolución industrial, diferentes países y regiones han explorado sus propios caminos hacia la modernización basados en sus propias realidades. Debido a que la modernización ocurrió primero en Occidente, a este se le atribuyó una «superioridad», lo que le llevó a actuar como si su camino fuera el único correcto y cualquier otro no pudiera tener éxito. Esto es lo que Marx decía en el Manifiesto comunista, que Occidente siempre quiere «crear un mundo a su propia imagen»[3].

El camino chino se desarrolló durante la época de la reforma y apertura. La primera es una reforma total del país y la segunda es una apertura integral hacia el exterior; por lo tanto, no se puede decir que esta vía no haya incorporado los avances de la civilización occidental.

En la China moderna, antes de 1949, en gran medida el país seguía prácticamente un camino «copiado» de Occidente, introduciendo literalmente su modelo con la esperanza de poder resolver los problemas de China. El fundador del camino chino, Mao Zedong, en 1949 hizo una descripción de esa búsqueda que apuntaba a un esfuerzo ingente por encontrar la verdad en los países occidentales. En aquel entonces, los chinos progresistas devoraban todos los libros a su disposición para estudiar las nuevas teorías occidentales. Era asombrosa la cantidad de estudiantes chinos enviados a Japón, Inglaterra, EEUU, Francia y Alemania. Para «salvar la nación», había que reformar, y para reformar, había que aprender de los países extranjeros. En aquel tiempo, sólo los países capitalistas occidentales eran considerados progresistas, ya que habían construido exitosamente Estados-nación modernos burgueses. Los japoneses aprendieron de Occidente con éxito, por lo que los chinos también aprendieron de los japoneses.

Aquellos que estudiaron esas nuevas ideas creyeron durante mucho tiempo que estas representaban el camino correcto para poner fin a la decadencia de China. Pero el resultado no fue el esperado. Se puso a prueba todo, y todo fracasó. La razón principal es que el camino occidental se desarrolló de manera natural en Occidente, era producto de su singularidad histórica y global, sentencia el PCCh. Sin embargo, en China, era como una «montaña que cayó del cielo», donde resultaría imposible que diera frutos.

Deng Xiaoping continuó el razonamiento de Mao Zedong abundando en la idea de que los problemas del mundo no pueden resolverse con un solo modelo y que China debía tener el suyo propio. Era absurdo pedir a todos los países del mundo que copiaran el modelo de EEUU, Inglaterra o Francia. La vía de modernización de China tiene su propia dinámica interna y fuerza impulsora de desarrollo. Atender a ese precepto no es que sea la mejor opción, sino que es la única efectiva para lograr culminar

satisfactoriamente el objetivo de la modernización. Ello con independencia de apreciar tal o cual trazo como idóneo para reforzar la consecución de aquel objetivo.

Para no causar inestabilidad o riesgos y poder avanzar más rápido desde un punto de partida atrasado, obviamente se necesita mayor impulso y vitalidad, una estructura de reglas más rigurosa y mayor cohesión. El camino chino cumple con esta demanda histórica.

Ciertamente, gobernar China, un país cuya población es mayor que la de la suma de los países desarrollados del mundo, implica que las responsabilidades y misiones de su Gobierno son mucho más grandes, pesadas y complejas que las de cualquier Gobierno occidental.

El camino de China ha ido acumulando gradualmente una situación estratégica más beneficiosa para su propio desarrollo, ejerciendo control sobre el proceso, su ritmo y dirección, gestionando las demandas de intereses, a veces contrapuestos, con el peligro de intensificación de los conflictos sociales y la inestabilidad. El control autónomo de su desarrollo es una premisa indispensable para evitar verse afectados o incluso manipulados por el capital internacional y las demandas políticas de otros países.

Xi plantea que la modernización es una aspiración común a todos los países del mundo, pero que sólo ha sido realizada por algunos países occidentales. Estos siguieron la «vieja vía de modernización que recurre a formas de guerra, colonización, saqueo y demás, una vía de autobeneficio a expensas del otro y llena de sangre y crimen que ha traído profundas penalidades al pueblo de la gran prole de los países en vías de desarrollo»[4]. Hasta ahora se ha seguido esa vía, pero Xi plantea que la modernización de los países no modernizados no necesariamente tiene que seguirla y sostiene que el camino chino «termina con el mito de que modernización es igual a occidentalización».

Para Xi, «la modernización china tiene no sólo las características comunes a la modernización de los diversos países, sino las peculiaridades chinas basadas en nuestras condiciones nacionales propias». Estas peculiaridades son cinco: gran magnitud poblacional, prosperidad común para todo el pueblo, coordinación

entre la civilización material y la espiritual, coexistencia armoniosa del ser humano y la naturaleza, y desarrollo pacífico en el terreno internacional. De acuerdo con Xi, el rejuvenecimiento de China (su modernización) ha sido una aspiración común de toda la sociedad desde el inicio de los tiempos modernos, pero sólo el PCCh ha podido encontrar las claves necesarias para hacerla realidad mediante la construcción del socialismo.

El planteamiento de Xi contiene dos dicotomías sobre la modernización: una cultural-geográfica (Occidente-no Occidente) y una de modo de producción (capitalismo-socialismo). Entendido de esta manera, en términos lógicos podría haber una modernización occidental capitalista y una modernización occidental socialista, así como una modernización no occidental capitalista y una modernización no occidental socialista. Modernización occidental capitalista serían los países del G7 menos Japón; no occidental capitalista serían Corea, Singapur y Japón (¿Rusia?); no occidental no capitalista sería China[5].

El significado de la modernización en China ha recorrido cuatro etapas, cada una de las cuales no rechazó totalmente a la inmediata anterior, sino que se construyó sobre ella. La primera comprende el «Siglo de la Humillación» (1842-1949). En esta fase, la modernización equivalía a recuperar la soberanía nacional, a hacer de China un país respetado en la arena internacional, a tener unas fuerzas armadas competentes y a reconstruir la estabilidad política interna. La segunda, la de Mao, va de 1949 a 1978; sobre los objetivos de la primera modernización se añadió uno más: el control obrero-campesino del proceso, construyendo un modo de producción socialista. La etapa de Deng, de 1978 a 2012, aceptó el control obrero-campesino del proceso, pero permitió a las nuevas clases emergentes una participación activa en la construcción del modo de producción socialista, entendiendo el socialismo de manera diferente a como lo hacía Mao.

Finalmente, para Xi, en la cuarta etapa la modernización conjunta contempla cinco elementos: la soberanía nacional (soberanía sobre todos sus territorios, reclamados o no), el lugar de China como país importante en el escenario global (si tiene peso como centro de poder o no), el nivel tecnológico y productivo (de vanguardia o no),

el carácter cultural del país (occidental o no) y el modo de producción (socialista o capitalista). China sería un país que todavía no ha alcanzado su soberanía plena (faltan Taiwán, el mar de China Meridional, etc.), que ya es importante a nivel global (aunque puede serlo más), con un nivel tecnológico y productivo que cada vez se acerca más a una posición de vanguardia, con un carácter cultural sinocéntrico proveniente de su milenaria historia y con un modo de producción que se autodefine como «socialismo con características chinas».

¿En qué sentido puede decirse que la modernización china sigue siendo socialista y no capitalista? En el sentido de que el PCCh, entendido como partido que lucha por la superación del capitalismo, sigue dictando el camino que China debe transitar; sigue siendo quien lleva el timón del proyecto modernizador. Las nuevas clases emergentes, integradas de manera subordinada al partido mediante la teoría de la triple representatividad de Jiang Zemin, no sólo no tienen su propio partido, sino que han sido absorbidas y han aceptado (de facto) el liderazgo del PCCh en la medida en que, al menos por el momento, no impide su realización al abrigo de las políticas oficiales. Esto plantea un equilibrio no siempre fácil de resolver que apunta a la conciliación de los diversos intereses en liza.

En definitiva, sigue considerándose socialista por varios aspectos clave. El PCCh, al definir su modelo como «socialismo con características chinas», sugiere que el crecimiento económico y la apertura al mercado están subordinados al control del Estado y a los objetivos políticos del socialismo. Esto se manifiesta, como ya se indicó, no sólo en el dominio del Estado de los sectores estratégicos de la economía nacional, con las empresas estatales controlando ámbitos clave –energía, telecomunicaciones, banca o transporte– o con multitud de empresas privadas dependiendo de contratos gubernamentales, sino también a través del control político. Este último es palpable en la supervisión que el PCCh realiza tanto del sector público como del privado, sin que pueda hablarse de una separación efectiva entre economía y política.

Por otra parte, la planificación estatal sigue desempeñando un papel sustancial en la economía, afectando especialmente a sectores

relevantes (el plan «Made in China 2025», por ejemplo). Y se establecen objetivos de desarrollo en tecnología, industria y bienestar social, más allá de la lógica de las ganancias privadas.

Por último, el enfoque en el bienestar colectivo se materializa en propósitos como la eliminación de la pobreza extrema (más de 800 millones de personas han salido de ella con políticas estatales), las grandes inversiones en infraestructura y salud pública financiadas por el Estado o las campañas para reducir las desigualdades y redistribuir la riqueza implicando a las grandes corporaciones. En el programa específico de alivio de la pobreza, el PCCh envió a tres millones de cuadros a vivir y trabajar en el campo, y movilizó a miles de empresas estatales y privadas, estudiantes y profesores, profesionales médicos y otros sectores de la sociedad para garantizar que los casi 100 millones de personas restantes salieran de la pobreza extrema.

No es de menor importancia tampoco el rechazo reiterado y explícito del modelo liberal de Occidente, de modo que la modernización descarta un abandono de su modelo de gobernanza bajo el liderazgo absoluto del PCCh.

Como se ha señalado, la modernización china ha normalizado el uso de mecanismos de mercado para crecer, pero sin perder el control estatal sobre la economía y la sociedad. Su modernización sigue siendo socialista, porque el Estado es el actor central en la economía, el mercado está subordinado al partido y el desarrollo prioriza la consecución de los objetivos colectivos sobre los intereses privados.

Así pues, el PCCh ha determinado la naturaleza fundamental de la modernización china. En términos básicos, el «estilo chino» de la modernización está al mismo tiempo concebido sobre el fundamento del socialismo con peculiaridades propias y reflejado en la exigencia fundamental de la «dirección del partido».

Materializar la modernización a través del camino socialista en China –un gran país oriental económica y culturalmente atrasado y con una población numerosa– es como escalar una alta montaña aún no hollada sin posibilidad de andar un gran camino recto ni seguir una ruta ya hecha, se apunta elocuentemente desde

el PCCh[6].

La nueva filosofía del desarrollo

En 2021, Xi Jinping describió la nueva filosofía del desarrollo como un sistema teórico que responde a una serie de preguntas sobre el propósito, la motivación, el modo y el camino del desarrollo, en los ámbitos tanto de la ideología como de la práctica.

Conocida como «desarrollo de alta calidad», en términos generales representa un cambio significativo en la estrategia económica y social de China. Esta filosofía se centra en una transición desde un crecimiento rápido pero insostenible hacia un modelo más equilibrado, inclusivo y respetuoso con el medio ambiente.

Uno de sus pilares centrales es la innovación tecnológica. Xi Jinping ha destacado la necesidad de que China reduzca su dependencia de tecnologías extranjeras y fortalezca su capacidad de innovación, especialmente en sectores estratégicos como la inteligencia artificial, la biotecnología y las energías renovables. Esto se alinea con la estrategia de autosuficiencia tecnológica y el impulso a la economía digital.

Otro aspecto clave es el enfoque en la sostenibilidad ambiental. La visión de Xi Jinping aboga por un desarrollo que armonice el crecimiento económico con la protección del medio ambiente. Este compromiso incluye metas ambiciosas, como alcanzar la neutralidad de carbono para 2060, reducir la contaminación y promover el uso de energías limpias.

La prosperidad común es otro concepto fundamental. Con esta se busca reducir las crecientes desigualdades económicas entre regiones y grupos sociales, asegurando que los beneficios del desarrollo se distribuyan de manera más equitativa. Medidas como la reforma fiscal, el fortalecimiento del bienestar social y el apoyo a las pequeñas y medianas empresas forman parte de esta agenda.

Finalmente, la apertura y la cooperación internacional también son esenciales. Aunque China persigue una mayor autosuficiencia, Xi ha enfatizado la importancia de participar en cadenas de valor globales y fortalecer su liderazgo en plataformas internacionales como la Iniciativa de la Franja y la Ruta.

En resumen, esta filosofía busca transformar China en una potencia moderna, inclusiva y sostenible, enfocada en la calidad del desarrollo en lugar de en su velocidad.

Como principios clave que guían su desarrollo económico en esta era, la nueva filosofía del desarrollo ha diseñado nuevos rumbos en la economía política marxista en la China contemporánea, abriendo un nuevo capítulo en el camino socialista con características chinas.

Esta forma de pensar en materia de desarrollo, resumida en los fundamentos de dicha filosofía, tiene por objeto construir un nuevo modelo que tenga como pilar el mercado interno y que este y el mercado internacional se refuercen mutuamente (la conocida como «doble circulación», propuesta en 2020). Se plantean cinco constucciones: la económica, la política, la cultural, la social y la de civilización ecológica. El resultado que se pretende es un desarrollo en el que se generen las condiciones estructurales para que sobresalga la alta calidad. La estrategia busca estimular la demanda interna y la innovación y promover una mayor autosuficiencia en términos de tecnología y recursos, sin dejar de estar abierto al comercio y la inversión internacionales. Se trata de una vía innovadora, coordinada, verde, abierta y compartida hacia la modernización liderada por el ciclo económico nacional, con el ciclo económico internacional desempeñando un papel complementario.

Oficialmente, por tanto, desde el XVIII Congreso del PCCh, la economía política socialista con características chinas habría entrado en una nueva era al adoptar una serie de teorías importantes que pueden generalizarse en cuatro niveles[7]:

• En el primer nivel se encuentra la teoría del camino-valor, que

explica por qué China adopta un camino socialista con características propias bajo el liderazgo del PCCh y por qué adopta un enfoque de desarrollo centrado en el pueblo.

• En el segundo nivel, la teoría del sistema de etapas interpreta por qué China permanece en la etapa primaria del socialismo y por qué la nueva fase de desarrollo se considera parte de esta, incluidas sus instituciones asociadas.

• En el tercer nivel, la teoría filosófica-política detalla por qué se aplica la nueva filosofía del desarrollo para guiar el avance económico y social, y cómo China debe construir un nuevo patrón de desarrollo de alta calidad para así lograr la modernización.

• En el cuarto nivel se encuentra la teoría de la apertura y la búsqueda de escenarios de beneficio mutuo. Ilustra por qué China busca una apertura de mayor nivel, se esfuerza por construir una comunidad humana con un futuro compartido y colabora con países de todo el mundo.

En términos valorativos, la nueva filosofía del desarrollo es, en primer lugar, un resumen científico de las prácticas de desarrollo económico y social de China. En segundo lugar, profundiza la comprensión de la ley económica socialista básica en el país asiático, que pone énfasis en la reforma de las relaciones de producción y la superestructura y en la modernización de las fuerzas productivas para satisfacer las crecientes necesidades materiales y culturales de la sociedad. En tercer lugar, enriquece y desarrolla las teorías de la economía política marxista.

Para superar la contradicción entre las necesidades de una vida mejor y un desarrollo desequilibrado e inadecuado, la tercera sesión plenaria del XVIII Comité Central del PCCh (2013) tomó la decisión de continuar la reforma de manera integral, centrándose en la parte económica. Estableció el objetivo general de mejorar y desarrollar el socialismo con peculiaridades chinas y modernizar el sistema y la capacidad de gobernanza. La idea clave consiste en dejar que el mercado cumpla un papel decisivo en la asignación de recursos y que el Gobierno desempeñe mejor sus funciones, ofreciendo nuevos

matices a la orientación general de profundizar en el tránsito de un régimen de economía planificada altamente centralizada a uno de mercado socialista.

Ese tercer pleno del XVIII Comité Central, al inicio del mandato de Xi, propuso también que la cuestión subyacente de la reforma del sistema económico consiste en lograr un equilibrio entre los roles del Gobierno y el mercado. Los optimistas consideraron que este papel decisivo del mercado era más apropiado que el «papel fundamental» establecido en 1993. Sin embargo, quizá pasaron por alto la parte relativa a permitir que el Gobierno «cumpla mejor con su papel» y obviaron la retirada de la «regulación a nivel macro» como medio para la intervención del Gobierno en el mercado. Posteriormente se hizo evidente que esta intervención del Gobierno se hizo cada vez más intensa a nivel micro. En consecuencia, el mercado desempeñó un papel menor en lugar de mayor en la asignación de recursos.

La decisión tomada en dicha sesión plenaria de permitir que «el mercado cumpla un papel decisivo en la asignación de recursos» marcó un cambio importante en la economía china. Esta declaración fortaleció el papel del mercado, pero, una vez más, sin eliminar el control estatal. Ello vino a significar la apuesta por un mayor espacio para las fuerzas del mercado (como hemos mencionado, antes de 2013 este tenía sólo un «papel básico» en la asignación de recursos; con la nueva decisión, se reconoce que su eficiencia debe ser clave en la distribución de bienes, capital y trabajo). Esta reunión también dispuso una reducción de la intervención estatal en ciertos sectores al permitirse una mayor participación de empresas privadas en industrias no estratégicas, la flexibilización de los controles de precios en sectores como el de la energía o el de las telecomunicaciones, o la promoción de la inversión privada en infraestructura y servicios.

Por último, la reforma de las empresas estatales apuntó a que operaran con lógica de mercado, mejorando su eficiencia, sin afectar por ello a la naturaleza de la propiedad ni tampoco al control en sectores estratégicos.

En otro orden, se relajaron restricciones para inversores extranjeros en ciertas áreas y se permitió la internacionalización del renminbi

(yuan) en mercados financieros.

La decisión de 2013 no significó el inicio de una transición al capitalismo, sino una mayor apertura al mercado dentro de un modelo de socialismo de mercado con control estatal.

En los años siguientes, en un contexto de agravamiento de las tensiones comerciales y políticas globales, el crecimiento económico de China se moderó, las empresas chinas perdieron dinamismo y la deflación se convirtió en una clara tendencia. Por ello, el tercer pleno del XX Comité Central (2024) fue seguido de cerca en busca de orientaciones claras para las reformas. Esta sesión se centró en la profundización integral de la reforma y en el avance de la modernización.

La idea clave pasó a consistir en construir una economía de mercado socialista de alto nivel en todos los aspectos, que debía representar una evolución del modelo económico buscando combinar aún más los principios del socialismo con las dinámicas del mercado para afrontar nuevos desafíos y alcanzar un desarrollo más equilibrado y sostenible. Esto implicaba, primero, instituir un mercado más maduro y eficiente, permitiendo que este pueda desempeñar un papel más decisivo en la asignación de recursos. Las reformas estructurales pondrían el acento en aumentar la eficiencia y competencia dentro de las empresas privadas y estatales para conseguir una mayor participación del sector privado en la economía.

Por otra parte, se contempla el reforzamiento del control estatal sobre sectores clave (energía, finanzas, tecnología) y el mantenimiento de la planificación económica en áreas que se consideran cruciales para la seguridad nacional y la prosperidad de la sociedad. También se enfatiza que el sector privado debe alinearse con los objetivos nacionales y que el Estado seguirá interviniendo cuando sea necesario para evitar excesos o desequilibrios.

Asimismo, se fomentan la innovación y la autosuficiencia con dos pilares clave. El primero, el desarrollo tecnológico: la economía de mercado socialista de alto nivel incluye un fuerte enfoque en la innovación tecnológica, con énfasis en áreas clave como la

inteligencia artificial, energías limpias y tecnologías emergentes. El segundo, la reducción de la dependencia del exterior: China busca fortalecer su autosuficiencia en tecnologías clave y reducir su dependencia de países extranjeros, especialmente en sectores estratégicos como los semiconductores y la biotecnología.

Otro elemento destacable es la creación de una economía más inclusiva y sostenible, poniendo el acento en la prosperidad común: este es un concepto clave dentro del socialismo de mercado de alto nivel. Se busca que el crecimiento económico beneficie más equitativamente a todas las capas de la sociedad, y no sólo a los sectores más acaudalados o a las grandes empresas. Y también se destaca el equilibrio entre crecimiento y medio ambiente, poniendo el foco en un desarrollo más sostenible que no dependa exclusivamente del crecimiento económico tradicional basado en la industria pesada.

Ese «alto nivel» establece una diferencia con el modelo anterior, en el que el mercado tenía un papel importante, pero el control estatal sobre sectores clave y la planificación económica seguían siendo muy fuertes. Ahora se busca profundizar las reformas del mercado, pero con el PCCh tomando un rol más activo para evitar desigualdades sociales, asegurar la soberanía y seguridad nacionales y fomentar una mayor innovación tecnológica. En suma, adaptarse a los retos de una economía global moderna, impulsando la innovación, la autosuficiencia y una mayor equidad.

El pleno propuso terminar de construir una economía de mercado socialista de alto nivel integral para el año 2035, lo que demostraría el compromiso sostenido con el papel indispensable del mercado. Con la experiencia y lecciones aprendidas desde 1992 en la exploración de este tipo de economía, China planea completar la construcción de su sistema económico en los próximos diez años. Sin embargo, pocos en el país o en el extranjero entienden aún cómo se conformará dicha economía y siguen preguntándose si el ensanchamiento constante de los límites del mercado es compatible con el sistema socialista de China. Las preguntas incluyen al menos los siguientes tres aspectos.

En primer lugar, ¿cómo protege la economía de mercado socialista la propiedad privada? Si bien las fuerzas del mercado pueden

utilizarse para mejorar la eficiencia y el dinamismo económicos, la falta de garantías contractuales apuntada por los críticos implica que la propiedad privada está desprotegida, lo que reduce gravemente el incentivo a la producción, la inversión y la innovación. En consecuencia, la economía puede enfrentarse a dificultades para prosperar en medio del dinamismo limitado del mercado.

La protección de la propiedad es especialmente importante cuando se habla de productos de innovación, en los cuales se involucra a muchos socios y el proceso es prolongado, lo que significa que lleva tiempo que los beneficios se materialicen. En comparación con la simple transacción de mercado de pago a la entrega, estos productos innovadores son «intensivos en derechos de propiedad» y tienen requisitos estrictos para salvaguardar la ejecución del contrato.

El Gobierno chino dispone de muchos mecanismos a su favor, que debe conciliar con la protección de la propiedad privada (la cual se halla a las puertas de una nueva regulación, ya en avanzado debate, que obvie las deficiencias normativas actuales). Pero el uso excesivo de ellos puede condicionar los incentivos para la producción y la creación. Como el poder lo ejercen decenas de miles de funcionarios en todos los niveles, sus respectivos intereses afectarían constantemente su ejercicio. Aun así, cabe reconocer que el modelo ha permitido la construcción de un marco capaz de fomentar que las pymes puedan desarrollarse de forma muy competitiva y eficiente, al tiempo que evita la formación de oligopolios y monopolios.

Aun así, en China los oligopolios –es decir, mercados dominados por un pequeño número de empresas grandes– son comunes, especialmente en sectores estratégicos e industriales clave. Lo que nos lleva a otra de las cuestiones: ¿cómo se relaciona el Estado con ellos? Aquí cabe significar que el Gobierno mantiene un control estricto sobre estos, lo que influye en su funcionamiento y su interacción con la economía.

Estos oligopolios están presentes en sectores como el de la energía, donde empresas estatales como PetroChina y Sinopec dominan el mercado de petróleo y gas; el de las telecomunicaciones, donde tres

grandes empresas como China Mobile, China Telecom y China Unicom controlan gran parte del mercado; el de la banca, en el que dominan cuatro grandes bancos estatales (Banco Industrial y Comercial de China, Banco de China, Banco de Construcción de China y Banco Agrícola de China); o el de la tecnología, donde, si bien hay empresas privadas dominantes como Alibaba, Tencent y ByteDance, su poder es supervisado por el Gobierno y están sujetas a regulaciones y restricciones.

A pesar de la fuerte presencia de actores privados en áreas como la del comercio electrónico y la tecnológica, las empresas estatales siguen teniendo una posición dominante en sectores clave de la economía, como los de energía, transporte y telecomunicaciones. El PCCh mantiene un control sobre estas empresas, incluso en mercados donde el sector privado desempeña un papel crucial.

El control estatal sobre los oligopolios se lleva a cabo a través de intervenciones regulatorias y antimonopolio, recurriendo a mecanismos como el monitoreo gubernamental e incluso a sanciones (por ejemplo, en 2020, Alibaba fue multada con 2.800 millones de dólares por prácticas monopólicas, o cuando Tencent y Baidu han sido controladas por el Gobierno para evitar la excesiva concentración de poder en los procesos de fusiones y adquisiciones).

El PCCh también ha emprendido campañas de seguimiento para reducir el poder de las grandes corporaciones y garantizar que sus ganancias y actividades beneficien al bienestar colectivo y no sólo a los accionistas y ejecutivos. Una de las más recientes –y en curso– es el fomento de la prosperidad común que aspira tanto a redistribuir mejor la riqueza como a evitar el poder excesivo de los grandes monopolios u oligopolios, especialmente en sectores donde las grandes empresas privadas han acumulado riqueza y poder.

En los oligopolios, el PCCh presta igualmente atención a garantizar que sigan siendo productivos y no frenen el crecimiento, presionando a estas grandes empresas para que inviertan en innovación tecnológica y sostenibilidad. Las grandes empresas estatales y privadas también deben contribuir a los objetivos nacionales de reducción de emisiones y a la autonomía tecnológica de China.

Por tanto, los oligopolios son prominentes en el país, especialmente en sectores estratégicos, pero el Gobierno desempeña un papel activo en su regulación y supervisión. Aunque las empresas privadas dominan sectores importantes, la intervención estatal asegura que estas grandes empresas no se desvíen de los objetivos del PCCh.

Otra cuestión es la siguiente: ¿cuáles son las reglas para la intervención gubernamental en el mercado? La idea original del Gobierno era que fuera indirecta y se llevara a cabo mediante macrorregulaciones. Sin embargo, posteriormente ya no se defendió esta postura. Con la intervención del Gobierno, algunas industrias se concentraron en el lado de la oferta, otras en el lado de la demanda, y se produjeron algunas interferencias tanto en la oferta como en la demanda. Como resultado, formaron actividades simuladas e impidieron que las fuerzas del mercado funcionaran de modo efectivo[8].

En materia de política industrial, la idea original era que «el Estado regula el mercado y el mercado guía a las empresas», pero más tarde se pasó a una intervención estatal directa en las actividades empresariales, y cada provincia, ciudad, prefectura o condado tenía sus respectivas políticas industriales.

En el caso de las empresas estatales, el objetivo era mantener únicamente las grandes y viables, y permitir el cierre, la fusión o la privatización de las más pequeñas y deficitarias, limitándolas a sectores relacionados con la seguridad nacional y la supervivencia económica y retirándolas de los sectores competitivos. Sin embargo, varios niveles de los Gobiernos locales siguieron el mismo ejemplo y también mantuvieron sus empresas públicas «grandes», lo que dio lugar a que muchas de ellas compitieran directamente con empresas privadas en los sectores perfectamente competitivos.

Hoy día, la intervención gubernamental es significativa. Ministros, funcionarios fiscales y agentes de préstamos bancarios, desde ministerios y comisiones centrales hasta autoridades municipales y entidades comerciales, pueden tener efectos directos y cruciales sobre las empresas. Los empresarios privados recelan de este tipo de riesgo regulatorio, y el entorno operativo de las empresas se modifica rápidamente, especialmente cuando estas intervenciones se ven agravadas por cambios en las circunstancias políticas y los

requisitos de seguridad nacional (una variable que se debe tener especialmente en cuenta).

A la vista de estas circunstancias, el empeño del tercer pleno del XX Comité Central (2024) apuntó a «fomentar un entorno de mercado más justo y dinámico y hacer que la asignación de recursos sea lo más eficiente y productiva posible». Para ello, dispuso formular normas que reduzcan la intervención gubernamental directa y los ámbitos en los que el Gobierno podría intervenir. No obstante, en el momento presente, cuando el PCCh pondera la necesidad de adoptar decisiones de alcance estratégico para el logro de la modernización, en un contexto además de tensión con EEUU y Occidente, es previsible que el partido observe atentamente la dirección activa de las políticas básicas.

Se cree que las reformas en China han entrado en «aguas profundas» y los reformadores deben estar preparados para abordar cuestiones difíciles. Para alcanzar el objetivo de 2035, no se pueden evitar las tres cuestiones anteriores, que deben afrontarse con determinación, dicen algunos economistas chinos. Sólo tomando medidas prácticas para abordar estas difíciles cuestiones, el mercado podrá encontrar su lugar e impulsar un desarrollo económico saludable.

En la nueva estrategia de desarrollo cabe destacar también la importancia otorgada a la innovación, sobre todo la independiente con características chinas. La expansión de la economía china se basa cada vez más en la innovación y la demanda interna, cambiando el enfoque de aquel modelo de crecimiento extensivo basado en la escala y la velocidad a uno de calidad y eficiencia. La estrategia pasa por crear propiedad intelectual independiente, porque sólo a través de ello se pueden garantizar tanto la prosperidad como la seguridad.

Por otra parte, la nueva vía de desarrollo debe implicar un ciclo verde y de bajas emisiones de carbono. La protección del medio ambiente y el uso eficiente de los recursos naturales, así como la evaluación del entorno ecológico, constituyen marcos irrenunciables del nuevo modelo.

Debe ser también inclusivo: las políticas de reducción de la pobreza en China han destacado. Los logros alcanzados en este aspecto

durante los años de la reforma y apertura son enormes. En pocas décadas, unos 800 millones de personas han superado esta lacra, rebajando sustancialmente las cifras globales y señalando lecciones para terceros. Ahora, la integración estrecha entre el desarrollo económico, la sostenibilidad natural y el progreso social, evitando separar las políticas de crecimiento de las de equidad, forma parte del enfoque de desarrollo.

La prosperidad común se plantea como estrategia para la eliminación gradual de la desigualdad social que acompaña a la propiedad privada y explicita el compromiso con estándares de valor social como expresión de una posición fundamental del marxismo. Es parte de la política de consolidación del socialismo y de la elección de un camino de desarrollo coherente con la situación de China y el estado de las fuerzas productivas del país.

En los últimos lustros ha habido, sin embargo, interpretaciones divergentes de cómo llevarla a efecto. Deng no se refería a una prosperidad que fuera simultánea o igual. La esencia era partir de la situación real, de un país atrasado: permitir a unos enriquecerse primero y a otros después, atendiendo también a las circunstancias de desarrollo desigual en el plano territorial. Este esquema inicial de Deng priorizaba el desarrollo de las fuerzas productivas. Su consecuencia fue que la brecha de desigualdad se fue agrandando con los años, dando paso a cierta tendencia a la polarización social influida por el cambio en la estructura de la propiedad y de las relaciones entre lo público y lo privado. Si bien persiste como objetivo del socialismo el eliminar la pobreza, la acumulación de riqueza benefició a sectores minoritarios.

En términos de calendario, la prosperidad común sólo es posible cuando el desarrollo económico de China alcance el nivel de ingreso per cápita de los países moderadamente desarrollados. Pero no siempre ocurre que más riqueza signifique más distribución justa.

Al inicio de la reforma, Deng destacó dos principios fundamentales: economía pública socialista y prosperidad común. Sólo en la economía de propiedad pública pueden transformarse los beneficios empresariales en riqueza de propiedad común de toda la sociedad. El auge de la prosperidad común exige aumentar la inversión en la construcción de mejores medios de vida para las personas; y esto

afecta a las políticas de empleo, seguridad social, vivienda, consumo, etc. Dicha prosperidad representa un camino realista para el impulso de la modernización y una manifestación concreta de las ventajas sistémicas.

En la era de las reformas, el crecimiento acelerado ha desembocado en muy fuertes niveles de desigualdad social que se movían en la dirección de un coeficiente de Gini muy alto. Las desigualdades rurales urbanas o regionales también aumentaron. Y a modo de reacción se introdujeron importantes programas de desarrollo rural. El nuevo campo socialista que se venía implementando y la dotación de infraestructuras a las zonas rurales permitieron que las comunidades rurales desarrollaran actividades económicas para poder mejorar su calidad de vida.

Los programas para el desarrollo de China occidental, China central, China nororiental, zonas, en muchos sentidos, con mayores dificultades, entraron en nuevas dinámicas para mejorar la cohesión territorial. Y esto ocurrió de forma relativamente rápida y eficaz, con efectos significativos.

Otro tanto podemos decir de la búsqueda de lograr una mayor equidad, señalando el factor de la justicia social como una de las variables determinantes del nuevo modelo.

El acento en la prosperidad común, dicen sus críticos, está agravando las tensiones por cuanto implica obligar a los grandes empresarios privados –que en los últimos lustros de la reforma y apertura han acumulado, con el aval del partido, ingentes fortunas– a compartir su riqueza con las capas menos privilegiadas de la población. Gigantes como Tencent han invertido en esto miles de millones de yuanes (aproximadamente 8.000 millones de dólares), mientras Alibaba, el gigante del comercio electrónico, ha desembolsado el doble de ese monto. Uniendo esta campaña con la incentivación del propósito regulador de los grandes monopolios, la imposición de límites en los videojuegos, las limitaciones a las pasantías escolares, etc., se concluye que la época de liberalización ha concluido. Lo que hace Xi va en contra de las leyes del mercado y puede derivar en una «pobreza común», ha dicho Zhang Weiying, profesor de Economía en la Universidad de Beijing.

La construcción de una sociedad acomodada es una de las llamadas «cuatro integrales» popularizadas por Xi, junto a la profundización de la reforma, el Estado de derecho y la gobernanza estricta del PCCh. La prosperidad para cada persona se ha logrado en lo básico y la brecha de ingresos se está reduciendo año tras año, pero la diferencia en términos de riqueza personal entre ricos y pobres es una gran preocupación.

Estudios recientes de Credit Suisse indican que el 1% de los hogares más ricos en China controla cerca de un tercio de la riqueza total del país, mientras que el 25% de los hogares más pobres posee únicamente el 1% de la riqueza nacional.

El coeficiente de Gini, que mide la desigualdad de ingresos en una escala de 0 (igualdad perfecta) a 1 (desigualdad máxima), ha mostrado una tendencia al alza en China desde las reformas económicas de 1978. Según datos oficiales, alcanzó un máximo de 0,491 en 2008 y se situó en 0,465 en 2019. Varias razones explican esta lacerante desigualdad en China, desde las disparidades urbano-rurales hasta la persistencia del sistema de registro domiciliario (hukou), pasando por el aumento del costo de la vivienda, entre otros.

El índice de desarrollo humano (IDH) de China, por el contrario, ha mostrado una notable mejora en las últimas décadas. En 2022, China alcanzó el 0,788, situándose en el puesto 75 a nivel mundial (en 2013 estaba ubicado en la posición 97).

Desde 1990, cuando el IDH de China era de 0,499, el país ha experimentado un crecimiento constante en este indicador. Este avance le ha permitido pasar de la categoría de desarrollo humano bajo a la de desarrollo humano alto, siendo el único país en lograr esta transición desde que se comenzó a medir en 1990.

Este progreso refleja los esfuerzos en áreas clave como la salud, la educación y el ingreso per cápita, componentes fundamentales del IDH. Por ejemplo, la esperanza de vida en China ha aumentado a 78,2 años, y el ingreso disponible anual per cápita ha alcanzado aproximadamente 40.000 yuanes.

El Gobierno chino ha reconocido la necesidad de abordar las

desigualdades y ha implementado políticas para promover una distribución más equitativa de la riqueza. Estas incluyen reformas en el sistema hukou para facilitar la integración de los migrantes rurales en las ciudades y esfuerzos para equilibrar el desarrollo económico entre diferentes regiones. Sin embargo, la efectividad de estas medidas aún está en evaluación. Abordar estas disparidades es crucial para garantizar un desarrollo sostenible y una cohesión social a largo plazo.

Cabe significar, por último, que la fiscalidad en China es relativamente compleja y está estructurada en varios niveles, incluyendo impuestos a nivel nacional, provincial y local. En el impuesto sobre la renta de las personas físicas, aplicable sobre ingresos laborales, empresariales, inversiones, alquileres, etc., las tasas oscilan entre el 33 y el 45%, según tramos. Las empresas estatales abonan una tasa principal del 25%, que en algunos sectores estratégicos o en zonas económicas especiales (ZEE), se rebaja al 15%. Además, deben entregar al Estado una parte de sus beneficios que oscila entre el 10 y el 30%. Además, cuentan con beneficios fiscales y subsidios que evidencian un importante apoyo financiero.

Las empresas privadas en China, por lo general, pagan los mismos impuestos que las empresas estatales, aunque no tienen los mismos beneficios fiscales o acceso preferencial a financiación.

Se debe destacar en este aspecto la eliminación en 2005 del impuesto agrícola, aliviando las cargas económicas de los agricultores y mejorando drásticamente el bienestar social de los residentes rurales. El fin de este impuesto, que había perdurado durante miles de años, marcó un punto crucial en la historia de China y supuso eximir de esta antigua carga financiera a los 900 millones de agricultores familiares del país.

Por tanto, en el modelo de desarrollo chino debe haber cabida para los nuevos conceptos que caracterizan el xiismo en lo económico: innovación, coordinación, ecología, apertura e intercambio. Un contenido que tiene que implementarse bajo la premisa de llevar más lejos la emancipación ideológica y utilizarla como guía para promover la innovación en el desarrollo.

Nuevo modelo de gobernanza y democracia popular de proceso completo

Fue en agosto de 1946 cuando Mao Zedong, en una entrevista con la periodista estadounidense Anna Louise Strong, enunció por primera vez la tesis comparativa de que tanto el imperialismo como todos los reaccionarios son «tigres de papel». En esencia, lo que Mao pretendía transmitir era la convicción de que la verdadera fuerza radicaba en las masas y no en el imperialismo o los reaccionarios, a pesar de tener a su disposición recursos ingentes. El contexto era el siguiente: tiempos muy difíciles en los que el Kuomintang, apoyado por EEUU y con una gran superioridad en efectivos y en equipos, lideraba la guerra civil a escala nacional. Frente a sus frenéticos ataques y el mito de la invencibilidad del imperialismo, Mao no tenía duda acerca de la dirección correcta que tomar: emprender la lucha, agitar la revolución e imponer la victoria al enemigo. Y decía: «En apariencia son terribles, pero en realidad no son tan poderosos. Viendo las cosas desde el punto de vista del futuro, es el pueblo el realmente poderoso y no los reaccionarios»[9].

Años más tarde, Mao recuperó esta tesis en una alocución ante la Conferencia de Representantes de Partidos Comunistas y Obreros celebrada en Moscú en noviembre de 1957, aclarando más su idea: «desde el punto de vista estratégico, debemos despreciar a todos nuestros enemigos; desde el punto de vista táctico, debemos tomarlos a todos muy en serio». En suma, que el imperialismo es un coloso de pies de barro, como también podrían serlo sus sistemas políticos y su modelo de democracia.

El tema fue objeto de agudo debate en los años sesenta y es conocida la discusión con los comunistas italianos a propósito de este y otros temas relacionados con la posesión de armas nucleares y la naturaleza del imperialismo[10]. Para Mao la bomba atómica era otro «tigre de papel», mientras que para Togliatti los «dientes atómicos» del imperialismo no eran para tomárselos a broma. Según Mao, quienes criticaban su tesis habían perdido las cualidades

revolucionarias dejándose intimidar por una visión de corto plazo.

La invocación del «tigre de papel» a propósito del liberalismo democrático occidental viene a cuento del renovado empeño, dispuesto durante el mandato de Xi Jinping, para conformar las bases de un diseño político de alto nivel que establezca una nueva legitimidad y una nueva gobernanza capaz de rivalizar en lo táctico con los países desarrollados de Occidente. Su aparente invencibilidad debe quedar en evidencia ante la eficiencia y estabilidad que China mostrará cuando alcance su objetivo de construir un país socialista moderno y próspero en su segundo centenario (2049). Táctica y estrategia combinadas para que el último residuo del mito de la superioridad occidental pueda ser eclipsado por el PCCh.

Como ya se indicó, en lo formal, en China no se siguió el modelo soviético de un solo partido y preservó los ocho partidos democráticos, cuyos representantes fueron incorporados a las instituciones del Estado, bajo el liderazgo del PCCh.

Cuando se fundó la RPCh, de los seis vice presidentes del Gobierno Popular Central, tres eran comunistas y tres eran miembros de otros partidos políticos; de los cuatro vice primeros ministros del Consejo de Asuntos Gubernamentales, dos eran de otros partidos políticos, y de sus 21 miembros, nueve no eran comunistas; de los 105 puestos ministeriales y viceministeriales, 49 estaban ocupados por no comunistas. Las instituciones gubernamentales de cada provincia también presentan composiciones similares[11].

El «sistema de cooperación multipartidista y consultas democráticas bajo el liderazgo del PCCh», nacido entonces, sigue invariable a pesar de las muchas transformaciones que desde 1949 ha experimentado el país. La Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino (CCPPCh) es el marco concebido para forjar los consensos. Desde el Gobierno central hasta los distritos, existe esta institución con el mismo nombre. Sus funciones son la consulta política, la supervisión democrática y la participación y deliberación de los asuntos estatales. Los miembros de la CCPPCh provienen de 34 sectores, incluidos partidos y asociaciones de industria y comercio, pueblos minoritarios, grupos religiosos y otros sectores.

El PCCh plantea esta fórmula como expresión de que la tradición de la cultura política china es muy diferente de la occidental. En la última etapa de la sociedad primitiva de China, para tratar asuntos políticos, incluida la delegación de poder, se implementó un sistema democrático distinto al de la democracia griega clásica. El Shangshu, un texto chino de la época antigua, documenta que entonces las decisiones relativas a cuestiones trascendentales se tomaban mediante consejos de líderes, en los cuales los jefes tribales, como Yao y Shun, consultaban con otros líderes y buscaban consensos. Esta modalidad de democracia consultiva, en contraste con la democracia electoral (por sufragio), está estrechamente relacionada con la idea confuciana de gobierno moral de sabios y reyes del periodo pre-Qin, cuyo núcleo es el concepto de «tener el talento y la virtud de un sabio por dentro y ejercer el camino del rey por fuera». Este modelo postula que los sabios están en mejor posición para gobernar, ya que, debido a su perfección moral, pueden unificar la familia, gobernar la nación y establecer la paz mundial, por lo que pueden ser llamados reyes sabios. En este sentido, los auténticos gobernantes de la sociedad deben ser aquellos sabios que han logrado éxito a través del cultivo personal constante.

Otra referencia contextual importante para entender el arraigo cultural del modelo político auspiciado por el PCCh es la palabra xuan, que podemos encontrar en los antiguos clásicos chinos con el significado de selección; por ejemplo, «seleccionar a los virtuosos y capaces». Por eso, se debe destacar que, en el contexto chino clásico, xuan se refiere primeramente a la selección o recomendación, y no a su otro significado de elección en el sentido de votación. Por ejemplo, Shun fue seleccionado como líder tribal a través de un proceso de recomendación durante la conferencia de los Cuatro Líderes Tribales, donde Yao consultó con los líderes y fue eligido mediante consenso. Esta modalidad de selección de líderes era denominada «abdicación en favor de otro». Por consiguiente, en China, xuan distingue entre «elección» y «selección» en español. La elección se realiza mediante votación, mientras que la selección se lleva a cabo a través de consultas. Ambas representan diversas formas de democracia, pero no son iguales.

Debido a que China tiene una tradición de democracia consultiva en

forma de «abdicación en favor de otro» y sumado esto al concepto filosófico de «armonía en la diversidad», presente en China a lo largo de milenios, su sociedad, históricamente, exhibe una inclinación hacia una forma de consulta y democracia más armoniosa en comparación con las formas de democracia competitiva. En este sentido, la democracia consultiva, que promueve como alternativa el PCCh, tendría profundas raíces culturales.

Frente a la confrontación autocracias-democracias, formulada para escenificar una partición de aguas en el sistema internacional, el trazo de una línea divisoria entre democracias y no democracias que debería beneficiar una determinada estrategia de prevalencia hegemónica, la China de Xi expresa el rechazo de ese mesianismo que invoca un cierto modelo de democracia como «único» para todos los países del mundo, una contradicción con la propia esencia de la democracia, dicen en Beijing.

Siguiendo esta línea de razonamiento, el modelo liberal de democracia pecaría del mismo dogmatismo que se atribuye al modelo de inspiración marxista. Por el contrario, lo que sugiere el PCCh es que cada país debe encontrar su propio camino a partir de una premisa básica: cualquiera que sea el modelo, debe servir «para resolver los problemas de la gente». Lo que sólo es una de las formas posibles de democracia no puede generalizarse hasta el punto de negar la sustancia democrática a otros sistemas en transición, que no siguen al dedillo la ruta marcada por los países desarrollados de Occidente.

Fue en 2004, en tiempos de Hu Jintao, cuando se introdujo en la Constitución china el mandato de «gobernar según la ley», un aserto que ahora parece incorporar un mayor recorrido situándose en el frontispicio de la construcción de un Estado de derecho (o con derecho si queremos diferenciarlo de la formulación liberal).

El presidente Xi insiste, como ningún otro dirigente anterior, en la importancia de fortalecer el imperio de la ley como expresión de la modernización de la gobernanza del Partido Comunista y del Estado. Cuanto más se aleja la legitimidad de origen basada en el hecho revolucionario, cuanto más se adentra su economía en una nueva normalidad pletórica de dificultades para la consecución de

sus objetivos, más esencial resulta para el PCCh insuflar una cultura que haga depender su legitimidad de la observación de un sistema legal adoptado a partir de sus preferencias y necesidades, y no sólo del balance inmediato de su gestión.

Así, en la China de Xi, el PCCh alienta una vuelta de tuerca más a la concepción de la democracia. Su antecesor en el cargo, Hu, en línea con los pronunciamientos habituales en el denguismo, había auscultado el enriquecimiento del concepto a partir de ciertas adjetivaciones (deliberativa, consultiva, incremental…), que presentaban como denominador común la preocupación por el alargamiento de la base democrática del sistema político. Xi reivindica haber logrado vertebrar una alternativa sistémica «superior a la liberal» y ensaya otro rumbo que le retrotrae a la convicción marxista de origen, pero, dice, mejorada.

La base de su enfoque es la vinculación de la democracia con la eficacia, es decir, la idoneidad del sistema político «para resolver los problemas de la gente», cuyas demandas serían el eje central de la política del PCCh. La democracia liberal, con el acento en la representatividad formal, no es eficaz, como tampoco lo fue aquella democracia popular que culminó con el colapso del sistema y fue incapaz de resolver las necesidades básicas y materiales de la población.

La calidad de la democracia, según el criterio auspiciado por el PCCh, debe medirse en función de la capacidad demostrada para responder a los intereses sociales mayoritarios. Y esto se acreditaría, sobre todo, a través de la expresión del nivel de confianza ciudadana en un Gobierno. Y ahí el PCCh saca pecho: los barómetros de Edelman Trust, por ejemplo, señalan que el Gobierno chino alcanzó los niveles más altos del mundo, un año tras otro. La Escuela Kennedy de la Universidad de Harvard, en EEUU, realiza encuestas similares y obtiene los mismos resultados.

A diferencia de Occidente, en China, cuando se invoca la valoración de la democracia, se nos remite al impacto de la gestión política en materia de desarrollo económico o bienestar social y no tanto a la naturaleza del proceso político en sí. Para una buena parte de la sociedad china, siempre pragmática, la valoración depende no tanto de las formas como de los resultados, es decir, del reconocimiento o

no de los avances en la gestión pública y social.

La confianza pública en las autoridades y su correlación con la democracia es un dato que para los dirigentes chinos representa un espaldarazo inequívoco a esa idea de que lo más importante no es el proceso en sí, sino la capacidad de proveer resultados en función de la demanda social. Lo que hace que un sistema sea democrático no es sólo el régimen formal que conduce a la creación de un determinado Gobierno, sino su profesionalidad y capacidad en la respuesta a los desafíos y su compromiso con la mayoría social, que lo revalida con su confianza. Por tanto, según el PCCh, el criterio preferente es el rendimiento y no los baremos electorales o meramente institucionales, por otra parte, aquejados de reconocidas taras.

Esa búsqueda de la eficacia es el elemento central del Libro blanco sobre la democracia interpartidaria en China (2021). En él, se señala que dicho factor, sumado a la búsqueda institucionalizada del consenso, le confiere una calidad superior al sistema político chino frente a los liberales occidentales. Junto a ello, la meritocracia y la estabilidad compensarían con su buen desarrollo la inexistencia de espacios para plasmar una alternancia sistémica que, en la práctica, en los sistemas liberales, tampoco sería tan trascendente, ya que las principales fuerzas con opciones de gobierno están comprometidas con la defensa de un mismo modelo.

Por tanto, Xi no quiere llevar el debate acerca de la idoneidad del sistema al terreno de lo democrático-formal, ni tampoco de vuelta a las contraposiciones del pasado siglo con la «democracia real» de inspiración soviética, sino centrar la hipotética competencia en el arbitrio de una legitimidad posrevolucionaria basada en la eficacia.

A lo largo de sus más de 75 años en el poder, el PCCh, obrando en gran medida por su propia cuenta y riesgo, ha logrado dar forma a un sistema híbrido que ha procurado equilibrios dinámicos entre algunos de sus principales vectores, ya nos refiramos a las tensiones entre lo público o lo privado, o entre la planificación y el mercado, por citar algunas variables relevantes. Esa capacidad para integrar lo uno y su contrario, primando las complementariedades sobre las contradicciones, es lo que le ha permitido gestionar el salto

económico que conocemos y la transformación de la realidad social del país.

Mao decía que «la historia de la humanidad es un movimiento constante desde el reino de la necesidad hacia el reino de la libertad». Para Xi, hoy, la «eficracia» es una transición hacia una democracia más completa y a la vez expresión de un «modelo alternativo de democracia china», que en buena medida considera prescindibles aquellos activos que en las democracias liberales consideran irrenunciables hasta el punto de ser la «mínima compensación» por los desaguisados de una gestión a cada paso menos satisfactoria.

Xi Jinping recupera la distinción entre democracia formal y democracia real, adjetivando esta como «democracia popular de proceso completo». Lo que significa es que la democracia de proceso, la de resultados y la de procedimiento, así como la democracia sustantiva, la directa y la indirecta, la democracia popular y la voluntad nacional son coherentes, y es una democracia de cadena completa, integral y de cobertura total. Así es la «eficracia».

Se trataría de auspiciar procesos integrales de democracia y promover el desarrollo pleno de las sociedades y la prosperidad común para lograr un progreso sustancial más evidente. Afianzando la democracia deliberativa, también se contemplan plataformas para la gestión democrática, la toma de decisiones democrática y la supervisión. Son igualmente importantes y críticos. Si hay democracia durante una elección por votación, pero no hay democracia después, esta será cuestionable.

Estas ideas estratégicas y conceptos innovadores son aportaciones importantes de la profundización de la comprensión por parte del partido de las leyes de la construcción del socialismo con características chinas y la innovación teórica.

En resumen, la democracia popular integral es planteada por el PCCh como más extensa, genuina y eficaz que la liberal, ya que abarca una amplia gama de estructuras y procesos, aspira a lograr buenos resultados para la sociedad en su conjunto y es más eficiente en términos prácticos. Como ya hemos señalado, frente a la

concepción occidental que valora su modelo en atención a los procesos más que a los resultados, la propugnada por el PCCh rechaza esta interpretación y destaca la trascendencia de la cooperación, la consulta y el consenso frente a la competencia, la confrontación y el conflicto que constituyen la sustancia de la democracia liberal.

Estudios recientes, como los publicados por el Ash Center for Democratic Governance and Innovation de Harvard, que ha realizado encuestas periódicas desde 2003 entre la ciudadanía china, avalan un fuerte apoyo social a su modelo político. En este caso, los resultados más recientes (2020) revelan un alto nivel de satisfacción que, lejos de retroceder, va en aumento a la hora de valorar el impacto de las políticas nacionales generales o de la conducta de los funcionarios locales, cuestionando la hipótesis de una crisis de legitimidad. Los niveles de satisfacción con el Gobierno central superan el 90%, bajando diez puntos cuando se refiere a los niveles provinciales o locales.

Otro estudio de interés es el publicado por la Alliance of Democracies (AoD), una ONG danesa fundada por el ex secretario general de la OTAN y ex primer ministro de Dinamarca, Anders Fogh Rasmussen, que realiza encuestas anuales sobre la percepción de la democracia en más de 50 países de todo el mundo. Han publicado el informe Democracy Perception Index todos los años desde 2019. En el de 2024 se indica que la población china tiene una opinión abrumadoramente positiva de su sistema político. El 92% afirma que la democracia es importante para ellos; el 79%, que su país es democrático; el 91%, que el Gobierno sirve a los intereses de la mayoría de la población (en lugar de a los de un pequeño grupo); y el 85 % afirma que todas las personas tienen los mismos derechos ante la ley. Además, China supera a EEUU y a la mayoría de los países europeos en estos indicadores; de hecho, tiene algunos de los resultados más sólidos del mundo.

Una posible crítica es que estos datos sólo se explican debido a que la gente en China, por temor a represalias, puede ser reacia a decir cosas negativas sobre su Gobierno. Pero la metodología de Latana, empresa demoscópica con sede en Alemania que colabora con AoD en este propósito, está diseñada explícitamente para mitigar esta

posibilidad. El fondo del asunto es la interiorización ciudadana de la idea promovida por el PCCh de que lo más importante respecto a la percepción de la democracia no es si un determinado país tiene o no elecciones al estilo occidental, sino si creen que su Gobierno actúa en interés de la mayoría. Y esto último es lo que la sociedad china percibe de manera abrumadora sobre su Gobierno; mientras que en muchos países occidentales, donde se celebran elecciones multipartidistas periódicas, la gente no cree que sus Gobiernos actúen con dicho interés. En suma, la sociedad en China tiene una consideración mucho mayor por su sistema político de lo que la gente en Occidente tiende a suponer. Naturalmente, esto no quiere decir que el sistema político en China, como en cualquier otro lugar del mundo, no tenga problemas y contradicciones internas que deben superarse.

En otro orden, debe destacarse la promoción de un Estado de derecho mediante el establecimiento de un sistema legal socialista con características chinas. El país se rige por la ley, pero la gobernanza a través de la ley que predica el PCCh no es lo mismo que un Estado de derecho en la acepción liberal.

La conversión de China no ya en un Estado de derecho, sino simplemente en un Estado regido por la ley no es tarea fácil. Es sabido que culturalmente en China se dice que «mandan los hombres y no las leyes». Aunque este país nació legista, el confucianismo llegó a primar sobre otras corrientes filosóficas. Para la escuela legista (representada sobre todo por Han Feizi), el orden viene dado por la existencia de una autoridad, la vigencia de las leyes y el conocimiento del arte de gobernar. Pero otras corrientes sostienen otro tipo de principios. Para los confucianistas, la base del orden es la virtud, la benevolencia y la justicia. Para los taoístas, cuantas más leyes se promulguen, más delincuentes habrá. En el neoconfucianismo identificamos un ala idealista representada por Mencio y continuadora de Confucio, mientras que el ala realista (Xun Zi) considera que el ser humano es egoísta por naturaleza y que, además de educación, se requiere el poder de la justicia para vencer el individualismo de los hombres.

Las influencias de las dos grandes escuelas chinas (legismo y confucianismo) en el desarrollo del derecho confluían en que no le

atribuían una función principal en la organización social en detrimento de la educación (confucianismo) o el poder absoluto de un emperador, considerados elementos pivotantes y estructuradores de la sociedad. Durante el maoísmo, el apego a la norma se consideró un «límite» indeseable al poder del partido. En consecuencia, Mao envió el derecho y sus instituciones al cajón del olvido.

Cuando a finales de los años setenta pasó a reconocerse como un instrumento al servicio de la reforma económica, se propició un nuevo enfoque, muy demandado entonces por los inversores internacionales necesitados de garantías para sus proyectos. Lo que hoy se plantea es un punto de inflexión en dicha trayectoria. Aun así, si bien los actuales dirigentes toman distancia de aquel Mao que no quería leyes que pudieran «atar las manos y pies de la revolución», el reto estriba en equilibrar de forma objetiva y no caprichosa las necesidades políticas con el respeto al derecho.

En 2014, el PCCh lanzó el mensaje de un claro impulso al valor y utilidad de la norma como mejor garante de la estabilidad y la gobernanza del país. Pero cabe señalar que las apelaciones al Estado de/con derecho no son nuevas en la política china. El propio concepto del «imperio de la ley» figura inscrito en la Constitución desde 1999. Eso sí, ciertamente es la primera vez que se avanza desde lo genérico hasta lo concreto, formulando ideas, conceptos y propuestas que pueden incidir a medio plazo en la plasmación de una nueva cultura política en el desarrollo del país.

Entiéndase bien que en ningún caso se está planteando el cuestionamiento de los vectores fundamentales del sistema, muy especialmente el papel del PCCh; por el contrario, como los documentos oficiales se cuidan de señalar, los cambios deben servir para reforzar su liderazgo y capacidad de gobierno.

Si el mandato de Hu Jintao permitió incorporar al discurso político oficial algunas significativas manifestaciones asociadas al pensamiento confuciano, Xi Jinping, sin anular esas aportaciones, parece dispuesto a sumar el valor de la cultura legista, también integrante del pensamiento tradicional chino. De esta forma, asistimos a una progresiva conformación del nuevo corpus ideológico del PCCh para el siglo xxi, que tanto reafirma el

marxismo o el maoísmo como enfatiza la actualidad del pensamiento clásico e igualmente coquetea con las fórmulas dominantes en el pensamiento occidental –tratando, en cierta medida, de adoptar su fisionomía sin mimetizarlas de forma automática–, para dar forma a una convergencia ecléctica que no reniega sino suma cuanto de utilidad puede hallarse en los armarios ideológicos de la historia pasada y contemporánea.

El neolegismo de Xi, evocado con una retórica que apunta a mejorar la gobernanza del Estado mediante la implementación de la ley, tiene como principal objetivo el fortalecimiento del poder del PCCh (en la escuela legista era el poder del monarca), situando la norma como base esencial del funcionamiento institucional a todos los niveles y como fuente básica de autoridad para impedir que otros idearios desafíen el control de la primera dinastía orgánica de su historia (en especial están pensando en el liberalismo occidental).

Gobernar mediante la ley exige conferirle a esta un valor clave a fin de reducir la discrecionalidad y la subjetividad en el ejercicio del poder. Esto implica fortalecer el valor de la propia Constitución del país y establecer un marco de actuación que replantee y delimite con claridad la posición del PCCh en el conjunto del sistema jurídico. En paralelo, cabría conferir a las asambleas populares a los distintos niveles un mayor dinamismo, menos rigidez y más facultades de iniciativa y control a la hora de asegurar la adecuación a la ley de todos los instrumentos y actores en juego.

Si bien su insistencia en el Estado de/con derecho le aproxima de facto a los legistas, en modo alguno rechaza la tradición confuciana y, sobre todo, aquella visión que apunta al desempeño de un liderazgo fuerte en términos de ejemplaridad. Las invocaciones de ese tipo, que resuenan en su lucha contra la corrupción, abundan en su asociación con la virtud y la rectitud.

Pareciera que el afán legista de Xi tuviera un propósito principal: establecer una nueva fuente de legitimidad basada en una gestión avalada por la norma como garantía de la perennidad del PCCh al frente de los destinos de China.

Esta transformación no afecta al sistema de partidos. Desde el XVIII Congreso del PCCh (2012), Xi ha revalidado la gran importancia

otorgada a la cooperación multipartidista, fomentándola y ampliándola. En este sentido y con vistas a desarrollar la democracia socialista, modernizar el sistema y la capacidad de gobierno de China e impulsar el rejuvenecimiento nacional, ha tomado una serie de decisiones y planes paralelos importantes sobre la cooperación entre partidos para la nueva era, impulsando así otros avances en el desarrollo de este nuevo tipo de sistema político.

Sobre la base de una unidad de propósito y acción, los otros partidos han participado en la gobernanza en áreas importantes y han deliberado sobre cuestiones clave urgentes en las tareas centrales del PCCh y del país. Con ello se buscaba evitar los riesgos de otros tipos de regímenes.

En palabras del presidente Xi Jinping,

tras la Revolución de 1911, China experimentó con diversas formas políticas, como la monarquía constitucional, la restauración de la monarquía tradicional, el sistema parlamentario, el sistema multipartidista y el sistema presidencial. Diversas fuerzas políticas y sus representantes aparecieron en escena, pero ninguna fue capaz de encontrar la respuesta adecuada. China seguía desgarrada y estancada en un estado de pobreza y debilidad, las potencias extranjeras seguían tiranizando y saqueando China, y el pueblo chino seguía viviendo en la miseria y la humillación[12].

Para que la China moderna pudiera evitar con éxito la subyugación y resistir a las fuerzas del imperialismo y el feudalismo, tendría que forjarse un nuevo camino basado en un nuevo sistema político. Esta misión histórica recayó sobre los hombros del PCCh.

Así, el PCCh ha reforzado la dirección general respecto de dicha cooperación entre partidos, impulsando el desarrollo de las instituciones y celebrando conferencias centrales sobre el trabajo del frente unido y de la CCPPCh. Ha publicado una serie de importantes directrices sobre la mejora de la democracia socialista,

la democracia consultiva en la CCPPCh, la consulta con los demás partidos políticos, el desarrollo de los partidos que participan en la gobernanza nacional y el trabajo de la CCPPCh en la nueva era. Estos esfuerzos han contribuido a institucionalizar y normalizar aún más esta cooperación, creando un marco basado en la Constitución que toma como pilar los reglamentos y documentos del PCCh y que se complementa con las políticas pertinentes. Para impulsar el desarrollo de la democracia, el PCCh ha situado la consulta entre partidos a la cabeza de los siete canales que utiliza con este fin. Esta forma de consulta está apuntalada por un contenido claro, procedimientos normalizados, instituciones sólidas y garantías firmes, todo lo cual ha contribuido a establecerla como una característica habitual de la vida política en China.

El sistema de cooperación multipartidista y consulta política dirigido por el PCCh es uno de los sistemas políticos básicos de China y es el resultado de la integración de la teoría marxista de los partidos políticos con las realidades de China, ha asegurado Xi. Este sistema político reflejaría la esencia de la democracia socialista, que consiste en garantizar que el pueblo dirija el país. También ha subrayado la necesidad de desarrollar la democracia popular de todo el proceso y de forjar una gran unidad y solidaridad con el fin de aunar todas las fuerzas posibles para los esfuerzos colectivos. Además, como decíamos, ha evitado la supervisión inadecuada de los regímenes de partido único a la vez que los problemas de rotación y competencia feroz del sistema multipartidista.

En esta nueva era del socialismo chino, la cooperación multipartidista debiera adquirir un nuevo cariz de consenso ideológico para alcanzar nuevas cotas, realizar nuevos logros en el cumplimiento de los deberes y hacer prevalecer una nueva perspectiva entre todos los partidos participantes. La CCPPCh se instituye así como una importante plataforma política y organizativa de este sistema político y subraya la necesidad de crear las condiciones para que los partidos políticos aparte del PCCh y las figuras prominentes sin afiliación partidista puedan desempeñar mejor su función.

La clave para demostrar mejor la eficacia de este sistema reside en preservar y desarrollar el diálogo como forma de democracia y un

canal institucional ad hoc, erigiendo el sistema político como una importante garantía institucional para la estabilidad política de China. Su originalidad es una expresión innovadora con base en ideas propiamente chinas.

El esquema institucional, la fórmula y los principios guía del modelo se complementan con la promoción de los valores socialistas centrales. El contenido fundamental de estos valores son: la prosperidad, la democracia, la civilidad, la armonía, la libertad, la igualdad, la imparcialidad, la legalidad, el patriotismo, la dedicación profesional, la honestidad y la benevolencia. Entre ellos, la prosperidad, la democracia, la civilidad y la armonía son valores requeridos para el país; la libertad, la igualdad, la imparcialidad y la legalidad lo son para la sociedad; y el patriotismo, la dedicación profesional, la honestidad y la benevolencia lo son para los ciudadanos[13].

Concluyendo, el PCCh es consciente de que la innovación y reforma políticas constituyen uno de sus retos principales. La crítica occidental, centrada en la ausencia de «democracia representativa» y el no reconocimiento efectivo de derechos básicos en el país, nutre la caracterización del sistema político chino como «autoritario» o simplemente como una «dictadura» a modo de continuación del modelo maoísta. Pero, para un diagnóstico certero, conviene explorar la variopinta complejidad de la gobernanza china.

Bueno es recordar siempre que en Asia la democracia representativa no goza de la tradición y antecedentes similares a Occidente. China ha sido gobernada por emperadores durante miles de años, y luego del «Siglo de la Humillación» la principal demanda era paz y desarrollo para salir de la pobreza extrema. En 1950, el ingreso promedio anual ascendía a 50 dólares por habitante, con una población campesina cercana al 90% del total. Hoy se ha superado la barrera de los 10.000 dólares per cápita y la población rural es inferior al 50%. Y aún resta mucho por hacer.

El politólogo estadounidense Daniel A. Bell caracteriza el modelo político chino en función de tres niveles diferentes: democrático en la base, de experimentación en el medio y meritocrático en la cumbre[14]. En el primer caso tenemos el ejemplo citado de los

Comités de Aldea; en el segundo, las dinámicas de ensayo y error auspiciadas a nivel local en interacción con el Gobierno central, que las evalúa antes de su generalización; en el tercero, la invariable presencia de la vieja tradición confuciana de acceder al servicio público mediante rigurosos exámenes. La meritocracia sigue marcando el proceso de designación de los potenciales servidores públicos para puestos ejecutivos.

Cabe significar que la meritocracia en China es un concepto clave en la gobernanza del país. Se basa en la idea de que el acceso a posiciones de poder y responsabilidad debe depender del talento, la educación y la experiencia, más que de la herencia o el estatus social. Esta meritocracia tiene profundas raíces en el sistema de exámenes imperiales, que existió durante más de 1.300 años (desde la dinastía Sui en el siglo vii hasta su abolición en 1905). Este procedimiento permitía que cualquier persona con educación suficiente pudiera acceder a cargos gubernamentales mediante exámenes rigurosos sobre conocimientos confucianos, gobernanza y estrategia.

Hoy día, el PCCh implementa una versión moderna, en la que los cuadros del partido ascienden según un sistema de promoción basado en la experiencia, el desempeño y la lealtad política. Algunos elementos clave de este mecanismo son, por ejemplo, la selección de líderes a través de pruebas y evaluaciones (los funcionarios comienzan en niveles locales y ascienden en función de su desempeño en gestión económica, reducción de pobreza, estabilidad social y cumplimiento de políticas nacionales). Las promociones requieren evaluaciones periódicas y exámenes internos.

Por otra parte, se pone énfasis en la educación y formación. En este sentido, se espera que los funcionarios tengan títulos avanzados, muchos de ellos en administración pública, economía o ingeniería. La Escuela Central del Partido y otras instituciones de formación política brindan capacitación continua a los cuadros del PCCh.

Otro factor importante es la experiencia rotativa en distintas regiones y sectores, de modo que los funcionarios suelen ser transferidos entre provincias y áreas administrativas (económica, militar, social) para demostrar su capacidad de gestión en distintos

contextos.

Al mantener la tradición meritocrática, el PCCh la combina con un fuerte control político.

La segunda combinación

La cultura es un factor clave para comprender un país como China; con seguridad en mucha mayor medida que cuando nos referimos a otros países. Y lo es por partida doble. Primero, porque es el nutriente básico de una civilización que ha sabido perdurar a lo largo de miles de años, llegando hasta nuestros días. Segundo, porque sigue ejerciendo una poderosa influencia sobre el comportamiento de su sociedad mientras externamente sigue padeciendo un alto nivel de desconocimiento. El contrapunto de esta cuestión es que su cosmovisión es sustancialmente diferente a la nuestra. China ha sabido imaginar y recrear otro mundo, con códigos y claves que no nos son familiares. Un universo, por tanto, que desconocemos. Pero si queremos comprender y acertar en nuestras interpretaciones sobre los comportamientos o intenciones de China, seguir el guion de la cultura, sin garantizarnos totalmente el éxito, porque los contextos históricos evolucionan, sí nos ofrece notables posibilidades de acierto.

Un ejemplo: el yin y el yang como expresión del pensamiento chino. Para nuestro enfoque aristotélico, una cosa y su contraria se oponen: la noche y el día, la vida y la muerte, el bien y el mal… Sin embargo, en el raciocinio oriental no sólo no hay una contradicción tan radical, sino que incluso se complementan formando una unidad en armonía. Es la importante diferencia entre quien obliga permanentemente a elegir entre A o B y quien indaga en las posibilidades que le ofrecen A y B y aspira a la maximización equilibrada de ambas opciones.

Siguiendo este planteamiento, nuestras disquisiciones acerca de si la China actual es capitalista o comunista, pongamos por caso, o cuál de los dos sistemas se acabará por imponer, expresan una diatriba

lastrada por esa incomprensión de origen. China es ambos a la vez. Es un híbrido sistémico. Para los chinos, fórmulas diferentes y hasta contradictorias pueden integrarse y funcionar en un proceso en transición que facilita la flexibilidad y la adaptación. Lo híbrido es lo común y hasta lo deseable.

Es de esa cultura de donde se desprende la idea de que el Estado, antes que representativo en términos electorales, debe ser, ante todo, eficiente y capaz para resolver los problemas, incluso anteponiendo los derechos colectivos a los individuales. De ahí también el énfasis en la meritocracia como nervio estructural del servicio público. Poder elegir no significa acertar. La premisa es la promoción de aquellos que cuentan con un alto nivel educativo y experiencia en la gestión. Estos planteamientos, lógicamente, trascienden cualquier veleidad ideológica moderna y hunden sus raíces en un pensamiento milenario, asociado a aquella burocracia que emergía de los exámenes imperiales. Y esta singularidad determina también que China no se vea a sí misma como un modelo para los demás. Consecuentemente, la ausencia de mesianismo obedece a la lógica natural de una sociedad consciente de las virtudes y límites de su originalidad y de un mundo exterior visiblemente alejado de ella.

Esta contraposición de enfoques entre el aristotélico y el taoísta es importante para comprender las intenciones estratégicas de China. Y las nuestras. La persistente oposición bien-mal, por ejemplo, nutre la ambición occidental por lograr que su planteamiento impere por doquier en atención a lo que estima su superioridad absoluta, incluso moral. China, por el contrario, difícilmente acertaría a reproducir el modelo de hegemonía occidental. En realidad, es un mundo en sí misma. Su opción es la coexistencia, precisamente porque considera que la unidad de los contrarios en diálogo y evolución es el estado natural de las cosas.

La cultura tradicional consagra su valor también como referencia de apoyo en las «colisiones culturales mundiales». El partido, que en otro tiempo la vilipendió culpándola de la situación de postración del país y liderando un inédito ajuste de cuentas, hoy abandera su continuidad y desarrollo como una muestra de la excelencia de la nación. Con la reivindicación civilizatoria, triunfa el compromiso

con un progreso con identidad, el reencuentro marcado por la necesidad de establecer un sólido equilibrio entre modernización y tradición, una síntesis cultural que guarda distancias con una occidentalización sin matices, pero también con una bendición o condena indiscriminada del ideario tradicional –en buena medida asociado al confucianismo y sus virtudes–. En tal sentido, frente a la idea de estancamiento, de rigidez, de anquilosamiento de la tradición, esta se ve activada por los progresos desarrollados por el país permitiendo una actualización de sus valores positivos.

Xi Jinping acostumbra a citar la filosofía clásica como muestra de erudición e incluso como complemento de las apelaciones al marxismo, más frecuentes en sus discursos. La combinación del marxismo con la realidad nacional fue la aportación del maoísmo; el xiísmo se erige así como una expresión más de la sinización del marxismo y aporta una «segunda combinación»: la del marxismo y la cultura tradicional. Xi Jinping continúa la senda trazada por Hu Jintao y ha profundizado esta evolución, promoviendo la cultura tradicional china, si bien insistiendo en acotar una impronta marxista. La adjetivación del modelo chino a partir de la asunción de sus características singulares sugiere que estas, propias de una civilización de 5.000 años de antigüedad, constituyen una justificación añadida para promover un marxismo adaptado. Ambos elementos constituyen vigas estructurales de gran alcance para blindar el proyecto ideológico del PCCh frente a la influencia liberal occidental.

Los miembros del PCCh, como herederos de la tradición cultural china, al optar por el camino del socialismo, participan intrínsecamente del ideal de Datong y el «todo bajo el cielo es para el pueblo», que goza de un denso reconocimiento histórico. Es en este sentido que en el PCCh se dice que el pensamiento socialista está profundamente arraigado en el terreno cultural, que representa las aspiraciones históricas y que tiene sus raíces en los genes culturales de la nación china[15].

El concepto de Datong, una promesa de armonía y comunalidad, ha iluminado la senda de los políticos chinos a lo largo de los siglos. Kang Youwei, un pensador visionario, en su obra El Libro de Datong, proponía que la evolución de la sociedad fuera un proceso

continuo hacia la realización del ideal de Datong, una utopía no sólo para China, sino para toda la humanidad. En efecto, dicho ideal no está limitado a las fronteras de un solo país, sino que representa una visión global de fraternidad y cooperación. Sun Yat-sen, líder de la revolución democrática, ideó el programa revolucionario de los «Tres Principios del Pueblo» (nacionalismo, democracia y bienestar del pueblo), una síntesis de la rica herencia cultural china y del vigor del sistema democrático occidental. Su anhelo era construir una sociedad de Datong donde el mundo sería compartido por todas las personas, donde la nación prosperara y el pueblo se fortaleciera. Se podría decir que el ideal de Datong es la aspiración social más elevada de la nación china.

La cultura tradicional china, en particular los conceptos de «todo bajo el cielo es para el pueblo», «la armonía y la unidad entre la humanidad y la naturaleza» y «la convivencia armoniosa entre todas las naciones», proporciona valiosos recursos ideológicos originales que en modo alguno se deben despreciar.

La causa por la cual el PCCh propone el camino hacia el socialismo con características chinas radica en que este, al contemplar las condiciones básicas del país, demuestra una visión realista que abarca no sólo las condiciones del desarrollo socioeconómico, sino también exalta ahora las singulares tradiciones culturales de la sociedad china.

---

[1] Xi Jinping, La gobernanza y la administración de China, tomo III, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 2021.

[2] Joseph Needham, La science chinoise et l'Occident. Le grand tirage, París, Seuil, 1977.

[3] Chen Jin, «¿Por qué China no sigue el camino de la modernización occidental?», en DeepChina, 2024.

[4] Xi Jinping, La gobernanza y administración de China, cit.

[5] Ehécatl Lázaro, «La modernización china, una perspectiva histórica», febrero de 2024, en [https://cemees.org/2024/02/11/la-modernizacion-china-una-perspectiva-historica/].

[6] Grupo Central de Estudio Teórico, Conferencia de Asuntos Institucionales, Instituto del Comité Central del PCCh para el Estudio de la Historia y Literatura del Partido, «La dirección del partido y la modernización china», Qiushi 11 (2023).

[7] Cheng Enfu, Dialéctica económica de China, cit.

[8] Cheng Enfu, Dialéctica económica de China, cit.

[9] Mao Zedong, Obras escogidas, tomo V, cit.

[10] «Las divergencias entre el camarada Togliatti y nosotros», Pekín Informa, 4 de marzo de 1963.

[11] Chen Jin, «¿Cómo puede manifestarse la democracia en China en donde gobierna un solo partido?», en [https://politica-china.org/secciones/como-puede-manifestarse-la-democracia-en-china-donde-gobierna-un-solo-partido].

[12] Chen Jin, «¿Cómo puede manifestarse la democracia en China en donde gobierna un solo partido?», cit.

[13] Xi Jinping, La gobernación y administración de China, tomo IV, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 2024.

[14] Daniel A. Bell, The China Model: Political Meritocracy and the Limits of Democracy, Princeton, Princeton University Press, 2016.

[15] Li Junru, «¿Por qué ha tomado China el camino al socialismo?», cit.

Capítulo IX

Impacto internacional

El actual modelo chino es el resultado histórico de un ejercicio permanente de diferenciación. No sólo frente al orbe liberal, sino también, en su día, frente a la cosmovisión de obediencia soviética. La heterodoxia es parte del ADN de un partido que desde sus orígenes planteó la necesidad de arbitrar políticas sustentadas en un ideario de vocación universal (el marxismo), pero adaptado a su realidad inmediata.

Dejando a un lado el convulso periodo maoísta (1949-1978) –en el cual sí se implementaron políticas de abierto corte intervencionista en el exterior, manifiestamente para frenar el avance de la influencia del «socialimperialismo» soviético–, la esencia del denguismo (1978-2012), como también del xiísmo en boga, es la insistencia en las «singularidades chinas» como justificación de una vía propia al desarrollo que comporta también una renuncia explícita y reiterada a cualquier forma de injerencia exterior. Ese compromiso ha alentado un potente esfuerzo de innovación política que ha reventado las costuras de los moldes ideológicos precedentes, avanzando por una senda de hibridismo sistémico en transición y con fuertes signos de identidad civilizatoria que han partido aguas con el mundo exterior.

Es en buena medida esa profundización diferenciadora la que permitió al PCCh esquivar el destino de los partidos comunistas del socialismo real. En ella advirtió las capacidades para formular una estrategia original, tan difícilmente extrapolable como para que el propio PCCh insista en que cada cual debe hallar su camino, «sin que ningún partido pueda dictar la ley a otros», como decía Deng Xiaoping.

China, dicen, estaría tan segura de su modelo y visión que pretende

exportarlos. Esa es la interesada conclusión; cuando simplemente no hace sino ejercer su soberanía, especialmente ahora, cuando se considera a la altura de la potencia estadounidense, entablando un diálogo de igual a igual. La «exportación del modelo», insisten, sería una muestra más del «endurecimiento internacional» de Beijing, simplemente porque se resiste y no acepta las amonestaciones de un Occidente que tiene, cada día que pasa, menos lecciones que dar. La admiración y hasta envidia que algunos líderes chinos pudieron mostrar en determinado momento de la reforma y apertura, erosionadas tras el episodio del bombardeo de la embajada china en Belgrado (1999), se quebró con la crisis de 2008, cuando la bancarrota de la alabada ingeniería financiera y la sucesión de guerras locales enquistadas –Afganistán, Congo, Oriente Próximo…– desecharon cualquier empatía, alentando la definición de un nuevo modelo alternativo de relaciones internacionales. La pandemia del covid-19 echaría el resto.

Aunque algunos países (especialmente en África o América Latina) han imitado motu proprio aspectos parciales del modelo económico chino, en ningún caso, ni siquiera por parte de quienes estarían más dispuestos a ello por cercanía ideológica, se ha operado una traslación integral de este. Y nunca China lo ha exigido; de igual modo que rechaza que otros se lo exijan como condición sine qua non para trascender la actual contienda ideológica o geopolítica.

La exigencia de que es la realidad de cada país, y no las orientaciones de cualquier poder exterior (llámese FMI o Banco Mundial, pero también un club o una internacional del signo que sea), la que debe guiar la estrategia de desarrollo y empoderamiento nacional es una originalidad destacada y reconocida en la praxis política del PCCh. Representa la negación de que se puedan definir criterios de gobernanza estándar aplicables a todas las culturas políticas, ya sea con base en el vademécum liberal o marxista. En suma, que el sistema construido en torno a criterios de las sociedades occidentales como exponente de la culminación de la evolución política de la humanidad en su conjunto se ubica sólo directamente en línea con la promoción de sus intereses de dominio en todo el mundo.

El rechazo al hegemonismo forma parte de la retórica política del

PCCh prácticamente desde sus inicios, cuando, ya antes de la proclamación de la RPCh, se expresaban las reticencias sobre el papel del PCUS en el liderazgo del movimiento comunista internacional e internamente se disentía o desconfiaba de la idoneidad de los planteamientos tácticos promovidos en China. Fue, en buena medida, en la profundización de esa discrepancia que se gestó el liderazgo de Mao y la propia conformación del maoísmo como una propuesta fundamentada en las condiciones nacionales y menos subordinada a las estrategias sugeridas desde Moscú. Tras el breve paréntesis de los años cincuenta, la historia de la ruptura sino-soviética es bien conocida.

Como hemos visto, en la reconocida especificidad cultural radica una de las singularidades chinas más sobresalientes. A sensu contrario, la universalización de su cultura, en un hipotético ejercicio emulador del colonialismo estadounidense, es una tarea harto compleja. No sólo por el desconocimiento actual existente en el resto del mundo, sino, sobre todo, porque los valores que la informan marcan imponderables distancias. Hay diferencias de principio en las concepciones a propósito del individuo y de su relación con la sociedad, por ejemplo, que forman parte del imaginario de cada civilización. Es precisamente en torno a esos valores que el PCCh sustenta la aspiración a conformar un modelo político también distinto y que responda a esa premisa diferencial. Los institutos Confucio fueron, en parte, concebidos para salvar esa brecha y acercar la identidad cultural china a otros países, incluidos los occidentales desarrollados, en los que la comprensión intelectual de China representa un gran boquete en el sistema educativo.

La falta de mesianismo es, por tanto, un importante factor que se debe considerar. Esta China no pretende convencer a nadie de que lo suyo es lo mejor para todos, aunque reivindica el derecho a mejorar lo que tienen no al dictado de las sanciones o, peor aún, de la presión militar exterior, como en el siglo xix. Será difícil que esa posible vulnerabilidad se acreciente en tanto su poder económico se afiance y le blinde cada vez más. El PCCh de hoy nos dice que cada cual debe encontrar su propio camino. En esa propuesta, algunas señales nos pueden servir de orientación. Cuando apuesta por la creación de una comunidad de destino compartido, sugiere la definición de una agenda conjunta a través de la búsqueda de

coordinación y de sinergias de las respectivas estrategias de desarrollo. Y cuando impulsa la Iniciativa de Civilización Global, reconoce el valor de la diversidad civilizatoria y defiende la coexistencia sin conflicto.

Por otra parte, algunas de sus experiencias (la lucha contra la erradicación de la pobreza, por ejemplo) son bienes públicos globales que pueden ser adaptados a cada contexto. De igual forma, persiste en esa disposición al diálogo, al intercambio de conocimientos –incluso en materia de gobernanza, que sería indicativo de una cierta capacidad de evolución que a nosotros se nos resiste cada vez más, dando por sentado que hemos llegado al summum de nuestra civilización y que nadie nos puede enseñar ya nada de provecho–.

Esta China anhela transformar ese creciente papel económico que desempeña en todo el mundo en incremento de influencia política. Y se trasladará también a los principales organismos internacionales al tiempo que sirve de acicate para promover los suyos propios. China está en ese momento. No sólo será un gigante económico, sino que aspira al reconocimiento de su condición de «país grande», pasando página de aquella modestia que preconizaba Deng Xiaoping cuando el empaque de su economía (32.ª potencia económica del mundo en 1978) no permitía otras licencias. Por último, cabría descartar la emulación de una dinámica similar a la estadounidense en el plano militar. Con una base en Yibuti, todo lo demás (supuestas intenciones de establecer operativos similares en Afganistán, Camboya o islas Salomón), hoy por hoy, son especulaciones, que Beijing desmiente una y otra vez.

En lo conceptual, frente a la promoción de los valores universales sugeridos por el mundo liberal occidental, China opone la noción de los «valores comunes», que Xi desgranó en 2015 ante la Asamblea General de las Naciones Unidas. Estos incluyen la paz, el desarrollo, la equidad, la justicia, la democracia y la libertad, y se han convertido en una piedra angular del pensamiento diplomático chino. Los llamados «valores universales» (libertad, democracia y derechos humanos), según la narrativa china, han servido a la consolidación hegemónica occidental, a través del etnocentrismo y el injerencismo, desde una mirada de superioridad ética y moral de

Occidente sobre el resto de las civilizaciones[1].

En los años ochenta del siglo pasado, desde la escuela de Singapur se arbitró la construcción ideológica de los llamados «valores asiáticos» como expresión de rechazo a los «valores occidentales». Se trataba entonces de una reinterpretación del confucianismo con fines instrumentales, esencialmente para garantizar la estabilidad sistémica y la perennidad de las elites gobernantes. Además, reforzaba la idoneidad de un conjunto de comportamientos en el orden moral o cívico que hundían sus raíces en una identidad reafirmativa de sus diferencias con los valores asociados al imperialismo económico y cultural occidental. Frente al liberalismo representado por la exacerbación del individualismo, por ejemplo, se oponían sus propios valores tradicionales, entre ellos la prevalencia de los intereses grupales o comunitarios sobre los individuales. Esos «valores compartidos» fueron sancionados por el Parlamento de Singapur en 1991. Los cinco principios inspiradores (la nación por encima de la comunidad y la sociedad antes que el individuo, la familia como unidad básica, consensos y no imposiciones, armonía y tolerancia, apoyo de la comunidad al individuo) ofrecían no sólo claves conciliadoras para instrumentar determinadas políticas de desarrollo, sino una nueva fuente de legitimidad del sistema alejada del ideal democrático liberal.

El ideal confuciano de una sociedad armoniosa, la búsqueda de una elite talentosa para gobernar a través de un sistema meritocrático, el paternalismo, la exaltación de líderes virtuosos y sabios, la conformación de una estructura funcionarial con fuerte apego a la ética social, etc., elementos todos ellos con firme sustento en la tradición, se erigen en ideales y patrones de conducta que conectarían mejor con la comunidad que la propuesta occidental, basada en la limitación y división de poderes, el pluralismo político o un frente de libertades que tiende a glorificar al individuo en detrimento de la sociedad en su conjunto.

En China se han seguido de cerca esas exploraciones. Para el PCCh, los valores –y prioridades– deben incluir el poder y la prosperidad, la civilización, la armonía, la libertad, la democracia, la equidad, la igualdad, el Estado de/con derecho, el patriotismo, la integridad, la amabilidad o la dedicación. Todos ellos figuran en el frontispicio

ideológico del liderazgo chino, si bien no debemos pasar por alto que el verdadero epicentro de estos valores no es otro, a día de hoy, que el PCCh. Este es quien los encarna verdaderamente y su liderazgo se afirma como el carácter básico del «socialismo con peculiaridades chinas». Esto significa que es el PCCh, como expresión de la primera dinastía orgánica de su historia, el hilo conductor –e interpretador– de todos estos valores y quien ejerce de guía exclusivo en su aplicación[2].

La formulación de los «valores comunes para toda la humanidad», si bien contiene una fuerte influencia de la tradición milenaria china, encuentra su base ideológica en el marxismo adaptado a las particularidades de China y su modelo socialista. Estos valores reflejarían la perspectiva marxista sobre la evolución de la sociedad y la necesidad de una transformación global basada en la justicia social y la cooperación entre los pueblos.

Según la perspectiva marxista, la historia humana está marcada por la lucha de clases y la búsqueda de una sociedad sin explotación. En este sentido, los valores comunes para la humanidad pueden entenderse como una extensión de los principios socialistas, al promover un orden global más justo y equitativo, en el cual el ser humano pueda desarrollar toda su capacidad creativa de forma libre. En lugar de fomentar la competencia y el individualismo exacerbado, esta perspectiva enfatiza la cooperación, el aprendizaje mutuo entre civilizaciones y la construcción de un futuro en el que la equidad y la justicia social sean el eje central de la gobernanza global.

Según la visión china, si bien existen valores comunes para toda la humanidad, los mismos son específicos, históricos y evolutivos en cada sociedad. En distintos países y épocas, incluso los mismos valores pueden adquirir significados y formas de expresión diferentes. La historicidad y la particularidad de los valores comunes indican que existe una relación dialéctica entre lo específico de cada sociedad y los valores comunes de la humanidad.

Como señaló Xi Jinping, a pesar de las diferencias en historia, cultura, sistemas y niveles de desarrollo, las personas de todos los países comparten aspiraciones comunes: la búsqueda de la paz, el desarrollo, la equidad, la justicia y la democracia. En este sentido,

la noción de valores comunes de la humanidad se basa en el reconocimiento de la diversidad civilizatoria. No hay civilizaciones superiores o inferiores, mejores o peores; todas poseen características propias y enriquecen el acervo cultural global a través del intercambio y el aprendizaje mutuo. Así, los valores comunes de la humanidad no buscarían homogeneizar las civilizaciones ni imponer modelos únicos, sino fomentar el respeto y la cooperación entre diferentes tradiciones culturales.

Si bien cada civilización es única, existen puntos de convergencia en sus principios éticos y morales. Los valores compartidos representan el círculo concéntrico más amplio en el que distintas culturas pueden encontrar reconocimiento mutuo. En este sentido, la búsqueda de puntos en común y la convivencia armónica en la diversidad son esenciales para el desarrollo de una comunidad global más justa y equilibrada.

La paz y el desarrollo, según la narrativa china, son aspiraciones compartidas por todos los pueblos del mundo. La paz garantiza la estabilidad y la continuidad de la sociedad humana, mientras que el desarrollo mejora las condiciones de vida y promueve el bienestar colectivo. Ambos principios se retroalimentan y constituyen las bases de una convivencia global equitativa. La yuxtaposición entre paz y desarrollo está presente claramente en la Iniciativa de la Franja y la Ruta, que promueve relaciones de cooperación de beneficio mutuo y no imposición, a la par que fomenta el desarrollo de los países del Sur global.

La justicia, por tanto, es entendida como parte esencial de los valores comunes de la humanidad; no sólo implica la defensa del sistema internacional basado en la Carta de las Naciones Unidas y el derecho internacional, sino también el compromiso con la equidad y la solidaridad. Esto se traduciría en el apoyo a las naciones en desarrollo y en la promoción de relaciones internacionales más justas y equilibradas.

Por último, la libertad dentro de este marco no se restringe a un concepto individualista, sino que abarca el derecho de cada nación a definir su propio sistema social y modelo de desarrollo, en función de su historia y realidad social. Es la libertad que debe garantizar que todas las sociedades puedan avanzar de acuerdo con sus

propios valores y aspiraciones, sin injerencias externas ni imposiciones.

El concepto de «valores comunes» se entrelaza con otra propuesta de Xi Jinping: la de «comunidad de destino compartido para la humanidad». Construir dicha comunidad es esforzarse por construir un mundo pacífico, libre de pobreza y con prosperidad común, un mundo inclusivo e interconectado y uno donde el ser humano pueda convivir en armonía con la naturaleza. En este sentido, los valores comunes de toda la humanidad son la base ideológica y la piedra angular teórica para promover el concepto de comunidad propuesto por Xi.

Esta visión ha sido promovida en iniciativas como la de la Franja y la Ruta o las del Desarrollo, la Seguridad y la Civilización globales, mediante las cuales China ha presentado tanto una hoja de ruta como una propuesta práctica para construir un nuevo tipo de relaciones internacionales que recupere los principios de coexistencia pacífica. Además, la comunidad de destino compartido implica la construcción de un sistema de gobernanza global más inclusivo, en donde todas las naciones participen en la toma de decisiones de manera equitativa. En este sentido, China ha impulsado la reforma de organismos multilaterales como la ONU y el FMI para garantizar una representación más justa de los países en desarrollo. Asimismo, ha promovido foros como la Organización de Cooperación de Shanghái y los BRICS, que ofrecen alternativas al modelo de gobernanza dominado por Occidente.

Complementariamente, el concepto de win-win (ganar-ganar) que promueve China en sus relaciones internacionales es una filosofía basada en la cooperación mutua y el beneficio compartido, en lugar de la competencia o el conflicto. Es un principio clave en la diplomacia china y se aplica a áreas como el comercio, la inversión, el desarrollo y la resolución de conflictos. En él, lo importante serían los resultados conseguidos por ambas partes con independencia del equilibrio logrado.

Entre los fundamentos de este enfoque, cabe destacar, en primer lugar, la cooperación económica basada en beneficios mutuos. En este sentido, China promueve acuerdos comerciales e inversiones en los que ambas partes obtienen ganancias. Un ejemplo es la

Iniciativa de la Franja y la Ruta, donde China financia infraestructura en países en desarrollo y, a su vez, obtiene acceso a mercados y recursos estratégicos. En segundo lugar, el desarrollo compartido y el crecimiento inclusivo; es decir, en lugar de una competencia directa con otras naciones, China impulsa proyectos de desarrollo conjunto, como la financiación de carreteras, ferrocarriles y puertos en África, Asia y América Latina. En tercer lugar, la no injerencia en asuntos internos; a diferencia de algunos modelos occidentales que condicionan la cooperación a reformas políticas, China enfatiza la soberanía de los países y se enfoca en relaciones pragmáticas sin intervenir en política interna. Por último, la resolución pacífica de conflictos, de forma que China prioriza el diálogo y la negociación como forma de resolver disputas, evitando confrontaciones directas.

Ejemplos de este modelo win-win en acción podemos encontrarlos en el comercio con América Latina, donde China ha aumentado significativamente sus inversiones, ofreciendo financiamiento para infraestructura a cambio de acceso a recursos naturales y mercados emergentes. O también en las relaciones con África: a través del Foro de Cooperación China-África (FOCAC), China ha construido carreteras, hospitales y centrales eléctricas en varios países africanos, promoviendo el crecimiento económico sin exigir cambios políticos. Otro tanto cabría decir de la política de inversiones en el Sudeste Asiático, donde China ha firmado acuerdos con la ASEAN para mejorar la conectividad y el comercio en la región, integrando a estos países en sus cadenas de suministro globales.

El enfoque win-win es la piedra angular de la diplomacia china y refleja su estrategia de crecimiento global eludiendo cualquier confrontación directa. Aunque ha generado oportunidades económicas para muchos países, también ha despertado debates sobre los verdaderos equilibrios de poder en estas relaciones, ya sea por las asimetrías con los países receptores o por la denuncia occidental del modelo como un intento de China de ganar influencia global y desafiar el orden internacional liberal.

Más allá de esto, en lo estrictamente ideológico, la influencia internacional del PCCh es limitada. En primer lugar, porque

descarta cualquier tipo de confianza inmotivada, como factor que pretende diferenciador del comportamiento del PCUS. En el XII Congreso (1982) instituyó los cuatro principios imperantes en sus relaciones con otros partidos: independencia y autodecisión, igualdad total, respeto mutuo y no intervención en los asuntos internos de uno en el otro. Es bajo este marco que el PCCh desarrolla su diplomacia partidaria.

En segundo lugar, el énfasis en las singularidades chinas dota su política de una identidad difícilmente extrapolable, afianzando la apuesta por un orden multipolar basado en el respeto a las diversas culturas; la suya, en particular –muy desconocida globalmente, como es ampliamente reconocido–, no tiene la dimensión ni la ambición para generar el acompañamiento universal, más allá de erigirla en clave de su poder blando para facilitar el conocimiento, la comprensión y el respeto.

Lo cierto es que la indudable mayor presencia global de China ha servido al objetivo interno de acelerar su desarrollo y blindar su soberanía, no tanto a destacar internacionalmente. En este plano, sus acciones se han orientado a reivindicar reformas en el sistema y no a sugerir la conformación de poderes alternativos; a lograr, en suma, un mayor reconocimiento de su posición y en paralelo a fortalecer la legitimidad de unas instituciones que en buena medida hoy día han quedado obsoletas en su representatividad.

Su modelo económico no es exportable e insisten, incluso ante sus más fervientes imitadores, en que cada cual debe buscar su propio camino; su modelo político tampoco goza de predicamento universal y tiene muy en cuenta sus claves históricas y culturales; su arquitectura social presenta grietas aún profundas que reclaman reparaciones en justicia; en el orden de la seguridad y la defensa, carece de atributos solventes si los comparamos con el sobreexceso de la potencia hegemónica.

Pese a todo, la revalorización del marxismo que en la actualidad se promueve en China puede tener consecuencias internacionales importantes a medida que pasa a tener un papel mayor como ingrediente teórico en la diplomacia partidaria del PCCh. Una renovación de la adhesión al marxismo, al amparo del éxito del proceso liderado por el PCCh, necesariamente se traduce en una

exaltación de la adaptación a las condiciones locales, del ejercicio de la plena soberanía y el rechazo a cualquier forma de injerencia política, es decir, la institución urbi et orbi de la independencia y la autodecisión. Ambas han sido establecidas por el PCCh como conclusión necesaria de su propia experiencia política en el proceso de la revolución y también de la modernización.

El PCCh, además, asume el compromiso de actualización del marxismo partiendo de que su propia transición le provee de una mejor cualificación para hacer contribuciones originales a su desarrollo. Y también apela a ampliar la visión para interpretar acertadamente los cambios en el mundo e investigar las cuestiones teóricas que deben ser resueltas, prestando atención a los resultados del estudio sobre el marxismo fuera de China, con un enfoque inclusivo y que aproveche las fortalezas de terceros.

De hecho, el xiísmo ha ganado relevancia no sólo dentro de China, sino también en la arena internacional. Y eso porque aspira a articular tanto una visión para el desarrollo interno como una para su papel en el mundo. Esa influencia trasciende sus fronteras, impactando en la economía, la política y las relaciones internacionales.

Xi Jinping ha posicionado su pensamiento como una guía para un «nuevo tipo de relaciones internacionales» basado en el respeto mutuo y la cooperación de beneficio compartido. Este enfoque contrasta con el modelo tradicional de hegemonía y busca construir un sistema multipolar. Bajo su filosofía, China no sólo desea el arbitrio de un desarrollo económico compartido, sino también construir un sistema de gobernanza global que corrija el dominio occidental tradicional. A través de acuerdos bilaterales y multilaterales, China ha extendido su influencia económica y cultural, consolidando su posición como un actor clave en el desarrollo global.

El pensamiento de Xi Jinping también se presenta como una alternativa al liberalismo político y económico dominante en Occidente. Xi promueve la idea de que no existe un único camino hacia el desarrollo, destacando la capacidad de cada país para encontrar su propia fórmula, inspirándose en el modelo chino. Este enfoque ha resonado en países en vías de desarrollo que buscan

inspiración fuera del modelo democrático liberal, especialmente en Asia, África y América Latina.

El fortalecimiento del poder blando de China a través de la promoción de su cultura, lengua y valores, de la mano de instituciones como los institutos Confucio, ha sido clave para difundir el idioma chino y una visión positiva del país.

El pensamiento de Xi Jinping ha reformulado, en suma, el papel de China en el mundo, ofreciendo una visión que combina pragmatismo económico con ideales de gobernanza global. Aunque su influencia sigue siendo objeto de debate, su impacto en las relaciones internacionales es innegable, marcando una era de creciente protagonismo chino.

En este marco, el diálogo que el PCCh pueda impulsar con otras formaciones marxistas constituye una variable que el xiísmo ha promovido de forma activa en los últimos años. Y todo indica que dicha tendencia se va a desarrollar en mayor medida.

En el siglo xxi, un marxismo adaptado mejor a la sociedad y al mundo contemporáneo aspira a tener una nueva oportunidad para idear políticas alternativas que ofrezcan mayor bienestar y otro rumbo a la humanidad. El nuevo estatus global de China y el compromiso de su liderazgo con este empeño otorgan cierto aval al ambicioso alcance de este propósito.

¿Hay un discurso chino en los estudios marxistas globales? La sinización del marxismo emerge cada vez más como un referente ideológico internacional, al que debemos prestar atención por su papel en el poder blando de China, así como por su capacidad para influir en el activismo político de organizaciones de muy diverso signo en todo el mundo.

El PCCh reconoce que pueden existir diferencias teóricas importantes con formaciones homónimas del exterior; sin embargo, tiene como ventaja la capacidad para establecer diálogos en pie de igualdad y sobre la base del reconocimiento de que cada cual debe seguir su propio camino para conseguir los objetivos compartidos.

Esto explica también que el PCCh establezca sus relaciones con

otros partidos en un marco de amplia pluralidad –no sólo partidos comunistas–, ya en el poder o en la oposición. Buena muestra de ello son las conferencias internacionales o los diálogos bilaterales abordados con un espíritu de apertura. En los últimos años, el PCCh ha organizado foros internacionales, como el Diálogo de Alto Nivel entre el PCCh y Partidos Políticos del Mundo, que cuenta con varias ediciones.

En lo que atañe a la ideología, gozan de especial relevancia los diálogos teóricos establecidos con algunos partidos más próximos, caso de Vietnam o Cuba, también el Partido Popular Revolucionario de Laos, pongamos por caso, así como con el Partido de los Trabajadores de Brasil. Diálogos que también aborda en formatos multilaterales más abiertos, adaptando los enfoques y poniendo el énfasis en el aprendizaje y el intercambio de experiencias; es el caso de los partidos políticos de África o, también, claro está, de los partidos marxistas.

El diálogo teórico entre el PCCh y otros partidos políticos, especialmente aquellos de ideologías afines o interesados en modelos alternativos de desarrollo, ha sido una estrategia clave para fomentar el entendimiento internacional y fortalecer el intercambio de ideas sobre gobernanza o desarrollo económico y social. Este diálogo no sólo refleja el interés del PCCh por promover su perspectiva, sino también su capacidad para adaptarse a las dinámicas globales y construir una red de colaboración que va más allá de los límites ideológicos.

Uno de los temas recurrentes en estos diálogos es cómo los partidos políticos pueden abordar desafíos globales como el cambio climático, las desigualdades económicas y los conflictos internacionales. A través de estas conversaciones, el PCCh promueve conceptos como aquella «comunidad de futuro compartido para la humanidad», un marco que enfatiza otro lenguaje, potenciador de la cooperación multilateral y el beneficio mutuo.

El intercambio teórico entre el PCCh y otros partidos sigue siendo un fenómeno importante para entender las dinámicas ideológicas. Además, su intensificación expresa el creciente aumento de la receptividad exterior de los enfoques chinos no sólo en la gestión de

las políticas, sino también en las premisas ideológicas que sustentan su proyecto.

En el Sur global, a medida que la influencia china crece, esta no sólo se traduce en comercio o inversiones, sino también en una mayor atención e interés por la comprensión de su modelo integral. Su peculiar trayectoria de modernización y el éxito registrado en aspectos clave como la lucha contra la pobreza representan activos que despiertan una creciente curiosidad.

---

[1] Sebastián Schulz, «Valores comunes de toda la humanidad: una visión china para el mundo», Tektonikos, febrero de 2025.

[2] Xulio Ríos, «Los valores de China en el siglo

xxi»

, Vanguardia dossier 80, 2021.

Conclusión

La ideología desempeña una función clave e indispensable para preservar y garantizar el consenso social, cierta coherencia y la legitimidad del poder político, claves de la estabilidad. Modernamente, en China, dado su atrasado punto de partida (la sociedad feudal se prolongó hasta el siglo xx), la ideología debe inspirar un modelo político, económico y sociocultural capaz de dar satisfacción a los anhelos de una sociedad que en los últimos 200 años ha tendido a asociar con la utopía el logro de significativos avances. Hoy día, esa ideología debe brindar la oportunidad de dejar atrás el relativo pesimismo que ha impregnado los anhelos de anteriores generaciones.

Para el PCCh, el marxismo forma parte del vademécum ideológico fundacional. La fe en él es una firme convicción del partido, y lo remite a la condición de su alma política. A pesar de los cambios registrados en la política implementada a lo largo de sus más de 100 años de existencia, en ningún caso ha abdicado de este. Esa continuidad y coherencia ha coexistido con un firme afán de integrarlo con la realidad objetiva del país. En rigor, este es el fundamento de la búsqueda de un camino propio para hacer triunfar la revolución, primero, y para, después, completar la modernización siguiendo un patrón de orientación socialista. Y con el paso del tiempo, esa tendencia no ha hecho más que acentuarse.

La combinación de los principios fundamentales del marxismo, la realidad concreta de China y su cultura constituyen un magma complejo que se aleja de los prototipos imaginados por los clásicos y representan una versión innovadora, que se fundamenta en la exigencia de la autodecisión, sin concesiones al internacionalismo de viejo cuño. Por otra parte, los más de 100 millones de militantes comunistas chinos se adscriben así a un ideario ecléctico que integra visiones tanto universales como nacionales para fundamentar el rechazo de cualquier invocación de alternativas

externas, también, naturalmente, las de signo liberal.

La Revolución de Octubre alentó la propagación del marxismo en China. A Li Dazhao se le reconoce la condición de pionero en ese empeño, en el que también participaron figuras como Chen Duxiu, uno de los líderes intelectuales del Movimiento de la Nueva Cultura. El progresismo revolucionario chino de principios del siglo xx mostró una profunda simpatía por las corrientes marxistas.

En realidad, las bases ideológicas fundacionales del comunismo chino, formalmente, nunca se alteraron; a pesar de que en los años de la reforma y apertura, a partir de 1978, muchos querían ver en ello un mero paripé, seguros de que más temprano que tarde se sustituirían la hoz y el martillo por cualquier otra cosa. Los hipotéticos coqueteos con el orden liberal, en consonancia con una realidad muy alejada del ideal comunista, convertían en papel mojado la irritante retórica en la que insistían los dirigentes del PCCh, considerándose entonces obstinadamente adheridos a lo que llamaban los «cuatro principios fundamentales»; el principal de ellos, el liderazgo del partido, lo cual, según algunos, no podría significar otra cosa que el mero interés de aferrarse al poder.

Pero el marxismo que reivindica el PCCh siempre se ha conjugado con la adaptación. Salvo en el breve periodo de significativa influencia soviética (1921-1935), la exigencia de integración con la realidad china persiste desde Mao Zedong, quien, asumiéndolo, vio en el campo o en la estrategia armada las vías para el triunfo de la revolución, respetando pero desoyendo las lecciones de la Revolución de Octubre rusa. Su pensamiento se nutre de esa reflexión, que desarrolló en una densa y creativa producción teórica.

La sinización del marxismo tiene en el maoísmo un epítome esencial. Al invocar la necesidad de corresponder a la realidad del país, Mao sugería que se deben tener en cuenta las peculiaridades propias. El líder chino insistía en la necesidad de partir de su propia realidad para acertar en la agenda y en las políticas, y basó de forma irreversible su liderazgo interno en dichas coordenadas, frente a quienes postulaban cierto seguimiento dogmático y ciego de las orientaciones de matriz ajena.

En gran medida, la defenestración de Wang Ming y los «28 bolcheviques» escenificaba ese punto y aparte. La «línea marxista correcta» fue establecida en la Conferencia de Zunyi (1935), y su fundamento exigía otorgar prioridad a las características singulares de la Revolución china. El VII Congreso (1945) celebrado en Yan'an precisó a quién cabe decidir cuáles de los principios del comunismo clásico internacional son aplicables a China.

Esta adaptación del marxismo al contexto chino se erigió en garantía del triunfo de la revolución. El «buscar la verdad en los hechos», establecido como un punto de vista fundamental del marxismo y una exigencia indispensable a los comunistas chinos para conocer y transformar el mundo, se completó con todo un catálogo de prácticas políticas de ascendencia original, desde la línea de masas (de las masas a las masas) hasta la crítica-autocrítica o las sucesivas campañas de rectificación, de fuerte ascendencia cultural. Sin embargo, el maoísmo, abiertamente anticonfuciano, atacó algunas de las vigas estructurales de la cultura china.

También el denguismo, a pesar de impulsar políticas que a menudo se han asociado con cierta desideologización que habría dado alas al liberalismo, insistió en la defensa del marxismo. Su «socialismo con peculiaridades chinas» es una expresión política concreta de esa innovación teórica y representaría un desarrollo del marxismo, no su abandono.

Fue también en nombre del marxismo que Deng Xiaoping formuló, a partir de 1978, su reforma y apertura, incluso reconociendo a la par que la «toma de la lucha de clases como eslabón clave», característica esencial del maoísmo en el poder, había resultado en una calamidad monumental para el partido y para el país. El giro de Deng hacia el desarrollo económico como obsesión central partía del reconocimiento de que el socialismo, en un país tan pobre, no podía construirse de un día para otro, que China permanecería durante un largo periodo en su etapa primaria y que en ese tiempo lo esencial era progresar materialmente sin perder de vista el horizonte. La originalidad de Deng al empeñarse en alentar otra vía hacia la modernización cristalizó en lo que se bautizó como el «socialismo con peculiaridades chinas». A su evolución cabe adscribir la teoría de la triple representatividad de Jiang Zemin y la

concepción científica del desarrollo de Hu Jintao.

La preocupación de Deng Xiaoping por desarrollar las fuerzas productivas, señalada por él mismo como el asunto al que mayor importancia atribuye el marxismo, fue indicada también como una anteposición del crecimiento económico a la ideología. Pero Deng, en realidad, no tenía intención alguna de abandonar la ideología marxista, si bien priorizaba el desarrollo económico porque estimaba que el «socialismo está llamado a acabar con la pobreza» y que era preciso y urgente elevar progresivamente el nivel de vida so pena de fracasar en el propósito de la modernización.

A tono con el axioma de las «cuatro modernizaciones», formuladas en el periodo de la restauración tras el Gran Salto Adelante, lo que Deng priorizaba era establecer una mejor base material del proceso como manifestación de un «auténtico marxismo». No se trataba, por tanto, de la promoción alternativa del liberalismo a modo de reacción frente al extremismo del periodo maoísta anterior avivada por los desmanes de la Revolución cultural. Los cuatro principios fundamentales (persistir en el camino socialista, en la dictadura democrático-popular, en la dirección del Partido Comunista y en el marxismo-leninismo y el pensamiento de Mao Zedong) fueron establecidos para combatir la acción «corrosiva» de la ideología burguesa.

El denguismo provocó un mayor pluralismo en la sociedad, que el PCCh decidió gestionar rehuyendo de cualquier apelación a la lucha de clases. Esta vivió su momento de esplendor durante el maoísmo. Ahora, la triple representatividad gestionaría esa nueva diversidad.

En consecuencia, en este periodo, la labor teórica priorizó la atención a los aspectos relacionados con la caracterización de la «etapa primaria del socialismo»; por tanto, los asuntos relacionados con la construcción económica o la reforma y apertura, ya nos refiramos al mercado y su gobierno, las propiedades o las políticas de distribución, entre otros, incluyendo el fomento de la democratización, ganaron en relevancia ante la necesidad apremiante de dotarse de una guía teórica que diera respuesta a la onda de experimentación promovida por la reforma.

En la concepción científica del desarrollo sugerida por Hu Jintao, se

sintetiza esta etapa abordando una visión de conjunto e integradora de los preceptos y experiencias sugeridas por el denguismo.

El PCCh considera esas nuevas teorías y conceptos como expresión inequívoca de la sinización del marxismo; dan forma a un sistema teórico e ideológico en constante enriquecimiento y responden a la identificada como contradicción principal del periodo que arranca en 1949, la existente entre la demanda social y un desarrollo insuficiente de la economía.

Por tanto, el maoísmo como el denguismo tendrían en común su inspiración marxista y el propósito de idear respuestas teóricas a la necesidad de desarrollar el país adaptándose a las circunstancias cambiantes. Eso incluye la apuesta por la evolución de una economía planificada a una economía que incorpora el mercado como instrumento de gestión, la reconsideración de las formas de propiedad, etc., matizando alternativas a problemas característicos de una sociedad como la china y difícilmente equiparables a los de cualquier otra sociedad en el mundo.

En Xi se advierte un nuevo impulso que apunta no sólo a la rehabilitación activa del marxismo, en concordancia con su idea de mantenerse fiel a la misión fundacional, sino también a la importancia de la innovación, conservando con una mano los fundamentos básicos e inalterables y con la otra impulsando una apertura de ideas y enfoques que contribuyan de forma polifacética a garantizar la perennidad del PCCh y del rumbo socialista en un momento de clara inflexión histórica. El PCCh insiste en que no lleva a China por el camino del capitalismo.

Xi Jinping lidera una nueva ola de reafirmación y desarrollo de este proceso de sinización del marxismo, cuya esencia es garantizar el liderazgo del PCCh, culminar la modernización del país –que se encuentra en una etapa decisiva (será en dos fases, hasta 2035 y hasta 2049)– y asentar los cimientos de una nueva legitimidad del modelo chino, basada no sólo en la eficiencia de su gobernanza o en la mejora general de la economía y el énfasis en la prosperidad común, sino también en un desarrollo efectivo del Estado de/con derecho. El xiísmo desgrana respuestas nuevas en todos los dominios importantes, apelando a su necesidad en virtud del cambio operado en aquella identificación principal que modeló el

desarrollo chino entre 1949 y 2012, y que ahora pasaría a ser la existente entre la demanda social y un desarrollo no ya insuficiente, sino desequilibrado e ineficiente.

El PCCh define el xiísmo como «el marxismo de la China contemporánea y del siglo xxi» y como un nuevo episodio en el proceso de sinización de este. En sus más recientes congresos aborda una rotunda reivindicación de los ideales y convicciones, de la disciplina y del alma política del partido, pero igualmente la formulación de una integración de sistemas que profundiza al completo en todos los contenidos principales de la agenda china. La «posición rectora» del marxismo en el terreno ideológico se instituye como un valor esencial y se señala que el éxito del proceso es expresión de la nueva y flamante imagen del marxismo en el mundo, anticipando un reequilibrio de fuerzas que por su evolución histórica favorecería al socialismo. Adiós al pesimismo.

Marxismo, leninismo, maoísmo, denguismo, xiísmo son expresiones de permanencia y desarrollo de los fundamentos ideológicos del PCCh, a los que cabe añadir las corrientes del pensamiento tradicional (tanto confucianismo como legismo) como ingredientes que acentúan la ósmosis nacional. Así, el singular corpus ideológico del PCCh es una muestra característica de la originalidad de la «vía china», que la convierte en un modelo de imposible imitación, por más que algunos aspectos parciales puedan o deban ser tenidos en cuenta en las estrategias de cualquier país.

La nacionalización de las políticas ha desempeñado un papel importante a la hora de conectar el pasado y el futuro. De esta forma, la fuerte presencia de claves culturales genuinas aporta un plus ideológico que contribuye a enraizar el marxismo en la propia cultura, blindando su vigencia frente a otros idearios de más difícil penetración.

El PCCh reivindica la insistencia en utilizar el marxismo en desarrollo para guiar la práctica de construcción de China, lo que ha tenido un enorme impacto en la política, la economía, la cultura, la sociedad, la ecología, los asuntos exteriores, la defensa nacional, la reunificación, la construcción del partido y otros aspectos de China. Son a la vez características chinas que constituyen una guía para la modernización socialista y también una fuerza poderosa

para cohesionar al conjunto de su sociedad.

El PCCh, por otra parte, explora a su manera un camino propio que toma buena nota de la crisis ideológica sin precedentes causada por la liquidación del socialismo en la URSS y Europa del Este y que afectó de lleno al ideario marxista. El socialismo real fracasó en el terreno económico.

Dicha experiencia ha servido para que el modelo socialista no pueda ser idealizado en una nebulosa esquemática, sino que requiere una gestión al detalle. Los marxistas otorgan la primacía a las contradicciones de clase sobre cualquier otra relación de dominio presente en la organización social. Pero la abolición de la propiedad privada burguesa no tiene por qué significar la abolición de toda propiedad privada. Y puede subsistir un sector privado relevante en el seno de formaciones sociales socialistas, siempre y cuando este se establezca como subsidiario del sector socializado.

El modelo chino comparte varios elementos con el capitalismo, especialmente en su enfoque económico, expresando así la condición híbrida y en permanente transición de su sistema. Por ejemplo, la fuerte presencia del Estado coexiste con la permisión de la propiedad privada, el emprendimiento y la competencia de mercado. Sus empresas privadas compiten globalmente, funcionando con principios de rentabilidad y eficiencia. Además, China participa activamente en el comercio internacional y ha firmado acuerdos con múltiples países, siguiendo reglas del capitalismo global; de hecho, es la segunda economía más grande del mundo y el mayor exportador, con un fuerte enfoque en atraer inversión extranjera directa (IED).

Igualmente, China invierte fuertemente en I + D, tecnología e inteligencia artificial para impulsar el crecimiento económico y la competitividad global, y sus empresas lideran sectores como e-commerce, fintech y telecomunicaciones, desafiando a gigantes occidentales. China ha desarrollado zonas económicas especiales (ZEE) con baja regulación y beneficios fiscales para atraer inversión y fomentar la producción.

En el ámbito de la desigualdad, como hemos visto, el crecimiento acelerado ha generado una brecha entre ricos y pobres, con grandes

diferencias entre zonas urbanas y rurales.

Aun así, no es el mercado quien dicta la reglas, sino que es el Estado quien desempeña un activo papel regulador, reforzado por su presencia en sectores clave de la economía. Por otra parte, el PCCh supervisa la economía y regula de manera estricta ciertos sectores. A diferencia de los ciclos de oferta y demanda del capitalismo, China sigue implementando planes quinquenales que establecen objetivos económicos estratégicos a largo plazo. Y, por último, en su modelo de gobernanza política, mantiene un sistema que preceptúa el liderazgo absoluto del PCCh con una fuerte concentración del poder, vigilante siempre sobre cualquier posibilidad de desafío a instancia de sectores emergentes surgidos al abrigo de las reformas. De esta forma, a pesar de la adopción para generar riqueza de ciertos mecanismos tradicionalmente asociados con el capitalismo, mantiene un control estatal fuerte para evitar que el mercado domine completamente la economía y que ello acabe por afectar a la naturaleza del proceso de reforma y su objetivo final, que sigue expresado en términos de construcción de un modelo de socialismo adaptado a su propia realidad.

La China actual ha experimentado una serie de transformaciones desde que asume el poder, ya hace más de 75 años, el PCCh. Muchos de estos cambios difieren fuertemente entre sí, más aún considerando que se han llevado a cabo en una corta proporción de tiempo y que se han realizado bajo el mando del mismo partido gobernante. Esta situación hace que no sea tan evidente clasificar las políticas establecidas por el PCCh en algún modelo económico teórico clásico.

Otra variable que hace difícil interpretar los nuevos cambios tiene que ver con que China utiliza la influencia de los modelos internacionales, aunque manteniendo sus propias estructuras y dinámicas socioculturales. Más allá del proceso de modernización y auge del sector privado, China mantiene un sector público dominante en varios sectores de su economía. Se evidencia que el Estado conserva factores esenciales de un modelo socialista, pero ha ido incorporando gradualmente algunos elementos del libre mercado para activar su economía e integrarla a la escena internacional. Es difícil imaginar que China regrese al sistema

comunista propulsado en los tiempos de la revolución.

La estrategia seguida por el PCCh expresa un claro intento de demostrar que el mercado, como instrumento de gestión de la economía, también puede funcionar en una sociedad no capitalista liberal, o que cierta estructura de la propiedad no tiene por qué impedir el establecimiento de un modelo económico eficaz de socialismo. China insertó el reconocimiento de la propiedad privada en la Constitución en 2004.

La mutación contemporánea del modelo chino nos remite a una transición inacabada, pilotada por un Estado-partido particularmente poderoso. Esto choca, en primer lugar, con la concepción de que el comunismo o es, o no es, es decir, que no es reformable y cualquier veleidad representa una grieta que hace temblar los valores del sistema. El PCCh se apunta a las reformas, reformas que le hacen a cada paso no más débil sino más poderoso, al tiempo que sigue reivindicando un Estado más social, moderno, sometido al imperio de la ley.

El PCCh es el motor del Estado en la sociedad china. La fusión Estado-partido perpetúa el sistema en lo institucional con unas instancias de decisión supremas y a la vez flexibles. El PCCh moldea el sistema y afirma su nacionalismo, al tiempo que alarga su militancia con base en la triple representatividad, que ya no sólo es el proletariado o el campesinado, es el pueblo, es un partido de toda la sociedad. Es, en suma, la elite del país que organiza su vida en todos los aspectos, de forma que su amplio abarque dificulta que cualquier alternativa política a su magisterio pueda cuajar.

Por tanto, los intentos de categorizar China en los esquemas teóricos occidentales resultan estériles por inadecuados, en la medida en que no alcanzan a reflejar su originalidad y complejidad. Así, podemos concebirla, a partir de la definición de tal o cual política, como keynesiana o socialdemócrata, o su modelo como de capitalismo de Estado; y China no encaja porque su realidad, tan desconocida en el detalle, trasciende nuestras categorías. Ello es debido a que en gran medida ha inventado su propio modelo, un nuevo esquema de desarrollo económico, social y político, que se nutre tanto de la inspiración global, marxista en particular, como de su propia idiosincrasia cultural y civilizatoria.

No cabe ignorar el hecho de que todavía su economía se rija por planes quinquenales; o que es el partido quien detenta el control de parcelas estratégicas de la economía; o que en el país persevere la supremacía del sector estatal sobre el privado; o que se instituya como fundamental el papel de la propiedad pública, de la estatal o de la colectiva, aspectos todos que son modulares en la concepción y ejercicio del PCCh. O ignorar que en lo político se promueven fórmulas genuinas que priman la consulta y la cooperación como vías para generar consensos y estabilidad.

Y todo ello subsiste sin absolutas rigideces dogmáticas, es decir, respondiendo a la coyuntura con un esquema general estable, pero admitiendo variaciones en el equilibrio sustancial, de modo que en determinadas circunstancias puede el sector privado ganar relevancia, mientras que en otras es el sector público el que experimenta un mayor auge en función de lo que es definido como mejor para el interés general y la marcha de la economía.

La sinización del marxismo es, por tanto, una invocación a reinventar, adaptándolo, el marxismo en cada país, en cada época, partiendo de la investigación y de la sistematización de las aspiraciones sociales. Es el fin de cualquier automatismo de un modelo pretendidamente universal y de las copias a ciegas de los modelos extranjeros, hayan o no funcionado en una determinada realidad.

Epílogo

China atraviesa una etapa crucial, decisiva, de su larga marcha hacia la modernización. Es el momento clave en el cual se dilucida el éxito o el fracaso de todo el esfuerzo de muchas generaciones, trascendiendo incluso el hecho mismo del triunfo de la revolución maoísta para adquirir una dimensión de mayor alcance. Esa es la perspectiva que siempre debemos tener presente a la hora de aproximarnos a la China contemporánea y su proceso. Hay, por tanto, una magnitud histórica del momento presente, que en los líderes del país y en su sociedad influye en la adopción de un enfoque transformador determinado que mantiene un firme compromiso con la defensa a ultranza de la soberanía nacional.

Al hablar de China se ha insistido mucho en la economía y, más recientemente, en la tecnología. Es verdad que sin ellas, inmerso el mundo como está en una transformación de alto voltaje con fuertes implicaciones en los modos de producción y en los equilibrios de poder, es impensable culminar el tránsito iniciado en el siglo xix. Es más, muchos situaban aquí el verdadero cuello de botella del proceso chino –así como en el sistema educativo–, pues las taras sistémicas asociadas a su rechazo a los ideales liberales pasarían factura y pesarían como una losa para inviabilizar la creatividad y la innovación, condenando el país a ser la fábrica del mundo, pero sin posibilidad de ejercer como vanguardia en otros ámbitos decisivos como el tecnológico. A juzgar por los avances chinos que constatamos últimamente, no está funcionando tal que así.

También ha sido moneda corriente el creer que el reiterado apego al ideario marxista era un impedimento, una rémora, para alcanzar el desarrollo. Al hilo del precipitado «fin de la historia» con el colapso soviético, hemos visto cómo partidos comunistas o socialdemócratas se han deshecho de ese bagaje o lo han aparcado para abrazar una modernidad de signo progresista, más ambiguo, que a la postre en muchos casos ha conducido a la simple liquidación. En China, por

el contrario, ha persistido; aunque muchos le otorgaban una función meramente testimonial, sin incidencia real.

El contraste, sin embargo, no puede ser mayor. El PCCh, en un ejercicio de malabarismo constante, sin temor a la experimentación y corrigiendo el curso de las cosas cuando lo consideraba necesario, ha impulsado diferentes medidas de signo desigual, a tono con sus objetivos de largo plazo. Pero en ese proceso, aun admitiendo contradicciones y problemas interminables, persiste en establecer límites infranqueables para no alterar la naturaleza última del proceso. Entre esos límites figura el apego al ideario marxista, tal como se explica en este ensayo. Se trata de un marxismo que reivindica la adaptación, el avanzar con la realidad concreta y con los tiempos, su instrumentalización como mecanismo para garantizar tanto la perennidad de la hegemonía política como la orientación del rumbo, evitando que las nuevas realidades con las que debe lidiar acaben por liquidar su aspiración original (1921).

En lo ideológico, la negación del marxismo sigue considerándose una amenaza existencial para el PCCh, que puede destruirlo por completo, generando confusión y promoviendo el colapso sistémico. En esta China, el marxismo es parte esencial del blindaje frente a las influencias desestabilizadoras en el desarrollo social y político. No deben admitirse titubeos, por más ligeros que sean, ya que, se piensa, pueden derivar en errores significativos en la acción política, debilitando la cohesión interna, aflojando la confianza, acelerando el escepticismo y haciendo perder valores y creencias. Es por ello que, en esta delicada fase, la última etapa con el horizonte de 2049, el apelo a la reideologización es expresión de un rechazo abierto de cualquier transaccionalismo que invite a pasar por alto las tradicionales prácticas auspiciadas por el PCCh; interiorizadas como clave de su éxito, que insisten en revalidar, pero en las que destacan aspectos como la consulta o la investigación, no la mera copia o imitación, como bases de cualquier discernimiento político.

El temor que el PCCh expresa respecto a la influencia liberal occidental se fundamenta en que haría peligrar la modernización china tal cual está concebida, es decir, atendiendo tanto a la recuperación de su posición central y no subordinada en la globalidad del siglo xxi como a revitalizar los cimientos culturales

del país. Al enfatizar la utilidad del marxismo en la China contemporánea y del siglo xxi, se incorpora también en él lo mejor de la cultura y ethos chinos en los tiempos actuales. Esa fusión del pensamiento ideológico asociado a cualquier formación de definición comunista con la cultura tradicional multiplica el potencial para hacer frente a las influencias liberales externas y promueve el establecimiento de un sistema peculiar, independiente, autosuficiente, comprometido con los valores más propios. Y esa doble identidad, marxista e identitaria en lo cultural, proporciona la salvaguarda definitiva para preservar la capacidad del PCCh en medio de valores y narrativas en disputa que pueden hacer derrapar su proceso, vocacionalmente diferenciado de los modelos occidentales.

Si China ha llegado a ser lo que es, no es en virtud de la adopción de reformas liberales, sino porque el PCCh no ha prescindido de su bagaje ideológico fundacional, en el cual el marxismo sigue desempeñando un papel sustancial, a la par que se incorporan otras variables como las domésticas y se adapta todo sin subordinación de ningún tipo a otros intereses que no sean los propios. Esa vocación impregna su apego a la planificación, la gobernanza del mercado, la combinación de propiedad pública y privada en un equilibrio fluido o también a las innovaciones políticas. Son esas claves las que explican la transformación productiva, ambiental, tecnológica o social que China ha protagonizado en una escala y velocidad que no admiten comparaciones.

Por otro lado, cabe reconocer la existencia de una base ideológica en China que ha aportado al marxismo una doble vida. El marxismo académico sobrevive en parámetros nada comparables a los vigentes en buena parte de los países occidentales, en gran medida recluido y circunscrito a foros de alcance menor, ya que en Oriente opera modelando e influyendo socialmente de forma sustancial. Además, el proceso chino nutre un marxismo político centrado en la generación de iniciativas para dar respuestas concretas a los desafíos del presente, estableciendo soluciones que a menudo representan alternativas internas, así como también se afianzan como bienes públicos de alcance global.

Pero superficialmente, la realidad es una, es la que es, podríamos

pensar. Lejos quedan los márgenes del modelo maoísta que podríamos asociar con un cierto imaginario emancipador más familiar. Pero debiéramos ver un poco más allá para comprender cómo esa ductilidad, generosa en contradicciones y apariencias, tiene en el acervo ideológico un sólido asidero para perseverar en una hoja de ruta que no sólo quiere hacer de China un país desarrollado y poderoso, sino hacer cuajar una alternativa al modelo liberal occidental y sus modos operativos globales. Para ello, es vital conocer y comprender. Estudiar, en suma, como ellos dicen.

China tiene aún muchos retos por delante. A la gestión calculada de sus desafíos internos, que no son pocos ni menores –entre ellos, los cambios demográficos, el empleo, la superación de las desigualdades en aras de una mayor justicia social, el saneamiento financiero de los Gobiernos locales, la estabilización de sectores importantes de su economía como el inmobiliario, la transformación industrial a través de la innovación, un desarrollo de nueva calidad, etc., problemas generosamente presentes en nuestros medios–, debe sumar el agravamiento de las tensiones internacionales, cuando la pugna hegemónica puede alcanzar su clímax más pronunciado. Esquivar los conflictos, al tiempo que evita caer en las redes de dependencia que pueden alterar su capacidad para establecer e implementar sus propias soluciones sin injerencias, sigue siendo la máxima principal.

Las tensiones comerciales, guerras tecnológicas, diferendos estratégicos, coerciones múltiples parten del reconocimiento de que China representa el mayor reto imaginado para la hegemonía liberal occidental. El riesgo de crisis mayores en sus proximidades, ya sea en el mar de China Meridional o en Taiwán, nos recuerda la vigencia de la trampa de Tucídides y la importancia de no dejarse enredar en dramáticas distracciones que quizá serían de preferencia desesperada para terceros. Lo que por el momento puede afirmarse es que ni EEUU ni sus aliados han logrado frenar el avance de China, ni con embargos ni con represión; en cambio, han estimulado la generación de una capacidad sostenible de innovación basada en su propio talento y recursos, con avances en la robótica o la inteligencia artificial, como también en la tecnología de chips y otros campos.

China ha dado forma a una red de acrónimos en los últimos años –como los BRICS o la OCS– que concretan sus apuestas políticas principales, estableciendo así los fundamentos para influir cada vez más en la evolución de las relaciones internacionales. La singularidad del modelo interno debe acompañarse de la afirmación de otro modelo internacional que aliente el diálogo y la cooperación, una propuesta que seguro ganará complicidades entre cuantos reaccionan con hilaridad ante los despropósitos sugeridos por la ansiedad hegemónica. China no necesita poner el mundo patas arriba para crecer e influir cada día más, ni da pábulo al regreso a la política de las formas de dominio del viejo manual de los imperios coloniales occidentales, basadas en la anexión de territorios y el saqueo de los recursos por la fuerza. Por el contrario, es apreciable su disposición a lidiar con un número cada vez mayor de intereses comunes y problemas públicos en todo el mundo; a saber, el cambio climático, la inteligencia artificial, las epidemias, la distribución de recursos (incluidos alimentos o el agua), las armas de destrucción masiva, la contaminación transfronteriza, la ciberseguridad, las finanzas internacionales, la seguridad del transporte marítimo, etcétera.

La relativización de un marxismo de matriz universal, como igualmente sugiere el liberalismo desde el otro extremo, es parte del nuevo pensamiento promovido por el PCCh e invoca la necesidad de complementar la agenda común, hoy igualmente crucial para proveer de expectativas a la humanidad en su totalidad, con aquella otra particular para que en conjunto propicien nuevas expresiones de progreso histórico.

Bibliografía

Alleg, Henri (1995), O século do dragão, Lisboa, Editorial Caminho.

Amin, Samir (2004), «On China: "Market Socialism", a Stage in the Long Socialist Transition or Shortcut to Capitalism?», Social Scientist 32, 11-12.

Anguiano, Eugenio (coord.) (2001), China contemporánea. La construcción de un país (desde 1949), México, El Colegio de México.

Au Loong Yu (2013), La Chine, un capitalisme bureaucratique, forces et faiblesses, París, Syllepse.

Bachman, David (1986), «Differing Visions of China's Post-Mao Economy: The Ideas of Chen Yun, Deng Xiaoping, and Zhao Ziyang», Asian Survey 26, 3.

Balme, Stéphanie (2004), La Chine, París, Le Cavalier Bleu.

Barmé, Geremie R. (1998), Las sombras de Mao, Barcelona, Bellaterra.

Barras Romana, Heitor (2005), República Popular da China. A sede do poder estratégico, Coimbra, Almedina.

Béja, Jean-Philippe (2004), À la recherche d´une ombre chinoise. Le mouvement pour la démocratie en Chine 1919-2004, París, Seuil.

Beltrán, Joaquín (ed.) (2006), Perspectivas chinas, Biblioteca de China Contemporánea, Barcelona, Bellaterra.

Bell, Daniel A. (2016), The China Model: Political Meritocracy and the Limits of Democracy, Princeton, Princeton, University Press.

Bergère, Marie-Claire (2007), Capitalismes & Capitalistes en Chine,

des origines à nos nours, París, Perrin.

Bianco, Lucien (1994), La Chine, París, Flammarion.

Bougon, François (2017), Dans la tête de Xi Jinping, Arlès, Solin/ Actes Sud.

Bradman, Pranab, y Roemer, John (1992), «Market Socialism: A case for Rejuvenation», Journal of Economic Perspectives 6, 3.

Burton, Charles (1987), «China's Post-Mao Transition: The Role of the Party and Ideology in the "New Period"», Pacific Affairs 60, 3.

Cao, Lan (2000), «Chinese Privatization: Between plan and market», Law and Contemporary Problems 63, 4.

Cheng, Anne (2007), La pensé en Chine aujourd´hui, París, Gallimard.

Cheng Enfu (2024), Dialéctica económica de China. La aspiración original de la reforma, Madrid, Ruth Casa Editorial.

Chevrier, Yves (1987), La China moderna, México, Fondo de Cultura Económica.

Colloti Pischel, Enrica (1976), História da Revoluçao Chinesa, 3 vols., Sintra, Publicaçoes Europa-América.

Cornejo, Romer (coord.) (2008), China, radiografía de una potencia en ascenso, México, El Colegio de México.

Cotterell, Arthur (1988), China, uma história cultural, Macao, Instituto Cultural de Macao.

Daniel Oviedo, Eduardo (2005), China en expansión, Córdoba (Argentina), Universidad Católica de Córdoba.

Daubier, Jean (1974), Histoire de la révolution culturelle prolétarienne en Chine (I et II), París, Maspero.

Deng Xiaoping (1994), Selected Works of Deng Xiaoping, Beijing, People's Press.

— (1987), Problemas fundamentales de la China de hoy, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

Díaz Vázquez, Julio A. (2010), China, ¿otro socialismo?, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Díaz Vázquez, Julio A., y Regalado Florido, Eduardo (2007), China: El despertar del dragón, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Do-Dinh, Pierre (2003), Confucius et l´humanisme chinois, París, Seuil.

Domenach, Jean-Luc (2012), Mao, sa cour et ses complots, París, Fayard.

Domenach, Jean-Luc, y Richer, Philippe (1987), La Chine, (vols. I y II), París, Imprimerie Nationale.

Ebbinghaus, Bernhard, y Manow, Philip (2001), Comparing Welfare Capitalism: Social Policy and Political Economy in Europe, Japan and the USA, Londres, Routledge.

Fairbank, John King (1998), China. A new history, Cambridge, Mass., Harvard University Press.

Fanjul, Enrique (1994), Revolución en la revolución, Madrid, Alianza.

Folch Fornesa, Dolors, y Busquets Alemany, Anna (2002), La construcción de China: El periodo formativo de la civilización china, Madrid, Península.

Gavalda, Élodie, y Rouvin, Laurence (2007), La Chine face à la mondialisation, París, L´Harmattan.

Gernet, Jacques (1991), El mundo chino, Barcelona, Crítica.

Girado, Gustavo A. (2017), ¿Cómo lo hicieron los chinos?, Buenos Aires, Astrea.

Gittings, John (2005), The Changing Face of China. From Mao to Market, Nueva York, Oxford University Press.

Golden, Seán (2013), China en perspectiva. Análisis e interpretaciones, Biblioteca de China Contemporánea, Barcelona, Bellaterra.

González de Mendoza, fray Juan (1990), Historia del Gran Reino de la China, Biblioteca de Viajeros Hispánicos, Madrid, Miraguano/ Polifemo.

Gu Zhibin (2005), Made in China, Lisboa, Centro Atlántico.

Guillermaz, J. (1975), Histoire Du Parti Communiste Chinois (I et II), París, Payot.

Hu Jintao (2016), Obras escogidas, tomo II, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

Hu Sheng (1993), Breve historia del Partido Comunista de China, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

Huang Huaguang y Luan Jianzhang (2013), El sueño chino y el mundo, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

Jiang Hongsheng (2014), La Commune de Shanghai et la Commune de Paris, París, La Fabrique éditions.

Jiang Zemin (2010), Textos escogidos, tomo I, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

Lin, Chun (2006), La transformación del socialismo chino, Barcelona, El Viejo Topo.

— (2013), China y el capitalismo global. Reflexiones sobre marxismo, historia y política, Barcelona, El Viejo Topo.

Liu Suinian y Wu Qungan (1984), Economía socialista de China, 1949-1984, Beijing, Informa.

López-Suevos, Ramón (1992), Socialismo e mercado, Santiago de Compostela, Laiovento.

MacGregor-Hastie, Roy (1961), Mao Tsé-toung, L´essor irrésistible d ´un homme et se son peuple, Vanves, Marabout Université.

Malena, Jorge E. (2008), China, la construcción de un «país grande», Buenos Aires, Editorial Céfiro.

Mao Zedong (1977), Obras escogidas, tomos I, II, III, IV, V, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

Marmor, François (1978), El maoísmo, Barcelona, Oikos-tau.

Montobbio, Manuel (2017), Ideas chinas, Barcelona, Icaria.

Moreno, Julia (1992), China contemporánea, 1916-1990, Madrid, Istmo.

Needham, Joseph (1977a), La gran titulación. Ciencia y sociedad en Oriente y Occidente, Madrid, Alianza.

— (1977b), La science chinoise et l'Occident. Le grand tirage, París, Seuil.

Ollé, Manel (2005) Made in China, Barcelona, Destino.

Ollman, Bertell; Ticktin, Hillel, y Lawler, James (1998), Market Socialism: The Debate Among Socialists, Nueva York, Routledge.

Pann, Lyn (1988), China después de Mao: Una nueva revolución, Barcelona, Planeta.

PCCh (1981), Resolución sobre algunos problemas en la historia del PCCh (1949-1981), Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

— (2007), Documentos del XVII Congreso Nacional del Partido Comunista de China, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

— (2022), 100 Years of the Communist Party of China, vols. I, II, III y IV, Beijing, Institute of Party History and Literature of the Central Committee of the CPC.

Peyrefitte, Alain (1995), O imperio imóvel, Macao, Instituto Cultural de Macao.

Picquart, Pierre (2004), L'Empire chinois, Lausana, Favre.

Ríos, Xulio (1997), China, ¿superpotencia del siglo xxi?, Barcelona, Icaria.

— (ed.) (2005a), Política exterior de China: La diplomacia de una potencia emergente, Barcelona, Bellaterra.

— (2005b), Taiwán, el problema de China, Madrid, Los Libros de la Catarata.

— (2007), Mercado y control político en China: La transición hacia un nuevo sistema, Madrid, Los Libros de la Catarata.

— (2012), China pide paso. De Hu Jintao a Xi Jinping, Barcelona, Icaria.

— (2014), Bienvenido, Míster Mao, Madrid, Akal.

— (2016), China Moderna, Barcelona, Tibidabo.

— (2018), La China de Xi Jinping, Madrid, Editorial Popular.

— (2021), La metamorfosis del comunismo en China. Una historia del PCCh (1921-2021), Pontevedra, Kalandraka.

— (22022), China: De la A a la Z. Diccionario general de expresiones chinas, Madrid, Editorial Popular.

Schirokauer, Conrad, y Brown, Miranda (2011), Breve historia de la civilización china, Barcelona, Bellaterra.

Shleifer, Andrei, y Vishny, Robert (1994), «The Politics of Market socialism», Journal of Economics Perspectives 8, 2.

Short, Philip (2003), Mao, Barcelona, Crítica.

Souyri, Pierre (1970), El marxismo después de Marx, Barcelona, Debolsillo.

Spence, Jonathan D. (1991), The search for Modern China, Nueva York, Norton.

Tang Xiaoju (2012), Concise History of the Communist Party of

China, Beijing, Central Party Literature Press.

Unger, Jonathan (ed.) (1999), Nacionalismo chino, Barcelona, Bellaterra.

VVAA (1978), China después de Mao, Barcelona, Iniciativas Editoriales, S. A.

VVAA (1984), Breve historia de China, desde la antigüedad hasta 1919, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

VVAA (2006), El milagro chino visto desde el interior, Madrid, Editorial Popular.

Wang, Ming (1980), Medio siglo del Partido Comunista de China y la traición de Mao Tse-Tung, Moscú, Editorial Progreso.

Xi Jinping (2014), La profundización integral de la reforma, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

— (2014), El sueño chino de la gran revitalización de la nación china, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

— (2015, 2017, 2019, 2022), La gobernación y administración de China, vols. I, II, III y IV, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

— (2016), La construcción del estilo del partido y de la gobernación honrada y la lucha contra la corrupción, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

Zhang, Le-yin (2006), «Market Socialism Revisited: The Case of Chinese Stateowned Enterprises», Issues & Studies 42, 3.

Zheng Shiping (1997), Party vs. State in Post-1949 China The Institutional Dilema, Cambridge, Cambridge University Press.

Zheng Yongnian (1999), Discovering Chinese Nationalism in China. Modernization, Identity and International Relations, Cambridge, Cambridge University Press.

Índice de nombres

Bo Gu

Su verdadero nombre era Qin Bangxian y formaba parte de los «28 bolcheviques». En 1925 se unió al PCCh y se formó en Shanghái y Moscú. En la capital rusa se hizo amigo de Wang Ming y otros dirigentes llamados a dirigir el PCCh. Fue la mano derecha de Wang cuando era el líder de facto del partido. Participó en la Larga Marcha. Considerado un seguidor obediente de la ortodoxia soviética, el ascenso de Mao limitó su influencia. En 1941 fue director de la agencia Xinhua. Murió en un accidente aéreo en 1946.

Borodin, Mijail

Era el alias de Mijail Gruzenberg, un agente diplomático de la Internacional Comunista. Cuando Sun Yat-sen solicitó ayuda, Borodin encabezó la delegación de asesores soviéticos que llegó a China en 1923. Tras la muerte de Sun en 1925, permaneció en China hasta 1927, cuando comenzó la represión desatada contra los comunistas por el líder nacionalista Chiang Kai-shek y lo obligó a regresar a la URSS.

Cai Hessen

Uno de los primeros dirigentes del PCCh, quien ayudó a Mao a organizar sus primeras actividades en Changsha. Estudió en Francia y desde el país galo influyó en Mao para promover el enfoque revolucionario bolchevique. Pasó varios años en Moscú y de regreso a China en 1931 fue apresado y ejecutado por el KMT.

Cai Yuanpei

Pedagogo y rector de la Universidad de Beijing y fundador de la Academia Sínica. Conocido por su posición crítica respecto a la cultura china, abogaba por una síntesis del pensamiento chino y occidental. Entre otros, fue ministro de Educación del Gobierno de Sun Yat-sen. Bajo su impulso, su universidad se convirtió en referencia del Movimiento de la Nueva Cultura y del Movimiento del 4 de Mayo.

Chen Boda

Formado en Moscú, ejerció como secretario político de Mao hasta 1941. En la década de 1950 escribió una serie de artículos y un libro sobre el pensamiento de Mao, convirtiéndose así en su intérprete oficial. Fue él quien recopiló las citas que componen el Libro Rojo. En 1966 escribió un editorial en el Renmin Ribao que marcó el inicio de la Revolución cultural. Cuando cayó la Banda de los Cuatro, fue condenado a 18 años de prisión y liberado poco antes de morir.

Chen Duxiu

Aunque no participó en la reunión fundacional, se le considera, junto con Li Dazhao, el fundador del PCCh, del que fue su primer presidente y secretario general. Ejerció este liderazgo hasta 1927, año en que fue destituido y sustituido por Qu Qiubai. Desde entonces abrazó el trotskismo, siendo expulsado del PCCh en 1929.

Chen Wangdao

Destacado pedagogo y académico, se le reconoce como la primera y única persona en traducir completamente al chino el Manifiesto comunista. Formado en Japón, fue rector de la Universidad de

Fudan de 1949 a 1977.

Chen Yun

Se le considera, junto con Mao, Liu Shaoqi, Zhou Enlai y Zhu De, uno de los cinco grandes líderes de la guerra civil china y considerado uno de los Ocho Inmortales del PCCh. Fue miembro del Comité Central entre 1931 y 1987 y del Comité Permanente del Buró Político entre 1977 y 1987. Ejerció una importante influencia en la evolución histórica del PCCh, con especial responsabilidad en las tareas organizativas y de planificación económica.

Chiang Kai-shek

Formado en Japón y en la URSS, dirigió la Academia Militar Whampao (1924), bajo la supervisión política de Zhou Enlai. Líder del KMT, tras la muerte de Sun Yat-sen asumió el liderazgo de la formación nacionalista que, con el apoyo de EEUU, luchó duramente contra los comunistas. Tras ser derrotado en la guerra civil, se refugió en la isla de Taiwán, donde ejerció una férrea dictadura hasta su muerte en 1975.

Deng Liqun

Desempeñó el cargo de secretario del presidente Liu Shaoqi y fue purgado durante la Revolución cultural. En la década de 1980 emergió como uno de los líderes del ala izquierda del PCCh. Abogó por la economía planificada ortodoxa y se opuso a las reformas económicas de mercado y a la liberalización política. Entre 1978 y 1980 fue vicepresidente de la Academia China de Ciencias Sociales, consolidándose como un destacado teórico comunista de la era pos-Mao. Tras la caída de Hu Yaobang, Deng fue promovido como posible sucesor de la Secretaría General del PCCh, finalmente asumida por Zhao Ziyang.

Deng Xiaoping

Secretario general del PCCh entre 1956 y 1966, se distinguió siempre por ser un pragmático, en oposición a la defensa del afán revolucionario de Mao. Víctima de la Revolución cultural, desde 1978 fue el principal impulsor de la política de la reforma y apertura que transformó China en una de las principales potencias económicas del mundo.

Deng Zhongxia

De los primeros miembros del PCCh, es considerado un importante intelectual marxista y líder del movimiento obrero. Encabezó muchas huelgas y levantamientos, siendo capturado y ejecutado por el KMT en 1933. Licenciado en Filosofía por la Universidad de Beijing, fue también uno de los iniciadores del Grupo de Investigación Marxista en esta universidad.

Guo Moruo

Su verdadero nombre era Guō Kāizhēn. Educado en Japón, en la década de 1930 se involucró en la lucha revolucionaria junto al PCCh. Después de la guerra se instaló en la capital, donde ocupó importantes cargos en el ámbito de la cultura. Fue presidente de la Academia China de Ciencias desde su creación en 1949 hasta su muerte en 1978. Su obra es muy extensa. Abordó todo tipo de estilos literarios, desde la poesía hasta el teatro, la novela o el ensayo. Fue traductor de Goethe y Walt Whitman. Se le considera uno de los principales escritores chinos.

Hu Jintao

Secretario general del PCCh entre 2002 y 2012, presidente de la República Popular China entre 2003 y 2013 y de la Comisión Militar Central entre 2005 y 2012. Líder de la cuarta generación de dirigentes y continuista respecto a los postulados de Deng Xiaoping,

Hu presidió una década de constante expansión de China, manteniendo al mismo tiempo, sólidamente, el liderazgo del PCCh.

Hu Yaobang

Participante de la Larga Marcha, ingresó al Comité Central del PCCh en 1956, siendo víctima de la Revolución cultural. En 1977 regresó al Comité Central y en 1980 pasó a ser miembro del Comité Permanente del Buró Político. Deng le confió la reforma económica del país. Hu gozaba de un gran prestigio popular. Sin embargo, el PCCh advirtió su incapacidad para gestionar las protestas estudiantiles de 1986 y al año siguiente tuvo que dimitir de su cargo.

Hua Guofeng

Miembro del Comité Central del PCCh desde 1969 y ministro del Interior desde 1975, sirvió como primer ministro tras la muerte de Zhou Enlai y como presidente del PCCh entre 1976 y 1981. Intentó rivalizar con Deng Xiaoping por el liderazgo del PCCh. Estaba en desacuerdo con el contenido de la política de la reforma y apertura.

Jiang Qing

Tercera esposa de Mao, desempeñó un papel importante durante la Revolución cultural. Dirigió la Banda de los Cuatro (con Yao Wenyuan –yerno de Mao–, Zhang Chunqiao –jefe político del ejército– y Wang Hongwen –vicepresidente del PCCh–). En 1969 se incorporó al Buró Político. En octubre de 1976 fue destituida de todos sus cargos y acusada de planear un golpe de Estado. Condenada a muerte, la pena fue conmutada por cadena perpetua. Se suicidó en prisión en 1991.

Jiang Zemin

Secretario general del PCCh entre 1989 y 2002 y presidente de la RPCh entre 1993 y 2003, así como presidente de la Comisión Militar Central entre 1989 y 2004. Educado en Moscú, persona de confianza de Deng Xiaoping, fue alcalde de Shanghái hasta que reemplazó en 1989 a Zhao Ziyang como secretario general después de la crisis de Tiananmen. Tras la muerte de Deng en 1997, capitalizó un periodo de amplio crecimiento económico, de retroceso de Hong Kong, de retorno de Macao y de ingreso en la OMC.

Kang Youwei

Académico chino y figura clave en el desarrollo intelectual de la China moderna. Destacó en el campo de la caligrafía y especialmente como reformista social. Artífice destacado de la «Reforma de los Cien Días». En el exilio, se opuso a la revolución de Sun Yat-sen. Escribió un tratado utópico titulado El Libro de la Gran Unidad, en el que tomó como referencia el principio del confucianismo llamado Datong.

Li Dazhao

Se le considera uno de los primeros introductores del marxismo en China y uno de los padres fundadores del PCCh junto con Chen Duxiu. Cuando en 1927 el KMT desató una campaña de represión contra los comunistas, Li y otros se refugiaron en la embajada soviética, siendo detenidos en una redada policial. Murió en la horca junto con otros 19 comunistas chinos.

Li Hanjun

Estudió en Japón y fue miembro fundador del PCCh, que abandonaría por discrepancias con Zhang Guotao, uniéndose al KMT, aunque se desligaría de esta formación al oponerse a la campaña anticomunista de Chiang Kai-shek.

Li Lishan

Fue un dirigente importante del PCCh en los años veinte y treinta, con especial protagonismo en el ámbito sindical. Bajo el liderazgo de Xiang Zhongfa, ganó cada vez más prominencia y se unió al Politburó. Los conflictos con la Internacional Comunista derivarían en su relevo, siendo llamado a Moscú. En 1946 regresaría a China y tras el triunfo de la revolución ejercería como ministro de Trabajo. Durante la Revolución cultural fue acusado de espionaje para la URSS y, víctima de tortura, acabó suicidándose en circunstancias poco claras.

Li Keqiang

Fue líder de la Liga Juvenil y se graduó en Derecho en la Universidad de Beijing. También fue gobernador de Henan y jefe del PCCh en Liaoning. Entre 2008 y 2013 ejerció el cargo de viceprimer ministro. Parte de la quinta generación de líderes, fue primer ministro desde 2013 hasta 2023, miembro del Comité Permanente del Buró Político y la segunda autoridad más alta del PCCh. Se le consideraba partidario de un reformismo más audaz.

Li Ruihuan

Fue miembro del Comité Permanente del Buró Político entre 1992 y 2002 y presidente de la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino entre 1993 y 2003. Anteriormente había servido como alcalde de Tianjin. Li era considerado un «liberal», partidario de una reforma política ambiciosa que habría dado un mayor papel a los ocho «partidos democráticos» y a las personalidades independientes. También estaba a favor de una actitud conciliadora hacia el movimiento Falun Gong. Se retiró anticipadamente de la vida política activa.

Liang Qichao

Erudito, filósofo y político reformista que vivió durante los años finales de la dinastía Qing y los primeros años de la República de China. Sensible a las ideas occidentales, tomaba en consideración igualmente el saber clásico. De familia de la alta burguesía, ejerció como ministro de Justicia de Yuan Shikai.

Lin Biao

Participó en la creación del Ejército Rojo en 1927 y dirigió su IV Cuerpo entre 1928 y 1932. En 1931, con Mao, fundó la República Provisional Soviética. Participó en la Larga Marcha. Después de la proclamación de la RPCh, fue vicepresidente del Consejo Militar Revolucionario, viceprimer ministro y ministro de Defensa. Participó en la Revolución cultural al frente de los Guardias Rojos. Supuestamente murió en Mongolia cuando el avión en el que viajaba se estrelló, aparentemente después de intentar un golpe de Estado contra Mao.

Liu Shaoqi

Fue presidente de la RPCh entre 1959 y 1968 y figura clave en el triunfo del PCCh y la consolidación del nuevo Estado. También fue una de las víctimas más destacadas de la Revolución cultural, muriendo en prisión en 1969. Participante de la Larga Marcha, en aquella época era considerado el principal teórico del PCCh. Moderado, junto a Deng Xiaoping impulsaría un programa de recuperación económica tras la devastación causada por el Gran Salto Adelante.

Lominadze, Besso

Vissarion Vissarionovich «Besso» Lominadze fue un revolucionario georgiano y político soviético. Se le recuerda como participante en el asunto Syrtsov-Lominadze de 1930, un intento fallido de

controlar el creciente poder de Stalin en el PCUS. Se suicidó en 1935. De 1925 a 1929 trabajó en la Internacional Comunista. En julio de 1927, la IC lo envió a China para instar al Partido Comunista a adoptar una política más militante. Ayudó a organizar huelgas políticas en Guangzhou en 1927, donde, según sus propias palabras, pasó los mejores días de su vida. Él diseñó la remoción de Chen Duxiu, cofundador del PCCh, quien se convirtió en el chivo expiatorio de la fallida política de intentar infiltrarse y tomar el control del Kuomintang desde dentro, reemplazado por Qu Qiubai, más joven y menos experimentado. Luego, con su estímulo, muchos antiguos dirigentes fueron expulsados para asegurar un nuevo liderazgo que abrazara las políticas de Stalin.

Lu Xun

Está considerado el padre de la literatura moderna en China. Su obra incluye relatos breves y ensayos, además de traducción. Fue el máximo representante del Movimiento del 4 de Mayo y formó parte de la Liga de Escritores de Izquierda afín al PCCh, Crítico con la cultura tradicional y sensible a los problemas sociales, postuló la necesidad de acometer reformas profundas en la sociedad china.

Mao Zedong

Participó en el proceso fundacional del PCCh, asumiendo su dirección efectiva a partir de 1935. En 1949, proclamó la RPCh, de la que sería su líder supremo hasta su muerte en 1976.

Maring

Hendricus Josephus Franciscus Marie (Henk) Sneevliet, conocido como Henk Sneevliet o por el seudónimo Maring (1883-1942), fue un comunista holandés que, como alto funcionario de la Internacional Comunista, guio la formación del Partido Comunista chino en 1921. Vivió en China entre 1921 y 1923 y asistió al

congreso fundacional en julio de 1921. Era partidario de cooperar con el Kuomintang de Sun Yat-sen, con quien había tenido contacto directo en nombre de la IC. A principios de 1924, Sneevliet regresó a Moscú, habiendo terminado su periodo como representante de la IC en China.

Peng Duhai

Legendario comandante y ministro de Defensa, tuvo el coraje de enfrentarse a Mao durante el Gran Salto Adelante. Terminó muriendo en prisión en 1969, durante la Revolución cultural.

Qu Qiubai

Se le considera uno de los primeros teóricos chinos del marxismo y fue una de las principales figuras del Partido Comunista durante sus primeros años, en las décadas de 1920 y 1930, desempeñándose como jefe del Departamento de Propaganda en uno de los periodos más turbulentos de la historia inicial del PCCh. Fue capturado por el KMT en 1934 y asesinado en junio de 1935, a la edad de treinta y seis años.

Song Jiaoren

Líder y fundador del KMT que protagonizó la victoria en las primeras elecciones democráticas de la República de China en 1912. Al año siguiente sería asesinado a instancias, presumiblemente, del presidente entonces de la República, Yuan Shikai.

Sun Yat-sen

Líder de la Revolución de 1911, se le considera el padre de la República de China. En 1894 creó la Sociedad para la Reconstrucción de China en Honolulu y más tarde la Liga de la

Causa Común, que se reorganizaría bajo el nombre de Kuomintang. Exiliado en América, Europa y Asia, involucró a la diáspora china en el apoyo a la revolución. A su regreso del exilio, el día de Año Nuevo de 1912 fue proclamado presidente provisional de la República, cargo que cedería dos meses después a Yuan Shikai.

Voitinski, Grigori

Se le considera uno de los fundadores de la sinología soviética. Autor de varios libros sobre la política china contemporánea, funcionario de la IC, fue enviado a China en 1920 como asesor en la formación del PCCh, siendo directamente responsable ante el Buró del Lejano Oriente, una rama de la Tercera Internacional. En Beijing entró en contacto con Li Dazhao y Chen Duxiu, y con ellos, en agosto de 1920, inició el proceso de creación de esta sección de la Internacional en China.

Wang Hongwen

Era el miembro más joven de la Banda de los Cuatro. Se unió al Comité Central del PCCh en medio de la Revolución cultural y más tarde se integró en el Comité Permanente del Buró Político. En 1973 fue nombrado vicepresidente del PCCh, en teoría el segundo en la jerarquía. Muchos consideraron que sería el sucesor natural de Zhou Enlai después de su muerte en 1976, pero Mao eligió a Hua Guofeng para reducir la influencia de los izquierdistas más radicales en la cima del poder.

Wang Huning

Miembro del Comité Permanente del Buró Político, es presidente de la CCPPCh. Se le considera uno de los principales asesores de los líderes del PCCh, desde Jiang Zemin hasta Hu Jintao y el propio Xi Jinping. Su influencia es notoria y reconocida en el área ideológica y propagandística del PCCh.

Wang Jiaxiang

Fue uno de los principales dirigentes del PCCh en su etapa inicial y miembro de los «28 bolcheviques». Ocupó importantes cargos de alto nivel durante la guerra civil y después de 1949 fue el primer embajador en la URSS y el primer jefe del departamento de enlace internacional del PCCh. Estando en Moscú, en 1928, se unió al Partido Comunista. Los «28 bolcheviques» fueron enviados de regreso a China para asumir el liderazgo del PCCh. Wang regresó en 1930. También fue uno de los primeros desertores de esta facción, uniéndose a Mao y Zhou Enlai en 1935. En 1937 fue enviado a Moscú como delegado del PCCh ante la IC. Más tarde reemplazaría a Wang Ming como vicepresidente de la Comisión Militar Central y después se integraría en el Buró Político. En 1943 fue el primero en promover el concepto de «maoísmo».

Wang Ming

Dirigió la facción del PCCh más leal a Stalin y a la Tercera Internacional. Enfrentado a Mao y sus políticas, fue el jefe de los llamados «28 bolcheviques». La rivalidad entre Wang y Mao reflejó la lucha de poder entre la URSS, a través de la IC, y el PCCh por el control del liderazgo y el futuro de la Revolución china. En 1929 fue enviado a China con el propósito de asumir la dirección del PCCh. Sin embargo, encontró una fuerte resistencia. De noviembre de 1931 a 1937 vivió en Moscú como director de la representación del PCCh ante la IC. De regreso en China, a medida que el poder de Mao aumentaba, la posición de Wang Ming se vio afectada. Después de 1949, en 1956 partió hacia Moscú para recibir tratamiento médico y nunca regresó. En la URSS se convertiría en un crítico activo del maoísmo.

Wei Jingsheng

Hijo de altos dirigentes del PCCh y ex guardia rojo, es el líder de la

demanda de una «quinta modernización» para China, es decir, la política en el sentido liberal. En 1979 fue condenado a 15 años de prisión y posteriormente liberado. Tras regresar a prisión, fue liberado nuevamente en 1997 y fue indultado por razones de salud. Exiliado en EEUU, recibió el Premio Sájarov del Parlamento Europeo.

Wen Jiabao

Fue primer ministro de 2003 a 2013 y miembro del Comité Permanente del Buró Político de 2002 a 2012. A pesar de ser un cercano colaborador de Zhao Ziyang durante las protestas de Tiananmen en 1989, en 1998 fue ascendido a viceprimer ministro bajo el mando de Zhu Rongji, su mentor. De gran protagonismo público durante su mandato, es considerado partidario de un mayor reformismo.

Xi Jinping

Secretario general del PCCh desde 2012 y presidente de la Comisión Militar Central y de la República Popular China desde 2013. Fue Gobernador de Fujian y jefe del PCCh en Fujian y Zhejiang, así como jefe del Partido en Shanghái. En 2007 se incorporó al Comité Permanente del Buró Político, asumiendo también la presidencia de la Escuela Central del PCCh. La filosofía política de Xi se centra en impulsar con gran determinación la modernización para hacer realidad lo que llama «el sueño chino».

Xiang Zhongfa

Activista obrero del PCCh, en 1927, con la caída de Chen Duxiu a instancias de la IC, fue elegido miembro del Buró Político. Ese año presidiría una delegación a la URSS. Cuando el PCCh celebró su VI Congreso en Moscú, la IC apoyó su elección como secretario general, iniciando un periodo inestable con repetidos desacuerdos

que terminaría con la asunción del liderazgo efectivo por parte de Wang Ming. Xiang desertó del PCCh y finalmente fue capturado por el KMT y ejecutado en 1931.

Yang Pao'an

Marxista chino y uno de los primeros miembros del PCCh. Participante activo en el Movimiento del 4 de Mayo, impulsó la idea de que el mejor medio para asegurar el futuro de China era la aplicación del marxismo. Influenciado por el pensamiento de Sakai Toshihiko, fundador y primer secretario general del Partido Comunista de Japón, se convirtió en un activo divulgador del marxismo.

Ye Jianying

Después de militar en el KMT, se unió al PCCh en 1927. Participó en la Larga Marcha y fue un colaborador cercano de Zhang Guotao hasta que se enfrentó a Mao. Fue gracias a Ye que Mao logró establecer comunicación personal con la IC, obligándola a aceptar su liderazgo, circunstancia por la que Mao siempre le mostró especial gratitud.

Yu Xiusong

De los primeros miembros del PCCh, fundó la Liga de la Juventud Comunista convirtiéndose en su primer líder. Formado en la URSS, donde conocería a Wang Ming. Fue acusado de trotskismo y ejecutado en Moscú. Su muerte marcó la ruptura definitiva entre Wang y Zhang Guotao. En 1962, tras la ruptura sino-soviética, fue proclamado mártir revolucionario a título póstumo.

Zhang Guotao

Fue uno de los líderes fundadores del PCCh. Desempeñó un papel activo en el Movimiento del 4 de Mayo y fue uno de los pioneros del movimiento obrero en China. En la década de 1920 fue uno de los principales dirigentes del PCCh. Tenía desacuerdos con la línea de la IC. Asumió el cargo de vicepresidente del Gobierno central de la República Soviética de China cuando Mao era su presidente. Participó en la Larga Marcha y entró en conflicto con Mao, dividiendo al Ejército Rojo. Conspiró contra Mao y se equivocó en sus tácticas militares, provocando una catástrofe total para sus tropas. Fue destituido en 1937 y al año siguiente se unió al KMT. Se exilió en Hong Kong y emigró a Canadá, donde murió en 1979.

Zhang Wentian

Se unió al PCCh en 1925. Formado en EEUU y la URSS, fue miembro de los «28 bolcheviques». Participó en la Larga Marcha y fue secretario general del PCCh de 1935 a 1943, cuando el cargo fue abolido. Desempeñó el cargo de vice primer ministro de Asuntos Exteriores de 1954 a 1960 y de embajador en la URSS de 1951 a 1955. En 1959, apoyó a Peng Duhai. Durante la Revolución cultural fue objeto de represión. Después de la muerte de Mao fue rehabilitado.

Zhao Ziyang

Fue primer ministro entre 1980 y 1987 y secretario general del PCCh entre 1987 y 1989, año en el que fue destituido tras los sucesos de Tiananmen, acusado de fomentar la división en el seno del PCCh. Víctima de la Revolución cultural y reformista, fue recuperado por Deng Xiaoping y nombrado primer ministro tras la dimisión de Hua Guofeng. Desde 1989 hasta su muerte en 2005, vivió bajo arresto domiciliario.

Zhou Enlai

Estudió en París, donde fundaría la sección francesa del PCCh. Organizó y dirigió el levantamiento de Guangzhou. Participó en la Larga Marcha y fue primer ministro entre 1949 y 1976, así como ministro de Asuntos Exteriores entre 1949 y 1958. Leal a Mao pero moderado, en los últimos años de su vida impulsó la recuperación de Deng Xiaoping.

Zhu De

Figura militar de gran relevancia, estudió en Alemania, donde se unió al Partido Comunista Alemán, y en la Rusia soviética. Participó en la Larga Marcha. Comandó las fuerzas del Ejército Rojo en el norte de China, luchando contra las tropas japonesas entre 1939 y 1945. Durante la guerra civil ejerció un fuerte liderazgo militar. Tras la proclamación de la República Popular China, fue ascendido a mariscal.

Zhu Rongji

Primer ministro de China entre 1998 y 2003. Considerado un experimentado gestor de la economía que salvó China de los efectos de la crisis financiera de los años 1990. Impulsor de una importante reforma de las empresas estatales, que generó descontento social, también lideró las negociaciones para la entrada de China en la OMC.

Zhu Zhixin

Autor revolucionario chino y próximo a Sun Yat-sen, en 1905 proporcionó la primera traducción al chino del Manifiesto comunista de Marx y Engels.

PINCHE AQUÍ

A FONDO

Vivimos tiempos en los que nos sentimos aplastados por tanta información; saturados de noticias en papel, en televisión, en radio, en internet. Elaboradas por los periodistas de forma precipitada para ser los primeros, breves porque saben que no tenemos mucho tiempo para dedicarle, superficiales porque con tantas tecnologías simultáneas ya hemos dejado de concentrarnos. Como resultado, en los temas de actualidad complejos, que necesitan un seguimiento y unos antecedentes, nos sentimos perdidos. Leemos noticias de apenas una columna o un titular y vemos imágenes de veinte segundos, pero no logramos abarcar la cuestión en toda su perspectiva y contexto.

Por ello nace la colección de libros *A Fondo.* Sobre asuntos que todos los días están en los medios, pero que requieren que rompamos el ritmo trepidante que nos imponen para acercarnos con la suficiente perspectiva, extensión y elaboración tranquila. Los profesionales mejor conocedores del caso, en su mayoría periodistas, se encargarán de exponer los temas en un lenguaje accesible, con el contexto y los antecedentes necesarios. El lector descubrirá la información primaria que se perdió en la dinámica de los medios, la profundidad que no permitían los diarios ni la televisión y el rigor que la precipitación del periodismo actual impide.

A Fondo incorpora al ensayo una actualidad desacostumbrada en los libros, y al periodismo, una profundidad y un rigor que estábamos perdiendo.

Pascual Serrano